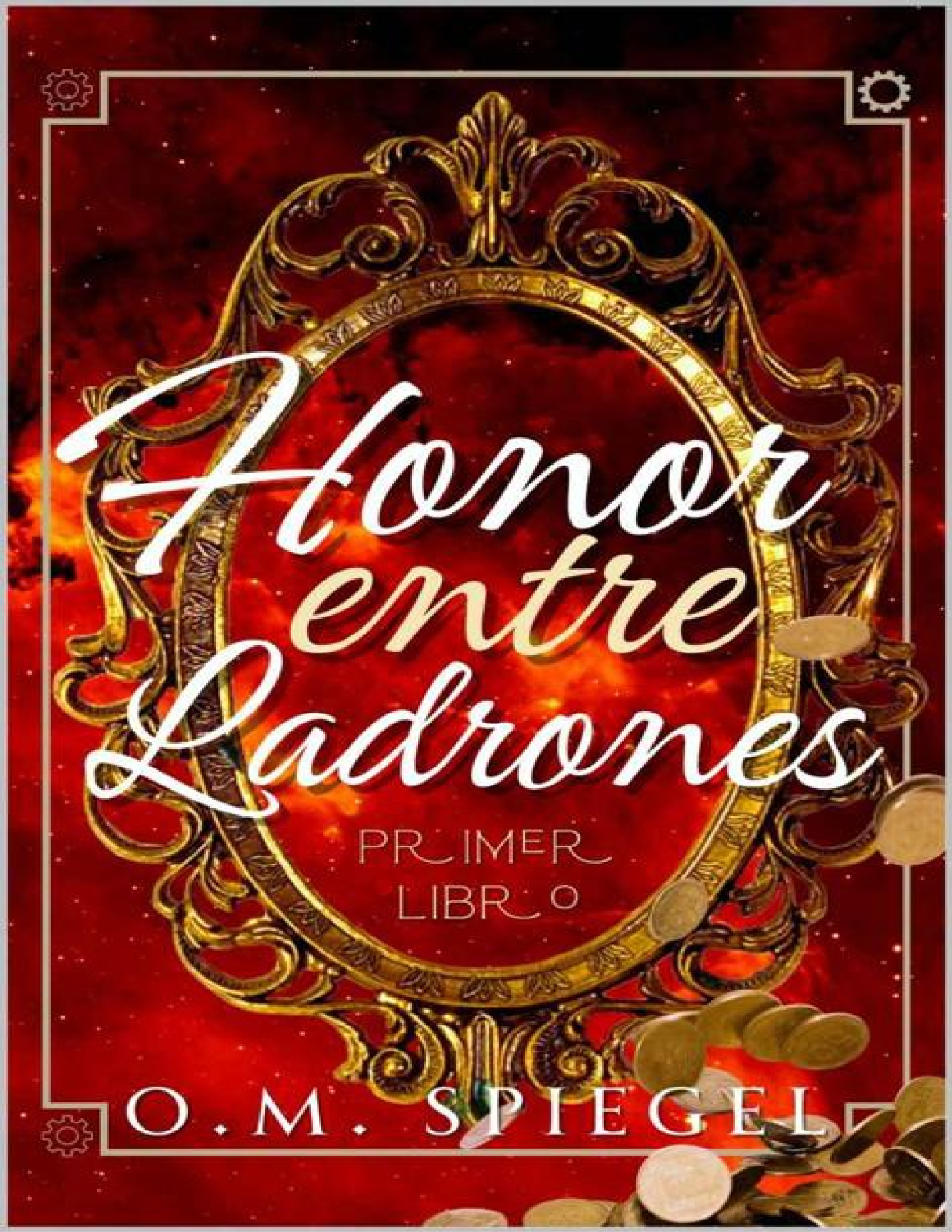

Honor entre Ladrones
PRIMER LIBRO
O.M. SPIEGEL

Honor entre Ladrones

O. M. SPIEGEL

Copyright © 2024 O. M. Spiegel

Todos los derechos reservados.

ISBN-13: 979-8-3210-0722-8

DEDICATORIA

A mis queridas Laura y Rita,
Gracias por demostrar que la familia de elección puede ser la familia verdadera y que, incluso de manera más imposible, la familia verdadera puede ser la familia de elección.

1
INVALIDACIÓN DEL SISTEMA

—Este es, de lejos, el peor plan que has tenido en tu vida —gruñó Basil.

—No puede ser tan malo como cuando decidí contratarte —dijo Vera. Su ceño fruncido hizo que le ardiera la parte trasera de la cabeza y lo ignoró, comprobando la hora en su registra-tiempo de pulsera—. Sólo tenemos que estar de vuelta para los fuegos artificiales.

Mientras se colaban en los túneles mohosos de las mazmorras del Castillo, el Baile Elemental Real causaba furor cinco plantas encima de ellos. Las notas en staccato de la orquesta automatizada se habían disipado hacía tres rellanos, sustituidas por el zumbido de bombillas-vela tenues y por los gruñidos de Basil.

—Pasar del baile no es lo que me molesta. —La voz se le transformó en un susurro ronco —. Es tu conspiracioncita de asesinato.

Vera suspiró y se arrancó la máscara de un tirón, sacando accidentalmente una parte de su trenza corona con ella. Con una sacudida de la mano se zafó de la mecha rebelde de pelo castaño y guardó la máscara en los bolsillos de su vestido beige.

—Las situaciones desesperadas, Basil —dijo ella.

—Requieren medidas paranoicas, claro.

Vera se dio la vuelta y él se chocó con ella. Ella lo empujó para atrás, dejándole una huella de palma sudada en la placa del pecho de flexi-acero.

—Yo no estoy paranoica. —Era un aviso—. Jasper Haddin no se entregaría.

Basil bajó las cejas. —Está tras las rejas.

—Sabe librarse de ellas.

Dejó el pensamiento en suspenso en el aire mustio entre ellos. Basil no tenía por qué saber todos los juegos de escondite de hacía tanto tiempo y que podían demostrarlo. Mientras que Jasper Haddin respirase, era peligroso. Y si Vera era la única persona en Caddelinn que lo conocía, entonces ella era la única que podía pararlo.

Basil consideró sus palabras, plantando una mano en la empuñadura de su espada. —Tienes esa mirada salvaje en los ojos otra vez.

Vera reprimió un gemido. Como si los abucheos de la corte no bastaran, incluso su primo apenas bípedo pensaba que estaba loca. Vaya guardia personal estelar. Sin embargo, casi no podía culparle por actuar aún como el hijo de una baronesa. Su lugar estaba allá arriba, celebrando la apertura del Festival Elemental. No aquí abajo, arriesgando su vida por la seguridad del reino. Era la culpa de Madre que él estuviera aquí. No tenía ningún misterio que no tuviera ganas de salvar a la reina.

—Quédate aquí fuera entonces —dijo Vera antes de que él pudiera hacer otro comentario sarcástico.

—Qué fácil para ti decirlo. No es tu cuello el que está en juego si Ashton o la reina nos pillan.

Ella hizo caso omiso de su preocupación. —Tienen bastante alcohol corriéndoles por las venas para acabar con todo el Castillo.

—O Amelia —añadió Basil.

Vera paró cortantemente. Como la única de la corte con una onza de ética profesional, la Duquesa Amelia era la que más posibilidades tenía de encontrarlos. Ojalá los esfuerzos de la duquesa tuvieran como objetivo ayudar al reino en vez de ponerle trabas a Vera. Pero incluso Amelia no la detendría esta noche.

—Tu trabajo está a salvo. Te lo prometo —dijo Vera.

Un resoplido. —Tú no podrías prometer agua ni en un diluvio.

Ella se frotó la frente, recalcando sus palabras minuciosamente.

—Basil, no necesito tu ayuda, pero no voy a tolerar que pierdas el tiempo. El Matarreyes y su equipo están aquí para asesinar a la reina y…

—¿Quieres decirme por qué estás tan segura de eso?

La mueca de sus labios cicatrizados hizo que Vera apartara la mirada y que la mecha suelta del pelo se le cayera por encima de los ojos otra vez. Ella no iba a - *no podía* - explicarle lo del Espejo. Este tipo de tecnología estaba muy por encima de Basil.

—Lo sé de buena fuente —dijo ella, intentando en vano volverse a poner la mecha de pelo en la parte deshecha de la trenza.

—Ya —Basil se cruzó de brazos, con un gran escepticismo nublándole las facciones—. ¿Tú esperas que me crea que tienes un informante secreto?

—No voy a dejar que uno que hoy en día blande una espada sin ironía se burle de mí.

Él frunció el cejo. —Es una reliquia familiar.

—Las reliquias son para las repisas de las chimeneas —Estiró la mano—. Dame el desintegrador.

Con un gruñido reacio, Basil echó mano a la única arma fiable que llevaba y se la tiró a la palma de la mano.

Vera arqueó una ceja. —¿Una plistola?

—Da las gracias que no es una rivoltella —le dijo con desprecio—. Y llévale la queja al General de la Corona si no te gusta.

—Tendrá que bastarme —Vera se inclinó contra los muros de piedra para apoyarse y se guardó el pequeño desintegrador en la bota.

Basil miraba cautelosamente cómo se reorganizaba las faldas para esconder el arma.

—¿En serio crees que puedes matarlo? —le preguntó, con el filo ya ausente de la voz. Si Vera no hubiera sabido cómo estaban las cosas, casi hubiera pensado que a Basil le importaba.

—No veo a nadie más ofreciéndose para la tarea.

El sarcasmo volvió tan rápido como se había ido. —Y volvemos a la paranoia.

—¿Por qué no vuelves bailando al júbilo del salón, Basil? Estoy segura de que el Arzobispo odiaría que te perdieras su sermón sobre la importancia espiritual del Festival Elemental.

Hizo una mueca, lo que quería decir que estaba de acuerdo. Vera asintió y giró hacia abajo del pasillo húmedo de piedra. Pero rápidamente volvió corriendo hacia atrás, arrastrando a Basil con ella.

—¿Y ahora qué? —preguntó, cansado.

La voz de Vera se desplomó. —Guardias humanos.

—¿Esperabas que vigilaran a Nox el Matarreyes con automaguardas?

Con la seguridad tan negligente del castillo, Vera se esperaba totalmente que contaran con sus violentamente anticuados automatones. El hecho de que alguien hubiese pensado durante más de tres segundos era una sorpresa placentera. Pero le complicaba el plan. Y no iba a parar a Jasper.

Respiró profundamente. —Sígueme y no intentes hacerte el listo.

—Que Sol no lo quiera —masculló Basil.

Vera echó los hombros para atrás y giró la esquina otra vez. Tomó pasos contados directamente hacia los dos guardias flanqueando las puertas. Ellos cruzaron una mirada y una conversación entera se dio entre ellos antes de que Alina diera un paso adelante.

—Esto otra vez no —dijo ella exasperada—. Tenemos órdenes de no dejar pasar a *nadie*.

Vera asintió. —Conozco vuestras órdenes, pero *vosotros* sabéis que el Matarreyes se va a escapar. Hay vidas en juego.

—Nuestros puestos también están en juego —dijo Greyson.

—Ese es el problema, hagáis lo que hagáis —dijo Vera con la lengua afilada—. Si no me dejáis pasar y la reina muere esta noche, voy a hacer que sea mi misión personal asegurarme de nunca volváis a trabajar en Caddelinn.

La mirada conocida y cansada que se intercambiaron estaba grabada en la memoria de Vera, igualito que la suma irrisoria de sus cheques de paga. No bastaba para ocuparse de las riñas internas de la realeza día a día. Se hicieron a un lado, dando su brazo a torcer y giraron el pomo de las puertas.

Ella les hizo un gesto, asintiendo al mismo tiempo que las puertas se abrían con un siseo hidráulico.

El musgo y la piedra rancia le llegaron a la nariz al entrar en la celda y las puertas se cerraron automáticamente detrás suyo y de Basil.

—Qué arte tienes… —dijo él alargando las palabras.

Ella le dio un codazo como nuevo aviso. No se había terminado.

Los automaguardas dentro no perdieron el tiempo. Llegaron con sus cabezas de cobre enfocadas en Vera y Basil con las luces rojas parpadeando en sus paneles.

—Personal no autorizado —dijo uno de ellos con un zumbido—. Identifíquense.

Vera se aclaró la garganta. —Vera Cerasina Valenledge. Código de Comandante 1424.

Los sensores de los automaguardas la escanearon y examinaron su voz. Otra luz roja.

—Comandante reconocida. Su Alteza, buenas noches —dijo un auto en su voz estática—. Su presencia no está autorizada. Por favor, evacúen las mazmorras.

Basil le tiró del brazo hacia las puertas, pero Vera se soltó. No se iba a ir cuando estaba tan cerca.

—Forzar la invalidación del sistema —ordenó—. Código de reinicio: 144757.

Los autos se pusieron rígidos, revirtiendo a sus posturas predeterminadas. Sus paneles parpadearon con un espectro de matices luminosos mientras que sus ventiladores internos se agitaban y se debatían para obedecer la orden.

—¿Qué haces? —dijo Basil entre dientes.

—Es un reinicio suave.

Sus cejas sesgadas le decían que no se creía ni una palabra. Vera evitó sus ojos mientras que los guardas se apagaban y empezaban el reinicio. Era ilegal interferir con los automaguardas autorizados, pero esto no era un secuestro completo. Había aprendido que existía esta laguna hacía algunos meses y la usaba con moderación. El código no funcionaba en modelos más recientes pero el consejo había vetado las propuestas de actualización de Vera una y otra vez. Si insistían en la tecnología anticuada, tenían que enfrentarse a los riesgos. En todo caso, Vera estaba simplemente demostrando cómo de fácil era infiltrarse en el Castillo.

Los automatones pitaron sincronizados y, sobresaltados, se pusieron firmes otra vez.

—Vera Cerasina Valenledge. Código de Comandante 1424 —dijo.

Los automaguardas pasaron sus sensores sobre ella una última vez y el brillo estable de las

luces verdes iluminó sus paneles pectorales. Sus voces mecánicas hicieron eco por toda la mazmorra al unísono.

—Comandante reconocida. Su Alteza, por favor, enuncie sus órdenes.

—Evacúen las mazmorras. Una vez fuera, borren 72 horas de sus discos duros.

—Orden autorizada.

Vera se hizo a un lado y las puertas se abrieron para cerrarse tras ellos, reconociendo sus sensores. Cuando el runruneo se desvaneció, el silencio se adueñó de la celda una vez más.

—Impresionante —admitió Basil finalmente.

—Las máquinas son fáciles —dijo ella con una voz plana—. Es en la gente en lo que no se puede confiar.

Un silencio corto siguió mientras que Vera escaneaba las celdas. En la luz tenue, sólo una sombra se movía tras las rejas. Una sombra que se escabullía, y se arrastraba, y hablaba.

—Eso me ha sentado muy personal —dijo, la voz tan fresca como una brisa de medianoche.

2
MATARREYES

A Vera se le pusieron tensos los hombros al ver a Jasper Haddin materializarse de la oscuridad. A él se le cayó el pelo negro y alborotado sobre la frente en ondas retorcidas y se frotó los ojos como si se acabara de despertar.

—Te estaba esperando antes pero no me voy a quejar —dijo mediante un bostezo—. ¿Qué puede hacer el mayor ladrón de Caddelinn por la Heredera de la Corona?

Su mirada heterocromática aterrizó sobre ella cuando abrió los ojos. Uno tan oscuro como la noche y otro de un verde escalofriante - como un poseso, diría el Arzobispo. Vera no. La gente no podía estar poseída por Elementos corruptos o por espíritus incontrolables. Alguna gente estaba simplemente podrida por dentro.

Mantuvo la voz estable. —Te diré cómo lo vamos a hacer. Tú hablarás sólo cuando se te hable. Responderás a las preguntas pronto y…

—¿O qué? ¿Me vas a encerrar? —Hacía gestos perezosos por la celda—. ¿O me vas a matar?

Vera se quedó de piedra, con el metal de la plistola ardiendo de frío contra el tobillo. ¿Lo sabía? Descartó la posibilidad en cuanto vio que le afloraba una mueca retorcida en la cara. Nada describía mejor a Jasper que una amenaza camuflada de broma.

Ella le dijo con calma: —Por tu propia admisión, eres culpable de regicidio. De acuerdo con el Codex de Caddelinn, tu castigo es probablemente ser ejecutado, independientemente de lo que hagas.

Jasper agarró las barras de la celda y se mordió el labio.

—Me encanta cuando me hablas legal —Su mueca se desvaneció mientras su mirada se arrastraba hacia Basil—. ¿Esto es un interrogatorio?

—Algo así —replicó Vera.

Él inclinó la cabeza. —No sé cómo me siento al respecto. Necesitas mi permiso, ¿no?

Basil gruñó, la mano volando a la empuñadura de la espada. —Es un interrogatorio o un destripamiento. Tú mismo.

Jasper le lanzó una sonrisita de superioridad. —No te estaba hablando a ti, Orégano.

Vera no tuvo tiempo de parar a Basil antes de que desenvainara la espada y la empujara por las barras. Jasper no se inmutó, incluso cuando la punta de la espada se le quedó a un milímetro de la garganta.

—Basil… —empezó ella.

—Escucha —dijo él con una voz ronca hacia dentro de la celda—. He tenido una semana muy mala y lo último que necesito es que el Matarreyes intente pasarse de listo cuando no está en posición de hacerlo.

Jasper apartó la espada con indiferencia con un revés de mano.

—Oye, Cilantro. Ya sabes lo que dicen de los hombres con espadas grandes.

—De hecho, no lo sé —La sed de sangre en su voz aumentó—. Venga, dímelo.

Jasper resopló. —Mi humor está totalmente desperdiciado contigo.

Vera se mantenía atrás, observando cómo los músculos del cuello de su primo se contraían.

Estaba a pocos segundos de perder la poca paciencia que le quedaba. Basil era leal, fuerte. Pero también era despiadado. Sería tan fácil dejarle hacer el trabajo y llevarse la culpa por la muerte de Jasper. Basil estaría súper contento de aceptar las consecuencias.

Se sacudió la tentación de encima. Esta operación era la idea de Vera y tenía que ser ella la que la ejecutara. No iba a arriesgar el trabajo de Basil por un impulso egoísta.

Dio un paso adelante, con la mano sujetando el hombro armado de Basil. —Enváinala.

—¿Es una orden? —preguntó a regañadientes.

—¿Necesita serlo?

Los ojos de Jasper pasaban de uno al otro como un foco industrial hasta que Basil finalmente gruñó otra vez y guardó la espada. Ningún suspiro ni alivio por parte de Jasper. Ninguna relajación visible. Sólo se apoyó hacia adelante y metió la cara entre los barrotes.

Vera dio un paso hacia atrás, fuera de su alcance.

—He cambiado de opinión. Estoy dispuesto a aceptar el interrogatorio —dijo Jasper con una luz inquietante en sus ojos. —Con una condición.

Vera suspiró. —¿Cuál?

Ladeó la cabeza hacia Basil. —El cebollino este se va.

—Olvídalo —resopló Basil.

Vera se cruzó de brazos. Llevaban cinco minutos y Jasper ya estaba mangoneando la situación. No era de extrañar, pero había gato encerrado. Era obviamente una trampa pero, por una vez, Vera tenía algunos trucos propios.

—Basil, sal —dijo ella.

Le echó una mirada larga y penetrante. —Este plan empeora por segundos.

—No repetiré la orden.

Jasper soltó una risita de incredulidad y le sonrió a Basil de oreja a oreja. —Ya has oído a la heredera, Perejil.

Basil giró sus ojos de acero hacia él, con la mandíbula apretada, pero Jasper sólo lo saludó con un pequeño gesto de la mano, mascullando una despedida en Cesami. Mirando otra vez a Vera, Basil echó las manos al aire y se fue dando pisotones. Aporreó las puertas hasta que se abrieron con un silbido y desapareció tras ellas.

Vera expiró, intentando aceptar que estaba sola con el asesino de Padre. Era mejor así. Ella sería la única responsable.

—Engranajes chirriantes, qué mal me cae, —dijo Jasper, con los ojos aún en las puertas—. Obviamente tiene problemas de ira muy arraigados y parece el tipo de traicionar en cualquier momento.

Vera le echó una mirada fulminante. —¿Quién mejor que tú para saberlo?

—Eso ha sido un golpe bajo —Sonrió mientras pronunciaba las palabras—. Lo he pedido a gritos pero, aun así, ha sido un golpe bajo.

—¿Dónde está tu equipo?

—¿Ehhh?

—Tu equipo —repitió ella—. Sé que tienes al menos cuatro hombres trabajando para ti. Uno como tu mano derecha, un arquero, un eraywyniano y un gigante.

Jasper chasqueó la lengua. —Voy a pasar por alto el hecho de que acabas de asumir sus géneros. Mayoritariamente porque tienes razón. Has investigado bien, ¿no?

Vera se encrespó de indignación. Había tardado años en vislumbrar los detalles vagos de la banda de Jasper. Fotos de puestos de control borrosas, testigos no fiables, rastros de daños. Había logrado reunir suficiente información, pero había aún tanto que se le escapaba. Y Jasper lo sabía.

—¿Dónde están? — preguntó ella.

Se encogió de hombros. —No lo sé. Me gusta darles a los chicos toda la independencia que sea posible.

Mentira. Vera luchó contra la idea de cuatro criminales sueltos merodeando por el Castillo, esperando a que se encendiera la próxima luz verde.

—¿Qué pasa, Nix? —preguntó—. Pensaba que estarías más contenta de verme tras las rejas.

Le hirvió la sangre al oír el mote, pero le siguió el juego. —No soy lo suficientemente optimista para creer que te has entregado de verdad. Eres incapaz de tener remordimientos.

—Sólo quiero desearle a la reina un feliz cumpleaños por adelantado —Se encogió de hombros, pero se aferró a los barrotes apretando los nudillos—. ¿Por qué otra razón iba yo a estar aquí?

Vera arrugó los labios. Sabía exactamente porqué estaba allí. Casi exactamente lo que estaba planeando. Sólo necesitaba los detalles, todo lo que el Espejo no le podía decir.

—Veo perfectamente los engranajes lubricados funcionando detrás de tus ojos —dijo Jasper, provocándola. —Te estás muriendo de ganas de decirlo.

Por el brillo vivaz de sus ojos, Vera podía ver que intentar sonsacarle nada de información era inútil. Jasper no tenía ninguna intención de decírselo. Tenía ganas de ir a por la plistola, pero se quedó quieta.

—Te voy a dar una oportunidad más —dijo ella.

—¿Para qué?

—Para que te vayas. Cuando te escapes, abandona el Castillo. Abandona Caddelinn. Nunca mires hacia atrás.

—¿Y qué? —La voz le subía y le bajaba como en una canción antigua—. ¿Evadir a la justicia? ¿Irme de rositas? La Nix que yo conozco nunca aceptaría eso.

Vera habló por encima de los latidos de su corazón. —Lo haría si significa que nadie más tiene que morir.

Las cejas pobladas de Jasper se entrelazaban de diversión. —¿A quién estás protegiendo? No puede ser que a Nylora.

—Es mi reina. Y mi madre —Vera esperó sonar más convincente de lo que se sentía.

—Es la peor reina que Caddelinn haya visto jamás y como madre, es casi tan mala como la mía —Jasper soltó una risita, sacudiendo la cabeza. Entonces le lanzó una mirada asesina e impaciente—. Esto tiene que ver con el Principito.

Vera se retorció. Cuando enderezó las facciones, era demasiado tarde. La mueca retorcida de Jasper se intensificó.

—Lo sabía. Alys Fortescue-Arlington —Se acarició la barbilla, diciendo el nombre despacio, como si lo estuviera saboreando—. He oído que estabas planeando pedirle matrimonio esta noche por fin.

Vera metió las manos en los bolsillos de su vestido, escarbando más allá de la máscara. El alivio se intensificó por todas sus extremidades cuando los dedos envolvieron la cajita de terciopelo del anillo de Padre. Por un segundo, se lo había imaginado atrapado entre los dedos pegajosos de Jasper.

Jasper aleteó sus gruesas pestañas. —Sería una lástima si el Matarreyes grande y malo arruinara la ocasión.

Ella frunció el entrecejo. A pesar de que Madre la empujaba y la pinchaba, una pedida de matrimonio era lo último en lo Vera pensaba. No podía hacerlo hasta que Jasper Haddin y su banda estuvieran fuera de la ecuación sin la ayuda de Eraywyn. El Príncipe de Eraywyn entendía

eso, aunque Madre se negara a hacerlo.

Jasper no podía arruinar algo que no iba a pasar. Eso no era lo que le puso a Vera los dientes largos. Era su tono. Su sonrisa juguetona brillaba con toda la falsedad de una chimenea de gas. Igual era otra broma, sólo otra amenaza para despistar. Pero Vera no arriesgaría la vida de Alys por eso. Jasper ya no tenía remedio y ella estaba por encima de tomar riesgos.

Jasper habló otra vez, pero los tonos petulantes de su voz se ahogaron en el retumbar de los oídos de Vera mientras se agachaba a sacar la plistola. Se quedo quieto, con los ojos sacudiéndoseles bajo el cañón de la plistola entre ellos. Se aclaró la garganta, acortando el silencio.

—¿Es una amenaza o una promesa? —dijo con demasiada serenidad—. Todos sabemos que Vera Cerasina Valenledge es una mujer de palabra.

Si el mote era una tortura, su nombre real en sus labios le retorcía el estómago en nudos. Apretó el desintegrador con más fuerza.

—Si tienes en mente tus últimas palabras, dilas ahora —dijo ella.

Tragó despacio. —Tú no eres como yo, Nix. Tú no eres una asesina.

—Esto es una ejecución —lo corrigió.

—No me matarás esta noche.

Levantó la barbilla, revelando una sección larga de cuello desprotegido. Su cuerpo la estaba desafiando a que lo desintegrara. Era un juego para él. Otro juego que Vera no iba a jugar. Ella sabía por qué Jasper estaba aquí. Por qué había hecho ver que se entregaba. Basil se había ido. Nadie más sería responsable. Y Jasper no podría hacerle daño a nadie más.

El dedo de Vera se tensó sobre el percusor. —Ese es el problema con mentir, Jasper. Acabas creyéndotelo.

Apretó y se preparó para el impacto que nunca llegó.

Lo apretó otra vez. La plistola sólo clicaba. Y clicaba otra vez. Ninguna explosión interrumpía el silencio. Sólo la inhalación aguda de Jasper lo rompió. ¿Se veía un tono más pálido o se lo estaba imaginando? Su respiración cayó a una risita lenta y una mano voló a su pecho dramáticamente.

—Ahora sí que me estás *matando*, Nix. Lo ibas a hacer en serio —Respiró y exageró un suspiro de alivio antes de que sus ojos se encontraran con los de ella otra vez—. Ese es el problema con los desintegradores. Siempre se quedan sin gas.

Vera abrió el desintegrador haciendo palanca y arrancó el cartucho de gas. Vacío. Respiró profundamente pero no podía apartar las náuseas de otro fracaso. Cuando finalmente levantó la mirada, Jasper tenía una mano apalancada en la cadera y la otra sosteniendo el cartucho que faltaba.

¿Cómo se las ingenió para quitárselo?

No debería haberle pillado por sorpresa que le hubiera saboteado el arma. Ya había visto ese truco antes. Pero él no tendría ni porqué saber que ella iba armada.

Ella agarró los barrotes. —¿Cómo?

Jasper dejó caer los hombros. —Eso no importa. Está programado para activarse esté yo vivo o muerto.

Vera se quedó inmóvil. —¿El qué?

—El último hurra del Baile Elemental Real. Igual hace volar a todo el mundo por los aires.

A través de su estupor, Vera se aferró a las rejas. —¿Has puesto una bomba? ¿Dónde? ¿En el salón de baile?

—He dicho demasiado —Se tocó los labios, apenas escondiendo una mueca—. Supongo

que te enterarás a medianoche.

Vera le echó una ojeada al registra-tiempo de su puño. Los segundos hacían tic-tic, chocando contra el latido de su corazón alcanzando su intervalo máximo. Veinte minutos para la medianoche.

—Como te he dicho, te estaba esperando antes —La voz de Jasper estaba cargada de una diversión despreocupada—. Espero que aún tengas tiempo de pararlo.

Vera casi se desplomó al suelo de la mazmorra. Una bomba. Era la manera perfecta de matar a la reina y a cada uno de los demás invitados del salón de baile.

Jasper no iba sólo a por la reina. *Todo el mundo* estaba en peligro.

3
MEDIANOCHE MENOS VEINTE

El latido del corazón de Vera martilleaba de manera irregular mientras que el contador del ascensor de cristal iba marcando la cuenta atrás delante de sus mismísimos ojos. El ascensor era la manera más rápida de volver al salón de baile, pero los segundos se derretían y se fusionaban hasta que se parara el tiempo.

Veinte minutos. Era todo lo que tenía para fuera parar la bomba o evacuar a todo el mundo del salón de fiestas.

Basil se pasó la mano por la cara y suspiró. —A ver si lo he entendido bien. Crees que hay una…

—Una bomba —dijo tensa—. En el salón de baile.

—Genial —dijo con un sarcasmo total.

Los delicados hilos de paciencia que sostenían los nervios de Vera se rompieron uno a uno.

—Basil, esto es mucho peor de lo que pensábamos. ¿Puedes centrarte en…?

—Piensa un segundo —Estiró las manos hacia afuera como si fuese a sostenerle los lados de la cabeza con ellas—. Es un mentiroso. ¿Y si está - ay, no sé - mintiendo?

Las palabras se le pegaron a la lengua, pero ninguna consiguió pasarle por la boca.

—Eso es lo que he pensado yo.

Su mente titubeaba, yendo para arriba y para abajo. Jasper Haddin *era* un mentiroso. Un manipulador. Un asesino. Podía estar mintiendo, pero…

—¿Y si está diciendo la verdad por fin? —dijo ella.

—Maravilloso —dijo pronunciando cada sílaba lentamente—. Estoy tan contento de que sepas lo que estás haciendo.

El ascensor paró con un bip claro. Vera entró escurriéndose antes de que las puertas se hubieran abierto del todo. Le echó una mirada a Basil por quedarse fuera.

Apoyando la mano en la empuñadura de la espada, dijo: —Nos vemos allí arriba.

Vera aporreó el botón para el salón de baile y el ascensor empezó a subir. Era bueno tener a Basil a mano pero, entre su trabajo irregular y su miedo irracional a las alturas, como guarda personal valía bastante poco.

Vera se quitó el pelo de la cara con fuerza y se cuadró de hombros. Encontraría una manera de parar el complot de Jasper, incluso si tenía que hacerlo sola.

A medida que el ascensor atravesaba la planta del salón de baile, la luz deslumbrante entraba por las paredes de cristal. Vera parpadeó hasta que se le ajustaron los ojos y salió cuando oyó el pitido del ascensor. Una carcajada prolongada le llamó la atención hacia el centro de la sala, donde el destello de un vestido carmesí vivo identificaba a Madre. Ésta soltó una risita y se aferró a toda la estructura corporal de Ashton mientras daban vueltas borrachas torpemente en cada paso del vals.

Vera sacudió la cabeza para salir de su estupor. Necesitaba actuar. Por Madre y por cada otro individuo negligente pero, a la vez, inocente que giraba, soltaba risitas y bebía en el salón.

Su mirada decidida se movía por su alrededor, intentando encontrar un lugar dónde esconderse, y finalmente aterrizó en las mesas del banquete al fondo. Torres de copas largas

cubrían las mesas, todas siendo llenadas de sapherly en ese momento para el brindis de medianoche. El líquido azul brillante caía como una cascada por las torres de copas como en una catarata, deleitando a los huéspedes. Los auto-siervos se apelotonaban alrededor de las mesas, levantando con esfuerzo las bandejas llenas y emitiendo zumbidos al pasar a través de la muchedumbre llena de admiración. Antes de poderse percatar, los pies de Vera la estaban arrastrando hacia la multitud.

—¡Vera, qué placer verte! —Un acento eraywyniano alegre la saludó y ella se dio la vuelta para encontrarse con los ojos azul profundo de Alys, tras su máscara plateada. Su fácil sonrisa flaqueó cuando ella le miró directamente a los ojos—. ¿Estás bien?

—Estoy bien —dijo automáticamente, sintiendo que toda la sangre se le drenaba de la cara.

Alys se retocó el pelo dorado como si hubiera algún cabello fuera de sitio. No estaba convencido, pero no insistió. —Déjame que te traiga un vaso de agua.

—Ya lo voy a buscar yo —Vera consiguió asentir e ignoró la exclamación de Alys mientras se apresuraba hacia las mesas. Partes de un plan se le organizaban en la mente por la fuerza, pero no había nada tangible. Sólo su grito mudo y débil que se disolvía en el crescendo de la orquesta programada automática. Chillar no serviría de nada. Poca gente la oiría e incluso menos gente la creería. Necesitaba algo más grande. Mejor.

Sus ojos encontraron la orquesta en el escenario y los micrófonos de cobre al frente. Podía correr al escenario y coger uno. Avisar a todo el mundo para evacuar. La idea tuvo corta vida. Ni siquiera llegaría a las escaleras antes de que el general o la duquesa o seguridad la pillaran.

En la corte y en las calles de Caddelinn, Vera era la Princesa Paranoica. El Matarreyes era una amenaza tangible, desde luego, pero una que Vera siempre exageraba. Ni se le permitía llevar un desintegrado porque, según Madre, Vera era una amenaza para la sociedad de buenas maneras. Era como Pedro y el lobo; la Heredera y el Matarreinas.

Trece minutos.

Necesitaba pensar. Peinó el salón al milímetro buscando la constitución pesada de Basil, pero no aparecía por ningún lado. Vera estaba sola, como de costumbre.

O desgraciadamente no. Se quedó de piedra cuando el Arzobispo Quintillius plantó su figura maciza delante suyo. Se metió una tartaleta de manzana en la boca y la masticó con gran placer mientras hablaba.

—Alteza —le dijo y Vera juraba que la estaba salpicando de migas de galleta—. Qué maravillosa inauguración del Festival Elemental —Su tono descendió, o igual se había tragado la tartaleta medio entera—. Aunque he oído un rumor inquietante sobre usted y el Príncipe de Eraywyn.

Vera hizo una mueca lívida. Quintillius era el único en esta habitación que había estado de acuerdo en que ella no debería proponerle matrimonio al Príncipe de Eraywyn esta noche. Por desgracia, el apoyo era por su propio interés y a ella le repateaba hacer nada que le beneficiara.

—No hay ningún plan por lo que a mí respecta, Arzobispo —dijo secamente.

—Ay, bendita seas, hija. Que los Elementos te bendigan —Hizo el signo, llevándose dos dedos a la frente, los ojos, la boca y el corazón—. Ya que sabes que vuestra supuesta unión no está bendita por los Elementos.

Hizo un movimiento grande y de mucha envergadura que Vera ignoró casi al completo mientras escaneaba sus alrededores otra vez.

Al terminar la canción, algunos invitados desperdigados empezaron a salir del salón a un paso tranquilo, charlando animadamente en su camino al patio para los fuegos artificiales. Vera cogió aire a pulmones llenos. Igual si podía conseguir que todo el mundo estuviera en el patio

podrían escapar los efectos de la onda expansiva de la explosión. Era demasiado tarde para encontrar el explosivo o incluso intentar detonarlo, pero aún podía intentar salvar a la gente. Los ojos le llegaron al borde del salón, a una de las alarmas de incendios.

Eso podía funcionar.

—Sí, gracias —Vera intentó esquivar a Quintillius, pero él le cerró el paso. Ella sintió escalofríos cuando él le cogió el brazo y se la llevó unos pasos.

—¿Ha tenido tiempo de pensarse bien el asunto del Test Elemental? —le preguntó, bajando la voz.

Vera no pudo reprimir un gemido patético. Era primordial no ofender al líder religioso de los Reinos, pero se le estaba agotando el tiempo, al igual que la paciencia. Nunca había querido hablar del Test Elemental pero ahora, con 11 minutos para evitar un baño de sangre, era el peor momento que Quintillius hubiera podido soñar.

Retirando el brazo, le dijo: —Arzobispo, ¿podemos retomar esta conversación en otro momento?

—Ah —La mirada de Quintillius deambulaba otra vez hacia las mesas del buffet en una curva solitaria. Incluso su mitra blanca e imponente se le encorvaba, pero él se recompuso—. La Catedral siempre está abierta para usted, Su Alteza.

Ella asintió, sabiendo que nunca le tomaría la palabra, y se excusó. Corrió a la alarma de incendios. Estaba haciendo palanca con los dedos para abrirla cuando Alys apareció otra vez, con dos cálices en las manos.

—Alys —le dijo—. Tienes que coger a tu gente e iros.

Sus ojos, ahora libres de la máscara plateada, se turnaban entre ella y la alarma.

—Has visto al Matarreyes —susurró.

Un escalofrío traspasó a Vera al agarrar la palanca de la alarma. Había visto a Jasper, había intentado matarlo. Fracasado. Pero no cambiaba nada.

Le pegó un tironazo a la palanca. Una sirena ruidosa ululaba por todo el Castillo y los invitados gritaban a la vez que los aspersores del techo se activaban y lanzaban una tromba de lluvia interna sobre ellos. Salieron al patio como alma que lleva el diablo, bloqueando las puertas con la prisa.

—¡Salgan de manera ordenada! —intento gritar Vera sobre la conmoción.

—Vera —La voz de Alys la trajo de vuelta con un latigazo. El agua le caía rápidamente en la cabeza, aplastándole el pelo contra las mejillas, pero no se inmutó—. Puedes confiar en mí.

—No se trata de confianza —Apretó los dientes—. Necesitas irte. Ahora.

—Pero ¿ha pasado ya el peligro? ¿Qué pasa con los fuegos artificiales?

A Vera le dio un vuelco el estómago. Sus ojos volaron a las puertas, donde todos estaban empujándose para salir al patio. Le dieron arcadas con la bilis que tenía en la garganta. Alys tenía razón, la bomba estaba muy probablemente en los fuegos artificiales. En el patio, donde acababa de enviar a todos los invitados.

Alys insistió. —Ya sé que Caddelinn necesita atrapar a Jasper Haddin sin Eraywyn. No te estoy ofreciendo la ayuda de Eraywyn. Te estoy ofreciendo la mía.

—Alys…

—Sólo dime qué tengo que hacer para ayudar. Sin preguntas.

Vera se tragó el nudo de la garganta. La mirada suplicante de Alys estaba llena de honestidad. Pero no había tiempo.

—Si quieres ayudar, vete —dijo.

Una pregunta afloró en los ojos de Alys, pero asintió en silencio y le apretó la mano una

vez.

—Que los Elementos te protejan, Vera Valenledge.

Ella asintió de vuelta mientras él empezaba a caminar fatigosamente por el agua acumulada. Agarrando puñados de las faldas, se apresuró a la mesa del banquete y con dos botellas de agua llenas en la mano, se dirigió hacia las puertas. No era demasiado tarde. Podía remojar los fuegos artificiales. Eso pararía cualquier explosivo. Podría compensar…

Estaba casi entre el salón y el patio cuando unas tenazas la agarraron del brazo. Ella aulló, dejando caer una de las botellas. Se hizo añicos en el suelo, con el vidrio y el agua explotando a sus pies.

—¡Suéltame! —le gritó al automaguarda. Tiró, pero su agarre del brazo era implacable.

—Vera Cerasina Valenledge, está bajo arresto. No se resista —dijo.

En el momento en el que otro automaguarda la capturó por el lado que tenía libre, todos los ojos del patio se giraron hacia ella.

Madre estaba completamente chorreando, con la cara retorcida de la impresión. El cosmético de color carbón que le delineaba los ojos le corría hacia las mejillas en dirección vertical, en líneas de lágrimas negras. Estaba intentando secarse el daño causado cuando divisó a Vera. Cerrando su espejito portátil de un clic, atravesó a Vera con una mirada asesina afilada.

—Querida —dijo, con las cejas desplomándoseles—. ¿Qué has hecho?

4
LA ANTESALA EscarlATA

Vera se echó para atrás el pelo mojado y aporreó repetidamente el botón dentro de las ventanas del balcón de Madre. La libertad yacía justo detrás del cristal reforzado pero la luz seguía parpadeando en rojo. Si Vera pudiera aunque sólo fuera hacer que se abrieran las ventanas, podría subirse al palanquín-cremallera personal de Madre que colgaba de su cable fuera, esperado a un pasajero.

No había oído ninguna explosión en el tiempo que llevaba encerrada en la Antesala Escarlata. O alguien había encontrado y desactivado la bomba, o ésta no había existido nunca.

Dio un puñetazo al cristal. Ni siquiera una grieta. Le volvió a dar y le pegó patadas al panel inferior en un frenesí de golpes. Igual no había salvado a nadie. Igual nunca había habido ningún peligro. Pero si pudiera escapar, aún mataría a Jasper Haddin con sus propias manos.

Uno de los automaguardas al lado de las puertas repicó, levantando la cabeza de cobre.

—Vera Cerasina Valenledge, por favor apártese de las ventanas.

—¿Vaya, ahora quieres hablar? —escupió.

Antes de encerrarla, la seguridad del Castillo había desactivado el reconocimiento de su voz en el par de autos. Todavía sentían su presencia, pero estaban sordos a su voz, así que el tecnicismo que había encontrado se negaba a funcionar.

Pateó las ventanas otra vez.

—Cese y desista —zumbó su compañero—. O nos veremos forzados a administrarle ondas sónicas para frenarla.

Vera balanceó el brazo otra vez, pero lo dejó caer. Se apartó y les echó una mirada asesina a los automaguardas. No podía uno fiarse de estos modelos con sus ondas. Un error en la frecuencia podía matarla. Vera estaba lívida pero no tenía deseos suicidas.

Allí se quedó, como un criminal esperando una condena de muerte y, de repente, demasiado consciente de estar en un espacio liminal. La Antesala Escarlata era la única habitación del Castillo sin registra-tiempos. Aquí, el tiempo se perdía debido a una nube de incienso de sangre de dragón y un popurrí de cereza, cortinas carmesíes y muebles tapizados con terciopelo.

El Espejo era un centelleo dorado en una estancia roja. Colgaba de la pared, reflejando con hosquedad un florero de claveles y las lágrimas del candelabro que colgaban bajas.

Vera había gritado la primera vez que vio la cara del Espejo. Se había escondido detrás de las cortinas carmesí al ver su reflejo agitarse y cambiar de forma más allá del cristal. Dentro de la estructura dorada y ornada, nubes oscuras se fusionaban en una vorágine y algo más negro que la tinta sangraba de sus profundidades. Se materializó hasta ser una silueta acuosa contra las nubes y las estrellas más allá del cristal. No más que una sombra, excepto por los ojos rojos ardientes que la observaban también.

Esa fue la primera vez que Vera había visto el Espejo, pero no la primera vez que él la había visto a ella.

Sin embargo, había pasado una década desde entonces y el espectáculo del espejo ya no la impresionaba. No era un espejo. Era el sistema de vigilancia más sofisticado que Vera hubiese visto jamás. Observaba todo en el reino y funcionaba basado en un logaritmo enrevesado que

podía predecir acontecimientos de manera precisa. Este tipo de tecnología era inaudita en los Reinos. Tenía que ser un artículo del Imperio del Este que, de alguna manera, habría logrado darles el esquinazo a las fronteras tan cuidadosamente vigiladas.

Ahora, el cristal se nubló y el aspecto sombrío del Espejo tomó forma, con los ojos rojos apretados cual lunas crecientes, como si estuviera sonriendo.

—Tengo la sensación de que el Baile Elemental no ha ido como se esperaba —dijo el Espejo.

Sus tonos profundos rebotaban en las paredes del cráneo de Vera, haciéndola estremecerse. Siempre se había tenido que recordar a sí misma que nadie podía oír al espejo a menos que éste les estuviera hablando directamente. A menos que quisiera que lo escuchasen. Su voz no era más que una onda electromagnética chirriante.

Le puso mala cara. —Esto es todo culpa tuya.

Algo como una sonrisita burlona se le escapó al Espejo. —¿Te importa ampliar eso?

Vera resopló. La inteligencia artificial del Espejo no le envidiaba nada a nadie. Cuanto más interactuaba con él, más se adaptaba él a sus patrones de habla. Se había vuelto tan humano con los años que ella a menudo olvidaba que estaba hablando con una máquina.

—Deberías haberme dicho lo de la bomba —le dijo.

Levantó una ceja no-existente. —O la ausencia de tal.

Vera se frotó la frente. —Tendrías que haberme dicho que Jasper iba a mentir al respecto.

No es que una máquina pudiera sentir, pero parte de este fracaso era por el Espejo. Era el trabajo de Vera proteger a la gente y el del Espejo decirle cómo hacerlo. Ambos habían fracasado.

—A estas alturas tendrías que saber que mentir es su pan de cada día —El Espejo se encogió sin hombros—. Pero ¿por qué no nos centramos en lo que de verdad te está molestando? Como predije, tú fuiste incapaz de matar a un amigo de infancia.

La mano de Vera se le desplomó de la frente, en donde la tenía.

—¿Qué?

—Venga, —le salió con esta ocurrencia el Espejo—. Sabes que no puedo mentir.

Tuvo un espasmo involuntario en los dedos. *Amigo de infancia*. ¿De dónde había sacado ese término? Ella nunca se había referido a Jasper Haddin de esa manera. Ni al Espejo ni a nadie. Su mente agitada hizo aflorar flashbacks de juegos de cartas, partidas de capturar el castillo, un montón de tesoros escondidos en el tronco de un árbol. Aquella noche de nieve en la que accidentalmente se intercambiaron motes…

Aquellos flashes fueron rápidamente sustituidos por la imagen del cuerpo rígido de Padre, con sólo el color de las vidrieras de la Catedral. Yacía en un charco medio seco de su propia sangre, con un rastro de rojo goteándole de los labios.

Vera paró la avalancha de recuerdos antes de que pudiese enterrarla.

—Jasper Haddin no es un amigo —Se aclaró la garganta en una tos silenciosa—. Fue un error considerarlo uno.

—Auuu —El Espejo se estremeció, y después soltó una risita burlona—. Tu falta de corazón se está dejando ver esta noche, Princesa.

—Saboteó mi plistola.

—No me digas…

La frustración de Vera se disparó en una ola enloquecedora de calor.

—¿Todavía puedo matarlo?

Igual valía la pena. Si algo bueno salía de este desastre, quizás podría aceptarlo.

El Espejo tarareó. —No es imposible.

Vera asintió. Es todo lo que necesitaba. —¿Cómo salgo de aquí?

—Espera.

—¿Espera? Vera se acercó al Espejo, pero paró y en vez clavó las uñas en la parte trasera de la chaise longue—. ¡Jasper Haddin aún está ahí fuera!

—Olvídate de él. Tienes cosas más importantes de las que preocuparte.

—¿Cómo cuáles?

La sombra chasqueó la lengua. —Tienes que saber que una vez se abran esas puertas, entrarás en una nueva encrucijada. Lo que te pase de ahí en adelante, es cosa tuya.

Vera se cruzó de brazos. —¿Qué se supone que significa eso?

El tono del Espejo era relajado. —Como esperabas, la muerte está de verdad en ciernes esta noche. Será interesante ver quién caerá en sus redes: la reina, Jasper Haddin o tú.

Una explosión de escarcha se le clavó en los huesos como astillas. Dándose cuenta de que tenía los brazos envolviéndole los hombros, Vera los dejó caer. —No voy a jugar a otro de tus juegos.

—Ya estás jugando —dijo con una furia calmada en los ojos—. Es un juego cruel del destino, Princesa. Juega con conocimiento, pero no se te olvide jugar con el corazón.

Vera suspiró. A pesar de su avanzada inteligencia artificial, el Espejo a menudo recurría a frases hechas o citas inspiradoras. Esta era una de las normales. Había revertido a su programación de base, lo que significaba que ya no serviría hablar más con él.

—Lo tendré en mente —Vera puso los ojos en blanco en señal de desaprobación—. ¿Qué hora es?

Parte de la intensidad de su mirada se desvaneció cuando apartó los ojos. —Las 12:58 de la mañana. O, como me gusta a mí llamarlo, hora del ajuste de cuentas.

—Bien, eso es fantástico… —Vera empezó, pero fue interrumpida por el repique de un automaguarda.

—Puertas abiertas —dijo en su voz estática—. Bienvenidos, Su Majestad, General, Excelencia.

Las puertas se abrieron de par en par y Vera se estremeció. Su claro reflejo la copiaba, la sombra y la niebla habían desaparecido tras el Espejo. En su lugar, la cara de Padre la miraba fijamente. O lo que quedaba de ella en la nariz prominente de Vera y en la oscura profundidad de sus ojos. A veces, cuando notaba algún parecido de él en su cara, a Vera le dolía demasiado mirar. Se reposicionó un mechón de pelo tras la oreja y dio media vuelta hacia las puertas.

Madre entró caminando con pasos largos, seguida por el General Ashton y la Duquesa Amelia. El General se estaba tambaleando, Amelia llevaba puesta su mueca más engreída posible y Madre apretaba tanto las cejas, que Vera podía ver la arruga excepcional entre las dos de ellas. Todos se habían cambiado de ropa y tenían el pelo aún mojado cepillado para atrás.

La expresión de Madre la avisaba que no hablara, pero Vera no se contuvo.

—¿Encontraron una bomba?

—Siéntate, Vera —dijo Madre al cerrarse las puertas tras ella.

Vera gruñó, pero obedeció y tomó asiento en la chaise longue mientras que los líderes de Caddelinn se organizaban ante ella. Amelia a la izquierda, doblando las manos delante de sus faldas color melocotón, felicísima de ser una testigo. Ashton a la derecha, luchando para mantener los ojos soñolientos abiertos. Madre en el medio, casi incapaz de mirar a su hija a los ojos.

Vera enderezó la columna. De esta noche no se salía. Intentó hacer caso omiso de las

palabras del Espejo, pero una en particular seguía haciéndole eco en la mente.

Encrucijada.

5
MADRE

El tono de Madre era más frío de lo que lo había sido jamás.

—Esta noche me has mentido, has jugado ilegalmente con la seguridad del Castillo, has creado un pánico en masa durante el baile y te han tenido que sacar del público por la fuerza —Soltó el aire despacio, finalmente lanzándole una mirada aguda y desafiante a Vera—. Espero que estés contenta.

—¿De qué se supone que tengo que estar contenta? Tuve que esconder mis intenciones para proteger a todo el mundo, detecté una amenaza a la seguridad, y tú todavía me humillaste.

—¡Tú te humillaste sola! —vociferó Madre, con su dulce tono usual cortando el aire fragante. Incluso Ashton se estremeció. Vera dudó que Ashton la hubiera visto así en su vida.

—Por los Elementos en las alturas, Vera, ¿tienes la más remota idea de lo que has hecho? —continuó Madre, con las manos agitándose reflejadas en el Espejo tras ella—. Has destruido propiedad pública y privada. Has violado leyes.

—Estaba intentando frenar un acto de terrorismo.

—Has llegado demasiado lejos esta vez —Madre se pellizcó el puente de la nariz—. Tu obsesión con Nox el Matarreyes no tiene límites.

No era la primera vez que Vera oía eso, pero le dolía cada vez. Se clavó los dedos en las sienes, para deshacerse de la presión que iba escalando.

—No estoy paranoica.

Amelia sonrió con superioridad. —Entonces, ¿cómo llamas esa escenita que has montado?

Vera le lanzó la mirada más gélida que pudo lograr. —Yo no tengo porqué justificarte nada a ti, Amelia. Tú escalaste al poder desde las cloacas y a ellas volverás, te lo prometo.

—¡Vera! —la regañó Madre, pero Amelia ni se inmutó.

—Supongo que es demasiado tarde para decirte que no me gusta nada la compañía que frecuentas, Madre —replicó Vera.

Sus labios color rubí se apretaron. —No me sorprende, Vera. Estoy empezando a pensar que a ti no te importa nadie más que tú misma.

Vera se metió la lengua entre los dientes para evitar que le rechinaran.

—Eso es tan injusto.

—Ah, ¿sí? —Los ojos de Madre se estrecharon—. Esta noche podría haber resultado herida gente por tu culpa. No sólo eso, sino que muy probablemente has arruinado todas las posibilidades que Caddelinn tenía de aliarse con Eraywyn. ¡El pobre Príncipe Alys salió corriendo del Castillo en cuanto activaste la alarma!

—Alys se fue porque yo se lo dije. Él me cree. ¿Por qué no puedes tú?

—Si crees que es tan buen partido, ¿por qué cambiaste una noche para una pedida por una farsa anegada? —preguntó Madre.

—Porque Eraywyn no puede involucrarse —dijo entre dientes—. Caddelinn necesita llevar a Jasper Haddin a la justicia por sí misma. Incluso si tengo que hacerlo sola.

—¿Sola? ¿Así llamas arrastrar a tu propio guarda personal a tus batallas imaginarias?

—Basil no ha hecho nada —Vera medio mintió. Él la había armado, pero también había

estado ausente la mayoría de la noche, lo cual prácticamente lo absolvía de cualquier responsabilidad criminal.

Madre cruzó los brazos. —Los dos sabéis que no se te permite llevar un desintegrador. Él es el único que te habría ayudado y está recogiendo sus cosas ahora por eso.

Vera se inclinó hacia adelante, despreciándola con la mirada.

—Después de todo lo que le has hecho a la familia Bixby, ¿todavía te atreves a despedir a Basil? —Aplaudió lentamente—. De verdad que te has superado, Madre.

—No seas infantil —le avisó.

Vera la ignoró y se giró para el General. —Y tú, ¿Ashton? No era bastante quitarle sus tierras para quedártelas tú, pero ¿no podías ni siquiera defender a tu cuñado?

Las cejas canosas de Ashton se retorcieron. La boca le temblaba, al intentar encontrar palabras.

—Olvídalo —se mofó Vera—. No quiero oír lo que tienes que farfullar.

—Vera, ¡contrólate! —gritó Madre.

Vera se levantó de un salto. —¡Eso es lo que llevo haciendo estos cinco años!

Madre se quedó mirando atónita. Nunca había visto a Vera así tampoco y ya era hora.

Después de componerse, Madre dijo: —Es hora de que aprendas que tus acciones tienen consecuencias.

—La tuyas también —Vera no paró ni un segundo. Jasper Haddin y su banda de ladrones estaban muy pero que muy detrás de los problemas en Caddelinn, pero Madre y su corte no se quedaban cortos—. ¿Y si la bomba hubiese sido de verdad?

Sacudió la cabeza. —Esta es la razón por la que te prohibimos que visitaras al Matarreyes mientras está bajo custodia. Siempre te llena la cabeza de amenazas y siempre caes en ellas.

—¡Estaba intentando salvarte!

—¡Para de intentarlo! ¡Lo único que haces es estropearlo todo!

Vera dio marcha atrás, odiando que fuese tan cierto. Había fracasado en matar a Jasper. Había caído en sus trucos otra vez. Incluso mientras intentaba salvar a la gente, los había llevado más cerca del peligro potencial. El aguijón del fracaso le corría por las venas, transmutándose a rencor al fluir a su corazón. No debería. No podía.

Pero lo dijo de todos modos: —Supongo que *debería* parar de intentar salvarte. No puedes ser más negligente con Caddelinn si estás muerta.

La boca de Madre se le cerró de sopetón, los ojos brillando con la traición. Amelia se retorció y fue a por su hombro, pero Madre la rechazó.

—Dejadnos —les dijo.

Amelia y Ashton se intercambiaron una mirada, pero se fueron enseguida que pudieron. A la orden de la reina, los automaguardas se fueron también. Las puertas se abrieron con un siseo y se cerraron, dejando a Vera y a Madre solas en un mar rojo silencioso.

El rojo era el color de duelo de Padre, ya que había nacido bajo el Elemento de Sol. El día que murió, Madre se envolvió de rojo y nunca jamás se lo quitó. A los pocos años, se había extendido como una fiebre descontrolada. Sus labios, sus uñas, sus mismísimos aposentos estaban todos sumergidos en una ola de sangre. Vera todavía no había averiguado si era la manera de Madre de recordarlo o si el color había crecido y se había endurecido sobre ella como una costra.

Una costra que ahora se estaba abriendo y sangrando de nuevo.

Madre rompió el silencio con una voz muerta. —Vera, ¿dónde me he equivocado?

La culpabilidad finalmente golpeó a Vera con un calambre inesperado. No era capaz de

encontrar una palabra amable que decir. ¿Era así de cruel? El Espejo las reflejaba a las dos. Madre a un lado, frágil y con los hombros rígidos. Vera lejos, con los hombros en posición defensiva. Algo le burbujeaba en la boca del estómago mientras que Madre miraba fijamente a la alfombra con tristeza.

Desde el asesinato de Padre, se habían separado con cada día que pasaba. Vera sabía que no podía perdonarla por cómo había llevado las cosas. Madre cayó en la ropa, los tratamientos de belleza, el ocio y la negligencia del gobierno en general. Había hecho lo absolutamente mínimo para traer a Jasper y a su banda de ladrones a la justicia, dejando que el reino sufriera. Pero ¿era eso mejor que lo que había hecho Vera? Ella quería pensar que así era, pero, en el momento en que Madre rápidamente se secó una lágrima, Vera supo que no estaba siendo justa.

No podía cambiar el idioma del amor de Madre o hacer que sus disculpas solapadas fueran más sólidas. Tenía que aceptarla como era; una manirrota, una reina decepcionante, una persona irremisiblemente herida que se consolaba en las comodidades materiales para lamerse las heridas. Y como una madre que se estaba esforzando, a pesar de todo, a establecer vínculos con su hija.

Los brazos de Vera le colgaban torpemente a los lados. —No quería decir eso.

—Claro que sí —La voz de Madre se estaba quebrando, pero todavía tenía su filo—. Estarás por fin contenta cuando esté muerta.

Vera intentó aferrarse a su culpabilidad, más que dejar que la agresión triunfara otra vez. —Llevo luchando contra el Matarreyes durante años para asegurarme de que no se convirtiera en el Matarreinas.

—Qué noble de tu parte —Madre se dio la vuelta y asintió mirando al Espejo—. ¿Es esa tu manera de justificar que me odias?

—No te odio.

Se apartó del Espejo. —¿Me has querido alguna vez, Vera? ¿Sin amargura o enfado?

Madre se estaba prácticamente ahogando en lágrimas. El estómago de Vera se retorció y apartó la mirada. El lenguaje florido y las declaraciones de amor eran lo más lejano de sus habilidades.

—No puedo evitar estar enfadada —dijo Vera tentativamente—. Pero te quiero.

—Quizás sí. A tu manera.

El fantasma de una sonrisa llena de dolor le cubrió los labios. Dio unos pasos inseguros hasta estar lo bastante cerca para coger la mano de Vera y apretársela contra el pecho. El latido del corazón de Madre era lento, irregular. Le hizo unos círculos suaves en el revés de la mano con el pulgar, pero el contacto arañaba a Vera con cada caricia.

El Espejo seguía allí, velado detrás de sus reflejos precisos. Madre observando sus manos unidas con ternura. Vera, apartando la mirada con un grito de socorro en los ojos. Madre no lo merecía. Esta era la imagen perfecta de un momento de un vínculo afectivo entre madre e hija. Lo único malo del reflejo era Vera.

—Sé que me quieres —susurró Madre, ahora sonriendo tristemente, pero con honestidad—. Sólo deseo que, por una vez, pudieras darme tu corazón. De verdad, sin reservas.

A Vera le dio un dolor punzante en la garganta. ¿Cómo se suponía que tenía que hacer eso? ¿Cómo podían simples palabras demostrarlo jamás?

Madre levantó la mirada, con una nueva esperanza brillándole en los ojos. —¿Podrías hacer eso, Vera?

El primer instinto de Vera fue aceptar, pero algo agrio le removía el estómago. Luchó contra la bilis que tenía en la garganta. No debería ser tan duro querer, pero había demasiada historia

para que Vera pudiese digerirla. Demasiado que olvidar. Demasiado dolor que sanar.

Antes de superar el resentimiento, las palabras fluyeron.

—¿Te lo has ganado alguna vez?

Los ojos de Madre se abrieron como platos y su mano apretó la de Vera con más presión. Vera intentó zafarse, pero tenía la mano prisionera en los músculos congelados de Madre.

—¡Auuuh! ¿Qué…?

La boca de Madre se abrió con una tos y una salpicadura de rojo que fue a parar a la cara de Vera.

6
VENTAJA

A Madre le dio un síncope, con la impresión retorciéndole la cara pálida. Vera temblaba al cogerla de milagro y mientras la ayudaba a llegar a la alfombra. Madre seguía intentando hablar, pero sólo lograba emitir graznidos y borboteos al mismo tiempo que más sangre le salía de los labios.

—¡Madre! ¡Elementos Sangrantes!

Los ojos de Vera se enfocaron en el botón de alarma al lado de las puertas. Las puntas de los dedos de Madre se apretaban contra la muñeca de Vera, una súplica tácita en su agarre, pero Vera se forzó a soltarse y a correr. Aporreó el botón, pero el silencio todavía cubría en Castillo en su manto.

La Ira de Sol. Las alarmas estaban desactivadas.

Los jadeos de Vera chocaban con la asfixia trabajosa de Madre. Poniéndose por encima del pánico que amenazaba asegurarla, Vera llamó al Espejo, que apareció como una sombra lúgubre en el cristal una vez más.

—¡Se está muriendo!

—Ya lo veo.

—Pero ¿cómo? ¿Por qué?

El Espejo puso los ojos rojos hacia arriba en señal de frustración.

—Veneno. Las bebidas estaban envenenadas.

¿Las bebidas? Los músculos de Vera se le agarrotaron. Los trucos de Jasper iban mucho más profundo de lo que pensaba. Madre había bebido. ¿Cuántos otros más lo habían hecho, también?

Se atrabancó con la lengua. —¿Qué hago?

—Eso depende. Llórala, disfrútalo… realmente depende de tu preferencia personal.

Vera gruño y volvió al lado de Madre, cuya respiración estaba al límite de la saturación y ronca. El agarre de Madre era más débil que antes.

—¡Lo siento! —A Vera le ardían los ojos, pero no había lágrimas para aliviarlos—. No lo decía en serio. ¡No quiero que te mueras!

Hizo un sonido de la garganta, la cara pálida deformada por el miedo. Vera negaba con la cabeza cuando la luz abandonó los ojos de Madre y su mano cayó inerte.

La calidez disipándose del cuerpo de Madre envió la amarga verdad estrellándose contra Vera. Era huérfana. Jasper Haddin lo había conseguido.

—Una menos —dijo el Espejo plácidamente—. El Reino de las Encrucijadas ha decidido.

—¡Cállate! —gritó Vera—. ¡Tú la has dejado morir!

Resopló. —Hablas como si yo tuviera algún control. Yo sólo observo. Después de todo, ¿cuál es el cometido de un espejo?

—¿Cómo has podido? —dijo Vera con un graznido—. Se supone que tienes que ayudar.

Se encogió. —Hay una pequeña rivoltella en el escritorio, quizá eso ayude.

Vera cogió el florero de claveles de la esquina, apuntándolo directamente al Espejo.

—Yo no haría eso si fuese tú —dijo.

Vera tiró el jarrón hacia atrás para coger ímpetu y lanzarlo, pero las vela-bombillas del candelabro parpadearon y se apagaron. En la oscuridad repentina, una brisa fresca barrió la antesala.

Ella sintió escalofríos con la nueva oscuridad. —¿Cómo has hecho eso?

—No lo he hecho —replicó el Espejo—. ¿Te has olvidado de la amenaza a la seguridad tan rápido?

El corazón de Vera iba a la carrera como mil caballos de acero mientras peinaba la estancia. Sólo un rayo de luna tenue iluminaba las esquinas oscuras de la antesala. Un rayo que estaba filtrándose por las ventanas del balcón abiertas de repente.

Vera dejó caer el jarrón y corrió hacia el escritorio mientras que el jarrón se hacía añicos en el suelo. Plumillas sueltas y trozos de papel volaban por todos lados al mismo tiempo que sus dedos rebuscaban desesperadamente por las casillas para encontrar la rivoltella escondida de Madre.

—El segundo cajón de la derecha —repicó el Espejo.

Vera reprimió un gruñido mientras abría el cajón con vehemencia y sacó el pequeño desintegrador. Registró la habitación y el estómago le dio un vuelco.

Una figura crepuscular estaba arrodillada sobre el cuerpo de Madre, con la mano cerca de su garganta. Vera quería chillar, pero apuntó primero, antes de que la figura pudiera ponerse sobre aviso.

La explosión de la rivoltella voló hacia su blanco, pero falló y le dio a una mesa auxiliar en su lugar. Vera soltó algunas palabrotas mientras la figura se incorporó rápidamente y se salió de en medio. Saltó detrás de la chaise longue y Vera fue por alrededor del mueble, con cuidado, con el desintegrador hacia arriba.

—¿Qué más quieres, Jasper? —chilló en la oscuridad. Pero al encontrar la sombra, su sonrisa se encontró en la luz de la luna. Demasiado amplia y alegre para ser la de Jasper.

Disparó otra vez, pero la figura esquivó el tiro como si pudiera de verdad leer sus movimientos y corrió hacia las ventanas abiertas. Vera lo siguió, pero el palanquín ya estaba deslizándose por la cremallera y fuera de su alcance para cuando llegó al balcón.

—¡Elementos sangrantes y despreciables! —seguía lanzando insultos entre jadeos.

Basta de esto. Necesitaba avisar a los guardias, los automaguardas, quien fuese que estuviera aún vivo. Jasper Haddin y sus hombres iban a tomar el control del Castillo.

Se sacudió los pensamientos de jugar a capturar el Castillo con Jasper. Eran niños entonces y era un juego. Ahora era cuestión de vida o muerte.

Vera se precipitó hacia las puertas y afortunadamente éstas se abrieron con un siseo cuando apretó el botón. Los pasillos aún estaban iluminados, llenando la Antesala Escarlata con un brillo aciago.

—¡Espera! —llamó el Espejo—. Llévame contigo.

Vera dudó en una mezcla de curiosidad y rencor. —No te podría llevar, aunque quisiera.

—No esta forma —Su voz estaba cargada de befa—. Mira en los bolsillos de la reina. Encontrarás mi forma de mano.

Vera titubeó en la entrada. Nunca había atado cabos hasta ahora pero el espejo compacto de Madre debía haber sido una extensión del Espejo colgante. Una versión portátil del sistema de vigilancia de la Inteligencia Artificial. Era tentador, pero algo la detuvo. A pesar de la promesa de información exclusiva en la palma de la mano, ella sacudió la cabeza.

Los ojos rojos del Espejo ardían de fiebre. —Está muerta. Ya no me necesita. Mientras que *tú* podrías necesitarme más tarde, sobre todo adónde vas.

Un escalofrío helado le corrió por la columna a Vera bajo la indiferencia del Espejo.

—De esto me ocupo yo —dijo.

Controlando la rivoltella, huyó de la antesala.

◆◆◆

Dos voces discutían a fondo en los pasillos. Vera giró esquinas abruptas, siguiendo su eco con el corazón palpitante. Expiró un suspiro de alivio al reconocer a la Duquesa Amelia y a Basil.

Los insultos volaron al llegar Vera a la alcoba donde la estatua de Ventus posaba con su capa en el aire. El labio superior de Basil, tenso, se curvó a su posición original para mostrar los dientes apretados, al plantarle cara a Amelia. Ella le echó una ojeada por debajo de las pestañas, con una risita burlona suprimida bailando en sus labios. Cortaron de un tajo cuando vieron a Vera.

Ella miró entre ellos, intentando poner sus pensamientos en orden y expresarlos delicadamente. El proceso estaba tardando demasiado, así que simplemente dijo: —La reina está muerta y la banda del Matarreyes está capturando el Castillo.

Se quedaron de piedra. Esperaba la sólita burla para la Princesa Paranoica pero, en vez de eso, sus miradas se encontraron, con un entendimiento tácito dándose lugar entre ellos.

—¿Y bien? —dijo Vera gesticulando impacientemente—. Tenemos que…

Era su turno en quedarse atónita al ver cómo se volvían el uno en contra del otro. Basil desenvainó la espada, levantándola hasta el fino cuello de la duquesa y Amelia sacó un desintegrador de sólo Sol sabe dónde, apuntándoselo directamente a la frente.

Vera tragó. —¿Qué estáis haciendo?

Amelia sonrió como si todo fuera una bromita animada. —¿Se lo quieres decir tú o se lo digo yo?

—Las duquesas falsas primero —Basil arrastró las palabras.

—Con mucho gusto —Amelia giró la cabeza hacia Vera, con el dedo aún en el percusor. Basil no le quitaba los ojos de encima mientras hablaba—. Basileus aquí es sólo leal a una persona: Jasper Haddin.

A Vera se le heló la sangre. Sus ojos volaron a Basil.

Él resopló. —Pensaba que ibas a decir la verdad.

En vez de contestar, Amelia disparó.

Vera chilló y se cubrió la cabeza al salir un disparo, seguido inmediatamente de otro. La espada de Basil silbó al cortar el viento. Vera se apresuró por el pasillo, casi chocándose con el ascensor de cristal. Apretó el botón de un manotazo y tembló hasta que el ascensor hizo bip y las puertas se abrieron. Entró y apretó el botón para la planta baja repetidamente. Las puertas se cerraron despacio y ella suspiró de alivio. Hasta que una mano se metió entre la pequeña rendija de las puertas. A Vera se le paró el corazón.

Aquellos dedos cuadrados y aquellas uñas cortas definitivamente no pertenecían a la duquesa. Vera se metió en la esquina del ascensor mientras que Basil entraba y se apoyaba contra la pared de cristal. El pecho le jadeaba de tanto correr.

Vera mantenía la respiración en intervalos cortos. Su corazón traqueteaba entre cada cambio del contador del ascensor mientras bajaban al salón de baile. Basil lo miraba con una cara sin espíritu, pero incluso su mirada estoica tenía ahora un aspecto diferente. Sus ojos estaban más

afilados, su ceño menos frustrado. El cambio estaba en la mente de Vera. Tardó tres plantas en aceptar que siempre había sido un traidor.

Asió la rivoltella escondida en los pliegues de su vestido. —¿Amelia está muerta?

Basil frunció más el ceño. Las líneas irregulares de su frente se habían movido de sus espacios usuales. —¿En serio te importa?

Vera se encogió en su interior, pero se negó a bajarse del burro.

—¿Y los invitados?

—¿Cómo quieres que lo sepa? No me he movido de aquí.

—¿Qué hora es ahora?

—La una y treinta y cuatro.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando para Jasper Haddin?

— Cuatro años y… —Basil se separó de la pared, con la mano volando a la empuñadura de su espada. Paró cuando vio el desintegrador.

—No te muevas —dijo ella, con el dedo en el percusor.

La impresión se desvaneció rápido de su cara. —¿Te has vuelto completamente loca?

La realidad se le filtró en las venas como si fuera veneno. Basil era un traidor.

—Estabas contestando a la pregunta —dijo.

—¡Porque no paras de acosarme!

—Jasper no me saboteó la plistola. *Tú* me diste un cartucho vacío —Tenía ganas de darse de bofetadas—. Y no me aseguré porque confiaba en ti.

—¿Y de quién es la culpa?

Basil mostró la cara finalmente. Vera vio cada línea delgada de resentimiento.

Aspiró una bocanada de aire. —¿Cómo pudiste?

Sus ojos iban de ella al arma, pero había un rastro de una sonrisita en sus labios. —Me gustaría decir que no es personal, pero eres una Valenledge.

Vera se había esperado que la admisión le doliera, pero sólo una rabia helada le ardía en lo más profundo de su ser. —A pesar de esta traición repulsiva, debería darte las gracias por darme ventaja contra Jasper Haddin.

—De verdad que se te ha ido la pelota —Puso los ojos en blanco.

¿Cómo podía estar tan pancho? Vera puso mala cara. —Te vas a estar calladito y vas a seguir las órdenes por una vez a menos que quieras que haya un Bixby menos en el mundo.

El ascensor pasó a pararse de golpe, haciendo que Vera se tambalease. Se dio contra el panel de los botones y se cayó al suelo. Las luces se volvieron locas, parpadeando y zumbando hasta que se apagaron por completo. El espacio más allá del cristal era de hierro oscuro, el ascensor se paró entre plantas.

Basil gruñó, moviéndose en la oscuridad. Sus movimientos eran demasiado irregulares para seguirlos mientras Vera hurgaba en las capas de su vestido en busca del desintegrador que se le había caído. Sus dedos sudorosos finalmente tocaron el metal y levantó el desintegrador.

—¡Generador en marcha! —ordenó. Las luces de emergencia del ascensor parpadearon y se estabilizaron. Los ojos le tardaron un poco en ajustarse al brillo apenas visible después de la oscuridad repentina.

—La Ira de Sol. ¡Idiotas! —Basil aporreó la puerta del ascensor, consiguiendo sólo mover el cristal reforzado. Se giró, con la cara retorcida, y se dio cuenta de que la rivoltella le estaba apuntando—. Baja ya esa cosa abandonada de Sol.

—Tú a mí no me das órdenes —dijo ella, aún anidada en una montaña de sus faldas beige.

Basil golpeó la puerta otra vez y gimió. —¿Es que no ves que estamos atrapados? Nadie

está usando a nadie para sacar ventaja ahora.

—Yo seré quien decida eso —Vera mantuvo el desintegrador arriba y se levantó apoyándose en la barra.

Un dolor contundente le afloró en las costillas y se tambaleó cayendo sobre la barra. Debía de haberle dado al panel de los botones más fuerte de lo que pensaba. Se agarró el costado, pero no soltó la rivoltella. No que a Basil le importara. Estaba demasiado ocupado dándose de golpes contra las paredes como para darse cuenta. Respirando por el dolor, Vera se enderezó.

—Supongo que te puedo dar las gracias por el apagón, también —dijo ella.

—¿Cómo no? ¡Yo soy el que nos ha encerrado en un ascensor maldito por los Elementos! —Basil echó las manos al aire. Una roncha rosa planchaba las líneas de fruncir el ceño que tenía en el entrecejo—. Son esos imbéciles y su horrible elección del momento oportuno.

Vera tenía cuidado, aún apuntándole mientras apartaba los cables dentro del compartimento del panel.

—Así que admites que están detrás de este apagón. Eso te hace cómplice oficial, Basil —dijo ella.

Llegó adentro del compartimento, con la mano buscando la manivela a ciegas. Basil le dio otro puñetazo a la pared y se cayó contra ella frustrado. Su ceja se movió involuntariamente.

—¿Qué tres demonios estás haciendo?

—Igual tú te puedes quedar aquí provocándote una concusión, pero yo tengo un asesino que localizar —Vera alcanzó la manivela y la arrancó del compartimento, montando las juntas plegables con una mano.

—¿Eso qué es? —Puso los ojos en la manivela mientras Vera fijaba las juntas, poniéndolas en su lugar.

—Nunca te has leído los manuales de emergencia prescritos y se nota —Hizo fuerza para rotar la manivela rígida y oxidada, entonces suspiró y le lanzó una mirada asesina a Basil por encima del desintegrador—. Ven a girar esto.

Se enderezó, pero le hizo mala cara. —¿Qué es?

Vera gimió de rabia. —Es la bajada manual, norteño traicionero malnacido. ¿Quieres salir de aquí o no?

Basil puso mala cara, pero se abrió camino evitando el desintegrador, cambiando de sitio con ella en el espacio apretado. Asió la manivela y apretó los dientes mientras empujaba. La manivela cedió por fin y el ascensor cayó, rebotando después de pararse.

—¡Cuidado! —chilló Vera, corrigiendo su puntería.

—Lo siento —le dijo con desdén—. Déjame que vaya con cuidado mientras me apuntas con un maldito desintegrador.

Pero fue más lento al rotar la manivela esta vez, y el ascensor respondió en forma de pequeñas caídas.

—Tú te lo has buscado, Basil.

Frunció el ceño, tirando aún. —No tienes ni idea de lo que estás hablando, así que cállate antes de hacer más el ridículo.

—Yo no soy la que tiene la frente roja y un miedo incapacitante a las alturas.

—Las alturas no son nada comparadas con estar aquí atrapado con una Valenledge lunática y presuntuosa —Se le dilataron los orificios nasales—. ¿Cómo abrimos las puertas?

—Tú déjame eso a mí —El contador del ascensor marcó la bajada a la primera planta y Vera cogió aire—. Cuando salgamos, me vas a seguir. No voy a dudar en desintegrarte.

—Tienes una puntería horrible.

—Tu pedazo de cabeza es a la vez difícil de perdérsela y convenientemente ausente de su casco homologado por el Castillo.

El contador pasó a la planta baja y Basil soltó la manivela. Vera se las organizó detrás de él, manteniéndole la rivoltella en la cabeza, y apretó el botón dentro del compartimento. Las puertas se abrieron deslizándose y ella instó a Basil a salir primero. Saliendo del ascensor, Vera reprimió un grito de asombro.

Ni una de las almas del salón de baile estaba en pie.

7
BAILE OSCURO

La ola de huéspedes que habían sofocado a Vera antes ahora cubría el suelo como una alfombra macabra. Era más un campo de batalla que un salón de baile y los invitados habían perdido la guerra. Vera peinó cada esquina en la sombra, con los ojos pasando rápidamente por las figuras caídas. Las únicas fuentes de luz eran el brillo tenue del ascensor detrás de ellos y la luz de la luna rebotando de los charcos esparcidos por las baldosas del suelo.

A Vera le pulsaba la cabeza, con las palabras de Jasper haciendo eco entre cada golpe. El panorama bastaba para ponerla enferma, pero las rodillas le cedieron por lo que faltaba. Nada de rizos exquisitos ni abanicos ni brocados relucientes. No había mujeres en el salón de baile.

—¿Dónde están las damas de la corte? —Vera combatió los escalofríos que le dieron en los brazos y dirigió toda su atención - y el desintegrador - hacia Basil.

—¿Eh? —Las cejas de Basil se retorcieron.

—¿Qué has hecho con ellas?

Él dijo enfurruñado: —A mí no me preguntes. No hagas ver que te caían bien.

Vera abrió la boca para pelearse, pero fue interrumpida por un aplauso lento y amortiguado.

Una nueva sombra se materializó en el suelo del salón de baile. Jasper había dejado sus trapos de encarcelamiento por un traje ajustado de piel negra y verde. Su sonrisita triunfante brillaba a la luz de la luna.

—No te acerques más —dijo Vera, tirando a Basil más hacia ella y reforzando su agarre del desintegrador.

Jasper se llevó una mano enguantada a la boca, suprimiendo una risita. —Te dije que no la subestimaras.

—Nos encerraste en un ascensor —Basil rugió y dio un paso adelante, pero Vera tiró de él otra vez y puso el brazo bien para poder mantener el desintegrador apuntado a su cabeza.

—Siempre surgen problemas en los proyectos en equipo, Blade. Pero este no me lo esperaba —Jasper descansó la mano en su mandíbula, dándose golpecitos en la mejilla con un dedo largo—. ¿La has dejado coger un desintegrador?

—Tú eres el que se ha desviado del plan.

Jasper se encogió de hombros. —Me gusta improvisar.

—Callaos los dos —Vera ordenó, girándose hacia Jasper—. Tengo a tu topo. El juego se ha terminado.

Basil se puso rígido mientras ella presionaba el desintegrador en su sien, pero Jasper simplemente se mofaba. Se acercó como un gato negro en la noche y Vera apretó su agarre del desintegrador. Dio un paso atrás, forzando a Basil con ella. Jasper tomó un desvío lento a la derecha y empezó a rodearlos como si tuviera todo el tiempo del mundo. Vera mangoneaba a Basil a su antojo, moviéndose torpemente para mantener a Jasper siempre a la vista, intentando mantener los pies anclados en el suelo mojado.

—Bien hecho, Nix, tienes un rehén —Jasper siguió paseando en un círculo—. Así que dime lo que quieres.

Vera imitó sus pasos. —Te quiero a ti y a tu banda muertos. Quiero que os entreguéis y que

enfrentéis vuestra ejecución en el Pabellón Elemental.

Jasper se estremeció y exhaló. Cambió de dirección y caminó en la otra dirección. —No estoy seguro de que Blade valga tanto.

—Que te despellejen —gimió Basil.

—También —continuó Jasper—. No me creo ni por un segundo que vayas a disparar.

—¿Podemos parar con las malditas vueltas? —se quejó Basil.

—Cállate —dijo ella, empujándolo a su sitio. Comprobó que el cartucho de gas del desintegrador estuviera aún allí—. Este traidor no significa nada para mí.

—Eso me lo creo, pero aun así no dispararás —Jasper se encogió de hombros a media zancada—. Él es lo único que tienes para negociar. Si lo matas, no te queda nada.

De repente paró de andar y dijo: —También está Archer.

Antes de poder procesar sus palabras, una flecha cortó el aire dándole al desintegrador y quitándoselo a Vera de la mano. Se dio cuenta demasiado tarde de que había imitado los pasos de Jasper, llegando a la posición exacta que él quería. Basil le cogió los brazos y se los forzó detrás de la espalda. Ella opuso una resistencia feroz, luchando contra su agarre férreo. Basil le echó una mirada asesina, le tiró de las muñecas y ella se tropezó cayendo sobre él, encontrando que su cuello estaba atrapado en el hueco del codo de él.

Jasper ahogó otra risita. —Chicos, podéis salir ahora. Nix, te presento a Archer, a Hood y a Hunter.

Vera se retorcía en el headlock de Basil en el mismo momento en que unas siluetas se levantaban de entre los cuerpos caídos. Odiaba cómo se agitaba contra Basil, pero no podía hacer desaparecer ese sentimiento sólo con desearlo. Los muy ladrones y asesinos que había pasado años cazando ahora se acercaban desde las profundidades de la oscuridad.

El arquero, Archer, un pelirrojo larguirucho como las descripciones de los testimonios de los testigos. Tenía un arco y un carcaj de flechas en la espalda mientras saludaba despreocupadamente.

Entonces el gigante. Una monstruosidad, más montaña que hombre, dio un paso adelante. Sus pasos tronaron y reverberaron por todo el suelo, su cara completamente escondida por la sombra de su capucha.

Finalmente, otro hombre. Bajo y furtivo, saltó de la nada, con los brazos detrás de la espalda y con una sonrisa de oreja a oreja. Por su sonrisa radiante, Vera lo reconoció como el hombre que se había colado en la Antesala Escarlata.

Jasper asintió, satisfecho. —Ya es hora de todos os conozcáis formalmente.

El brazo de Basil apretó la garganta de Vera mientras ella se batía contra su fuerza bruta. Pero su fuego iba dirigido a Jasper. —¿Qué más quieres? ¡Todo el mundo está ya muerto!

—Esa es una buena pregunta, Nix —dijo él con toda la indiferencia del mundo. Sus ojos se volvieron fríos—. Te has pasado tanto tiempo preguntándote a quién perseguía que ni siquiera pensaste que quizás a quien quiero eres tú.

A Vera le dio un vuelco el corazón al oír las palabras del Espejo gritarle en la mente. Madre ya estaba muerta. Ahora todo era entre Jasper y Vera.

Negándose a agitarse en el agarre de Basil por más tiempo, levantó la barbilla bien alto. El odio era mucho más fuerte que el miedo. Y ella odiaba a estos ladrones mucho más de lo que los temía.

Miró mal a Jasper. —Entonces, ¿por qué estás dudando?

—Porque no estamos solos —dijo él, entonces levantó la cabeza hacia el techo y llamó—. ¡Puede salir ahora! ¡No sea tímida!

Confundida, Vera siguió su línea visual hasta una de las columnas traseras. Al principio, era solo una manecilla delicada que salió, sosteniendo un desintegrador de tamaño no desdeñable apuntando directamente a Jasper. Entonces la falda entera de chifón color melocotón salió de las sombras.

Amelia sacó un segundo desintegrador y lo puso a nivel de Basil.

—No quería interrumpir —dijo ella.

—Usted nunca molesta, Su Excelencia —Jasper sonrió tensamente, con los brazos cerrados sobre el pecho.

El arquero puso otra flecha en el arco y Vera gritó para avisar a Amelia, pero la duquesa ya había disparado un tiro en la dirección del pelirrojo.

—¡Ey! —se quejó él—. ¡Casi me das!

—Eso ha sido sólo un aviso —Se giró para Basil—. Suéltala.

Jasper entrecerró los ojos, pero al final le hizo un gesto con la cabeza a Basil, que soltó a Vera con otro bufido. Amelia se reposicionó rápidamente, cobijando a Vera detrás de ella para que estuviera segura.

—¿Qué haces? —susurró Vera.

—Intentando salvarte —siseó ella.

Jasper simplemente se rió, divertido. —Odio decirle esto, su Excelencia, pero está rodeada.

Amelia hizo una pausa. Entonces una mueca. —¿Qué te hace pensar que vosotros no lo estáis?

Jasper se puso tenso al ver que la oscuridad a su alrededor se transformaba en un círculo, que se estrechaba al dar las sombras un paso a la luz. Vera se quedó sin aliento al ver cómo las damas de la corte los encerraban, aún en sus vestidos de baile, pero armadas hasta los dientes.

Elementos Sangrantes.

—Ah, bueno, nosotros somos sólo cinco y hay bastantes más de vosotras —Jasper dijo dubitativo, dándose la vuelta despacio mientras contaba las damas de la corte guerrilleras—. Igual tenemos que turnarnos, pero estoy seguro de que podemos invitarlos a bailar a todas.

—Pues que empiece el baile —Amelia hizo una pequeña reverencia e inmediatamente disparó hacia Basil y Jasper a la vez.

A Vera se le escapó un grito al ver el salón de baile explotar en una mezcla de pólvora, plasma humeante y acero chocando. Amelia la asió del brazo y tiró de ella para que corriera. A Vera le daba vueltas la cabeza al intentar navegar a través de las extremidades de los invitados tirados por el suelo como si fueran basura. Amelia lo hacía parecer tan fácil, incluso con sus zapatillas de baile puestas y sus faldas masivas.

—¡Venga! —la exhortó Amelia, tirándole del brazo.

—¿Adónde vamos? —Vera casi se tropezó con otra pierna boca abajo.

—¡Menos preguntar y más correr!

Los chillidos y gruñidos llenaban el salón de baile. Los rizos color caoba de Amelia botaban delante suyo mientras Vera intentaba no quedarse rezagada. Estaban corriendo hacia las puertas abiertas del salón cuando algo aterrizó delante de ellas, estrellándose. Vera se sobresaltó y se chocó con la espalda de Amelia mientras que una columna de humo se levantaba del suelo.

—Genial. Tienen bombas de humo —dijo Amelia en un tono de desaprobación—. No lo inhales.

Vera utilizó la parte superior de su falda para taparse la nariz y la boca. —¿Y ahora qué?

—Ahora, nosotras…. —dijo Amelia antes de que una figura se le abalanzara, tirándola al suelo.

Vera dio un salto hacia atrás al forcejear los otros dos en la oscuridad. Amelia le asestó un puñetazo a la mandíbula del asaltante y éste se retiró, pero le dio encerrona justo cuando se estaba incorporando. Ella evitó un golpe de su parte y le asestó una patada limpia en el pecho. El saltó otra vez, luchando con ella y reduciéndola con un headlock.

—¡Se te da bien esto! —dijo él, con un acento en una voz demasiado alegre.

—Años de práctica —contestó Amelia, con la voz cansada.

Vera saltó a la arena, pero Amelia la apartó de un empujón y se agachó, tirando al hombre por encima de sí. El cuerpo del hombre se balanceó en un arco antes de estrellarse contra el suelo. Entonces, Amelia cogió a Vera de la mano y se arrastraron con dificultad hacia las puertas otra vez. Pero ella se estampó contra el suelo cuando el hombre la cogió por los talones. Vera se cayó con ella y sólo pudo observar indefensa como Amelia era arrastrada por el suelo del salón.

—¡Corre! —gritó Amelia.

Vera tosió, sacando el humo de las bombas. Se movió lentamente hacia atrás, vadeando por el suelo hasta que chocó con un cadáver. Se encogió de miedo y tembló, con una respiración incontrolable. El humo era demasiado denso, estropeando la vista del salón. Sólo los ecos de la pelea seguían. Se arrastró de rodillas, palpando en busca de suelo despejado. Tosiendo y carraspeando consiguió vadear los cuerpos y finalmente sintió el mantel de las mesas del banquete. Se agachó debajo de las mesas y espurreó hasta poder respirar.

Correr no le serviría de nada. Vera necesitaba un plan.

Acercándose las piernas, se encogió como una pelota tiesa contra una de las patas de la mesa, haciendo que la frente le cayera con todo su peso sobre las rodillas. Necesitaba tiempo. Necesitaba pensar. Si al menos pudiese pensar, entonces podría…

Vera gritó al sentir como una mano le agarraba el tobillo.

8
EL AMANECER DE LA MUERTE

Una mano suave le tapó la boca a Vera. El grito murió cuando ella vio a Amelia poniéndole mala cara también por debajo de las mesas del bufet.

—Una manera genial de revelar dónde se encuentra, Alteza —Retiró la mano.

—Pensaba que eras…

—Ya lo sé —susurró Amelia.

Ella no dijo nada más mientras se asomó por el mantel. Le goteaba sangre de un corte que tenía en la frente, pero desapareció cuando Vera parpadeó. Sacudió la cabeza. Esas bombas debían de tener propiedades alucinógenas.

Amelia corrió el mantel y asintió. —Esto será seguro por un poquito. Cuando te avise, corre —Se miró el vestido sucio y suspiró—. Por la misericordia de Luna, esto costó una fortuna.

Vera tembló, los brazos aún envolviéndole las espinillas. —¿Por qué haces esto?

Se encogió de hombros. —Todos tenemos nuestras obligaciones, ¿no?

—Ni siquiera te caigo bien.

Los ojos de Amelia se pusieron fríos. —Creo que es al revés. Pero bueno, trepé al poder desde las cloacas. No valgo ni para tacos para escopeta, ¿verdad?

—No es por eso —dijo Vera.

—Ah, ¿no? Dime un noble que te caiga bien.

Vera apretó los dientes. —No me pueden caer bien cuando han tomado tierras y títulos legítimos por derecho. Esos pertenecen a la antigua nobleza, no a vosotros.

—Eso es lo que yo creía —Los ojos de Amelia cayeron en su desintegrador, mientras lo apuntaba como protección al frente de ellas—. Al menos es antipatía política. Me preocupaba no caerte bien porque sé arreglarme el pelo.

Verá frunció el ceño a la sonrisita sardónica de Amelia. —Ese es el problema con vosotras, las damas de la corte. Todo lo hacéis para aparentar.

Su risa era como las notas de un piano mecanizado. —Supongo que estas son las gracias que recibo. Te salvo la vida y continúas odiándome —Su mirada maquillada se desvió con un puchero de los labios—. Siempre me preguntaba por qué Nylora seguía esperando que la quisieras.

—¿Por qué debería hacerlo? —Vera cruzó los brazos—. Destruyó el reino por su propio egoísmo. Todo esto es culpa suya.

—Siempre te ha protegido —Amelia expresó su enfado—. Ha contenido más peligro de lo que tú sabes. Te ha dado tanto tiempo como ha sido posible y todo lo que quería a cambio era un poquito de corazón —Se asomó otra vez por el mantel—. Pero era pedirte demasiado.

Vera se sobrecogió, enterrándose en sus brazos cruzados. Madre estaba muerta y las últimas palabras de Vera fueron la última estocada.

Amelia le enseño los dientes. —¿Qué esperabas, que viviera para siempre? ¿Tener tiempo para despedirte? Ya sabes lo suficiente sobre la muerte. No voy a ser condescendiente contigo.

Toda la culpa que no le había dado a Vera antes ahora le cayó con una sobrecarga pesada. Madre estaba muerta y Vera no la había reconfortado.

—Tienes razón. No me caes bien —resopló Amelia—. Nylora era mi mejor amiga y tú fuiste su mayor desengaño. La única razón por la que te estoy ayudando es porque ella me lo pidió. Fue su último deseo.

Vera intentó y fracasó en hacer otra cosa que vacilar al borde del llanto que nunca llegaría. El Espejo tenía razón, como siempre. Vera no tenía corazón.

Quería empujar las palabras correctas hacia fuera. Quería querer, sentir otra cosa que no fuera rabia o rencor. Pero esas eran las únicas emociones que corrían por sus venas. Buscaba calidez, pero su cuerpo era un témpano, como el de Madre.

Vera era un cadáver viviente.

Se atragantó al respirar. —Yo…

—Prepárate, nos vamos a escabullir —dijo Amelia.

Su tono plano era nuevo para Vera y le sentó como una explosión de escarcha. Amelia se acercó, estirando del mantel trasero.

—Salgo yo primero —dijo ella—. Corre conmigo hacia las puertas. Haré todo lo que pueda por Nylora, pero si caigo, encuentra una manera de sobrevivir.

Vera asintió otra vez, insegura, pero la lealtad ardiendo en los ojos de la duquesa la convenció.

Amelia salió a hurtadillas por detrás. Desde las sombras debajo del mantel, la mirada de Vera seguía el movimiento furtivo de sus zapatillas de baile mientras se hacían camino por el pasadizo angosto. Un paso. Dos.

Entonces explotó un tiro de desintegrador y hubo un gemido antes de que el cuerpo de Amelia se estrellara contra el suelo. Desde debajo del mantel drapeado, la cara inerte de Amelia la taladraba con una mirada vacía. La sangre rezumaba despacio de una herida muy abierta en la frente.

Vera se apretó la mano encima de la boca y jadeó tan silenciosamente como le era posible.

—¡Debajo de las mesas! —dijo una voz robusta desde la distancia.

El corazón de Vera se puso a toda máquina al mismo tiempo que alguien tiraba la mesa del fondo. Las otras traquetearon y ella se puso a gatas, deslizándose en la dirección opuesta mientras los otros volcaban más y más mesas, pero los ladrones la redujeron y voltearon la última mesa justo en el momento en que ella se arrastraba debajo para seguir poniéndose a cubierta.

—Ahí estás —bufó Basil del esfuerzo. El gigante estaba mirando detrás de él.

Vera se lanzó hacia adelante y cogió una botella de sapherly tirada por allí. Para su sorpresa, estaba llena. Se puso de pie, blandiendo la botella como si fuese un bate.

—¡Quedaos atrás! —gritó ella.

Basil le dirigió una mirada asesina, harto de todo. —Ya basta por esta noche.

Se acercó, pero Vera lo golpeó con la botella.

—¡Auuu! —dijo, echando chispas—. ¿Quieres que te acuchille?

Vera se tambaleó contra la pared mientras los ladrones la arrinconaban. Un círculo de criminales que ya habían matado a cada una de las almas del Castillo. El resto del salón de baile estaba en silencio ahora. Las damas de la corte, como Amelia, todas probablemente muertas. El cuerpo de Amelia estaba sólo a unas mesas de distancia, enfriándose por segundos. Madre estaba arriba, probablemente ya víctima del rigor mortis.

Aun así, venían a por la última Valenledge. Todos. Basil, el traidor, el gigante detrás suyo, el arquero quejica, el extranjero bajito y furtivo. Y el peor de todos, el Matarreyes, Jasper Haddin.

Él lideraba el círculo que la arrinconaba, con las manos bien abiertas.

—Ríndete, Nix. Se acabó.

—No se acabó hasta que yo esté muerta —rugió Vera, deshaciendo el alambre del cuello de la botella de sapherly. Tenía un plan. Un plan malo, pero era un plan. Descorchó la botella y el corcho rebotó patéticamente en el pecho de Jasper.

—Venga, Nix. Te tendrás que esforzar un poco más que… —Jasper paró de un tajo al ver cómo Vera se llevaba la botella a los labios—. Engranajes chirriantes, ¿qué estás haciendo?

Por su expresión reacia, Vera sintió que iba por buen camino. Las burbujas le hicieron cosquillas en la nariz al oler el aroma dulce y burbujeante del sapherly envenenado.

—Da un paso para atrás o me lo bebo —dijo ella.

Jasper se quedó helado por un instante, sus ojos preocupados.

—Nix, baja la botella.

—Lo sabía —dijo ella—. Tú no me quieres muerta. Pero prefiero morir a ser tu moneda de cambio.

—¿Moneda de cambio? —el joven arquero rió mientras le daba un codazo en las costillas a un Basil irritado—. Te llamó baza para negociar, pero ella es moneda de cambio.

—Cállate, Archer —rugió Basil. Se giró hacia Vera de nuevo—. No seas idiota. Eso te va a matar.

—¿Y vosotros no? —preguntó ella.

—¡Para nada! —el extranjero habló en su voz alegre. —¡No queremos hacerle ningún daño en absoluto!

Vera puso mala cara. —Tengo un salón de baile lleno de gente que diría lo contrario si pudiera.

Jasper dio un paso adelante y Vera un paso atrás. Aún tenía la botella cerca de los labios.

—Nix… —empezó.

—¡Para de llamarme así!

Él tomo aire profundamente. Por una vez, sus ojos estaban débiles.

—Vera. Por favor, baja eso. Te prometo que no te vamos a hacer daño.

A pesar de la situación, y probablemente por locura, vera se rió una vez. El Espejo siempre había tenido razón. Más de una muerte estaba planeada para esta noche y la de Vera estaba entre ellas. Sentía la muerte deslizando su dedo gélido por la columna de ella. Había tenido la esperanza de escapar, pero podía aceptar la muerte con sus propias condiciones.

—Ese es el problema de mentir, Jasper —dijo ella—. Acabas creyéndotelo.

Y se llevó la botella a los labios. Alguien chilló, pero el chillido fue amortiguado por los pasos fuertes de Basil al lanzarse hacia adelante.

Un destello de acero en la luz de la luna. Vera gimió y dejó caer la botella. Se despedazó, con el veneno encharcando las baldosas del suelo.

Otro grito. El de Jasper.

Y entonces Basil sacó la espada del vientre de Vera. Ella casi no sintió como la había traspasado, pero vio la sangre. Sangre borrosa de su estómago. De su boca. El suelo daba vueltas hacia arriba y directo a su cara; una ancha apertura helada y vacía, lista para engullirla. Se rió otra vez.

La sensación de caer. La sensación de fracasar.

Jasper Haddin había ganado.

◆◆◆

A Jasper se le cortó la respiración en el pecho. Todo lo demás murió cuando Vera tomó aire hondo, ronco y cargado de sangre en el suelo del salón de baile. Él dio media vuelta y se limpió los ojos violentamente mientras el tiempo prestado seguía escurriéndose.

Por la primera vez esta noche estaba lívido. No se acordaba de la última vez que la rabia había bombeado a través de sus venas. Sólo fue a peor cuando vio a Basil limpiando la espada en un mantel arrugado.

—¡Blade! —aulló Jasper—. ¿En qué tres demonios estabas pensando?

Blade hizo una pausa, sobresaltado por tono alto anormal de Jasper. La boca le formó una línea profunda de frustración y se encogió de hombros a la defensiva. —Deberías darme las gracias. Estaba potencialmente a punto de matarse ella misma.

—¿Y no podías pensar en una táctica más persuasiva? —dijo Jasper, fuera de sus casillas.

Blade le enseñó los dientes. —No se puede custodiar a un prisionero sin miedo.

—¡Ella no tenía que ser prisionera en ningún momento! —exclamó Jasper, con las manos volando por doquier.

Blade refunfuñó. —De nada.

Jasper bramó, recurriendo a andar para controlar los nervios.

—Al menos, será más fácil de transportar —dijo Archer sin ayudar—. ¿No, Hood?

La voz tranquila de Hood añadió: —Supongo…

—Ésa no es la cuestión —dijo Jasper, recubriendo sus pasos—. Se supone que tenemos que protegerla.

—Esto la protegerá más de lo que sea que había en ese sapherly —dijo Blade—. ¿Es que no ves que estamos prácticamente en medio de un cementerio?

—¡No empieces conmigo! —dijo Jasper con un dedo acusatorio—. No tenías por qué traspasarla con tu estúpida espada.

Blade se cuadró de hombros. —Es una reliquia familiar. Pertenecía a mi tatara-tatara-tatara…

—Ya lo sabemos, Blade. Hace ya cinco años que lo sabemos —dijo Jasper con un suspiró cansado. Era inútil pelearse con aquel montón de resentimiento impaciente y sediento de sangre.

Blade se quejó. —Y ella la ha manchado toda de su sangre Valenledge.

—Consejito —dijo Jasper levantando las manos—. Eso suele pasar cuando apuñalas a alguien.

—¡Dijiste que la sacáramos viva! —se defendió Blade—. No sabemos qué tiene ese bebistrajo de quinta. ¿Qué más querías que hiciera?

—¡*No* matarla!

—Tú eres el que cambió de planes —Blade se estiró hasta su altura completa, encapotado —. ¿Qué ha sido esa chorrada de la maldita bomba?

—Quería que evacuase el salón de baile. Sabía que se las apañaría —Cruzó los brazos, con los hombros rígidos contra los lóbulos de las orejas—. Pensé que eso lo facilitaría.

Blade ladró una risa amarga y gesticuló por la sala de baile destrozada con la espada.

—De verdad un golpe de genialidad. Lo único que sacaste fue volverla más volátil —Le acercó lentamente la punta de la espada a Jasper—. Estaba dispuesta a morir por ti.

Jasper se enfureció. Eso era verdad y lo odiaba.

Suspiró, pellizcándose el puente de la nariz. —Muy bien, Blade —Se puso derecho y se atrevió a echarle un vistazo rápido a Vera y a la sangre estancándose alrededor de su cuerpo. Se

dio la vuelta otra vez, espeluznado—. Pero ¿cómo esperas que expliquemos esto?

Puso los ojos en blanco. —Estoy seguro de que ya he perdido mi trabajo. No creo que sirva de mucho explicar nada.

—¡Eso no es a lo que me refería y tú lo sabes! —dijo Jasper.

La sonrisa antinatural y amplia de Hunter encendió un brillo de luz nervioso en sus ojos. —¿Igual lo entiende?

Jasper resopló. —No lo hará.

Blade se encogió bruscamente, limpiando la espada una vez más.

—Al menos nos lo pasaremos bien viendo cómo le dices la verdad.

Jasper se dio la vuelta. —¡La verdad no era parte del plan!

Pero Blade ya se estaba yendo. —Nos vemos en el escondrijo.

Jasper apretó los dientes y gruñó cuando ya había desaparecido.

—¿Por qué narices se me ocurrió hacer que se uniera a nosotros?

—No lo sé —Se encogió Archer—. Él ya estaba cuando nos unimos.

—Desgraciadamente —Jasper asintió y exhaló. Se volvió al resto del equipo—. Hood, llévala al escondrijo. Archer, Hunter, seguid y aseguraos de que ella esté bien. Yo me ocupo de lo demás.

Tomo una bocanada de aire, apartando la mirada mientras Hood recogía el cuerpo lacio de Nix. Ella no lo entendería. Nunca podría. Pero él no se podía preocupar por eso ahora.

Quedaba todavía una noche larga. Él averiguaría la verdad antes de eso.

Quizás.

9
FÁBULAS Y LOCURAS

Sol, la personificación del fuego, el patrón de Caddelinn, y el Elemento de la Casa Valenledge, miraba fijamente a Vera desde arriba.

Entreabrió los ojos con la mirada borrosa y los detalles del dosel pintado de la cama se hicieron nítidos. Las llamas del pelo de Sol lamían los contornos de su cara sin quemar. La determinación rugía en los dos trozos de carbón que tenía por ojos. Asía su lanza llameante, preparado para matar a quien fuese en su camino y levantaba su antorcha bien alta, listo para liderar a sus seguidores hasta la victoria.

Si tan sólo fuese real. Si tan sólo cualquiera de los Elementos lo fuese.

Vera se dio la vuelta con un gemido suave, su cuerpo quejándose de varios puntos doloridos. Un adormecimiento que no se iba le agobiaba la mente y las extremidades. Tomó una bocanada de aire larga y ávida como si fuese la primera vez que respiraba.

Entonces se percató.

Los latidos del pecho ascendieron a un dolor que irradiaba a cada milímetro de su cuerpo. Se sentó en la cama extraña, en un enredo de sábanas y de las faldas a jirones de su vestido. Los pulmones seguían tomando aire como si lo hubiesen necesitado una eternidad. Demasiado despacio, el cuerpo de Vera se despertó del largo sueño no reparador. Pero el dolor y la confusión brotaron en ella al recordar la noche anterior. El apuñalamiento. Y la inmensa oscuridad impenetrable que siguió.

Pensaba que había muerto, fracasado. Y, sin embargo, aquí estaba.

Una risita suave zumbó en la habitación.

Jasper estaba echado hacia atrás en una silla, a dos pasos de la base de la cama de postes. Con un equilibrio precario sobre las patas traseras de la silla, había puesto sus largas piernas encima de una mesa y un libro grueso yacía abierto en su regazo. La luz de la lámpara de lectura hacía que su piel brillara como oro deslustrado. Un mechón de pelo negro le caía sobre el ojo oscuro mientras se apretaba una mano en la boca para contener otra risa.

Vera se levantó de la cama, con las rodillas débiles no respondiendo bien, su pulso un desastre de latidos. Las piernas lucharon contra las sábanas y las enaguas y se cayó encima de uno de los postes de la cama.

La única puerta se encontraba más allá de Jasper y cualquier cosa que pudiese tirarle estaba fuera de su alcance. Habiéndose quedado sin ideas, se aferró al poste y lo miró furiosa.

—Bienvenida de vuelta al mundo de los vivos, Nix —dijo él finalmente—. Mi batín te queda bien.

A Vera le daba vueltas la cabeza de todo lo que estaba intentando procesar, pero la mirada persistente de Jasper le hizo arrancarse la bata de seda verde. La tiró a la cama y aterrizó en pliegues de motivos de lunas crecientes.

—Te prometo que está limpio —Jasper bufó, pero su mirada fija todavía se cernía sobre ella.

Vera la siguió hasta la parte delantera de su vestido, donde una mancha enorme de sangre seca formaba un círculo alrededor de una rotura en su corpiño. Se le paró el corazón al palpar la

piel sólida y uniforme detrás de la rasgadura donde la espada de Basil la había cortado a través del estómago. No había rastro de ninguna herida.

Le sobrevino una ola de náusea.

—Por eso pensé que el batín era mejor, pero tú decides —Jasper se encogió rígidamente, pasando una página del libro grueso que tenía en el regazo—. No hay ni que decir que el hecho de que te murieras no era parte del plan.

El cuerpo de Vera se debatía entre la adrenalina palpitante del peligro y el peso plúmbeo del sueño. Su mente se negaba a procesar sus palabras a la vez que un montón de preguntas le pasaban a toda máquina por ella - *¿Qué estás tú haciendo aquí? ¿Qué hago yo aquí? ¿Qué quieres? ¿Por qué está muerto Padre? ¿Madre? ¿Amelia? ¿Cómo puedes vivir contigo mismo? ¿Cómo es que estoy viva?* - hasta que nada le salió de la garganta excepto un graznido.

—Deberías tomártelo con filosofía —dijo Jasper lentamente—. He oído que morirse no es…

—No estoy muerta.

—Ya no. Por suerte para mí.

Vera sacudió la cabeza como respuesta a su mueca. Estaba intentando volverla loca y no le iba a funcionar. Había visto sangre en la frente de Amelia. Sangre que no había estado ahí. Aquellas bombas de humo obviamente llevaban algún alucinógeno, que es la razón por la que Amelia la avisó de que no inhalara el humo. Vera, en su pánico, había estúpidamente tragado demasiado humo. Eso explicaba el adormecimiento, la pesadez plúmbea en sus extremidades, su mente turbulenta tanto ahora como en los momentos en los que había perdido el conocimiento. Las delusiones de muerte.

Jasper dejó caer las piernas de la mesa y se sentó, apartándose el pelo del ojo. Le hizo gestos para la otra silla de la mesa.

—Venga, toma asiento.

—¿O qué? —masculló ella.

Jasper arrugó la cara. —O estarás … ¿de pie?

Jugó con la esquina de una página mientras Vera lo mataba con la mirada. Un acto tan pequeño, tan modesto, como si no fuesen esos mismos dedos los que le habían clavado una daga en la espalda a Padre o envenenado el sapherly o incluso apretado el percusor contra Amelia. A Vera le dio un vuelco el estómago. Olía la sangre de la duquesa como si estuviera salpicada en las paredes de la pequeña habitación.

—Lo haremos a tu manera, entonces —Jasper tiró el libro y se puso de pie, yendo para adelante para salvar la distancia entre ellos.

El primer impulso de Vera fue dar un paso atrás, pero luchó contra él, incluso mientras se dejaba ir del poste. Sólo el libro estaba entre ellos y Jasper lo sostenía en alto para enseñarle la portada. De la encuadernación de piel salía una cursiva dorada y desgastada - *Fábulas y cuentos del Hogar*.

El muy tarado estaba leyendo un libro de cuentos.

—He pensado que podríamos leer uno de mis favoritos personales —dijo serenamente, pasando las páginas. Cuando encontró la que buscaba, le dio un toquecito al libro—. Una Bella Dama, ¿te acuerdas de ese?

Alzó los ojos del libro con una pequeña mueca y Vera apartó todos los posibles recuerdos que intentaban rascar una salida a la superficie. Esto era obviamente un preludio a otra amenaza, pero ella no podía encontrar ninguna amenaza razonable en las páginas de un libro de cuentos. Incluso Jasper Haddin era incapaz de hacer que *la muerte por mil cortes de papel* sonara

amenazante.

—Ya pensaba yo que no —dijo él, volviéndose al libro. Su ceja se anguló con una nota de decepción—. La Bella Dama, una belleza legendaria que podía vivir generación tras generación por lo que ella consideraba un precio muy pequeño. Un corazón.

No alzó la mirada esta vez, en vez pasó el dedo por los bordes intrincados de la página. Vera todavía no había pillado la amenaza. Y estaba demasiado cansada. Tenía la mente demasiado adormecida.

—¿Por qué me has traído aquí? —preguntó ella.

—Bueno, porque… —La escaneó rápidamente con los ojos y la esquina de su boca subió hacia arriba—. Tú eres un poquito Bella Dama por propio derecho, también.

Él la cogió por el brazo en el mismo momento en que una palma abierta volaba hacia su cara. El libro ni siquiera se bamboleó en su otra mano.

—Eres un canalla —dijo ella, recuperando su brazo con agresividad.

—No era un cumplido, Nix —Se inclinó más cerca, hincándole el libro en el estómago. Vera intentó apartarlo empujándolo, pero él lo soltó, dejándole el tomo pesado en las manos—. Tú eres una Bella Dama. Tu madre es una Bella Dama. Amelia es una Bella…

—Madre y Amelia están muertas —Vera cerró el libro con un golpe, deseando que la cabeza de Jasper estuviese entre las tapas—. Tú las mataste.

—Ja. Ojalá que estuviesen muertas —Gimió suavemente y se frotó el espacio entre las cejas —. No has escuchado ni una palabra.

—Madre murió del veneno y yo vi la herida de la explosión justo a través de la cabeza de Amelia.

Él se dio toquecitos en las sienes. —*La cabeza* es la palabra clave, Nix. No se puede matar a una Bella Dama así, ¿recuerdas?

A Vera se le atascó la respiración en la garganta. Con las narices prácticamente tocándose, ella podía ver cada brillo de locura en sus ojos. Jasper siempre había sido excéntrico. Había traído muchas cosas con él de Cesam, pero sobre todo bagaje emocional, trauma infantil y cuentos de magia. Cuando era joven, ella había disfrutado con los cuentos y sólo ponía los ojos en blanco cuando él juraba que eran de verdad. Ella no había discutido tanto con él. Era un niño.

Pero ahora era un hombre hecho y derecho. Uno peligroso.

Tenía tanta sangre en las manos. Él pensaba que ella era algún monstruo legendario y había matado a Amelia sólo por eso. ¿Qué le haría a Vera?

Él soltó aire despacio y encorvó los hombros. —Sabía que no me creerías, pero valía la pena intentarlo —La pesadez se desvaneció de sus ojos y se sacudió los hombros—. Bueno, ahora pasamos al Plan B donde yo te digo que esto es un secuestro y tú puedes ahora tomar el rol del rehén argumentativo.

El libro pesado temblaba en la mano de Vera. Debería haber sentido terror, una desazón fría en el estómago o sangre helada por las venas. En vez de eso, estaba furiosa.

Él se apoyó otra vez en los talones y se dio la vuelta bruscamente, con las manos detrás de la espalda.

Se distanció andando, diciendo: —Vamos a establecer algunas de las reglas de la casa. Nada de armas, nada de armas improvisadas. Por favor, no toques las antigüedades. El desayuno se sirve a las…

Vera le tiró el libro a la cabeza. Lo golpeó con un porrazo profundo y él gimió al caerse. Vera no le dio tiempo a levantarse, volteándolo antes de que recobrara el equilibrio. Le inmovilizó las muñecas, arrodillándose a los dos lados de sus caderas. Y entonces-

Entonces… No supo qué hacer. Quería cogerle la cabeza y estrellársela contra el suelo repetidas veces, pero dudaba que con la alfombra debajo eso tuviera algún efecto. Así que se sentó estrangulándole las muñecas, su próxima movida completamente en blanco.

Jasper parpadeó unas cuantas veces, aturdido. Su boca tembló, extendiéndose a una mueca. —Me muero de la curiosidad de adónde vas con esto, pero ten por seguro que tienes mi consentimiento entusiasta.

—Estoy intentando matarte —Vera luchó contra el bochorno. Él no era nadie para hacerle sentir vergüenza. Su agarre se intensificó alrededor de las muñecas hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Cada fibra de su ser le instaba a que lo finiquitara justo ahí.

El pecho de él rebotó unas cuantas veces al ahogar una risa.

—Tómate el tiempo que necesites. No tengo ninguna prisa para morir y… —Miró fijamente al techo, con las mejillas sonrojándose—. No puedo decir que no estoy disfrutando con esta posición.

Ella gruñó y le apretó los hombros con violencia, levantándose de prisa. Él seguía riéndose mientras ella se hacía para atrás, chocándose con un poste de la cama. Ella no podía quitarse de encima la repulsión que le reptaba por la piel.

—¿Por qué siempre se termina todo lo bueno? —Jasper se sentó perezosamente, soltando las últimas sobras de una risita. Se quedó allí un buen rato, apoyando un codo en la rodilla, mirándola. Vera lo fulminó con la mirada hasta que él suspiró, se levantó y se sacudió la ropa.

Apoyándose contra la puerta, su voz se suavizó en melancolía. —Te he echado de menos, Nix.

Vera se clavó las uñas en los brazos. —Yo he echado de menos a mi Padre.

La mejilla le hizo un movimiento involuntario, una esquina de su mueca fallida. —¿Estás diciendo eso porque me odias o porque quieres que diga que yo no fui?

—Sé que fuiste tú —Vera lo había aceptado hacía mucho tiempo—. Lo único que no sé es por qué. ¿Te pilló robándole a Quintillius? ¿Tuviste que silenciarlo?

Sus ojos estaban sólo un poquito más pesados al frotarse el mentón. —Si te sirve darle un sentido a la muerte de Cerasos, entonces sí. No es como que cambia nada.

La garganta de Vera le quemaba de ácido. Le dieron arcadas, pero no salió nada. Encauzó la bilis y la rabia abrasadora a los ojos y lo miró con desprecio.

—No me puedes retener aquí —le dijo entre dientes.

Jasper tuvo la decencia de evitar su mirada fulminante. —Sólo van a ser tres días, Nix. Cuatro como mucho.

—Me escaparé, aunque sea lo último que haga.

Él sacudió la cabeza al girarse hacia la puerta. —El Castillo te quiere muerta. Si te escapas, te puedo garantizar que sí es lo último que harás.

10
HUNTER

Vera no durmió más. No había registra-tiempo en la habitación. Nada de ventanas. Ninguna manera de saber qué hora era en la penumbra. No tenía ni idea de si era mañana o noche, si había pasado una hora o un mero minuto.

Después de comprobar el pomo de la puerta con la esperanza descabellada de encontrarla abierta, se desplomó contra la pared. El libro de fábulas estaba en el suelo donde se había caído después de rebotar del cráneo de Jasper. Se sentó allí, con el libro abierto encima de su falda a jirones, queriendo arrancar las páginas. Recurrió a tirar el libro contra la pared en lugar de lo primero. Contra el guardarropa. Contra los postes de la cama. Lo tiró, entonces se arrastró para recogerlo y tirarlo otra vez.

Un chillido salió de algún sitio en el vacío fuera de la habitación y ella podía jurar que era la voz de Basil. Le hizo tirar el libro aún con más fuerza, esperando que le impidiera dormir. Al final las páginas se doblaron y se señalaron, pero el lomo cosido a mano las mantuvo en su lugar. Paró cuando le dolieron los brazos de tanto tirarlo.

Había un vestido negro en el guardarropa con una cola sencilla y una larga ristra de botoncillos en la parte delantera. Era de buena calidad. Probablemente robado. Lo tiró en una silla y se hundió en la cama.

Sol la miraba fijamente desde arriba y ella lo maldijo. Y a Luna. Terra. Ventus. El Arzobispo Quintillius. El General Ashton. Madre. Jasper. Basil. Quizás si maldecía lo bastante, al final se arrullaría hasta dormirse. Pero su mente zumbía con una mezcla de miedo y rabia.

El brillo en los ojos de Jasper la perseguía. Cuando había dicho *Bella Dama,* cada sílaba brillaba en sus pupilas. Él lo había creído. Eso es lo que más la aterrorizaba. Intentó librarse de todos los horrores que él pudiese haber enfrentado en los Desiertos. Jasper era un niño problemático cuando había llegado a Caddelinn, pero ella no había sabido cuánto. Él siempre se había quedado entre la salvación y la perdición. ¿Cuánto había sido necesario para quebrantarlo?

Bella Dama.

Se rió por la nariz. Jasper pensaba que ella era una Bella Dama. Una criatura bonita, una muerta viviente, acechando la tierra en pos de los corazones de sus hijas. Las mentiras eran la peor trampa hacia la delusión. Mentiras como las que Madre se contaba a sí misma. Mentiras como las que Quintillius les vendía a sus menguantes feligreses. Mentiras como el Rey Mago, Rosebridge, los Elementos.

Mentiras como a las que Vera se había aferrado durante tanto tiempo. Le dolía recordar los meses que había esperado para que Jasper volviese. Para explicar, para jurar que no había sido él. Para prometer que el asesinato de Padre por su mano era un malentendido o una conspiración. Las semanas que había imaginado a Padre entrando de vuelta en el salón, vivo. Lleno de color. No blanquecino y sangrando en la Catedral. No pudriéndose en el mausoleo.

Hacía mucho tiempo que había parado de creer en mentiras. Y en historias juntamente con ellas, ya que las historias eran sólo un tipo más enrevesado de mentira. Más largo, con más aventura. Más tentador.

Pero a Jasper siempre le había ido la tentación. Comida o juegos o historias. Mentiras. Se

había familiarizado tanto con ellas que estaba perdido en su locura tentadora. Si él pensaba que Vera era una Bella Dama, que Madre y la duquesa eran Bellas Damas, igual lo habían convencido de que Padre era un dragón o un hechicero malvado. Sin duda, alguna criatura terrible. Y Jasper era un héroe, salvándolos a todos de su reinado maligno.

Padre. Vera se echó la mano al bolsillo y le dio un vuelco el estómago. Su máscara de baile estaba aún ahí pero el anillo del sello de Padre y su caja protectora de terciopelo habían desaparecido. Desmanteló la cama, lanzando almohadas y sábanas. Rebuscó en cada cajón de las mesillas de noche y del guardarropa. Arrodillándose, peinó el área de debajo de la cama. Nada. El anillo había desaparecido y no había manera de saber si lo había perdido en el salón de baile o si Jasper se lo había quitado mientras ella estaba inconsciente. Si fuese lo último, él nunca lo confesaría, mucho menos lo devolvería.

Exhausta, Vera se desplomó en la cama. Le ardían los globos de los ojos, un leve dolor de cabeza pulsando contra ellos. Se quedó despierta y maldijo. Y deseó tener el Espejo. La única inteligencia que, a pesar de ser artificial, no podía mentir. Le había avisado de que se lo llevara. Ella se había negado y se había mantenido firme en su decisión. Así y todo, aunque nunca se lo confesaría al Espejo, echaba de menos su presencia. Su contribución. Sus, a menudo, tonterías mecánicas malintencionadas. Recordó sus palabras: *Un juego cruel del destino, juégalo con conocimiento.*

Y lo haría. Mientras le quedara un respiro, lucharía.

◆◆◆

Vera recurrió a contar sus latidos. Era una manera quijotescamente irregular de contar el paso del tiempo pero, estimando que los latidos regulares de un adulto iban de 60-100 latidos por minuto y que el corazón de Vera estaba haciendo unos golpes secos y latiendo con la fuerza como para salírsele del pecho, ella concluyó que cada 100 latidos era como un minuto.

Llevaba 32 minutos contados cuando una llamada deseosa a la puerta hizo que ésta traqueteara. Se quedó mirando fijamente desde su sitio en la mesa como si de alguna manera pudiese ver a través del acabado de la madera, los cables de cobre y los marcos de la puerta interiores al otro lado, para vislumbrar al llamador.

Otra llamada animada, seguida de una voz alegre. —¿Su Alteza? ¿Puedo entrar?

Vera bufó. Sabía que era el eraywyniano por el acento. Quien fuera que fuese este ladrón, pronunciaba algunas palabras exactamente igual que Alys.

—Entra —No tenía ninguna duda de que lo haría igualmente. Al deslizarse las puertas abriéndose ella se frotó la tensión de la frente.

—¡Buenos días, Alteza! —el eraywyniano - ¿Hunter? - entró a paso tranquilo, acarreando una bandeja de color arena que dejó delante de ella.

Vera parpadeó al ver la pila precaria que había en la bandeja: tazas, una tetera, platos para las tazas, platos normales, cucharas, un azucarero, una jarrita de leche, un plato de queso y tostadas, y un soporte para pasteles con un bizcocho cubierto de limón confitado. Ella no podía desentrañar cómo él había conseguido hacer caber tanto en una sola bandeja, mucho menos llevarla. Su mirada se posó sobre el cuchillo puesto convenientemente detrás del bizcocho, pero apartó la mirada cuando él empezó a llenar las tazas.

—Dicen que el desayuno es la comida más importante del día —cantó él—. Aunque a mí

me gusta la comida especialmente. Aun así, no sabía si preferías un desayuno dulce o salado, así que te he traído los dos. Aunque… —Sus ojos color ámbar flaquearon al servir el té sin mirar—. No serás intolerante a la lactosa, ¿verdad?

Vera no contestó al presentarle él una taza perfectamente servida, sin una gota derramada. Se preguntó si mataba sin derramar una gota de sangre y apartó la taza y el platito.

—Vaya, lo sabía. Tú eres de demitaza —Sus ojos decayeron un poco mientras se servía su propia taza—. Yo tengo que evitarla, o me subo por las paredes. Demasiada cafeína y, bueno, yo…

—Si piensas que voy a comer o beber una sola cosa que venga de vosotros después de la escenita del baile, estáis locos —Vera no tenía hambre. Se había estado reconcomiendo el estómago de los nervios toda la noche. Se echó para atrás en la silla y calculó las posibilidades que tenía de alcanzar el cuchillo o de salir corriendo para la puerta. Demasiado pocas por ahora.

—Es una pena. ¡La Hojaluna es mi favorita! —Hunter se sentó, cruzándose de piernas y tomó un sorbito rápido de su taza. Hablaba rápido y emocionado como si estuviese tomando el té con una buena amiga—. Pero tengo otras mezclas. Negro Imperial, Valeriana, Desayuno Gelsh. O si quieres una demitaza, puedo…

—¿Qué persigues lograr con esto, ladrón?

Hunter se quedó helado, su taza flotando justo por encima del platito, entonces se avergonzó.

—Se nota demasiado, ¿verdad? —Sonrió culpable antes de inclinarse hacia adelante—. Soy un gran fan, Alteza. Llevo años siguiéndola en la Crónica Caddelinniana.

Vera puso cara de mala uva. Era raro cuando la Crónica soltaba un par de líneas sobre ella y era sólo para burlarse. ¿Estaba intentando meter el dedo en la llaga?

—Además —continuó, todo sonrisas—. ¡Está usted a punto de pedirle matrimonio al Príncipe Alys! Eso nos hace casi compatriotas. Ha sido un gran tema en Eraywyn durante años. ¿Una tostada?

Le ofreció el plato de rebanadas tostadas y queso.

Las manos de Vera permanecieron rígidas en su regazo.

—Salado no, entonces —Hunter devolvió la tabla de quesos a la mesa—. Pero seguro que no dice que no al pastel.

Levantó el soporte para pasteles en vez de la tabla de quesos y le puso un plato y una cuchara delante. Entonces le dio la vuelta al cuchillo y sostuvo la hoja, ofreciéndole el mango.

Vera vaciló. Claro que era sólo un cuchillo de pastel, no más afilado que un cuchillo para mantequilla. Pero ¿en serio le estaba dando la posibilidad de cogerlo?

Él levantó las cejas, abriendo los ojos como platos. —¿Nada de pastel? —Se aclaró la garganta con otra sonrisa—. Bueno, disculpe mis modos. Me estoy muriendo de hambre.

Levantó los hombros como en un pícaro secreto compartido mientras bajaba el pastel y cortaba un trozo considerable, usando el cuchillo para llevarlo a su plato. Le proporcionó una sonrisa mayor, empujándole el cuchillo otra vez.

—Venga, se lo merece. No ha comido nada en medio día.

Vera aceptó el cuchillo y él asintió de modo alentador, cogiendo una cuchara y poniéndose a comer. Él levantó la mirada con una mueca de satisfacción después de llevarse una cucharada a la boca.

Vera se levantó y le puso el cuchillo en el cuello.

Hunter miró a la pared de atrás y engulló el bocado de pastel.

—Estaba esperando un desayuno que no terminase así.

—Me vas a llevar a la salida —dijo ella despacio.

Él soltó una risita agitada y se retorció en su asiento. —Es que de verdad no tengo permiso para hacer eso.

—¿A ti te parece que me…?

—¡Nix!

Vera se quedó pasmada. La última vez que había oído aquella voz fue… ¿hacía unas horas? Mantuvo el cuchillo en alto, incluso cuando se giró hacia la puerta. Hunter no se movió por lo que podía ver por el rabillo del ojo, pero Jasper…

Jasper estaba en el umbral, vestido con un chaleco azul oscuro y pantalones. Tenía las mangas de la camisa blanca reluciente arremangadas hasta los codos de una manera perezosa y llevaba una cartera en bandolera sobre el pecho, que le colgaba al lado. A pesar de la máscara de Luna colocada en su pelo peinado hacia atrás, llevaba un parche negro sencillo sobre su ojo oscuro.

La sorpresa se le desvaneció de la cara, una sonrisa tomando su lugar. Quitándose el parche, dijo: —Te agradecería que no amenazaras a mis amigos. Les he asegurado que este es un espacio seguro para ladrones y escoria de cualquier género, edad o condición social.

Vera no bajó el cuchillo.

Hunter rió animadamente. —Sólo estamos hablando, Nox.

—Parece que la heredera no está de acuerdo contigo.

Vera presionó el filo del cuchillo más cerca de la garganta de Hunter.

—Exijo que me soltéis.

Jasper puso los ojos en blanco. —Hunter, quítaselo, ¿me haces el favor?

Vera retiró el cuchillo, pero se encontró sólo con un puño vacío. Hunter ya lo tenía por el mango, chupando el glaseado de limón de la hoja con unos ojos felizmente entrecerrados. La mirada de Vera pasó de su mano vacía al eraywyniano. ¿Cómo se lo había quitado tan rápido?

Jasper suspiró, moviendo las caderas hacia el marco de la puerta.

—Nix, por favor, no me hagas repetir las reglas de la casa. Ya es bastante difícil hacer que todos los demás las respeten —Se rascó el cuero cabelludo debajo de la máscara—. Los gemelos y yo salimos. Hunter, Archer y Hood te harán un tour. Pórtate bien.

—Te odio —ella escupió.

—Créeme que lo sé —Miró un registra-tiempo de bolsillo.

Vera dio un paso atrás al ver la cimera reluciendo en la tapa - el registra-tiempo del Conde Faulkner. El mismo que había guardado en su tesoro escondido hacía tantos años. El mismo que había prometido devolver. No tendría que haberle dolido. Ella sabía lo que era Jasper.

—¡Chicos! —Jasper se guardó el registra-tiempo en el bolsillo y cruzó los brazos.

Unas pisadas ligeras hicieron eco antes de que dos caras pálidas aparecieran en el marco de la puerta. Gemelos. Gemelos del Este. Una cabeza estaba cubierta de pelo liso negro y unos ojos oscuros se paseaban bajo unas gafas de carey. La otra miraba hacia arriba desde unas robustas gafas de protección de cobre, con la cabeza enmarcada en pelo blanco. No podían tener más de quince años.

A Vera se le revolvió el estómago. Jasper estaba entrenando a niños.

Ignorándolo, les preguntó a los gemelos: —¿Por qué estáis aquí?

Le dirigieron una mirada perfectamente sincronizada y compartieron una sonrisa, pero no le contestaron.

Jasper se rió, apoyándose contra la pared. —Los gemelos no hablan.

—¿Por qué? ¿Es que les cortaste la lengua?

Jasper se burló, sacando la lengua entre su mueca mientras que sacudía la cabeza.

—¡Nox no haría eso nunca! —Hunter se ofreció a explicar—. No sabemos por qué Shadow y Shade no hablan, pero tienen un valor incalculable en nuestro trabajo.

—Vosotros no trabajáis, vosotros cometéis crímenes —contestó Vera tajantemente—. No debería sorprenderme que el trabajo de menores esté entre ellos.

—Intento no dejarles quedarse despiertos después de su hora de acostarse —dijo Jasper tranquilamente, poniéndose el parche otra vez—. No nos esperéis despiertos —añadió con un saludo y desapareció por el pasillo con los chavalillos.

Vera estaba paralizada. Descansó contra el guardarropa, intentando procesar la tarde. La mañana, como ella suponía que era. Nada tenía sentido.

—¿Lista para ver el lugar? —Hunter sonrió desde su asiento.

—Cállate —gruñó ella.

—Ay, madre —Se encogió al ir a por la tetera otra vez—. Me recuerda usted tanto a Blade a veces.

—No me compares con ese réprobo.

—No me atrevería, Alteza —dijo él, su sonrisa volviendo a la vida al sorber de su taza.

11
LADRONES

—¡Está aquí arriba! —Canturreó Hunter, rodeando otra esquina del laberinto de los ladrones.

Vera se arrastraba penosamente tras él, con su sentido de la orientación ido desde hacía un buen rato por el tour interminable.

Archer trotaba entre ella y Hunter, tropezándose con los mocasines a cada pocos pasos. El carcaj entero que llevaba a la espalda se chocaba con su arco con cada tropiezo. Miró hacia atrás a Vera con una sonrisa agradable y las luces brillantes de los pasillos realzaban su figura larguirucha y sus facciones juveniles. No era tan joven como los gemelos, pero era ciertamente aún un adolescente.

Vera lo ignoró y miró hacia atrás a la figura imponente que se arrastraba despacio detrás de ellos. No había visto nada de la cara del gigante debajo de su capucha gris oscuro, ni había oído su voz. Era poco más que una montaña silenciosa y descomunal que hacía que Basil pareciese una muñeca de trapo en comparación.

Una esquina de su capucha se movió repentinamente como si hubiese levantado la cabeza. Vera tragó saliva, volviendo a mirar hacia adelante.

Siguió a Hunter y a Archer por otro enredo de pasillos. Apretó los dientes al ver el cuadro del globo aerostático - una visión familiar enloquecedora. Esta era la tercera vez que pasaban por delante. ¿Es que iban dando vueltas en círculo?

—¡Ya estamos! —Hunter paró al lado de unas puertas que le sonaban a Vera—. El arsenal.

Abrió las puertas y Vera se rezagó, observando la estancia sin aventurarse en su interior. Espadas y desintegradores colgaban en las paredes como una amenaza tácita. Había escudos muy trajinados y pedazos de muñecos de entrenamiento yacían en el suelo. Una pirámide extraña de bolas metálicas estaba apilada en una esquina y la armadura homologada por el Castillo de Basil colgaba con orgullo de un maniquí en otra.

—Aquí guardamos las armas —dijo Archer.

—Ya sé lo que es un arsenal —Vera apretó los puños y apartó la mirada.

Un silencio sepulcral flotaba sobre el grupo hasta que Hunter rápidamente cerró las puertas, diciendo: —¡A lo siguiente!

Saltó a guiar al grupo una vez más, señalando cada cuadro por el camino. Vera se hizo una nota mental del arsenal, esperando poder alcanzarlo más tarde. Hasta que tuviera un plan, estaba atada de pies y manos y necesitaba absorber toda la información que le fuera posible.

A Hunter le gustaba hablar y su acento atacaba los nervios ya frágiles de Vera. Pero, a pesar de los chismes tontos, él se había mostrado dispuesto a responder a la mayoría de sus preguntas. Había descubierto más sobre la banda de Jasper durante el tour de lo que lo había hecho en los últimos cinco años.

Había siete ladrones, no cinco como el Castillo había asumido durante tanto tiempo.

Los dos extras eran los gemelos imperiales, Shadow and Shade. Según Hunter, nadie podía decir si sabían hablar. Shadow, el chico del pelo blanco con las gafas de protección, era el mecánico y autor intelectual responsable de desactivar los automaguardas y de hackear el sistema de seguridad del Castillo. También manipulaba todos los controles de seguridad que no hubiese

destruido Archer. Su hermano, Shade, el del pelo negro y gafas era el médico residente. A Vera no le cabía en la cabeza cómo la banda podía poner la guerra tecnológica y las emergencias médicas en manos de dos quinceañeros, pero Hunter ponía las manos en el fuego por ellos.

Por entonces, él también decía que Hood y Archer eran primos y Archer lo corroboraba con el corazón en la mano, intentando y fracasando en poner su delgado brazo por encima de los hombros del gigante.

Separar la verdad de la ficción se estaba convirtiendo en una tarea imposible. Cuánto más hablaba Hunter, más sospechaba Vera que era un excelente manipulador. Jasper era muchas cosas, pero sabía cómo escoger a sus aliados. Hunter parecía hablar libremente, pero andaba de puntillas felizmente cuando se trataba de sí mismo.

—No entiendo la tensión entre Caddelinn y Eraywyn —dijo de pasada, paseando por otro pasillo idéntico—. Quiero decir, ¿por qué pelear? Somos parientes, después de todo. Sí, yo nací en Eraywyn. Me gustan los descuentos y las naranjas y los partidos de batebol como a cualquier eraywyniano, pero Caddelinn tiene un lugar especial en mi corazón. Me siento en casa aquí.

Vera resolló. —Más que robar en Caddelinn, supongo.

Hunter soltó una risita. —¡No esté tan segura! Los Fortescue-Arlingtons tienen una corte pudiente. Aunque no importará en unos cuantos años, con esa alianza entre usted y el Príncipe Alys —Él suspiró prolongadamente—. No sabe usted cuántos niños están llorando ahora mismo. El príncipe Alys es una figura popular y más adolescentes que no tienen una copia de su retrato colgando en sus habitaciones. Ah, y estoy seguro de que Caddelinn siente lo mismo por su heredera.

Vera le puso cara de disgusto. —No me hagas la pelota.

—¡Ni se me ocurriría, Su Alteza! —La sonrisa intensa de Hunter no vaciló y empezó a caminar de espaldas para mantener el contacto visual con Vera—. A mí me gusta mantenerme al margen de los matrimonios políticos y esas cosas. Sólo una vida sencilla para mí, gracias —Se asintió a sí mismo y señaló un retrato de la hermana de Alys, la Princesa Astra de Eraywyn. Sin dejar de respirar, Hunter se embarcó en una clase de cómo Eraywyn celebraba el Festival Elemental y de cómo mucho más fastuoso se había convertido en la última década.

Vera se rezagó e hizo una mueca de desdén mientras él seguía hablando. Archer interrumpió pronto, con un movimiento de la mano.

—¡Venga, Hunter! Que no quiere oír hablar de eso —Se despeinó los rizos pelirrojos, haciendo una mueca—. Vuelve a Astra. ¿Está prometida, también?

Hunter titubeó, aparentemente no molesto con la interrupción.

—Creo que Eraywyn está en negociaciones, pero no sé demasiado al respecto.

—Igual Vera lo sabe —Archer la animó—. ¿Alguna información privilegiada que deseas compartir?

Le clavó el codo en el costado en un gesto de familiaridad sin pensarlo - un gesto demasiado familiar.

—Échame una mano —Archer le guiñó el ojo, sin darse cuenta o sin importarle. No se encogió ante la mirada de Vera. Estaba a punto de darle otro empujón otra vez cuando ella retrocedió, chocándose con el gigante detrás suyo. Alejándose de los dos, Vera fue con cuidado para tapar el roto del corpiño de su vestido a la vez que alisaba sus faldas manchadas de sangre.

—Eso a ti no te importa, ni a mí —le escupió a Archer—. Y no te dirijas a mí de esa manera.

Archer levantó las palmas de las manos. —¡Ufff, perdón! ¡Qué sensible!

Hunter dio un paso adelante, moviendo un dedo suavemente en señal de desaprobación. —

Ya sabes lo que dijimos. Sólo formas correctas de tratamiento.

—Oy, ¡pero Nox puede hacer lo que le dé la gana!

Vera se enfadó. —Y está bajo busca y captura por ser un regicida maníaco. No es el modelo a seguir al que aspirar.

—Tú no sabes a lo que yo aspiro —Se burló Archer, sacando el arco y poniéndole una flecha—. También buscaban a Robin Hood.

Vera aplanó la espalda contra una pared del pasillo mientras él hacía volar la flecha. Fue a dar al techo, con la punta incrustándose entre dos cornisas. Vera se quedó boquiabierta. La flecha no podía haber aterrizado allí sin cálculos precisos.

—¡Archer! —El tono regañón de Hunter era aún divertido—. Ya conoces las reglas, nada de disparar en casa.

Archer balbuceó, pero guardó el arco mientras Vera respiraba fuerte contra la pared.

Locos. Todos ellos.

—¿Y qué hay de Alys? —preguntó Archer, frotándose la barbilla. Miró a Vera de reojo—. ¿Vas en serio con él?

Vera casi se atragantó al separarse de la pared. —¿Perdón?

—Archer, no.

Vera se sorprendió al escuchar la vocecita suave detrás suyo. No había nadie, excepto el gigante, cuya capucha enorme se movía como si estuviese sacudiendo la cabeza.

—¡Vale, vale! —dijo Archer, metiéndose las manos en los bolsillos—. Sólo le estaba preguntando.

La mano de Vera se estaba formando en un puño cuando la sonrisa emplastada de Hunter la encontró otra vez.

—Si me hace el honor de seguirme —dijo él.

Se fue y Archer detrás suyo, impávido. Vera le echó una miradita al gigante que no se inmutó hasta que ella dio un paso adelante a regañadientes.

◆◆◆

El pasillo se abrió a una estancia grande, abarcando dos plantas, y Vera se encontró en el nivel del altillo, divisando una extensión de sofás y sillones.

—Esta es la estancia central —dijo Hunter contento antes de subirse a la barandilla y deslizarse por la escalera rápidamente. Se rió hasta llegar abajo antes de bajarse de un salto y hacer una voltereta en el aire. Aterrizó en la planta baja con un ademán ostentoso, para el aplauso de los otros dos.

Vera sólo miró fijamente.

—¡Venga, bajad! —les exhortó desde abajo.

—Si insistes… —Archer siguió, montándose en la barandilla detrás de él. Bajó un poquito antes de caerse y de darse con cada peldaño en el camino abajo. Le salieron volando las flechas del carcaj y aterrizó estrellándose y rodando con un gruñido.

Hood tomó aire profundamente detrás de Vera, pero ni se movió ni habló cuando Hunter corrió a ver cómo estaba Archer. Dándole la vuelta, Hunter examinó sus extremidades y asintió con satisfacción.

—Todo irá bien —dijo Hunter—. Pero tienes que aprender a mantener los talones rectos.

—Auuu… —Archer gimió y se levantó del suelo.

Hunter le hizo señas a Vera para que bajara, pero ella se quedó como una estatua en el entresuelo hasta que la enorme palma de Hood le indicó que procediera. Bajó las escaleras, evitando las flechas desperdigadas con cuidado. Aunque suaves, los pasos del gigante hacían que los peldaños detrás suyo crujieran e hicieran eco en el amplio espacio y Vera era perfectamente consciente de dónde estaba.

Y con quién.

Pero su sistema estaba saturado. El corazón le latía con impaciencia y ansiedad. Le dolían las piernas después de explorar el escondrijo laberíntico durante horas. Se hundió en un sofá de la estancia principal, apartándose el pelo de la frente sudada.

Los tres ladrones encargados de custodiarla se juntaron despacio a su alrededor. Archer se dejó caer con despreocupación en un asiento, estirando la espalda con varios gemidos y gruñidos. Hood se sentó con indecisión al borde de un gran sillón, tomando tan poco espacio como le era posible. Hunter se quedó de pie como un artista de la farándula delante de ellos, gesticulando hacia las columnas y jarrones y dando discursos detallados de sus orígenes y descripciones.

Vera siguió su presentación vagamente, con los ojos deambulando hacia el techo altísimo sobre ellos. La estancia tenía de todo - jarrones, columnas, asientos, cuadros - pero aún ninguna ventana.

—¿Estamos bajo tierra? —Cortó a Hunter mientras hablaba, interrumpiendo un monólogo vigorizante sobre cómo subían los precios de las naranjas en Caddelinn.

Hunter le parpadeó y ella le preguntó: —¿Cómo construisteis este sitio?

Él soltó otra risita. —Ahora nos halaga usted, Su Alteza. Nosotros no construimos nada. Este es el búnker del Arzobispo.

Los dedos de Vera se pararon de golpe mientras intentaban desenredarle el pelo. ¿Quintillius tenía un búnker? ¿El Arzobispo famoso por condenar el ascenso de la tecnología?

—¿Por qué tendría él que tener un búnker? —preguntó ella.

—Por si hubiera una guerra mecánica o química o disturbios —respondió Hunter como si fuera obvio—. El Arzobispo y su congregación se hospedarían aquí.

Vera se rió por la nariz, echándose para atrás en el diván. Observó el búnker masivo con nuevos ojos. Esto tenía que abarcar al menos una cuarta parte de la ciudad a menos que de verdad la hubiesen mareado en círculos una y otra vez. Incluso el Castillo carecía de un búnker de seguridad en caso de guerra. Quintillius se iba a enterar. Demasiados impuestos y donaciones habían ido a pagar este desenfreno, especialmente para hospedar a ladrones en el confort máximo. No era de extrañar que Vera no los hubiese encontrado nunca. Este lugar estaba escondido hasta de los registros y mapas de la Caddelinn subterránea.

Vera se estremeció. ¿Qué profundidad tenía?

—¿Le gustaría continuar? —Hunter preguntó y Vera se dio cuenta de que él había estado esperando en silencio por una vez.

Se frotó la frente. —¿Cuánto más hay?

—Esta es la estancia principal. Hemos visto el arsenal, la biblioteca, la mayoría de los dormitorios. Todavía tenemos la sala de estar, el salón, los cuartos de baño de los invitados… —Hunter iba contando con los dedos—. Aunque igual no llegamos a todo, porque tengo que volver a la cocina pronto. Blade se pone cascarrabias si comemos demasiado tarde.

Vera se encrespó al oír el nombre de Basil, pero se quedó callada. La cabeza aún le nadaba horas después de despertarse. Las preguntas que había espantado seguían empujándole el peso encima. Tenía que concentrarse. Cuando volviera Jasper, no podría escaparse. La búsqueda de

información, su rabia contra Quintillius, la ilusión de la muerte desvaneciéndose lentamente. Tenían que esperar. Escapar era la prioridad y necesitaba un plan. Algo útil. Algún sitio útil.

—¡No olvides la sala de juegos! —añadió Archer.

Vera se enfureció profundamente. —¿Tenéis una sala de juegos?

Esta vez, Archer sí que se sobresaltó. La mirada de Vera debía de haber sido peor de lo normal.

—Eh … ¿Es porque es muy divertido? —excusó Archer.

—¡Venía con el búnker! —dijo Hunter rápidamente—. Pero no necesitamos visitarla si no estás interesada.

Él buscó en su memoria. —¿Qué tal la tecno-enfermería? A los gemelos no les gusta que entremos y a Craney tampoco… ¡Pero es muy interesante!

Vera sintió un hormigueo en la columna al oír hablar de los gemelos. Si eran de verdad mentes maestras de la mecánica y de la medicina, algo en su espacio tenía que ayudarla a escapar. Intentó disimular el interés mientras le hacía gestos desdeñosamente a Hunter.

—Bien —dijo ella—. Guía tú.

12
LA TECNO-ENFERMERÍA

—¡Aquí está la tecno-enfermería! —anunció Hunter, abriendo la puerta doble—. Se supone que tienen que ser dos dependencias, pero los gemelos no quieren oír hablar de separarse bajo ningún concepto, así que tuvimos que juntar la enfermería y el centro tecnológico.

Vera fisgoneó en la ridícula habitación. Estaba claramente dividida por el medio en dos espacios. El izquierdo era clínico y completamente blanco, como la enfermería del Castillo. Dos camas estaban allí, envueltas en sábanas blanqueadas y divididas por unas cortinas impecables. Jeringas, bisturíes y pequeñas botellas cubrían una mesa de trabajo detrás de las camas.

La otra parte, cruda y mecánica, era una pieza de maquinaria masiva y una silla giratoria. Teclados de cobre con teclas redondeadas y varios instrumentos que Vera reconocía de la oficina de seguridad del Castillo. Botones y palancas cubrían la pared, intercalados con fotografías a todo color colgadas en tablones de corcho. A Vera le dio comezón en la columna al ver la máquina entera de FILIred enchufada en la esquina. No sólo eso, sino que los muy bribones tenían una VoxBox instalada en la pared contigua a la FILIred. Eso era tecnología pública robada. Los ladrones tenían acceso especializado a toda la información pública de Caddelinn y, si Shadow era de verdad diestro en hackear, todos ellos tenían acceso a la información privada, también.

Vera se acercó al lado mecánico, pero paró rápidamente cuando un graznido estridente hizo eco en toda la habitación. Saltó hacia atrás al oír el chillido, haciendo frente, de repente, a una pequeña grulla posada sobre una jaula abierta. La grulla la miraba fijamente, con las plumas de punta como pinchos, con el pico amenazando atacar.

Hunter intervino, dándole al ave una palmadita en la cabeza. —Te presento a Craney, la grulla enana de los gemelos. Es maja pero no precisamente amigable.

Vera no se atrevió a moverse bajo los ojos oscuros de la grulla.

—¿Por qué está fuera de la jaula? Eso no es higiénico.

Vera se sobresaltó al chillido fuerte de la grulla. Hunter le murmuró mientras le acariciaba el largo cuello.

—No pasa nada, Craney. Es una amiga —Se volvió a Vera—. A Craney no le hacen gracia los extraños en su espacio. O, ehh, Blade tampoco.

El animal se le lanzó a la mano y Hunter se separó de su pico como un cohete de rápido, con la punta del dedo sangrando. Se chupó el corte y se rió.

—¡Genial, Craney! ¡Me has pillado! —Rebuscó en su bolsillo y le tiró un puñado de semillas. La grulla cogió algunas de las semillas en el aire y se puso a devorar las que estaban esparcidas por el suelo. Vera aún dudaba.

—No te preocupes —dijo Hunter. —Te dejará tranquila. Puedes mirar.

Vera le echó una mirada cínica, pero caminó alrededor del pájaro bajo los gestos alentadores de Hunter. Se aseguró de que la grulla estuviera aún picoteando las semillas felizmente antes de dirigir su atención a las fotografías colgadas en la pared. Mostraban las verjas del Castillo, las mazmorras, el salón de baile. Vera se quedó parada al reconocerse en una de las fotografías. Alys estaba cerca mientras ella intentaba alcanzar la alarma de incendios, con

el pánico retorciéndole la cara. Pánico que Jasper había causado.

Y estos ladrones habían ayudado.

Le temblaron los brazos al apartar la vista de las fotografías y sus ojos aterrizaron en la FILIred. La máquina no estaba oxidada o quebrándose como las de todas las cabinas públicas de la ciudad. Esta parecía nueva de fábrica. Lo que significaba que o la habían robado de alguna instalación nueva o la habían fabricado partiendo de cero.

Fuese como fuese, las manos de Vera se formaron en puños. Desde aquí, el chico imperial de pelo blanco tenía una vista a vuelo de pájaro de la ciudad entera, de cualquier puesto de control que quisiera. La calle principal, las plazas y las plazoletas, el Castillo mismo… Vera rechinó los dientes. Sacudió la cabeza, reprimiendo las ganas de matar a un adolescente, y anduvo hacia el lado de la enfermería.

Archer y Hood estaban aún fuera de la puerta, mirando cómo la grulla picoteaba las semillas. La mirada de Hunter deambulaba alrededor con desinterés, pero Vera sentía sus ojos incluso cuando no la estaba mirando. Ella le echó una mirada de pasada al instrumental médico, intentando mostrar el mismo interés en todo pero sus ojos se fueron hacia las botellas. Eran lo típico: desinfectante, ungüentos, solución salina…

Somniflex.

Sus ojos se centraron en el frasco inmediatamente. El Somniflex era un tranquilizante oral potente que se utilizaba en operaciones para mantener al paciente sedado. Ella recordaba los efectos por una operación de vegetaciones que le habían hecho cuando era más joven. Había investigado el tranquilizante en profundidad antes de la cirugía para conocer los posibles riesgos, pero no tenía sabor ni olor. Ella se había quedado dormida durante todo el calvario y horas después.

Era perfecto. La manera ideal de poner fuera de combate a los ladrones guardas y escapar antes de que Jasper y los gemelos volvieran. Sólo tenía que asegurarse de poder metérselo en el bolsillo sin que Hunter o los demás se dieran cuenta.

Cogiendo un termómetro de aspecto inofensivo, Vera fingió interés mientras mantenía la tapadera de la vigilancia del Somniflex. Como sospechaba, Hunter estuvo justo detrás suyo en un plis-plas.

—Disculpe, Su Alteza, pero… —Su sonrisa se ensanchó de manera incómoda—. Shade es muy particular con su instrumental. No le gusta que nadie lo toque.

Se hizo un poco más pequeño ante la mala cara de Vera. Ella dejó el termómetro, pero inmediatamente cogió un estetoscopio en su lugar.

—A mí no me gusta estar aquí contra mi voluntad —dijo ella—. Estoy segura de que todos podemos llegar a un acuerdo.

El soltó una risita como un susurro, rascándose nerviosamente detrás de la oreja. —Cierto, cierto. Los desinfectaré después. No se dará ni cuenta.

Ella pasó completamente de su desasosiego, probando el estetoscopio y poniéndose la campana debajo de la clavícula. Se sobresaltó al oír el traqueteo repentino en los oídos.

—Este está roto igualmente —dijo ella, tirándolo y cogiendo un martillo para las rodillas. Los dedos meticulosos de Hunter realineaban los instrumentos después de que Vera los fuera dejando.

—¿No le gustaría ver otro sitio? —preguntó él.

—Hunter, tengo una pregunta —Vera se giró, poniéndose entre su campo de visión y los frascos.

Una sonrisa de alivio. —¡Pregunte usted!

—Tú no me pareces un ladrón. ¿Cómo te involucraste con Jasper Haddin?

—Es una buena pregunta —Los ojos de Hunter se fueron para el techo, pero no por el tiempo suficiente para que ella agarrara el Somniflex—. Honestamente, no es la línea de trabajo que buscaba. Cuando me fui de Eraywyn, quería ser panadero o carpintero. Ya sabe usted, algo sencillo. Pero terminé cayendo…

Él vaciló.

—¿…Con la compañía equivocada? —preguntó Vera.

—No, de un precipicio —dijo como si de repente recordara de lo que estaba hablando.

Ella parpadeó. —¿Disculpa?

—Iba montando por la costa, cerca de la bahía, cuando mi caballo de acero empezó a chisporrotear. Se fue galopando para el precipicio. Gracias a Luna que logré agarrarme a unas raíces de un árbol o ahora estaría muy ahogado —Sonrió ampliamente, con los ojos perdidos en un recuerdo enternecedor.

Vera titubeó. —No entiendo cómo…

—¡Estaba colgando en el aire, así! —Hunter interpretó la escena con el cuerpo, aferrándose a una raíz imaginaria y gritándole al océano invisible más abajo. El espectáculo distrajo a Vera al principio, pero, recogiendo sus pensamientos dispersos, deslizó una mano por detrás suyo y se hizo con el frasco. Hunter giró la cabeza hacia ella justo en el momento en que se metía el Somniflex en el bolsillo.

—¿Qué pasó después? —Ella se enderezó, esperando que su entusiasmo no pareciera artificial.

Si Hunter se dio cuenta, su cara no lo dejaba entrever en lo más mínimo. Él dijo: —Después, oigo una voz gruñona diciendo: *¿Quién es el cretino que está chillando?* Y Nox y Blade aparecen y me subieron. Para pagarles el favor, juré ayudarlos como pudiera. Ellos me ofrecieron un lugar en su equipo y el resto es historia.

Vera ya había perdido interés en la historia, pero oír hablar de Jasper y de Basil le daba urticaria. Levantó una ceja. —No me creo ni por un segundo que Jasper Haddin y Basileus Bixby te salvaran de despeñarte por un precipicio.

Hunter se llevó la mano al corazón con fuerza. —¡Es la verdad de Ventus! Por eso me uní a ellos. Se veía que eran buena gente.

Vera puso los ojos en blanco. ¿Cuánto le había pagado Jasper para que vendiera ese cuento? Ella dijo: —La gente buena no traiciona, ni secuestra ni mata.

Hunter hizo un gesto de dolor antes de que su sonrisa tiesa volviera con refuerzos. —Bueno, la Heredera de Caddelinn no debería tampoco intentar llevar a cabo una ejecución personal e ilegal de un criminal indefenso en las mazmorras, pero todos tenemos nuestros puntos bajos.

Vera se movió hacia atrás como si él la hubiera golpeado. Toda la malicia de sus palabras no se veía en su sonrisa, pero las puntas de sus dientes estaban marginalmente más afiladas que antes.

Ella sacudió la cabeza. —Estaba intentando evitar una tragedia.

—Igual es lo que está haciendo Nox, también.

Vera tragó saliva para bajar el ácido que tenía en la garganta y apretó los puños antes de soltarlos otra vez. ¿Cómo se atrevía Hunter a compararla con Jasper? El autoengaño era una de las cosas que daban más miedo en el mundo.

—No voy a discutir esto contigo —dijo ella, asegurándose que el frasco de Somniflex estaba aún en su bolsillo—. Has dicho que no te interesaba la política, así que no te dejes pillar en el medio de la contienda.

La sonrisa de Hunter era casi honesta otra vez. —¡Pues mejor que nos vayamos a hacer la comida, entonces!

Vera lo siguió afuera, evitando cuidadosamente la grulla damisela. Los otros dos ladrones fueron con ellos de camino a la cocina.

Era una locura, pero Vera tenía un plan y poco que perder. Para cuando terminaran de comer, o los ladrones que la custodiaban estarían fuera de combate o ella estaría en peligro.

Especialmente cuando apareciera Basil.

13
SOMBRAS AL SOL

Para cuando Jasper se dio cuenta, ya hacía mucho tiempo que los gemelos se habían ido. Habían desaparecido en las festividades del arcoíris del Festival Elemental, dejándole a él arrastrando los pies solo por las calles a rebosar. No le importaba. Shadow y Shade sabían cómo no meterse en problemas. Al contrario de Jasper, que decidió chocarse con el hombro de alguien mientras andaba.

—¡Ey, ves con cuidado! —gritó el hombre desde detrás de su máscara de Sol súper colorida.

Jasper puso su mejor acento Cesami y se inclinó para esconder las partes de la cara que la máscara de Luna no le cubrían. —Lo siento tanto, no soy de aquí.

—Hmm —El hombre se alejó, demasiado molesto para darse cuenta de que la cuerda de su monedero se estaba aflojando. Jasper se dedicó a sí mismo una risita al deslizar la pesada bolsa dentro de su propia cartera y girar la esquina antes de que el hombre se diera cuenta de que le habían robado.

El tañido de los laúdes juguetones y las notas ricamente cantadas por un grupo de bardos llenaba la calle, superando los chillidos entusiastas de los mercaderes que vendían pretzels de fuego, galletitas saladas de las que petan en la boca y chupitos refrescantes de mora en salmuera. A cada segundo o en cada tercer puesto un vendedor enmascarado vendía su mercancía, algunos más estafadores que otros. Aunque no había ninguno tan deshonesto como el Matarreyes que andaba entre ellos.

El Festival Elemental era la única semana del año en la que Jasper podía pasearse tranquilamente por cualquier calle de Caddelinn sin que lo reconocieran. Ya era bastante difícil ser birracial, no digamos ser el Matarreyes. Sus ojos de color diferente no ayudaban tampoco. Normalmente se tapaba el oscuro con un parche, lo que lo ayudaba a no llamar la atención, ya que la mayoría de la gente Cesami tenía ojos verdes intensos. Incluso aunque el parche pudiese llamar la atención, era de gran ayuda. Los ciudadanos caddelinnianos eran más propensos a apartar la mirada tan pronto como vieran a alguien con una herida o una incapacidad y Jasper definitivamente se aprovechaba de ello.

Así y todo, estar siempre huyendo y escondiéndose era agotador. Eso era en parte la razón por la que le encantaba el Festival Elemental. Un parche debajo de una máscara Elemental y era casi invisible en la multitud de turistas que invadía Caddelinn. La mayoría de los años deambulaba perezosamente por la capital, absorbiendo las actuaciones, saboreando los placeres, y ganándole a los timadores en sus propios juegos astutos. Hoy, sin embargo, no tenía ese lujo.

Las campanas repicaron, sus sonidos metálicos resonando por la ciudad. Jasper confirmó la hora en el registra-tiempo de bolsillo de Faulkner y bufó. Con este gentío, nunca llegaría a la plaza a tiempo para el anuncio del Castillo. Bueno, había intentado ser un ciudadano mayoritariamente respetable, pero era hora de tomar su ruta usual.

Como era de esperar, las literas de la línea-cremallera estaban también a reventar. Aproximadamente una docena de personas esperaban en fila para utilizar la primera que encontró Jasper. Pero había una solución fácil para eso. Sólo gritando *¿Ese no es Nox, el Matarreyes?* en

un callejón bastaba para fuese hacer que la gente aligerara el paso en la dirección contraria o inspirarlos a que se arremangaran y encontraran a ese sinvergüenza.

Jasper se contuvo la risa hasta que la cola se dispersó, entonces se metió en el transportador de cremallera y tiró los tres cobres del pasaje en la ranura para las monedas. Cuando el sistema de la polea levantó la litera en el aire, él sacó un destornillador de su cartera y desmontó la ranura, recuperando sus tres cobres y otros nueve que habían dejado los pasajeros anteriores. Nunca había pagado un pasaje en las líneas-cremallera y no iba a empezar a hacerlo ahora.

La litera se alzó completamente y el mecanismo pasó a la línea-cremallera. Jasper miraba por el pequeño ojo de buey al empezar el viaje lento hacia la plaza. Caddelinn estaba inundada de rojos, azules, verdes, blancos, amarillos y todas las tonalidades intermedias. Pero el brillo usual de los trajes estaba atenuado por las bandas negras en los brazos de todos. A pesar de las festividades, Caddelinn estaba de duelo.

Se decía que la reina Nylora estaba muerta. Se decía que el Matarreyes la había asesinado. Jasper quería tener una pequeña charla con el reportero de la Crónica Caddelinniana que había escrito ese artículo. Si Jasper hubiera realmente matado a Nylora la noche pasada, seguro que se acordaría. Sorprendentemente, él era inocente de este crimen en particular, pero eso no significaba que Nylora estuviese viva. Él no tenía ni idea de lo que pasó después de irse del Castillo y no le extrañaría nada de Amelia que hubiese sido ella misma quien la mató. Podrían compincharse todo lo que quisieran, pero las Bellas Damas no confiaban las unas en las otras.

Sería tan simple si fuera verdad. Si Nylora estuviese muerta, Jasper no tendría que decirle nada a Nix. Ella podría volver a darle caza y Jasper sería libre de… Bueno, permitírselo.

Por eso dudaba. Era demasiado bueno para ser verdad.

A pesar de las bandas negras obligatorias, la gente seguía bailando y cantando como si no creyeran que su reina estaba muerta. O no les importaba. Estos días, un monarca era como cualquier otro.

Excepto Nix. Pero ellos eso no lo sabían.

La litera pasó por una de las puertas de la torre, trayendo a Jasper al distrito central. Los edificios empezaron a hacerse más altos, transformándose en torrecitas puntiagudas al irse acercando a la Plaza Rex Magus. Jasper se apoyó contra el ojo de buey, mirando fijamente los globos aerostáticos y los dirigibles navegando a través de las nubes blancas y suaves. Respiró por los dientes. Nunca había estado tan hasta el cuello. Lo que se hizo, se hizo, pero… ¿Podía ser todo verdad?

Ninguna otra cosa podía explicar el horror indescriptible en la cara del rey Cerasos el día que murió. Nada podía justificar el acto vil que manchó las manos de Jasper, pero la cara del rey, anudada en un grito silencioso seguía allí cada vez que Jasper cerraba los ojos.

Él sacudió la cabeza, ahuyentando el recuerdo a golpes de parpadeos. Hoy diría si todo era verdad. Una parte de él deseaba que todo fuese una mentira. Él podría cargar con la culpa de lo que había hecho, pero había visto la mirada en los ojos de Nix cuando él se lo había intentado explicar. Ella ya no sólo lo odiaba, ahora le tenía miedo. Y Jasper no estaba seguro de poder soportar ese peso en vano.

Ella había intentado matarlo, después de todo. Si Basil no le hubiera dado un desintegrador vacío, el cráneo de Jasper estaría lleno de plasma caliente. Eso aún dolía, a pesar de cuánto lo escondía. A pesar de cuánto sentido tenía, era un aguijón que no podía quitarse de encima. Sobre todo, porque Jasper se lo merecía.

La próxima puerta de la torre se acercaba y Jasper abrió la puerta de la litera, tomando bocanadas frescas de aire para despejarse la cabeza. Se esperó hasta estar lo suficientemente

cerca, agarró el marco de la puerta y se lanzó a la torre. Aferrándose a la veleta del tiempo, se estabilizó mientras la litera continuaba su lento descender vacía, con la puerta abriéndose y cerrando. Se bajó la torre y aterrizó en la cumbrera del tejado siguiente. Corrió por las tejas hasta que una de ellas se soltó y se salió debajo de sus pies.

Jasper salió rodando para abajo por el lateral del tejado inclinado. Estiró el brazo, cogiendo la tubería del desagüe justo a tiempo de evitar caerse por completo. Unas cuantas tejas más le llovieron encima y subió trepando al tejado otra vez mientras maldecía. Escondido detrás de una chimenea, esperó no haber llamado demasiado la atención. Forzó sus músculos a calmarse mientras recuperaba el aliento. Los nervios le estaban ganando la partida. El aviso de la Reina de Los Ladrones le hacía eco en la mente:

Pierde la cabeza y perderás la vida.

Su madre nunca se cansó de decírselo. Siempre estaba segura de que él acabaría muerto en algún momento. Visto que Jasper ya había jurado dar su vida por esto, el concepto no le molestaba. Permanecer vivo lo suficiente para verlo terminado era lo que contaba.

Fue haciéndose camino con estabilidad por las crestas de los tejados, hasta que la Plaza Magus Rex se abrió delante suyo. Desde las azoteas, la ciudad se veía aún más abarrotada.

En el medio de la plaza, justo al lado de la estatua del Rey Mago, el Castillo había instalado un escenario donde algunos autosiervos estaban montando un micrófono de cobre robusto. Algunos guardias aquí y allá vigilaban el área y los automaguardas estaban haciendo sus rondas usuales, aunque había definitivamente más que el típico sonsonete en el aire.

La muchedumbre era espesa y ruidosa al salir la gente del Castillo, de la catedral, de las tabernas y te todas las tiendas cercanas. Algunos ciudadanos habían incluso tomado asiento en los peldaños del Pabellón Elemental sólo para ver lo que iban a anunciar. A Nix le hubiera dado un patatús si los hubiera visto. Jasper podía imaginarla sin parar sobre cómo la gente no tiene respeto por la historia, como si ella no hubiera estado planeando ejecutarlo allí.

Las campanas sonaron otra vez, llamando la atención de la plaza. Jasper se agachó detrás de la cresta del tejado, reajustándose hasta estar plano en las tejas. La multitud se calló despacio cuando los oficiales del Castillo subieron al escenario. El General Ashton fue el primero, acompañado por guardia extra. Su ropa gritaba respeto militar pero las arrugas de la frente delataban una resaca de armas tomar. Seguía la Duquesa Amelia, obvio, en un traje de falda color coral sin heridas visibles en la cabeza.

Jasper tragó saliva y asintió. Haría falta más que un tiro de desintegrador para librarse de Amelia. Pero eso quería decir que, quizá, sólo quizá, el Rey Cerasos tenía razón.

Unos cuantos miembros de la corte tomaron sus lugares y, finalmente…

No.

No era posible.

Jasper se quitó la máscara y se enfocó en el vestido de seda rojo brillante de la chica real que dividía a la multitud del escenario. Se frotó los ojos violentamente, pero la imagen no cambió. Ella estaba allí.

Vera Cerasina Valenledge.

Jasper clavó las uñas en las tejas al mirar con los ojos como platos. Era Nix, perfectamente ataviada, sin un pelo fuera de lugar. Una corona se asentaba simétricamente en su cabeza. Fue a por el micrófono y Jasper se agachó detrás del tejado, convencido de que ella lo había visto. ¿Cómo se escapó? ¿Y qué les hizo a los otros? ¿Cómo había conseguido llegar antes que él?

Él parpadeó despacio, soltando un respiro largo y tenso. La voz de Vera empezó a llenar la plaza tranquila mientras ella se dirigía a la multitud. Con un miedo agitante pasando por sus

extremidades, Jasper se atrevió a mirar para arriba.

La vox de Nix estaba retorcida. Corrupta por una voz suave, una boca redondeada y unos labios color escarlata brillantes.

Aquella no era Nix.

14
SOMNIFLEX

Vera ya estaba planeando su venganza contra Quintillius mientras Hunter removía la olla en los fogones. Incluso las cocinas en este búnker olvidado de Sol estaban equipadas con la última tecnología. Estos viles ladrones podían disfrutar de una vida de lujo y confort mientras que los ciudadanos respetuosos de la ley se estaban muriendo de hambre.

Esto acabaría pronto.

El frasco vacío de Somniflex le ardía en el bolsillo. Había conseguido ponerlo en el estofado a escondidas mientras Hunter buscaba zanahorias en la despensa. Ahora, mientras Archer charlaba en la mesa y el masivo de Hood escuchaba en silencio, Vera mantuvo la calma. Hunter canturreaba mientras servía cucharones del estofado espeso en platos hondos.

—¡Huele bien! —Archer inhaló profundamente el olorcillo de su plato y entonces levantó las manos, con los dedos en forma de pequeños desintegradores. Tiró el plato en el proceso, enviando el estofado a encharcar toda la mesa. Vera instantáneamente retiró la silla para evitar el desastre que goteaba por el borde.

Hunter apareció con un trapo y se puso manos a la obra. Entre tarareos, dijo: —¡No hay problema! Siempre hago más porque esto pasa más a menudo de lo que creería.

Vera lo creía. Era sumamente embarazoso que el Castillo no hubiera pillado a Archer de todos los ladrones. Era una bomba de relojería, lo cual complicaba las cosas. El Somniflex era potente, rápido. Si no comían todos a la vez, sería un desastre.

Por suerte, Vera sabía cómo dar órdenes. Cuando Archer metió una cuchara en su plato recién servido, ella le echó una mirada de desaprobación.

—No puedes empezar a comer aún —dijo ella.

—¿Por qué no? —Archer frunció el ceño antes de hacerle una mueca burlona—. ¿Quieres en vez darme de comer tú?

Le endiñó la cuchara a ella.

Vera la bateó y se sentó recta, arrastrando la silla a la mesa.

—Es el protocolo común esperar hasta que todo el mundo esté sentado antes de comenzar a comer. Ya sé que vosotros, los ladrones, sois una parranda sin tacto, pero podríais comportaros mientras me tenéis cautiva.

—¿Tengo que esperar a Blade? —Archer hizo un puchero.

—Creo que es una maravillosa idea comer todos juntos —Se metió Hunter, poniendo los últimos platos—. Su Alteza podría ser una buena influencia en nosotros.

—Además, está caliente —La voz delicada de Hood era poco más que un susurro—. Te quemarás.

Archer suspiró ruidosamente, soltando la cuchara en el plato. Hizo ruido al golpear el fondo y le envió una salpicadura de vapor caliente a la cara.

—¡Au! —Archer se limpió la cara con una manga larga. Tenía la cara como un tomate cuando la levantó—. Pero quién sabe cuánto Blade…

Las puertas se abrieron con un siseo y el cuello de Vera se enderezó mientras Basil entraba a pasotones en la cocina. Se quedo de hielo a los dos pasos, con un gesto retorcido que le

oscurecía la cara.

—¡Justo a tiempo, amigo! —brilló Hunter, rompiendo el tenso silencio—. Siéntate, todo está listo.

El sonido de los cubiertos le daba vida a la mesa, lo que Archer tomó como su luz verde para empezar a comer. Hood cogió su cuchara con cuidado, lo que parecía como un juguete de niño en sus grandes dedos.

Basil se sentó al otro extremo de la mesa, enseñando los dientes.

—¿Qué está haciendo ella aquí?

—Estoy siendo retenida contra mi voluntad por una banda de réprobos sin vergüenza —Vera le puso mala cara de vuelta.

Hunter movió el dedo con una sonrisa y chasqueó la lengua. —Ella tiene el mismo derecho a comer como todos los demás, Blade. De hecho, más que los demás ya que me ha ayudado a cocinar.

La cuchara que Basil tenía agarrada con fuerza saltó en el aire. Alzó las cejas. —¿Ella ha ayudado?

A Vera se le congeló la sangre.

—Sí, ¡ha sido un ejercicio genial para reforzar vínculos afectivos! —dijo Hunter con la boca llena de verdura—. Creo que vamos a ser amigos pronto.

Los ojos helados de Basil se arrastraban de Hunter a Vera y a ella le dio un vuelco el estómago. Él nunca había sido respetuoso, pero ahora su cara demostraba abiertamente todo el desdén que había escondido durante cuatro años. Abrió la boca, entonces la cerró otra vez, sacudiendo la cabeza. El plato chirrió contra la mesa al empujarlo para apartarlo.

—Yo eso no me lo como —dijo él—. Probablemente lo ha envenenado.

Vera intentó bloquear el rugido de sus oídos. Maldición. ¿Por qué tuvo Hunter que abrir su bocaza? Puso los ojos en blanco cuando todos se giraron a mirarla y se las apañó para forzar una burla. Por suerte, la risa incómoda de Hunter la salvó.

—No lo dice en serio, Alteza. Es que Blade no está acostumbrado a que la gente haga cosas bonitas por él —Se giró a Basil—. No pienso tolerar ninguna tontería más al respecto. Siéntate y come, que se está enfriando.

Blade gruñó una risa al escarbar en la despensa.

—Vosotros comed. Y si mañana estáis aún vivos, igual lo pruebo. Por ahora, uno de nosotros debe tener la mente clara —Cogió una lata redonda y volvió a su sitio a pasotones, a la cabeza de la mesa, quitándole la tapa por la fuerza—. Se os está yendo a todos la olla porque la heredera está aquí, pero yo sé de verdad cómo es la realeza, especialmente en Caddelinn. Un nido de víboras, todos ellos.

Archer chasqueó la lengua en señal de desaprobación. —Blade, Nox dijo que sólo nos podemos dirigir a ella de manera correcta.

—Para de hablar, Archer —ordenó Basil. —Me das dolor de cabeza.

Hunter intentó quitarle la lata a Basil. —¡No te puedes comer esas galletas! Shadow and Shade me pidieron que se las guardara.

Basil le arrancó la lata. —Shadow and Shade no hablan.

—Sus caras son muy expresivas.

—Tú eres el que la has dejado arruinar la comida, así que les vas a tener que hacer galletas nuevas a los gemelos —Basil miró a Vera con desdén—. Igual te puede ayudar ésta con eso, también.

Las manos de Vera temblaron debajo de la mesa, pero forzó una sonrisa condescendiente.

—No te tomaba por el tipo paranoico, Basil.

Mordió un trozo de galleta como si le estuviese rompiendo el cuello a alguien y señaló al plato delante de ella. —No te veo comiendo.

Vera apartó el plato con una mano tensa pero los ojos de todos estaban sobre ella. Pararon de comer o aminoraron, tomando cucharadas inciertas. Ella se sacó de la manga la primera excusa que se le pasó por la cabeza: —Ni tu cara ni tu actitud inspiran apetito, primo.

Basil sonrió fríamente, sacudiendo la cabeza. —Tú lo que estás pidiendo a gritos es que te apuñale otra vez.

Un grito ahogado cortó por la mesa. Archer tosió en pánico, dándose de golpes en el pecho.

—Por la misericordia de Luna, otra vez no —Hunter se puso de pie y envolvió sus brazos alrededor del estómago de Archer. Apretó unas cuantas veces hasta que un trozo de zanahoria voló hacia fuera de la garganta de Archer y rebotó en la pared.

La cara de Basil se retorció en repulsión. —Mastica la comida, animal.

—¡Bueno, pues tú no digas esas cosas! —Archer chilló con voz ronca—. ¡Nox se enfadó tanto cuando la mataste!

—Podéis dejar ya la payasada —dijo Vera entre dientes—ç No me importa cuantos químicos había en esas bombas. Sé que Jasper me necesita viva, así que vuestro alarmismo no va a funcionar.

—Nox no está aquí —Basil plantó las palmas en la mesa y se apoyó hacia adelante amenazadoramente—. ¿Te quieres arriesgar?

Hunter clicó su cuchara contra un vaso, con su sonrisa inamovible.

—Sanseacabó, ya me he hartado de todo esto. Nos vamos a sentar, comer y parar todas estas tonterías.

La paciencia de Vera se acabó bajo la cara del creído de Basil. —Si tu madre estuviese viva, estaría avergonzada de ti, Basileus.

Basil palideció, pero Archer de repente se rió por la nariz.

—¿*Basileus?* —La cara se le retorció en risa—. Ese no es tu nombre de verdad, ¿no?

Los ojos de Basil se volvieron asesinos. —¡No me hagas que te corte la lengua, Archer! —Se giró hacia Vera, con la cara como una tormenta de Ventus. Su voz temblaba de rabia—. Estate callada.

Vera saltó. —Juré hacer lo correcto contigo. Te di una profesión respetable y, mientras tanto, tú eras el topo de Jasper Haddin. Pensé que la Corona te había tratado mal, pero te mereces todo lo que te pasó.

La mesa se puso más tensa, si cabía. Hood miraba a su plato en silencio. Hunter se frotaba las sienes. Archer seguía comiendo con buen apetito, mirando el intercambio como una proyección de diapositivas hecha para su uso y disfrute. Basil se puso rojo como un tomate.

—¡Tú no eres quién para juzgarme! —vociferó—. ¡No una Valenledge!

—¡En serio que me sentía mal por ti! —Se puso al mismo volumen—. Perdiste a tu padre, a tu madre, tu finca familiar. ¡Estabas solo! ¡Incluso tu única hermana se escapó! Y yo intenté…

El puño de Basil se estrelló contra la mesa. Le salía espuma por la boca al señalarla con un dedo carnoso. —No te atrevas a hablar de Blair. Mantén su nombre fuera de tu boca asquerosa de Valenledge.

Vera bufó, con todos los músculos tensándose. Los otros tres se habían reunido en un espacio de la cocina, mirando la pelea con ojos como platos. ¿Tenían miedo? La violencia de Basil no intimidaba a Vera. La ponía furiosa.

—Hablaré de quién quiera —dijo—. Te guste o no, Basil, soy la única familia que te queda

y me traicionaste. Ahora ya no tienes el derecho de hacer ver que te importa la familia.

—¡Que te calles! —Basil tiró los brazos por los aires, haciendo volar la lata de galletas.

—¡Blade, eso era de mi abuela! —Hunter recuperó la lata y la hizo rodar en sus manos para intentar arreglar la abolladura del lado.

Vera lanzó las manos al aire. —¡Fantástico! ¡Tira más cosas por ahí, eso demostrará que tienes razón!

—¡Chitón! —A Basil le salió humo por las orejas al tirarle una cuchara a Vera que no le dio por poco.

—¿Sabes qué, Basil? —dijo menospreciándolo furiosamente—. Pensaba que Blair se había ido porque no soportaba estar con Ashton. Pero me atrevo a apostar que se fue porque no te soportaba a *ti*.

Ninguna palabra siguió al próximo chillido, sólo un bum tronante y el ruido de cerámica y cubiertos al darle la vuelta Basil a la mesa. Vera se echó para atrás levantando los brazos para protegerse la cara.

—¡Tú no hablas ni de mí ni de mi familia! —gritó él. —¡Tú no! ¡No una cucaracha Valenledge!

Ella le contestó también a gritos. —¡Tú renunciaste al honor de tu familia para convertirte en ladrón! ¡Para ayudar al Matarreyes! ¡Eres una vergüenza para la familia Bixby y para Caddelinn!

—¡Tu madre me hizo lo que soy! ¡Ella nos destruyó!

Vera paró en seco. Furia y vitriolo todavía le fluían por las venas, y aun así no tenía nada que decir. Él tenía razón, Madre había arruinado las vidas de tantísima gente. Ella era la culpable.

Jadeando a través de su rabia menguante, Vera se frotó la cabeza.

—Basil, yo…

El sonido abrupto de un choque hizo eco por toda la habitación al caer el cuerpo de Archer al suelo.

Los músculos de Vera se le agarrotaron, dejándola de piedra en el sitio. El Somniflex.

Acto seguido, Hunter también se colapsó con otro batacazo retumbante.

Basil miró a los cuerpos pronos, confundido. Un pulso frenético se estrelló contra las costillas de Vera al ver al gigante tambalearse en su sitio.

No. No, no.

En un final estrepitoso, el colosal Hood se desplomó incluso más fuerte que la mesa. Su colisión con el suelo reverberó por todos sus huesos. Los ojos de Basil deambularon por sobre sus compañeros caídos antes de volverse hacia ella con una lentitud depredadora. Una sonrisa fría lo traspasó mientras le echaba mano a la espada.

—Esta vez te voy a desangrar lentamente —dijo, saboreando cada palabra.

Entonces se echó para adelante, con la espada levantada por sobre la cabeza.

15
ESPADAS QUE CHOCAN

Vera lanzó una silla entre ellos al caer la espada. El mueble de madera se hizo añicos, con pedacitos desperdigándose por todo el suelo. Basil rechinó los dientes y tiró de la empuñadura, pero la hoja estaba firmemente incrustada en la silla. Vera se rió por la nariz, pero la cara salvaje de psicópata asesino de Basil hizo que su risa se muriera en su garganta. Ella no creía que él la hubiera apuñalado la noche anterior pero el brillo brutal en sus ojos le decía que, si la pillaba, estaría muerta. Vera le tiró la silla de una patada y salió como alma que lleva el diablo de la cocina.

Los tacones de sus botas claqueteaban ruidosamente contra el suelo del pasillo. Cambiando la presión a las almohadillas de los pies, corrió por los pasillos, girando esquina tras esquina. ¿Pero adónde podía ir? El corazón le latía a marchas forzadas. Los pasos de Basil tronaban por el pasillo, cada vez más cerca. No podía escapar de él. Tenía que neutralizarlo.

Un cuadro de un balón aerostático que reconoció inmediatamente apareció delante de ella, incitándola a apresurarse dentro del arsenal y a girar el pomo para cerrar las puertas. Una ola de alivió la cubrió al cerrarse las puertas hasta que la angustia alcanzó su punto máximo. No había cerrojo.

Vera estaba atrapada en una habitación sin manera de cerrarla.

Afloraron sentimientos mezclados al mirar alrededor. Las armas cubrían cada centímetro de la pared y la mayor parte del suelo. Al menos se podía defender. Sin embargo, la idea de batirse en duelo con Basil en una habitación equipada con toda arma imaginable la llenaba de aprensión. Mientras que Vera se había enfocado en sus estudios de historia, económicas, derecho y diplomacia, Basil se había entrenado para el combate durante más de una década.

Mientras Basil estampaba los pies cerca, los pensamientos embarullados iban dando vueltas, desenfrenados. Ella tenía que encontrar una manera de cerrar las puertas bajo llave, o de manera segura, antes de que él la encontrara. Así podría pensar un momento. Necesitaba un plan.

No había mangos en las puertas, nada para encadenarlas o bloquearlas manualmente. Espió el pomo de cerrar otra vez. Una vez, en el Castillo, el General Ashton había estropeado un cerrojo y Vera se quedó atrapada con él durante tres horas hasta que los técnicos lo pasaron a modo manual.

Era una locura. Nada fiable. Pero era su única salida.

Cogió una daga tirada entre una pirámide de pelotas de metal y de una pila de lanzas y la clavó en el pomo. Los cables cortados chisporrotearon, haciendo que saliera vapor del cerrojo. Los músculos tensos de Vera empezaron a relajarse.

Entonces las puertas se abrieron de volada.

—¡Ajá! —Basil apareció en la puerta con una mueca sádica—. No tenías porqué ponérmelo tan fácil. Me gustan los desafíos.

—Ya te daré yo desafío —Vera extrajo un desintegrador de la pared mientras que Basil levantaba su espada. Ella le apuntó a la pierna y apretó el percusor. Clicó medio hueco.

—No guardamos los desintegradores cargados —se rió con desdén—. Igual ahora aprecias una buena espada.

Le tiró la pistola inútil, pero él la esquivó con un rápido paso al lado y blandió su espada en un gran arco. Vera saltó de en medio, sintiendo un corte superficial en el brazo cuando la hoja le hizo un rasguño.

—¡Por la ira de Sol! —Cogió el sable que más a mano tenía y lo apuntó a la defensiva—. No quiero luchar contigo, Basil.

—Eres una heredera, una futura reina —Le enseñó los dientes—. Actúa como tal.

—Luchar no es la manera de…

Basil rugió al chocar su espada contra el sable de Vera. Ella se tambaleó hacia atrás de la fuerza, casi no pudiendo mantener su posición. El blandió la espada otra vez, esta vez con la fuerza suficiente para derribar a Vera y echarla contra la pila de pelotas de metal. Echando espuma por la boca, ella intentó incorporarse hasta que Basil se impuso sobre ella con la hoja apuntándola directamente al cuello.

—No sé qué narices ve Nox en ti —dijo, con la voz bajándole a un timbre deprimido—. ¿Cómo pretendes defender a Caddelinn cuando no puedes ni defenderte a ti misma?

—Yo no necesito demostrar lo que soy a un traidor —Vera le escupió. Le tiró lo primero que pudo agarrar: una pelota de metal que le rebotó en la frente y se hizo añicos en el suelo.

El aguantó el golpe con facilidad. —Patético. Eso ni siquiera - ¡Coff!

A Basil le cogió un ataque de tos al llenarse el espacio de nubarrones de humo gris.

Los ojos de Vera se centraron en los pedazos de la bomba de humo rota. Instintivamente enterró la boca y la nariz en el hombro y se arrastró dentro de la niebla tóxica para cubrirse. Aprovechándose de la nube densa, se escurrió hacia la salida.

—¿Dónde? ¡Coff! ¿Dónde estás? —dijo Basil furioso con una voz rasposa.

Los ojos de Vera le lagrimeaban entre el humo acre, pero aguantó la respiración hasta estar a salvo fuera de la puerta. Basil maldijo en voz alta detrás de ella mientras ella corría por el pasillo y se escondía en otra habitación. Se apresuró a girar el pomo y el estómago le saltó de júbilo cuando vio el cerrojo. Se sonrió a sí misma y lo giró violentamente hacia la derecha. El clic ventilado confirmó que las puertas estaban bajo cerrojo. Vera se hundió al suelo, dónde una alfombra suave se encontró con sus extremidades latientes. Estaba al seguro. Podía pensar. Planear.

Una lluvia de golpetazos contra las puertas sacudió a Vera y se puso de pie.

—¡Esta vez te voy a finiquitar! —Basil aporreaba la madera frenéticamente, todavía tosiendo—. ¡Te voy a descuartizar y ninguna cantidad de los hombres del rey ni de caballos te van a poder rejuntar!

—¡Estás tarado! —chilló Vera.

Se echó atrás justo en el momento en que una espada se abría camino traicioneramente a través de la fisura entre las puertas, moviéndose con lentitud con la intención de conseguir acceso. Basil estaba a punto de entrar en la habitación por la fuerza. Vera necesitaba un plan nuevo. Rápido.

Su mirada volaba alrededor como dardos, absorbiendo cada detalle de la habitación. Una cama baja estaba en el medio, con las sábanas y las mantas descuidadas. Varios cachivaches, bolsas y arcones pequeños estaban esparcidos por las alfombras tejidas. Luces de colores de lámparas colgantes lanzaban un arcoíris de matices sobre los lomos de los libros que descansaban en una estantería. Los colores hipnotizantes y los motivos de las lámparas, alfombras y azulejos traicionaban sus orígenes Cesami. Esta tenía que ser la habitación de Jasper.

Una patada agitada quebró las puertas, devolviendo a Vera a la realidad. Giró la cabeza hacia la estantería. Podría barricar las puertas, pero sólo entretendría a Basil un rato más.

A menos que…

Vera tiró los libros a la cama y rápidamente arrastró la estantería separándola de la pared. Rascó contra el suelo y se quedó atascada en una alfombra, pero Vera siguió empujando hasta que la estantería estuvo donde la necesitaba.

Un porrazo final de Basil hizo que las puertas cedieran. Vera esperó hasta que estuviera dentro. Su mueca amenazadora se transformó en una mirada de sorpresa cuando Vera empujó la estantería con el hombro. Se tambaleó, cayó. Un grito basto hizo que la habitación se moviera cuando la estructura corpulenta de Basil se estrelló contra el suelo como un dómino de baja calidad. Se golpeó la cabeza contra el suelo, inundando la habitación de silencio.

Vera exhaló un suspiro descuidado, resoplando por la extenuación. Incluso viendo a Basil planchado debajo de la estantería, no se creía que hubiese funcionado. Basil estaba finalmente fuera de combate. O con suerte muerto. No se iba a arriesgar a comprobarlo, por si estaba aún vivo y lo fuese a despertar. No tenía tiempo que perder. El Somniflex no iba a mantener a los otros dormidos todo el día y ella tenía que escapar antes de que Jasper y los gemelos volviesen. Era una pena. Los dedos de Vera se morían de ganas de husmear por toda la habitación de Jasper y destrozarla. Robarle hasta los calzones como él le había hecho a Caddelinn. Igual hasta encontraría el anillo de Padre escondido en uno de sus arcones. Pero no había tiempo para una caza al tesoro.

Saqueando el guardarropa de Jasper, encontró una camisa blanca radiante y un par de pantalones negros que eran demasiado largos para ella. Tendría que apañarse. También escogió una capa negra sencilla y una máscara para el Festival Elemental. Jasper tenía una amplia gama de estilos y colores, pero ella se limitó a los tonos sencillos de Ventus.

Sacando un monedero de piel lleno de monedas de debajo de la cama, se lo ató a la cintura con un cinturón y lo tapó con la capa. Cogió una daga del arsenal aún lleno de humo en el camino de vuelta y se la metió en la bota. Encontró el recibidor de entrada pasada la estancia central. Las puertas estaban cerradas a llave desde dentro y se abrieron con un simple giro de la cerradura.

El olor mustio de la Caddelinn subterránea le dio en la nariz al salir del búnker de Quintillius. El refugio estaba anidado en las salas de piedra de las catacumbas, justo debajo de la catedral. El dolor le burbujeaba en la garganta a Vera. Jasper y su banda habían estado tan cerca todo el tiempo. Estaban justo en las catacumbas, a diez pasos del Descanso de los Monarcas - el mausoleo real. Padre estaba descansando solo a algunos pasos de su asesino. Vera casi no podía soportarlo. Pero estaba a punto de terminar. El conocimiento era amargo, pero ella lo utilizaría.

Tan pronto como estuviera de vuelta en la superficie, dirigiría a todo guardia disponible a este lugar. Jasper y sus amiguitos serían asados vivos en el pabellón.

16
SEQUELAS

La estructura de Jasper tembló mientras se embalaba por los tejados alicatados de Caddelinn. No podía dejar a nadie que lo viera así, pero, después de la presentación del Castillo, calmarse era una tarea como nadar contra corriente.

Los cuentos eran ciertos. Todas las historias que había leído, todos los rumores que había oído, estaban pasando de verdad. Jasper se creía un maestro del engaño, pero casi había caído en las trampas de otro.

Sacudió la cabeza, esperando deshacerse del recuerdo de Vera en el vestido rojo de seda. Vera, dirigiéndose a su público con labios color escarlata, pronunciando palabras suaves de duelo y de justicia. El público aclamando a su nueva reina. Tan cierto. Tan falso. Se lo había creído por un momento. No había ninguna posibilidad de que la gente de Caddelinn viera la verdad. Se le revolvió el estómago y se tropezó en un salto, casi cayéndose en un callejón.

Tenía que calmarse.

Jasper dio un paso atrás desde el filo del tejado y se dejó caer en unas tejas desgastadas por las inclemencias, masajeándose las sienes. A pesar del calor del sol, respiró profundamente de cada ráfaga de aire que pasaba. Un pensamiento lo aliviaba; había hecho una cosa bien.

Cerasos tenía razón. La mente saturada de Jasper logró finalmente atar cabos con relación al asunto del terror silenciado en los ojos del rey. Él lo había previsto. Él sabía lo que iba a pasar y sabía que no tenía el poder de pararlo.

De repente, el peso que el rey había llevado hasta la muerte se hizo más pesado en los hombros de Jasper. Tenía la cabeza aturdida, perdida. Definitivamente hasta el cuello, pero era demasiado tarde para volver atrás. Si el rey tenía razón en esto, entonces tenía razón en todo lo demás y Jasper no iba a dejar que pasara.

La fuerza le volvió a las manos y a los pies. Jasper se deslizó abajo del tejado y salió del callejón, tomando las calles abarrotadas otra vez. Tenía que llegar a casa lo antes posible.

Tenía que decírselo todo a Nix.

◆◆◆

La inquietante tranquilidad en casa hizo que a Jasper se le erizara el pelo de la nuca. Con Blade, Hunter, Hood, Archer y una Nix cautiva, no debería estar tranquila.

—¿Blade? ¿Hunter? —intentó.

Ninguna respuesta. Ni siquiera Archer chasqueando la lengua mientras se miraba al espejo.

Jasper hizo sus rondas por la estancia principal, con el estómago retorciéndosele en nudos de aprensión cuando el humo que aún permanecía en el aire le dio en la nariz. Hunter nunca quemaba la comida. ¿Qué engranajes había pasado?

En la cocina encontró una respuesta que no le gustó. La larga mesa de la cena estaba volteada de lado, como una tortuga girada. Hunter, Archer y Hood yacían alrededor,

inconscientes. Nix y Blade no estaban por ningún lado. Si las tripas de Jasper no estuvieran gritando de ansiedad, estaría orgulloso de ella. Neutralizar a estos tres no era una hazaña cualquiera. Si todos trabajaran conjuntamente en vez de los unos contra los otros, podrían de hecho ganar esto.

Un ligero gruñido le hizo bajar la mirada. Hunter se revolvió en el suelo, recobrando el conocimiento poco a poco.

Jasper se agachó y le ayudó a darse la vuelta. —¿Quieres decirme qué ha pasado?

Entre el aturdimiento, un destello de culpabilidad titiló en los ojos color miel de Hunter. —Es que es culpa mía, pero no te enfades.

—Te he dejado a cargo para que la supervisaras. ¿Qué has hecho?

Hunter se mordió el labio. —Bueno, cogió una botella de Somniflex de la tecno-enfermería y la metió a escondidas en la comida.

—Ya veo… —Jasper sintió un asomo de orgullo, pero sus sospechas lo subyugaron—. La viste hacer eso y, ¡ale!, ¿la dejaste hacerlo?

Gruñó ligeramente. —No sé, Nox. Se veía tan contenta de que había sido rastrera, ¿sabes? No tuve el corazón de decirle que era más obvia que el chaleco bordado de Archer.

—¿Y la dejaste drogar a todos? —El tono de Jasper se desplomó.

La sonrisa de Hunter estaba vacante mientras miraba al techo. —A Blade no. Sabía que él no se comería la comida si le dijera que ella me había ayudado a hacerla.

—¿Tú l*a dejaste con Blade mientras estabais todos noqueados?*

Se encogió de hombros. —Pensé que sería la mejor manera de dejarla hacer lo que quisiera sin dejarla desprotegida. No quería interferir demasiado.

Jasper se pellizcó el puente de la nariz. —Nunca te entenderé, Hunter.

Él asintió mareado. —Mejor así.

—Vale, así que probablemente tengamos a Nix en algún sitio muerta otra vez y Blade, ese maníaco, limpiando la sangre de la espada. No es bueno, pero podría ser peor.

—¿Peor? —Hunter vaciló al levantarse, entonces abrió los ojos como platos—. ¿Quieres decir…?

—Pues sí —Movió una mano, andando alrededor suyo—. Pero hablamos luego. Despierta a estos dos, ¿me haces el favor?

—¡Dos demitazas bien cargaditas marchando! —canto él, con toda la energía al completo de vuelta.

Jasper siguió la pista de humo por el pasillo. Era definitivamente de las bombas de humo de los gemelos - el olor era inconfundible. Se preparó mentalmente fuera del arsenal. Como era de esperar, era el caos en persona. Una daga en el pomo de cerrar, armas desplomadas, y cada centímetro de la habitación cubierto en una fina capa de polvo de bomba de humo. Engranajes. Si seguía dejando solos a Blade y a Nix, le costaría una fortuna en reparaciones.

Era demasiado esperar que no hubieran entrado en su habitación. Los escombros de su una vez ordenada estantería y el guardarropa saqueado hubieran sido tolerables si hubiera encontrado a Nix en el destrozo. Pero el espectáculo de Blade, atrapado bajo el peso de la estantería, le envió un temblor entre los dedos a Jasper.

Llamó a Blade, pero sólo siguió silencio. Sin tirar la toalla, se apoyó sobre la estantería y le dio una bofetada en la mejilla.

—Blade, despiértate. Aun así, nada. Con la frustración creciente, Jasper ladeó la cabeza y chilló: —¡Hunter, trae un cubo de agua, rápido!

Le echaron el agua helada al bello durmiente y se despertó con un chillido sediento de

sangre.

—¡Te mataré! —gritó Blade.

—Ya, ya lo sé —Jasper hizo un gesto de la mano despectivamente—. ¿Quieres decirme qué ha pasado?

—¿Y tú quieres quitarme esta estantería olvidada de Sol de encima? —Blade rugió, pero se parecía demasiado a un cachorro empapado como para tomarlo en serio.

—No en especial. Dime lo que ha pasado antes.

Blade gruñó. —¡Los ha envenenado a todos! Podría haberlos matado y…

—Esa parte ya me la sé. ¿Qué más?

—Se escondió en el arsenal…

—Salta al final, Blade.

—¡Me ha tirado una estantería Elementalmente maldita encima! —rugió.

—¿Y después?

Puso cara de matar. —¿Cómo en los tres infiernos se supone que tengo que saberlo? Me quedé KO.

El estómago de Jasper le cayó en picado. Los músculos del brazo le bombeaban de manera errática. —¿Así que no la encerraste bajo llave en ningún sitio? ¿No la mataste otra vez?

—Lo haré si consigo ponerle las manos encima —gruñó.

Una ola de pánico le apretó el corazón bien fuerte a Jasper. —Pero no lo hiciste. ¡Podría estar en cualquier sitio!

—En uno de los tres infiernos, con suerte. ¡Ahora quítame esta estantería de encima!

Jasper tomó una bocanada de aire profunda - un respiro frío - y lo usó para dar todas las instrucciones. —Hunter, trae a Hood para que ayude con la estantería. Os quiero a todos listos en dos minutos. Tenemos que ir a por Nix ahora.

—¿Estás seguro? —Blade rió por la nariz—. A este ritmo, te juro que la voy a cortar a tiras.

Los labios de Jasper se apretaron, con los nudillos blanqueándose al aferrarse al poco de control que le quedaba. —Mira, odio que intentes matarla todo el rato, pero esto no es nada comparado con lo que el Castillo va a hacer si llegan a ella antes.

17
ERROR 2113

La hora de comer en Caddelinn era a menudo más sagrada que su religión. Cuando el sol del mediodía empezaba un descenso lento de su pico, el trajín de la ciudad se evaporaba. Incluso durante el Festival Elemental - discutiblemente la mayor celebración del año - las calles revoltosas caían en silencio. Los ciudadanos iban a casa en manada o a las tabernas y restaurantes, deseosos de un descanso del calor. Sólo el turista ocasional de Galeswall, que probablemente habría comido tres horas antes, deambulaba por las calles ahora para capturar fotografías de los lugares de interés raramente solitarios.

Un hilo de sudor le bajaba a Vera por detrás de la oreja mientras esperaba fuera de la cabina de FILIred ocupada. Luchó con una ola de nausea ya que el olor penetrante de menta mustia y de naranjas ácidas le subían de la capa de Jasper. Su búsqueda de un trocito de sombra en la Plaza Crescent había fracasado, así que ahora ella estaba de pie casi en la puerta de la cabina, esperando que el usuario de dentro terminara pronto con su conversación.

Las máquinas de FILIred eran centrales de información por toda Caddelinn, que funcionaban con los cables de cobre que iban por debajo de toda la ciudad. Desde ellas, podía uno imprimir direcciones, indicaciones, registros de números, artículos de periódicos y toda la información pública disponible gratuitamente sólo escribiendo lo que uno buscaba. Las cabinas también tenían una VoxBox que, si funcionaba, permitía a los ciudadanos llamar a empresas, amigos y servicios de emergencia.

Los últimos eran la razón por la que Vera estaba sofocándose de calor bajo la capucha de la capa de Jasper. Tenía que alertar al Castillo inmediatamente. Se había perdido la emisión de las noticias por los altavoces por toda la ciudad y aún no había oído nada de su propia abducción. La gente sabía que la reina estaba muerta pero no decían nada de la heredera desaparecida.

Si Vera conocía a Ashton, y desgraciadamente lo conocía, fue su decisión activa el mantenerlo secreto. Caddelinn no necesitaba más pánico después de la masacre del baile y del asesinato de la reina. El General debió haber tapado el secuestro mientras el Castillo buscaba a Vera en secreto. Estaba agradecida de que su destino no dependía de Ashton. Si no se hubiera escapado, él nunca la encontraría.

—¡Es un completo desastre! —el usuario dentro de la cabina de la FILIred proclamaba en la VoxBox—. Días aciagos nos esperan para Caddelinn. Te lo digo.

Vera puso los ojos en blanco. Fuera de Cordelia, los caddelinnianos eran los ciudadanos más dramáticos del continente entero. Cualquier cambio era inaceptable. Cualquier noticia era una parodia.

Él siguió: —El Reino Nylora se ha terminado y ahora toca el Reino Paranoica. Vera Valenledge está completamente como una chota. ¡Matarreyes esto y Matarreinas lo otro!

Vera enderezó la columna. Una ofensa profunda se le formó en la garganta, suplicando poder explotar en la superficie. *¿Como una chota?* El Matarreyes y sus amigos pasotas de la ley habían entrado en su casa por la fuerza, envenenado a sus invitados, asesinado a su madre, y la habían llevado a ella cautiva a un búnker subterráneo secreto. Vera pensaba que lo llevaba todo bastante bien, dada la situación. Ni siquiera había tenido una oportunidad de comentarlo

públicamente. ¿Cómo se atrevía este hombre a asumir que estaba *como una chota?*

Una frustración ciega brotó en su interior y alzó el puño para llamar a la cabina de FILIred y decirle al hombre cuatro verdades. Pero se contuvo. No era el momento de arriesgarse, no ahora cuando había tanto que ganar.

La muerte de Madre era trágica, pero dejó una luz al final del túnel. Ahora Vera sería reina. Tenía planes de reinstaurar los programas de bienestar de Padre, devolver las tierras robadas y, sobre todo, parar al Matarreyes y a sus ladrones. Vera iba a arreglar la podredumbre de Caddelinn.

El usuario terminó su conversación y para cuando salió de la cabina, a Vera ya no le quedaba rabia para él. Estaba en una misión.

El olor de óxido, papel y demitaza derramada se levantó en una nube de vapor al entrar Vera en el espacio apretado. Había tazas de papel desechables y bolsas de aperitivos arrugadas en las esquinas asquerosas de la cabina. La guía de códigos colgaba de la VoxBox de una cadena fina, con las páginas destrozadas frotando contra el graffiti labrado bajo la tabla de teclas.

Vera limpió el teclado de la VoxBox con un trozo de papel descartado y abandonado en la guía de la FILIred y entró su código de comandante. Estaba a punto de marcar el número del Castillo cuando el distribuidor imprimió un código de error. 'Error 2113'.

—¿Identificación doble? —murmuró Vera al intentarlo otra vez. Lo mismo volvió a pasar.

Soltando un largo respiro, se apoyó contra los paneles de vidrio caliente de la cabina. Desde luego, tenía que haber un fallo técnico ahora. Todas las cabinas públicas de FILIred, muy al igual que los automaguardas del Castillo, necesitaban reemplazos urgentemente. Eso era otra cosa de la que se aseguraría como reina. Pero antes, tendría que llegar al Castillo a pie. Si había un fallo técnico con su código de comandante, no había ninguna otra manera de alertarlos.

Vera saltó al oír que alguien tocaba a la puerta de la cabina. Estaba a punto de gritar '¡ocupado!' Pero se lo pensó mejor. Abrió la puerta, diciendo: —Todo suyo.

Pero no era un ciudadano impaciente por su turno. En su lugar, dos automaguardas estaban de pie fuera de la cabina.

Respiró un suspiro de alivio. —Ya era hora de que me encontrarais. Llevo deambulando veinte minutos por las calles.

Uno de ellos zumbó: —Por favor, identifíquese.

Vera se paró abruptamente, con sus pensamientos a toda velocidad chocándose el uno contra el otro. Pensó que la habían reconocido y que estaban aquí para llevarla al Castillo, pero, evidentemente, los autos tenían otra cosa pasándoseles por los cables.

—1424, pero mi código de comandante está fallando —dijo ella.

—Los códigos de comandantes son sólo para el personal del Castillo. Por favor, facilite su código de ciudadana.

—No tengo código de ciudadana y mi código de comandante está fallando. Háganme un reconocimiento de voz para Vera Cerasina Valenledge.

—Reconocimiento de voz fallido —zumbó uno de los autos—. Error 2113.

Vera resopló, exhausta por el fallo constante de la doble identificación. Naturalmente, el General Ashton debió mantener su código como si Vera estuviese aún en el Castillo. La única manera posible de arreglar esto era ir allí.

—Nota: la sospechosa se niega a identificarse —dijeron, grabando notas para sus informes oficiales.

—No me estoy negando. Hay un fallo técnico —dijo ella entre dientes.

—Nota: la sospechosa se está volviendo agresiva.

En la mente de Vera se encendieron señales de alarma. Si los automaguardas sentían una amenaza de parte de un ciudadano, se les ordenaba que usaran las ondas sonoras a su disposición. Vera no tenía ninguna intención de que la noquearan ahora.

—Implementar el paso del sistema a modo manual —ordenó ella—. Código de reinicio: 144757.

Los paneles pectorales de los automaguardas emitieron destellos rojos, y una alarma empezó a sonar. —Manipulación detectada. Iniciando el arresto.

Sus tenazas fueron volando a las muñecas de Vera, pero ella se quitó de en medio justo a tiempo para darles el esquinazo. Obviamente, los automaguardas habían sido actualizados para reconocer el vacío legal, lo que significaba que Vera había cometido un gran error.

—Ciudadana, está usted bajo arresto —anunció uno de ellos—. Si se resiste, nos veremos forzados a utilizar ondas sonoras.

Que les dieran a esas ondas sonoras. Vera se quitó la capa de Jasper y la lanzó sobre sus cabezas para retrasar los sensores mientras se echó a correr para la plaza. Al girar una esquina, el zumbido de los autos se acercó más. Se habían zafado de la capa y estaban bien cerca tras ella. Podría ser más fácil dejarlos arrestarla. Sin embargo, eso serían horas en las mazmorras antes de que Ashton le importara algún pepino molestarse en identificarla. Jasper y los ladrones podrían haberse ido mucho tiempo antes para entonces.

Vera se escondió detrás de un árbol y se emplastó la palma de la mano en la boca para ahogar sus jadeos. Se quedó quieta al pasar los autos por donde estaba, con los sensores buscando una mujer a la fuga.

A Jasper le hubiera encantado verla así, evitando guardas, escapando de la justicia como una criminal. Vera lo odiaba. No había hecho nada malo, excepto intentar reiniciar los autos. Pero estaban bajo sus órdenes ahora, sólo que no lo sabían.

La última vez que la habían arrestado fue en el baile y que la encerraran otra vez sin ninguna posibilidad de salir era lo último que quería. También había algo concomiéndole el estómago. Algo del fallo técnico del código le agitaba las entrañas. Las piernas le hacían tics involuntarios, una preparación instintiva para salir por patas le corría por todos los músculos.

Se aseguró de que los automaguardas estuvieran fuera de vista antes de salir de los árboles y se fue en la dirección opuesta. Las calles adoquinadas de Caddelinn se abrieron al barrio del mercado, donde había paradas montadas que vendían delicias y mercancías del Festival Elemental, a pesar del calor. El barrio del mercado ocupaba una buena parte de la ciudad y el Castillo estaba en la otra parte, pero estaba bien organizado. Si Vera subía por la calle principal, llegaría al Castillo en…

—¡Ciudadana, está usted bajo arresto! —zumbó un automaguarda.

Vera dijo unas palabrotas y se lanzó a otra carrera calle arriba, evitando por los pelos la multitud de las paradas. Los vendedores gritaban a diestra y siniestra mientras que las voces rasposas artificiales de los automaguardas amenazaban con usar sus ondas. El corazón de Vera le daba golpes en los oídos. Aquel automaguarda no era uno de los dos que había intentado arrestarla. ¡Qué suerte la suya que ahora su sincronización defectuosa estuviese funcionando! Empujó las piernas a la vuelta de una esquina, pero derrapó hasta pararse cuando vio otro auto. Se dio la vuelta y se fue otra vez calle abajo por un callejón, pero era demasiado tarde.

Una descarga de electricidad sacudió su cuerpo. Los tímpanos le petaron muy alto, reverberándole por toda la cabeza. Entonces, un tono continuo le sonó en los oídos, desorientándola por completo. Unas nauseas intensas le hicieron remolinos en el estómago y se estrelló contra el suelo, sintiendo el efecto entero de las ondas.

Estiró la mano, intentando agarrar el suelo, para levantarse, pero tenía los dedos dormidos e inútiles. Los adoquines se fusionaban los unos con los otros y todos los colores de Caddelinn sangraron en una borrosidad horrible antes de caer en el vacío de una oscuridad completa.

18
DE TAL PALO

Rojo.

Ya no eran los adoquines que acunaban la cabeza de Vera. En su lugar, estaba en una pila de cojines de seda roja. Los manchurrones de Caddelinn se habían desvanecido, dejando frescos serenos y drapeados color carmesí flotando a su alrededor. La fragancia familiar del popurrí de cereza y granada se apegaba al aire, soplando suavemente una brisa del balcón abierto.

Vera no se aventuraba adentro de los aposentos de Madre a menudo, pero era mejor despertarse aquí que en las mazmorras. Después de todo, estos ya no eran los aposentos de Madre. No ahora que ella estaba …

Vera evitó los pensamientos que le corrían por su mente embarullada. No sabía cuántas horas habían pasado desde que los automaguardas la inmovilizaron, pero los rayos largos y dorados que entraban en la habitación le decían que no faltaba mucho para la puesta de sol. Se sentó despacio, sintiendo partes doloridas de dónde había caído. Las heridas pequeñas no importaban. Estaba en el Castillo. Estaba segura ahora.

—Querida —Una voz suave llenaba el espacio, pero la palabra que pronunció le envió a Vera un escalofrío helado por toda la columna.

Envuelta en una bata de seda escarlata, Madre guardó el espejo compacto bañado de oro con el que estaba jugando y se inclinó hacia adelante en su sillón, con una sonrisa perfecta en los labios. El corazón de Vera le saltó a la garganta a la vista de su pelo negro, liso, suave, su piel radiante, el brillo vivaz en sus ojos.

—¿Madre? —Vera finalmente gimió.

Ella sonrió. —Sí, querida —Y sus dedos se estiraron para acariciar la mejilla de Vera, nada más que un delicado suspiro que hizo temblar a Vera.

—Pero tú estás… —Vera se paró a sí misma—. Yo pensé que tú…

—Lo intentaron —dijo Madre en unos tonos medio amargos medio triunfantes—. Pero se necesita mucho más que eso para matarme.

—¡Pero los comunicados! —dijo Vera, con el corazón disparándosele—. Caddelinn piensa que estás muerta. Está por toda la ciudad.

—Una simple precaución —dijo cálidamente. Su mano apretó el hombro de Vera para confortarla—. Aún sigo aquí.

Madre se movió hacia la cama y tomó a Vera en sus brazos. Vera todavía estaba retorcida entre almohadas, cojines y la colcha que parecía una nube, pero se dejó abrazar. Inhalaba la fragancia de cereza y manzana de la ropa de Madre como si la hubiera echado de menos.

—Estás segura. Estás en casa —dijo Madre, acariciando el pelo de Vera.

Vera se rindió a su abrazo. Estaba viva… ¿Podrían olvidar lo que pasó? ¿Podría Vera tener una segunda oportunidad para hacerla sentirse orgullosa, para confortarla?

—¡Qué alivio! —dijo Vera y era casi un sollozo. Un hipo patético—. Te dije cosas horribles y cuando pensé que estabas muerta, yo…

Madre la apretó bien fuerte y sólo la dejó ir lentamente. —No cargues con esa culpa.

Vera exhaló una descarga de tensión de pesadilla y culpa. —De verdad que te quiero.

Madre le cogió la barbilla y le levantó la cabeza para encontrarse con sus ojos. —Ya sé que me quieres. A pesar de todo, Vera, somos madre e hija y el vínculo entre ambas es inquebrantable.

Vera asintió como pudo mientras que Madre le sostenía la barbilla.

Una nueva luz hizo chispas en los ojos de Madre. —Tú tienes mi corazón. Te lo he dado. ¿Harás tú lo mismo por mí?

Vera abrió la boca, lista para acceder, pero un témpano de hielo se le rompió en la columna y la apuñaló en el estómago. Los recuerdos de anoche le inundaban la mente. La tos de Madre salpicando sangre en la cara de Vera. Se convulsionó en el suelo de la Antesala Escarlata, agonizando mientras que el veneno se deslizaba, abriéndose camino por sus venas. La luz le dejó los ojos. Y, lo más importante, la voz del Espejo declarándola muerta.

El Espejo no podía mentir.

Los ojos deseosos de Madre esperaban una respuesta que Vera había estado deseando dar sólo hacía unos momentos, pero ahora recurrió a abrazarse a sí misma, cerrándose en banda temporalmente.

—¿Qué pasa, querida? —Madre preguntó con un puchero.

Ya no era real para Vera. Estas visiones no eran más que sus propios sueños plagados de sentido de culpabilidad. Ella quería confortar a Madre. La manera en que había muerto sin consuelo le reconcomía la mente más de lo que lo hubiera creído. Su subconsciente estaba intentando diseñar la redención que necesitaba tan desesperadamente. Pero todo era sólo una fantasía. Madre estaba muerta y nada podía traerla de vuelta. Vera sacudió la cabeza, intentando ahuyentar los pensamientos que amenazaban con consumirla.

—No puedo —suspiró Vera, apartándose de la caricia de Madre—. Lo siento.

La expresión de Madre decayó, con los ojos entrecerrándose por la confusión y la rabia. —¿Qué quieres decir? ¿Ya no me quieres?

—Sí te quiero —dijo Vera, con la voz sorprendentemente estable al empezar a aceptarlo—. Pero tú ya no estás, Madre. Estás muerta.

Su cara se contorsionó en un bonito gruñido, apretando el agarre que tenía sobre el brazo de Vera. —¡No estoy muerta! Estoy aquí, contigo.

Vera se retorció con el dolor del fuerte apretón de Madre, pero se negó a dar su brazo a torcer. —Te vi morir. Te sentí enfriarte en mis brazos.

Ella se quedó quieta, con los ojos abiertos como platos, intentando entender. Sus labios rojos temblaban como si estuviese a punto de llorar. —Incluso pensando que estoy muerta, ¿Todavía no compartirías tu corazón conmigo?

—Es demasiado tarde ahora —dijo Vera, el arrepentimiento amargo en la lengua—. Necesito aceptar eso o me volveré loca.

Madre abandonó y se encorvó. Su melena de pelo color de cuervo le caía sobre la cara mientras que un sollozo le destruía los hombros. A Vera la culpa se le movía como un gusano en el estómago, pero se quedó callada. Su mente psicosomática no sabía a qué otro lugar ir con esta visión. Tenía que esperar a que se pasara.

Al tomar madre un respiro profundo, Vera se dio cuenta de que no estaba sollozando. Madre se estaba riendo, más alto y más rápido, con las risitas tropezándose las unas con las otras.

—Eres más imbécil de lo que pensaba —dijo Madre con respiros rápidos.

—¿Qué?

—Pensaba que te habían dicho la verdad.

—¿Qué verdad?

Se apartó de la cama y se movió unos pasos adelante, no girándose ni por un instante para enfrentar a Vera. La risa todavía era densa en su voz. —Pensaba que te estarías escondiendo con tus amiguitos ladrones.

Vera se levantó de repente, enviando su mente a girar. Se frotó los ojos para ahuyentar las estrellas en su visión. —No son mis amigos. Los odio.

—¿Cómo no? —La voz de Madre se enfrió—. Tú no conoces nada más que el odio.

Vera fracasó en el intento de deshacerse del aguijón de las palabras. Eran demasiado ciertas para descartarlas. Le había dicho a Madre que la quería, pero las palabras hacían eco en su pecho con un sonido metálico vacío. No había escapatoria - nada de alivio temporal - del odio que había estado fraguándose en su interior durante cinco años. Cada vez que pensaba que lo había saciado lo suficiente como para ser justa, algo lo volvía a encender y ardía con más fuerza que nunca.

Ella odiaba no querer a Madre. Odiaba no haber sentido nada en el momento de su muerte, excepto fracaso. Era el orgullo de Vera el que estaba herido, no su corazón. Era una mala hija, seca y desprovista de amor, y eso la perseguiría el resto de su vida. Pero nunca se disculparía por odiar a los ladrones.

—Los odio de verdad. Me secuestraron. Masacraron a los invitados. ¡Te mataron! —Vera chilló desesperadamente.

—No lo hicieron —dijo ella, como el chasquido de un látigo.

Vera estudió la parte trasera de la cabeza de Madre en silencio. Su mente todavía le estaba jugando trucos en los ojos. La cascada de pelo completamente negro se tornó de un marrón sin brillo y le aparecieron pequeñas ondas encrespadas en la nuca. Entonces, los hombros de Madre se desplomaron y su cuerpo se encogió de una silueta esbelta y grácil a una complexión robusta y de menor estatura.

Vera parpadeó e intentó borrar el espejismo, pero la mano se le cayó al ver a Madre darse la vuelta. Ahora sus ojos estaban perfectamente al mismo nivel que los de Vera y su sonrisa de labios rojos dejó a Vera helada hasta el tuétano.

—¿Cómo podían matarme? —preguntó Madre en una voz que no le pertenecía.

Era la voz de Vera. La bata de seda de Madre, la barra de labios de Madre, pero la voz de Vera. El pelo de Vera. La nariz de Padre, siempre una facción prominente de la cara de Vera. Era como un espejo de un laberinto de feria, reflejando una versión distorsionada y foránea a Vera. Tembló petrificada durante demasiado tiempo, pero lanzó los brazos al aire de manera defensiva cuando Madre dio un paso adelante.

—No te acerques más —Vera odiaba como le temblaba la voz. Era sólo un espejismo. Sólo una pesadilla que se alimentaba del sufrimiento y del trauma. No debería tener miedo. Sin embargo, los pelos de los brazos se le pusieron de punta. Tenía la boca más seca que la mojama. El terror saltaba a su punto máximo con cada latido palpitante.

—Venga… —dijo el clon plácidamente, ignorando la advertencia de Vera—. Esa no es forma de hablarle a tu madre.

19
TAL ASTILLA

Vera sacó la daga de la bota y la puso al nivel de su doble. La hoja le temblaba en las manos al irse acercando el reflejo retorcido.

—¡Quédate atrás! —dijo Vera.

—No seas ridícula. Baja eso y ¡ahh!

Vera no había sentido la muñeca mover la daga, pero el clon hizo marcha atrás al ver el chorro de sangre que le caía por la mejilla. La adrenalina le dio ácido en el estómago a Vera y se encontró la mano comprobando su propia mejilla, como si se estuviera mirando en un espejo y el corte estuviese en su cara.

La otra apretó los labios mientras inhalaba profundamente.

—Siempre fuiste una mocosa mimada y defensiva.

—¡Te he dicho que te quedaras atrás! —Vera logró decir, blandiendo la hoja otra vez.

Una risa amarga se le escapó de la garganta y balanceó el brazo con una fuerza bruta. Vera se preparó, pero el revés a la muñeca envió la daga a volar de sus manos. El clon cogió los brazos de Vera con una fuerza férrea, clavándole las uñas en la carne. Luchó para que no la inmovilizara, pero era como luchar contra cadenas.

—Pensaba que tu ignorancia me lo pondría todo más fácil, pero has sido horriblemente difícil, querida —La sangre del corte goteaba hasta los labios del clon, manchando su rugido de rojo.

El corazón de Vera tartamudeó al ver como la piel alrededor del corte empezaba a tejerse a sí misma para recomponerse. La herida empezó a fusionarse como si la estuviera cosiendo una mano invisible, brillando ligeramente en rojo hasta mezclarse con su complexión lisa. En cuestión de segundos, la única pista que quedaba era la sangre secándose en la mandíbula de la doble.

Vera no podía arrancarle los ojos de encima. —¿Qué eres?

Los labios se le estiraron en una sonrisa sangrienta. —No querrás decir ¿qué *somos*?

—No —Vera sacudió la cabeza. O quizá estaba solo temblando ella entera. Sus rodillas queriendo colapsarse casi cedieron, pero se afianzaron en una posición firme en el momento en que una subida vertiginosa de desafío se disparó en ella de pies a cabeza.

—¡No! —repitió—. ¡Yo no soy como tú!

—¿No te lo preguntaste nunca, querida? —Prácticamente escupió las palabras—. No tienes cicatrices de acné, nada de quemaduras, ningún resto de un sólo arañazo de infancia. Incluso los cortes de papel se te curan inmediatamente —Un resoplido—. Claro que eres como yo. Sólo que más lenta, más débil y más fea.

Empujó a Vera encima de la cama antes de alejarse a zancadas para recuperar la daga, que se había caído. Vera se incorporó de inmediato del colchón y saltó para las puertas de la Antesala Escarlata pero, justo cuando las puntas de los dedos rozaron el pomo, el clon la agarró del pelo y le estrelló la cabeza contra la madera.

Crack. La visión de Vera le daba vueltas al intentar recuperar el equilibrio. Arañó la puerta con los dedos, pero el doble le dio la vuelta y la cogió de la garganta como si su mano fuera una

abrazadera.

—Ojalá hubieras sabido todo el poder que podrías tener —dijo ella y Vera reconoció el tono provocativo de su voz—. Pero es que de verdad sales a tu padre.

A Vera le pulsaba la cabeza, con dolor alternando entre agudo y sordo, y le rezumaba sangre de un corte profundo en la frente. El sabor metálico fuerte de su propia sangre le provocó una ola de náuseas. El hielo le retorcía la columna otra vez como si la fría mano de la muerte estuviese tirando de ella hacia el vacío.

Pero entonces, una risita sorprendente burbujeó de los labios de Vera.

Madre puso mala cara. —¿Qué?

—Quieres mi corazón —dijo, estrujándolo de la garganta constreñida. Parecía obvio ahora pero, en medio del pánico, Vera no se había dado cuenta de por qué Madre estaba tan enfadada. Conocía bien esa marca de frustración. Salía a la superficie cada vez que Madre no se salía con la suya. Si hubiera podido, ya le hubiera cortado el corazón. Estaba frustrada porque había fracasado en el intento de engañarla con sus artimañas y no podía quitárselo sin el consentimiento de Vera. Vera sonrió, o lo intentó—. Nunca te permitiré que lo tengas.

La expresión de Madre se volvió asesina. —No jures lo que no sabes.

—Si de verdad soy como tú -—Vera se ahogaba por cómo de fuerte la tenía agarrada por la tráquea—. Tú no puedes matarme.

—Eso es verdad —La sonrisa de labios apretados de Madre hizo que a Vera se le removiera el estómago—. Pero puedo hacerte sufrir hasta que supliques que te mate.

Le incrustó la daga en el muslo a Vera, arrancándole un grito de la garganta. El dolor era cegador al radiarle a través de las articulaciones. Las piernas le cedieron y se cayó al suelo, con la daga aún empotrada en la carne. Madre se cernía sobre ella, los ojos encendidos con un brillo maligno.

—¿Es que no sabes lo que pasa cuando no escuchas a tu Madre? —la provocó.

Vera apretó los dientes, intentando sobreponerse a las olas de agonía que le destrozaban el cuerpo. Sabía que tenía que luchar, encontrar una salida a esto. ¿Pero cómo? Madre era demasiado fuerte, demasiado rápida, y disfrutaba con cada momento del sufrimiento de Vera.

Madre sacó la daga de un tirón repentino, forzando otro grito de Vera. Entonces se agachó al nivel de Vera, los ojos brillando de malicia.

—¿Sientes eso? —le preguntó, la voz goteando de veneno—. Eso se llama dolor. Eso es lo que vas a sentir cada segundo para lo que te queda de vida hasta que me des lo que necesito.

—¡Estás tarada! —gritó Vera débilmente.

Madre tiró salvajemente del cuello de la camisa de Vera, acercándosela. Al empezar a fallarle las extremidades a Vera, la sujeción de Madre era lo único que la sostenía.

—¡Lo hice todo bien! —Madre se defendió—. ¡Tú nunca quisiste escuchar! Tú *nunca* me has querido.

—Y tú, ¿alguna vez te has… preguntado por qué? —dijo Vera, empezando a mascullar. La visión se le volvió borrosa, el sistema entrándole en crisis por el dolor abrumador.

—¿Por qué tener un corazón si no lo utilizas? —La voz de madre estaba lejos ahora—. Si no te sirve de nada, me lo quedo para mí.

Una voz cortó el flujo incesante de sangre en los oídos de Vera. La voz de una sombra que se escabullía, y se arrastraba, y mentía.

—¡Espera tu turno! —gritó Jasper—. No eres la única que va detrás de esa cosa, ¿sabes?

◆◆◆

Nix estaba despatarrada por el suelo, las extremidades lacias y los ojos idos mientras yacía en un charco creciente de su propia sangre. El hedor metálico se pegaba fuertemente al aire, forzando a Jasper a tragarse una arcada. Intentó mantenerse serio para que la tormenta interna no se notase.

Nylora se giró hacia él, las cejas bajadas en un arco agudo. Sus labios se movieron en un tic involuntario antes de que una sonrisa le cortara la cara robada. —Mira lo que han traído arrastrando los vientos del desierto. Un ladrón sarnoso.

—Te equivocas; son tres ladrones sarnosos —dijo Jasper al entrar como un rayo Hunter y Blade de la Antesala Escarlata y se posicionaron a su lado.

—Habla por ti —respondió Blade mordazmente, la espada lista para rajar.

—No te molestes en llamar a los automaguardas —Jasper avisó a Nylora—. Tenemos un amiguito que es bastante bueno en desactivarlos. También tenemos un amigote que se ocupa de los guardas humanos.

Nylora agarró un puñado del pelo de Nix y la forzó a arrodillarse. Nix dejó escapar un grito débil cuando su madre le presionó una daga firmemente contra la garganta.

—Oy, por favor cuéntame más de cómo de preparados estáis —dijo Nylora con una sonrisa de superioridad.

Jasper apretó los puños para hacer que las manos pararan de temblarle. No se había dado cuenta de que Nix estaba todavía viva. A pesar de toda la sangre, todavía estaba resistiendo. Todavía sufriendo.

—¡Te vamos a sacar de aquí, Nix! —le gritó, pero los ojos de ella sólo le parpadeaban despacio, velados por la agonía.

—Mi hija ha perdido mucha sangre —dijo Nylora con un deje juguetón—. Igual no está con nosotros mucho más tiempo, así que mantengamos la conversación entre nosotros, ¿qué te parece?

—Mire, déjela ir ya, Su Majestad —pidió Hunter. Su voz era educada pero el cuchillo que estaba girando entre los dedos era rápido y exigente—. Ella no le va a servir de nada.

—Y yo pedí matarla primero —añadió Blade—. ¿A que a ti no te tiró una maldita estantería encima?

Jasper le echó a Blade una mirada de desaprobación antes de devolver su atención a Nylora. Tenía que recordarse a sí mismo que no estaba mirando a Vera. Esa cara que llevaba sus facciones de manera tan bonita, tan falsa, era Nylora. Se había quedado con él la primera vez, pero nadie podía llevar esa cara bien, menos Nix.

—No tienes baza para negociar y nada que ganar de este tres-a-uno —dijo él—. Así que suéltala antes de que perdamos la paciencia.

El trio empezó a acorralar a Nylora por todos los lados y ella hizo marcha atrás hacia el balcón, arrastrando a una Nix inconsciente con ella.

Pero entonces paró y se encontró con sus miradas fijas, su cara una máscara desafiante.

Jasper dijo unos tacos internamente. Sólo dos pasos más y ya estaría…

—¿Por qué estás haciendo esto? —preguntó Nylora, con más malicia que curiosidad brillándole en los ojos.

Blade se rió por la nariz y blandió la espada. —Bueno, odio tener que divulgar un secreto tan bien guardado, pero es que lo que pasa es que te desprecio.

Nylora puso los ojos en blanco. —Guárdate el palillo, Basileus. Nadie está hablando

contigo.

Echando humo, Blade casi se le echó encima. Casi ni se paró a la señal de Jasper. *El plan, ¿te acuerdas?* Blade asintió enfurecido y mantuvo su posición.

—Le estoy hablando a la rata Cesami —Los ojos de Nylora se clavaron en Jasper como garras afiladas—. Te estás matando tanto para ser un héroe, pero esta es la chica equivocada que salvar.

Jasper tragó fuerte, todavía calculando los ángulos de la habitación. Hunter se estaba ya acercando lentamente hacia Nylora de la manera alucinante que tenía de acercarse demasiado a alguien antes de que se dieran cuenta. Le tocaba a Jasper, entonces, mantenerla distraída.

—No te ofendas, Nylora —dijo con todo el engreimiento que pudo reunir—. Pero preferiría arrancarme las pestañas una a una que seguir un consejo tuyo.

—Estás perdiendo el tiempo —insistió ella—. Ella nunca lo va a apreciar, ni a ti. Mi hija es incapaz de querer.

Suavizó los ojos marginalmente. —Pero tú la quieres, ¿verdad?

Un sudor repentino se apoderó del cuerpo de Jasper. Flaqueó por un segundo más de lo necesario.

La sonrisa rencorosa de Nylora se hizo más brillante. —¡La *quieres*! Lo que significa que te duele cuando ves esto.

Le hundió la daga en el hombro a Nix, haciéndole que soltara un alarido y que se retorciera de dolor. Jasper observaba horrorizado como le salía sangre fresca a borbotones de la herida. Le batía el corazón y rechinó los dientes, con furia hirviéndole dentro como lava líquida.

Dio un paso adelante, preparado a atacar, pero Nylora fue más rápida, dando dos pasos atrás y empujando a Nix hacia el borde del balcón.

—Para ahí mismo o la tiro —dijo Nylora.

Jasper paró en donde estaba, haciendo señales a los demás de que pararan con él. Nylora rió, disfrutando felizmente del poder que tenía sobre ellos. O el poder que pensaba que tenía.

—No la tirarás —dijo Jasper—. Podrías dañar el corazón que necesitas.

—Te va a doler mucho más a ti de lo que le va a doler a ella —dijo ella—. Te tengo ahí, rata.

Jasper forzó una sonrisa. —En realidad, es al revés.

Nylora sólo tuvo el tiempo de arquear una ceja antes de que la flecha le atravesara la garganta. Soltó a Nix, levantándose las manos al propio cuello. Se ahogó en su sangre, ojos abiertos, y se cayó al suelo.

En una azotea lejana al otro lado de la Plaza Magus Rex, Archer saludó emocionado y recogió el arco.

Jasper corrió al lado de Nix, levantándola para que estuviera acunada contra su pecho. Ella alzó la mirada hacia él, pero él no estaba seguro de que ella estuviese viendo nada.

—Lo siento, Nix. He llegado demasiado tarde —dijo en una voz baja. Se le llenaron los ojos de lágrimas al ver cómo a ella la vida se le escapaba de los suyos. Quería quitarle todo el dolor, pero todo lo que podía hacer era abrazarla sin poder hacer nada mientras se moría.

—Nos vemos cuando te despiertes —susurró y a ella se le cerraron los ojos.

El silencio solemne que había caído sobre ellos se hizo añicos bajo el gruñido de disgusto de Blade.

—Déjalo en manos de Archer lo de dispararle a Nylora en la garganta —masculló, completamente impasible por la muerte de su prima—. No me sorprende que piense que el corazón está en el cuello.

Entonces le echó mano a la espada, apuntando al pecho de Nylora.

—No —Jasper se arrastró la manga sobre los ojos y bajó a Nix con cuidado al suelo. —Necesito hacerlo yo.

—¡Creo que va a tener que esperar! —Hunter se rió nerviosamente mientras cerraba rápidamente las puertas de la Antesala Escarlata—. ¡Los guardas están aquí!

Para la aprensión culminante de Jasper, los sonidos de los pisotones llenaron el espacio, seguidos de cerca del aporrear contra las puertas. Hunter no podría aguantarlas cerradas por mucho tiempo.

—¡Engranajes chirriantes! ¿Hunter?

—¡No hay problema! —dijo él, con la voz alegre desgastada del esfuerzo—. Saldré en cuanto os hayáis llevado a la heredera.

—¿Blade?

—Vale. —gruñó, pero al final se colgó a Nix al hombro como un saco de patatas.

—Ya conocéis el camino —les dijo Jasper a los dos—. Nos encontramos en el escondrijo en quince minutos.

20
LA SANGRE TIRA

En las profundidades de los muros de protección del búnker, Jasper tamboreó en el brazo del asiento con los dedos y se tiró de un mechón de pelo exasperante.

Nix estaba blanca como la nieve y helada como un témpano en un diván en la estancia principal. Shade había tratado lo que le quedaba de heridas como pudo. Los morados del cuello habían desaparecido y los grandes cortes del muslo y del hombro se habían cerrado en pequeños cortes. El corte profundo de la cabeza estaba casi curado. Pero había tardado horas después de que Nylora había hecho de su hija un alfiletero.

Jasper se sentía enfermo con el panorama. Incluso más enfermo por el hecho de que Nylora había utilizado el dolor de Nix contra él. Había encontrado la manera y él se lo había permitido.

Suspiró, frotándose la frente.

Nix se recuperaría. La muerte era prácticamente un espejismo para ella. El dolor, sin embargo, era real. Había experimentado un dolor insoportable como el que Jasper no soportaría nunca, y ese dolor tenía que dejar un efecto prolongado. ¿Cuántas veces tendría que verla morir? ¿Y si un día dejaba de recuperarse?

Reprimió un escalofrío. Si se quedaba en ese hilo de pensamientos demasiado tiempo, llegaría a los tres infiernos antes de lo esperado.

—Mirarla fijamente no hará que se despierte más rápido —dijo Blade, apoyándose en un sillón.

Jasper entrecerró los ojos. —Gracias por el consejo.

—Sabes que se va a despertar.

Era fácil para Blade decirlo. No sólo tenía él una relación *contenciosa* con Nix, sino que era también el primero en haberla visto morir y el primero en haberla visto volver.

Eso fue hacía dos años e incluso ni Nix era consciente del intento de asesinato que había sufrido. Se murió por el veneno, pero se despertó a la mañana siguiente, bien y fenomenal. Según Blade, ese momento demostró que el rey Cerasos tenía razón. Nylora era una Bella Dama y Vera igual.

Jasper no había estado allí, así que no estuvo convencido en aquel momento, pero Blade le había cogido un poquito demasiado gusto. En el baile, lo había visto como su oportunidad para desquitarse de sus frustraciones, viendo que ella iba a revivir. Y entonces lo hubiera probado otra vez justo antes de que Nix se escapara. Imprudente, sediento de sangre, impaciente…

—Para de mirarme con esa mala leche —gruñó Blade.

Jasper lo señaló, medio-acusación, medio-aviso. —Si la intentas matar otra vez…

—Me tiró una estantería encima —rugió Blade.

—Blade, te juro que…

—Le iría bien un poco de entrenamiento de defensa personal —dijo con una sonrisa que implicaba cualquier otra cosa menos entrenamiento o defensa personal—. Justo ahora, no tiene ni la más remota posibilidad.

Jasper utilizó el tono más serio que su garganta pudo reunir. —Te lo he dicho, Nix combatirá esto a su propia manera. Igual no tiene tus destrezas con la espada, pero tiene su

talento.

—Que le vino *tan* bien cuando Nylora la estaba usando como bloque de cuchillos.

—¡Iba desprevenida y fue culpa nuestra! —Jasper se dio cuenta demasiado tarde de que estaba dejando ganar a Blade sólo por enfadarse. Cogió aire profundamente y cambió de táctica, poniendo su típica sonrisa de superioridad—. Además, ella se levantará en cualquier momento, pero tú siempre le tendrás fobia a las estanterías.

—Qué va, para nada —Blade movió una mano desdeñando lo dicho, pero se movió de manera incómoda en su asiento.

—A mí me suena a negación… —dijo Archer en una melodía cantarina.

Blade lo fulminó con la mirada. —No me he quitado la sed de sangre, Archer. No me pongas a prueba.

—Pero no estabas de broma, Nox —interrumpió Hunter, estrujándose las manos—. ¡Nylora estaba idéntica a la heredera!

Archer asintió. —Sólo que más guapa.

Todo el mundo se giró hacia Archer a la vez, haciéndole echar las manos al aire de manera defensiva. —Ey, Nylora es una bruja loca, pero sabe vestirse bien.

Jasper resopló, pellizcándose el puente de la nariz.

—¿Lo puedo matar? —preguntó Blade.

Hunter se aclaró la garganta, cambiando de tema. —Supongo que ahora se lo tendremos que decir todo.

Jasper asintió. —En cuanto se despierte.

—¡Oy, mejor que prepare algo de té! Está helada —Hunter se escapó corriendo a la cocina.

—Yo voy a ayudarle —Hood se movió un poquito en su sitio antes de seguir a Hunter.

Jasper suspiró y se echó para atrás, apretándose un nudillo a la barbilla. La cara de Nix había cogido un poco de color o igual eso es lo que él quería creer.

Blade gruñó. —Conozco esa mirada. ¿Qué te preocupa?

—¿Estás…? —Jasper lo miró sorprendido—. ¿Siendo considerado?

—Tu cara de preocupado me agobia.

Jasper le puso mala cara. —Gracias, amigo.

—Bueno, ¿y qué es? —La impaciencia pesaba en su tono.

—No te ofendas, pero es difícil hablar de sentimientos contigo.

—Te vale más hablar conmigo —Archer se señaló a sí mismo con los pulgares—. Soy un experto en estas cosas.

Blade enseñó los dientes. —Estás a punto de ser un experto en saber qué sensación da mi espada al traspasar tu garganta, a menos que te vayas a ayudar a Hunter. Ahora.

—Sí, Blade —Archer bajó la cabeza y se fue.

—Y tú —Blade se volvió hacia Jasper—. Si Nylora te está afectando, no la dejes. Es una posponedora en serie que tiene que recompensarse después de esfuerzos mínimos y se emborracha hasta la estupidez por cualquier inconveniencia mínima.

Jasper se rió. El desdén de Blade por la familia Valenledge siempre llegaba a su zenit cuando arrastraba a Nylora por el barro.

—Aun así —dijo Jasper meditativo—. Sabe cosas. Cosas que no debería saber.

La boca de Blade se puso plana. —¿Esto va por lo de tu encaprichamiento con la Señorita Siempremuerta? Todo el mundo que te conoce lo sabe. Excepto quizá ella misma.

Movió de repente la cabeza hacia el cuerpo inmóvil de Nix.

—¡Eso no! —Tosió Jasper, esperando ahuyentar cualquier asomo de sonrojarse—. El baile.

Sabía que veníamos.

Blade inclinó la cabeza y entrecerró sus ojos de acero. —¿Estás seguro de eso?

—¡Sí! O no. No estoy seguro —admitió—. No puedo quitarme la sensación de que sabe más de lo que deja entrever.

Blade sacudió la cabeza. —Lo único que sabe Nylora Valenledge es la diferencia entre brocado y damasco.

—Yo no sé lo que son.

Blade gruño. —Son telas. Me estaba metiendo con ella por el hecho de que sólo sabe de ropa.

—Guau, Blade… —Jasper le dedicó una sonrisa sincera—. Eso es extrañamente reconfortante.

—Si se lo dices a alguien, te rajo.

—Y eso es menos reconfortante.

Un grito ahogado agitó la habitación. Jasper se puso de pie de un salto al ver a Nix incorporándose del diván con gran dolor y soltando una cadena agotadora de respiros superficiales. Un toque gris todavía se le apegaba a la cara, pero estaba respirando. Sus ojos distraídos miraban alrededor, reconociendo su entorno. Su respiro siguiente sonó aliviado y Jasper lo tomó como una buena señal.

—Bienvenida de vuelta, Nix —dijo él, agachándose delante suyo—. Creo que te debo una explicación.

Sus labios morados estaban temblando, pero ella asintió. —Sí. Creo que sí.

—Pues, marchando. Pero antes, ¿por qué no te cambias a algo un poco menos… sangriento? —Hizo un gesto a lo que una vez fue una camisa blanca, ahora manchada de rojo intenso, e hizo una mueca para aligerar el tono—. Si te tengo que ser honesto, me gustaría que me devolvieras mis pantalones preferidos.

◆◆◆

La cocina estaba de vuelta a su estado normal después del fiasco del Somniflex. Sólo unos cuantos trozos de platos quedaban aún en la esquina, todos barridos en una pila ordenada. Vera se sentó encorvada a la mesa de la cocina, envuelta en una manta y envolviendo las manos alrededor de una taza caliente de té humeante para calentarse las manos. Un escalofrío infinito le corría por el cuerpo como si no pudiese producir calor. Sus manos estaban dormidas, las puntas de los dedos descoloridas alrededor de las uñas. Ella estaba evitando mirarlas.

También estaba intentando evitar los seis pares de ojos que la examinaban. Se había visto en un espejo mientras se cambiaba y se veía aún peor de lo que se sentía. Tenía la piel cetrina y casi traslúcida, revelando una vena ocasional debajo. Ojeras color malva le colgaban de los ojos y sus movimientos eran sobresaltados y tiesos al tener su cuerpo que reaprender a moverse otra vez. A todos los efectos, ella todavía era un cadáver. Madre la había matado.

El recuerdo reciente le apuñaló las sienes. Gimió e intentó quitarse el dolor frotándose, pero no podía ni sentir su propio tacto. Se había despertado con una visión anormalmente detallada, que esperaba se le fuera pronto porque veía cada rendija de la mesa y cada miga del suelo. Los ladrones estaban todos apelotonados alrededor de la mesa y ella pillaba cada vez que parpadeaban o respiraban o compartían una mirada. Incluso pensó poder ver el contorno

redondeado de la mandíbula del gigante en las sombras de su capucha.

Hunter había puesto la mesa con un juego de té considerablemente grande, tostadas, galletas, miel, leche y azúcar. La vista de Vera se centró en los motivos eraywynianos de la porcelana blanca, siguiendo los delicados remolinos de un azul plateado para entrenarse la vista. Apartaron los platos y las tazas, causándole un tic. Se quedó con su taza mientras Jasper ponía un libro abierto en el espacio que habían hecho.

—Algo de lectura ligera para ti, si te apetece —dijo con una media sonrisa. Era solo media porque no estaba torcida y ella probablemente no se hubiese dado cuenta si los ojos le estuvieran funcionando bien.

Vera hizo durar el té antes de atreverse a enfrentarse a las palabras de la página. Jasper les hizo mala cara a los otros.

—Dadle un poco de espacio, ¿no? —dijo y todo el mundo se apartó instantáneamente, echándose para atrás en sus sillas. Jasper se sentó al lado de ella y levantó la mirada cautelosamente—. Podemos esperar hasta que te encuentres mejor.

—No —dijo ella más ronca de lo que hubiese querido. Se aclaró la garganta—. Necesito saber qué es lo que está pasando o no podré combatirlo.

—Pero si tú no puedes luchar para nada —Basil se rió por la nariz.

Vera sintió la cabeza de Jasper saltar hacia él a la vez que la de ella.

—No estás ayudando nada, Blade —dijo Jasper.

—Perfecto. No lo estaba intentando.

Vera giró los ojos que le dolían. Sentándose en la silla, se arropó más los hombros con la manta. Miró el libro, intentando ignorar todo lo que no debería estar viendo, como las pequeñas marcas porosas del papel y la pista fantasma de tinta de los bordes descoloridos. Se forzó a concentrarse en el título de la página.

Una Bella Dama.

Vera alargó la mano para coger el libro, leyó la página de la cubierta y fulminó a Jasper con la mirada.

—Este es el libro de fábulas que intentaste endiñarme antes —dijo ella.

—Felicidades, Nix. Eres un cuento de hadas viviente y respirando.

Vera arrugó la nariz. —No puedes esperar que me crea esto.

Basil se burló de ella. —Siento que la chica que se ha muerto dos veces en las últimas veinticuatro horas no sienta que un libro de fábulas es una prueba lo suficientemente buena. Si quieres algo más sólido, igual podrías saltar de un precipicio o algo así.

La respuesta de Vera se le quedó atrapada en el pecho. Todavía estaba lívida con este bruto traicionero, pero algo del último encuentro con Madre, algo de desangrarse sabiéndolo, la había dejado débil y lenta.

—No lo recomendaría —dijo Hunter con indecisión—. Los precipicios dan miedo.

Jasper inhaló. —Chicos, ¿os acordáis de cuando dijimos que hablaría yo?

En el silencio siguiente, Vera intentó leer, pero las palabras entintadas se fusionaban con las grietas secas del papel, creando un revoltijo ilegible sólo presente en su mente. Se frotó los ojos, pero el follón manchado estaba aún allí.

Ella suspiró. —No tengo tiempo de leer un cuento para ir a la cama. Dime sólo lo que sabes.

Jasper frunció los labios a un lado, pero no discutió. —No hay mucha información escrita sobre las Bellas Damas y la mayoría son fábulas. Son una raza de mujeres, supuestamente míticas pero que son, en realidad, demasiado reales.

—Sí, creo que todos hemos oído las leyendas de niños. —Vera lo rechazó con una mano

débil—. Las Bellas Damas, Robin Hood, el Rey Mago, la Princesa de Rosebridge…

—¡Ey! —Archer arrugó la nariz, haciendo que se le juntaran todas las pecas—. ¡Robin Hood *era* real!

—No. No lo era —dijo Vera.

—Tiene razón —Basil estuvo de acuerdo—. No lo era.

Consternado, Archer se envolvió los hombros con los brazos y se susurró a sí mismo: —Tú siempre serás real para mí, Robin.

Basil pasó de él y se volvió a Vera. —Pero el Rey Mago era real.

Vera le disparó una mirada asesina. Ella sabía más de Iacobus Iacobi de lo que Basil podría jamás soñar saber. El proyecto final necesario para completar su diploma era una disertación de 20.000 palabras sobre la vida y la muerte del mayor estafador de la historia de los Reinos Unificados.

—Era un personaje histórico real pero no era un mago. Sólo un fraude que quería ser rey de todo —dijo Vera, enfatizando sus próximas palabras cuidadosamente—. La magia no existe.

—Dice la Princesa Polvillos de Hada —dijo Basil con unos párpados bajos arrogantes—. Sí, tu sólo te regeneras naturalmente como hacemos todos. Como una mala hierba molesta.

Antes de que Vera pudiese coger la tetera y lanzársela a Basil, Jasper rápidamente la cogió y la puso fuera de su alcance.

—¿Nos podemos concentrar todos, por favor? —preguntó—. Me estoy poniendo tan nervioso que igual tengo que ir a robarle a alguien.

—Ni te atrevas —explotó Vera.

Jasper sonrió como respuesta. —Parece que te encuentras mejor.

Vera puso mala cara. Sentía los dedos otra vez al irse calentando y recuperando la agilidad. Los ojos estaban empezando a ignorar los detalles casi microscópicos que se suponía que no debía ver. Las nubes se estaban dispersando en su mente. Y la rabia le estaba volviendo.

Cogió una buena bocanada de aire. —Así que, supongo que lo que se os está pasando por vuestras mentes ladronas y retorcidas es que yo soy una Bella Dama.

Jasper asintió brevemente. —Tú, tu madre, la duquesa… la mayoría de las damas de la corte, para serte honesto. Nylora parece haberse rodeado de ellas, lo que es raro porque las Bellas Damas tienden a ser del tipo solitario.

—Increíble —Vera puso las palmas planas encima de la mesa—. Vivimos en una edad de ciencia, medicina y tecnología. Y ¿vosotros queréis volver a los cuentos de hadas?

—Nix, sé que es difícil de creer, pero…

Ella se rió amargamente. —No temas, oh, Taumaturgo, puedo darte el gusto de escuchar tu cuento. Si soy una Bella dama, entonces ¿me puedo curar de todas las heridas, correcto?

Jasper puso mala cara, obviamente no apreciando el tono, pero lo dejó ir rápidamente.

—Las Bellas Damas se pueden recuperar de todas las heridas no letales y de la mayoría de las letales, también. Dependiendo de lo serio que sea, tardas más o menos tiempo en recuperarte —Ladeó la cabeza con un aire estudiado—. Dicen que cuanto más mueres, antes te recuperas. Por lo que se ve, el cuerpo se acostumbra.

Vera cruzó los brazos. —Entonces, ¿soy inmortal?

Una manta de silencio cayó sobre la mesa y Vera supo que había hecho una pregunta importante. La cara tensa de Jasper le decía que eran malas noticias.

21
BELLA DAMA

—Se conocen tres maneras en las que muere una Bella Dama —dijo Jasper despacio—. Si le sacan el corazón y lo destruyen, la Bella Dama muere. De hecho, dañar el corazón de la manera que sea puede tener malos resultados.

Vio la mirada escéptica de Vera y se movió en el asiento. —Por eso tu madre y Amelia están aún vivas. No les causamos ningún daño en el corazón.

Vera apretó los labios en un gesto de enfado. —¿Cuáles son las otras dos maneras?

—Esto es la letra chica —dijo Jasper—. Por lo que he oído, está todo en el corazón. El corazón de una Dama técnicamente podría vivir para siempre. Hay incluso viejas leyendas en las que el cuerpo de una Dama creció otra vez por completo sólo a partir del corazón.

La voz se le tornó dubitativa. —Supongo que eso no es verdad, pero, básicamente, todo se basa en el corazón. El cuerpo no tiene tanta suerte.

—Ahórrame tus eufemismos —dijo Vera.

—Una Bella Dama vive hasta los 45 años en cualquier cuerpo. Tienen que robar un cuerpo antes de su 45 cumpleaños o morirán, pero tiene que ser un cuerpo compatible. En resumen, el de su hija.

A Vera se le revolvió el estómago. —Esto está alcanzando niveles nunca vistos de perversidad, Jasper.

Él se encogió. —Yo no he escrito el libro.

—El 45 cumpleaños de mi madre es en tres días —dijo Vera—. ¿Cómo explicas que haya adoptado ya mi apariencia?

—Eso es sólo la transformación —respondió Jasper rápidamente—. Alrededor de su último cumpleaños, adquieren la habilidad de parecerse a su hija. Es algo como un mecanismo para ayudarles a usurpar su identidad. Pero no es permanente a menos que Nylora consiga…

Hizo una pausa, por un músculo moviéndosele en la mandíbula.

—Bueno, devorar tu corazón.

Un dolor agudo le perforó la caja torácica a Vera. Jasper tuvo que haber visto algo cambiarle la cara porque añadió inmediatamente: —Pero no te puede quitar el corazón por la fuerza. Se lo tienes que dar por voluntad propia.

Vera asintió temblando. Había concluido esa última parte y la reacción de Madre en sus aposentos lo había confirmado. Mirando atrás, la transparencia de Madre le quemaba en lo más profundo. Todas aquellas tonterías de darle su corazón… Vera pensaba que era sólo la manera poética de Madre de hablar del amor. Era por eso que Madre no había nunca aceptado un simple *te quiero*. Nunca había querido amor. Había querido destruir a Vera. Y Vera había casi caído.

Un estornudo ruidoso cortó el silencio en la cocina y todo el mundo se dio la vuelta para mirar al gemelo de pelo blanco, que se tapó la boca, avergonzado, y esnifó fuerte.

Jasper entrecerró los ojos. —Shadow, ¿se te ha olvidado tomarte los antihistamínicos?

Shadow asintió, el rojo expandiéndose por las mejillas. Su hermano le dio un codazo como reproche.

—No te hagas el inocente, Shade —dijo Jasper—. ¿Cuántas horas dormiste ayer por la

noche?

El chico moreno jugó con las gafas, apartando la mirada al levantar tres dedos.

Jasper chasqueó la lengua en señal de desaprobación. —Os podéis retirar, chicos. Idos a descansar.

Recogieron las libretas en las que estaban garabateando y fueron despedidos por los otros.

—Dormid o vais a ver —gruñó Basil.

—¡Dulces sueños! —dijo Hunter.

—Buenas noches —dijo Vera automáticamente. Los hermanos se despidieron con un gesto de la mano antes de irse de la cocina y ella se sorprendió a sí misma haciendo lo mismo.

—Perdón por la interrupción —Jasper volvió a Vera—. Los gemelos son verdaderos trabajólicos y, ya sabes, es labor de toda una aldea criar a… ¿Dónde estábamos?

—Has dicho que había tres maneras en que muere una Bella Dama: daños al corazón, el no encontrar un cuerpo compatible para los 45 —Vera contó con los dedos, que por suerte habían perdido su toque morado—. ¿Cuál es la tercera manera?

—Ah, bueno, esta no está confirmada —Jasper se revolvió las ondas sueltas de la coronilla —. Parece ser que hay un tipo de promesa que puedes hacer. Persignarte sobre el corazón. Ya sabes, como el típico *Te lo juro; que me muera si miento*.

—Estás de broma.

Él se rió. —Lo parece, pero no lo estoy. Si una Bella Dama rompe su promesa de la Cruz-Corazón, muere. Eso es lo que dicen.

—Eso es algo de lo que no me tengo que preocupar —La mirada de Vera permaneció en sus ojos un buen rato antes de parpadear y apartar la mirada. No estaba segura de poder creer nada de esto, pero tampoco podía ignorar el agarre de la muerte derritiéndose y despegándose de ella lentamente. Esto era o su descenso a la locura o había muerto dos veces en las últimas 24 horas. La primera muerte era lo suficientemente opaca como para hacerla dudar. Pero Madre…

Vera se abrazó a sí misma bajo la manta. Madre la había matado. Torturado. Vera había sentido ella misma como se desangraba lentamente. Mirándola ahora nadie lo vería, pero el cuerpo de Vera sabía que había muerto.

—Así que, prácticamente, dejamos pasar el tiempo —La voz de Jasper cortó sus pensamientos—. Te escondes con nosotros tres días y cuando Nylora, ¡Puf!, desaparezca, entonces nosotros…

—Espera —Vera levantó la mano—. ¿De qué estás hablando?

Él flaqueó antes de recuperar el hilo. —Quiero decir que ahora que lo sabes todo, tienes que permanecer segura tres días y todo se habrá terminado.

—¿Esa es tu solución? —Vera clavó las uñas en el filo de la mesa—. No me voy a esconder como un ratoncito asustado mientras que un monstruo gobierna mi país, llevando mi cara.

—Sé que es difícil, pero…

—No es difícil esconderse en las sombras, Jasper. No lo voy a hacer y punto.

Blade puso mala cara y resopló. —¡Y dale otra vez con el mismo cuento!

Jasper ahogó un suspiro. —Si te pilla, te hará daño.

—Y si no hago nada, les hará daño a los ciudadanos para sacarme de mi escondrijo.

Los ojos de Jasper se le fueron apagando. Él sabía que lo haría. Si Madre necesitaba el corazón de Vera para vivir, no tendría piedad. La corona le permitía mucho poder para abusar y Vera no podría impedirle hacerle daño a la gente, sobre todo si la pillaban. Pero tampoco podía dejar que la gente sufriera por ella mientras ella se escondía cómodamente en el búnker de Quintillius.

Jasper asintió, cediendo. —Nix, estamos de tu lado. Protegeremos a los ciudadanos, no tienes que preocuparte por eso.

—Veo que la tortura de no robar por cinco minutos te ha vuelto el cerebro papilla —Vera no sabía si su resoplido era por diversión o por frustración—. No me fío de ti como no confío en poder lanzar a Hood a una buena distancia.

Archer gritó de asombro, midiendo a Vera en comparación con su primo. —¡Si ni siquiera puedes levantar a Hood!

—He ahí mi punto —La voz de Vera era lineal, pero ganó un filo más severo al volverse a Jasper—. Mi Madre está equivocada, pero eso no hace que tú estés en lo cierto. Y sólo porque estés en su contra, no significa que estés de mi lado. Yo desde luego no estoy del tuyo.

—Estamos luchando contra el mismo mal —Los ojos de Jasper se negaban a entender—. ¿No podemos hacer nuestras diferencias a un lado?

Vera inhaló profundamente e hizo un gesto hacía sí misma. —Yo soy la Heredera de Caddelinn —Les hizo un gesto a ellos—. Vosotros sois una banda de ladrones infames. Somos enemigos naturales. Sólo porque no queráis a mi madre en el trono otros 26 años en mi cuerpo, no significa que vayamos a aunar fuerzas. No somos amigos.

—¿Ah, ¿no? —preguntó Hunter tristemente.

—Ahí tienes la gratitud que te tocaba —dijo Basil arrastrando las palabras—. Nos jugamos el pescuezo, somos los únicos que no pensamos que está chiflada, y la Princesa Paranoica todavía nos da la patada.

Vera se apoyó hacia adelante sobre la mesa. —Igual estaría más agradecida si vosotros, pandilleros, no tuvieseis la culpa de la mitad de la pobreza en Caddelinn. Madre es una tirana y un monstruo, pero yo no sé de dónde sacáis vosotros la audacia de sentiros superiores.

Jasper se frotó la frente, con los ojos cerrados y apretados. —¿Qué plan tienes, entonces? ¿Luchar contra ella sola?

—A ti eso no te importa, de hecho —dijo ella poniéndose recta—. Pero vosotros no sois los únicos aliados que tengo.

Al lado de Hunter, Archer susurró en voz alta: —¿Se refiere al Príncipe Alys?

Jasper se partió de risa, sacudiendo la cabeza. —¿Os imagináis al Principito luchando contra Nylora? No, en serio que pagaría para verlo.

Movió los brazos melodramáticamente.

—¡Esta noche, la lucha del siglo: el mal profundo, oscuro, devora-corazones se enfrenta a todo lo que es bueno, noble, puro y de pelo dorado!

Los nudillos de Vera se apretaron contra la mesa mientras él se reía solo. Cuando habló, la voz le temblaba de rabia. —Preferiría morir al lado de Alys antes que vivir un segundo más contigo —Se levantó abruptamente, enviando la silla chirriando hacia atrás—. Pero no os necesito. Soy perfectamente capaz de no entregar mi corazón yo sola.

Jasper se serenó, y la sonrisa desapareció. Se puso de pie, también, levantando las manos en un gesto pacificador. —Nix, te podemos ayudar. Te podemos mantener a salvo mientras nos ocupamos de Nylora.

Vera se burló desdeñosamente, sacudiendo la cabeza de incredulidad. —De verdad que sois unos hipócritas. ¡Madre me mató, pero la primera persona que me asesinó está sentada ahí mismo!

Señaló a Basil, que sólo gruñó como respuesta.

Jasper se pasó la mano por el pelo, despeinándose por completo. —Blade sabía que no te morirías.

Vera levantó los hombros y sacó una sonrisa. —Oy, gracias por decirme eso. Me siento perfecta ahora.

Pasó por el lado de Jasper rápido, dirigiéndose a la puerta de la cocina.

—¿Tú paras alguna vez de quejarte o van a ser otros 26 años de esto? —dijo Basil.

Vera se dio la vuelta, su rabia llegando al límite. —¡Me mataste!

—¡Tú me echaste una estantería encima!

—Yo te noqueé. ¡Tú literalmente me mataste! —gritó ella—. ¡Y entonces me perseguiste por todos lados e intentaste matarme otra vez!

—¡Tú drogaste a todo el mundo!

—¡Y tú envenenaste a todo el mundo en el baile!

—Y ahí es donde te equivocas, débil, inepta, cabeza hueca…

—¿Cómo te atreves…?

Golpeó la mesa con el puño, levantándose del asiento como una torre temblorosa. —¡Me atrevo porque es verdad! El envenenamiento fue tu madre tóxica y su mascota de dragón, Amelia. Lo hicieron para llegar a ti y culparnos a nosotros por todo. ¡Ahora todo Caddelinn piensa que la matamos también y no está ni siquiera muerta! —Tomo un respiro rápido y tiró las manos al aire—. O sea que puedes seguir chillando todo lo que quieras porque esa es la razón por la que no le caes bien a nadie en Caddelinn.

Vera miró fijamente a Basil, con la mente a toda máquina mientras que las emociones burbujeaban en su interior.

El miedo y la rabia le remontaron por las venas como electricidad, dejándola paralizada por el peso de sus palabras. Ella quería gritar, descargar su furia pero, en vez de eso, se quedó allí de pie en shock. Independientemente de lo que dijera -o lanzara- no podía levantar la sensación abrumadora de fracaso y de soledad que la aplastaban.

Basil hizo un ruido desdeñoso y se sentó otra vez. —Tú sales ahí fuera sola otra vez y no duras ni un día. Claro, tendré que soportar a Nylora, pero igual es mejor que soportarte a ti.

—¡Blade, ya basta! —dijo Jasper. Sus cejas se suavizaron al mirar a Vera—. Nix, por favor. Nylora no te puede matar, pero te puede hacer daño cada segundo de tu vida hasta que se muera.

Vera dejó ir un pequeño aullido ahogado de risa. Mejor eso que llorar.

—¿Por qué está muerto mi padre, Jasper?

Los ojos de Jasper tenían un atisbo de culpabilidad y duda. Puso cara de tristeza y enfado profundos antes de apartar la mirada.

—¿Él también era una Bella Dama? —insistió ella.

Su voz era casi inaudible. —Sólo las mujeres pueden ser Bellas Damas.

—Eso es lo que yo pensaba —Los labios de Vera se contrajeron en una sonrisa insoportablemente dolorosa. Jasper levantó la mirada, destrozado. O eso es lo él quería que ella pensara.

Ella habló otra vez antes de que él pudiera cortarla: —No te preocupes por mí. Nada de lo que haga mi madre me puede hacer tanto daño como el que me has hecho tú.

Y se fue, agradecida de que nadie intentase pararla.

◆◆◆

Hacía ya un buen rato que Nix se había ido, pero Jasper aún la estaba viendo irse, con su voz

repitiéndose una y otra vez en su mente. Daba igual cuantas veces se repitiera la escena, no podía encontrar una manera de cambiarla. No había manera de hacer que se quedara.

No sentía nada para cuando se levantó de la mesa de la cocina, encontrando la habitación casi vacía. Sólo quedaba Hunter, de pie al lado de la encimera, amasando masa como si ésta le debiera dinero. Todavía tenía una pequeña sonrisa emplastada en la cara al acercarse Jasper.

—Una avellana por tus pensamientos —dijo él.

—No, gracias, no creo poder comer ahora mismo —Jasper intentó devolverle la sonrisa—. ¿Dónde se han ido todos?

—Los gemelos se han ido a la cama, aunque estoy seguro de que Shade todavía está despierto porque lo he visto con una demitaza a escondidas por la tarde —Él suspiró y se limpió la frente, poniéndose perdido de harina—. Hood fue a leer algo con un final feliz, Archer está jugando al Solitario de Sol, y Blade…

Un choque y un batacazo interrumpieron a Hunter. Él simplemente sacudió la cabeza en señal de desaprobación como si hubiese estado esperando el sonido.

—Engranajes chirriantes —dijo Jasper, saliendo de la cocina. Blade era como un gato. Si lo dejabas sólo el tiempo suficiente, destrozaba todos los muebles de la casa.

Los batacazos se desvanecieron al entrar Jasper en la estancia principal. Allí, Blade estaba sentado en el suelo, jadeando, rodeado de un diván patas arriba y de un montón de sillas astilladas.

Jasper soltó unos tacos y se pasó una mano por la cara. —¿No tienes un muñeco de entrenamiento al que darle una paliza en tu cuarto?

—Me lo cargué —Blade miró fijamente al suelo, probablemente preguntándose cómo destrozar las láminas de madera.

—¿Pero a ti qué te han hecho las sillas?

A Blade se le desfiguró la cara. Miró a su alrededor por la habitación, esforzando los ojos. —Lo siento.

—No pasa nada —Jasper suspiró—. Estoy seguro de que podemos robar otras mejores.

—No —dijo él, con agravio subiéndole en la voz—. Siento haberla matado. Y haberle dado caza la segunda vez.

Se tiró del pelo frustrado. —Lo estropeé todo.

—¿Tú disculpándote? Eso sí que es nuevo.

—Voy en serio —gruñó—. Si hubiese controlado mi rabia, igual hubiese confiado en nosotros.

Jasper se sentó en la alfombra y apoyó un codo en la rodilla, levantando la cabeza. —Incluso estando seguro de que tu sed de sangre no fue lo ideal, no creo que hubiese confiado en nosotros de todos modos —Soltó un largo respiro—. Yo tampoco confiaría en mí.

Los ojos de Blade mostraban un ápice de confusión y Jasper sabía que no era normal que él hablara así.

—Tú no te fiabas de mí al principio —Jasper le recordó.

Después de un silencio irritado, Blade soltó un gruñido flojito y se quedó mirando fijamente a la nada. —¿Crees que va a estar bien?

Su mirada de preocupación le trajo una sonrisa rastrera a los labios a Jasper. Debajo de todos los problemas de furia y de todos los insultos cuidadosamente elaborados, Blade a veces revelaba una parte de su yo real. En algún sitio en su interior, realmente se preocupaba y quería mostrarlo sin la frustración que lo consumía o la violencia a la que estaba tan acostumbrado.

Todos ellos tenían fantasmas que estaban desesperados por hacer desaparecer: Blade, abuso

familiar. Hunter, su pasado espantoso que siempre escondía detrás de una sonrisa y algo al horno. Archer, su sensación abrumadora de ineptitud. Para Hood, la razón por la que nunca enseñaba la cara. El secreto detrás del silencio de los gemelos. La cleptomanía de Jasper y sus mentiras compulsivas… y la sangre inocente en sus manos.

Y, así y todo, se habían abierto todos aquí. Con el pasar de los años, Blade había demostrado que quería ayudar a Nix, a pesar de su desprecio por los Valenledge. Hunter le había explicado a Jasper un poco de lo que estaba huyendo. Archer para estos tiempos era como un hermano pequeño de Jasper - agobiante pero fiable. Hood había aceptado completamente su identidad Aroace y se había encontrado aceptado fácilmente. Los gemelos se sentían protegidos, o eso es lo que le gustaba pensar a Jasper.

¿Cuánto más podrían sanar todos con una nueva oportunidad? ¿Cuánto más podrían progresar si Vera Cerasina Valenledge estuviera en el trono? Era demasiado tarde para Jasper, pero él no iba a decepcionarlos, no a los chicos y definitivamente no a Nix.

Se puso de pie y se sacudió el polvo. —Vamos a por ella.

Blade se quedó mirando fijamente. —Se ha ido. Se ha acabado. Ella no quiere nuestra ayuda.

—Sí, y ojalá que yo pudiese respetar eso. Pero soy un canalla, ¿recuerdas?

22
EL ARZOBISPO

El festival Elemental de una semana iluminaba las noches de Caddelinn con una energía vibrante. Cada salida de la luna era una invitación a celebrar, los ciudadanos absorbiendo el calor ardiente de cada día y soltándolo a través del baile, de la música y de la risa por la noche. Gritaban hurras, sin ser conscientes de las serpientes que habían reptado a su alrededor.

Los bardos itinerantes seguían tocando, y los bufones seguían con sus travesuras, desde juegos malabares a hazañas voladoras acrobáticas en las calles. Los escupefuegos seguían blandiendo sus palos - o mejor dicho, peligro en potencia - un poco demasiado entusiasmadamente para los gustos de Vera. Ella se apartó de repente de sus antorchas giratorias al pasar estrechamente por la multitud.

Nadie sabía que Madre estaba aún viva o lo que era. Vera se aseguraría de que nunca tuvieran que preocuparse de Nylora Valenledge. Era su responsabilidad mantener seguros a los ciudadanos, incluso de su propia reina.

Un pensamiento horrible le bombeaba por las venas. ¿Quién iba a mantener a los ciudadanos seguros de Vera? Después de todo, ella también era una Bella Dama. Si Madre era un monstruo, eso ¿qué la hacía a Vera?

No. Desesperadamente intentó deshacerse de la aprensión. Ella no era como Madre. Sí, ella sufría de la misma anomalía genética pero Vera era ella misma. Se le aceleraba la respiración cada vez que se acordaba de volver a la vida. La hacía sentir como que era una maldición, pero ella era lo suficientemente lógica como para reconocer que era un don. Una ventaja rara. Sólo necesitaba conservar el corazón y, fuese como fuese, sobreviviría a Madre.

Aun así, tenía que ir con cuidado. Le había dicho a Jasper que Madre no le podía hacer el daño que le había hecho él sólo por despecho. Le hizo sentirse bien en el momento, pero ahora se arrepentía y odiaba como de falso era. Vera no sabía cuánto más dolor físico podía aguantar en realidad y no dudaba que Madre era capaz de torturas horribles. Evitar a Madre, a Amelia y a las otras damas de la corte estaba alto en la lista de prioridades.

Amelia. Vera apretó la mandíbula. La duquesa era aún más ingeniosa que Madre. Después del baile, Amelia la había convencido por completo de la bondad y de la inocencia de Madre y Vera la había creído. Ya no. Había caído en sus trampas bastantes veces, pero ahora sabía a lo que se enfrentaba.

Se moría de ganas de hablar con el Espejo, necesitaba su guía. La pondría de los nervios, pero la llevaría por el buen camino. Desafortunadamente, Vera no podía entrar en el Castillo como Pedro por su casa ahora para encontrarlo. Tendría que hacer esto sola.

La multitud se disipó al llegar Vera a la Plaza Elemental y fue alrededor del pabellón, dirigiéndose hacia la catedral. Se ciñó a las sombras y aguantó la respiración hasta que estuvo dentro.

Era un páramo solemne comparado con las calles fuera. Había siempre algo malo de la Catedral Elemental y de cómo su incienso empalagoso se le pegaba a la parte posterior de la garganta de Vera. Algo de sus columnas estiradas y de todas las velas innecesarias que nunca parecían iluminar lo suficiente.

El terciopelo rojo espeso bajo los pies de Vera se tragaba sus pasos mientras caminaba silenciosamente por el pasillo enmoquetado, pasando al lado de los creyentes perdidos que parecían puntos en los bancos. Quintillius estaba de pie detrás del altar, con las manos dobladas y los ojos cerrados mientras rezaba.

El Arzobispo siempre decía que el alma de Padre estaba atada a la catedral - el lugar donde había respirado por última vez. Al principio, Vera pensaba que era la manera de Quintillius de sacar más financiación, pero finalmente se dio cuenta de que él realmente lo creía. Ella no. Y no veía cómo él estaba orgulloso de que Padre muriera aquí bajo la mirada protectora de los así llamados Elementos. Se suponía que Sol luchaba por él, que Luna lo guiaba, que Terra lo protegía y que Ventus le tenía que dar justicia. Y, sin embargo, todos se quedaron mirando sin mover un dedo.

Porque no existían.

Vera no tenía ningunas ganas, pero Quintillius era un mal necesario. A la hora de la verdad, él todavía tenía alguna influencia sobre el público y su apoyo la ayudaría a luchar contra Madre. Él era también el aliado más cercano al que tenía acceso. Alys ya estaría de vuelta en Eraywyn y Ashton era demasiado cercano a Madre. Posiblemente, ni supiera que Vera no estaba en el Castillo.

Llegó al estrado y se arrodilló en los escalones ante Quintillius. Sabía que lo que mejor funcionaría sería un tono reverente, así que intentó recordar las mejores frases de su educación religiosa temprana.

—Honorable Arzobispo —susurró, reprimiendo una arcada—. Una hija de los Elementos busca su sabia guía.

Quintillius marcó el final de su oración llevándose dos dedos a la frente, los ojos, la boca y el corazón. Entonces levantó la cabeza y miró en la dirección de Vera sin mirarla a ella.

—La recibirás, hija —dijo plácidamente—. En cuanto te quites la máscara, ya que los Elementos no permiten ningún tipo de engaño en su casa.

Vera se quitó la máscara, poniéndosela encima de la cabeza y lo miró súper directo a los ojos. Quintillius se retorció visiblemente antes de recuperar su actitud vanagloriosa.

—Quizá necesitas confesarte, hija.

Se fue y Vera lo siguió al confesionario detalladamente tallado. Entró a la parte derecha del confesionario mientras que Quintillius entró en la parte izquierda, entonces le tocó a ella retorcerse. No había puesto un pie en una de estas cajas malditas desde que era niña. Este era el territorio del Arzobispo y él tenía la ventaja.

—Habla sin temor, hija. Deja que los Elementos te guíen —le dijo.

—Quintillius, ¿qué has oído?

Esnifó profundamente. —Sé que hay brujería en ciernes en el reino. He sido iluminado esta mañana.

Vera se guardó su primera respuesta y optó por algo más suave.

—¿Qué tipo de brujería?

—Caddelinn tiene una reina y una impostora. Son indistinguibles y pinta mal para la corona. ¿Cómo sabremos quién es nuestra monarca real?

—Soy yo, Quintillius. Sabes que soy yo.

Canturreó dubitativamente y lentamente para sí mismo. —Ojalá que estuviera seguro. No hay nada que desee más que ver a Su Legítima Majestad en el trono. De verdad, ese es el deseo de los Elementos. Desafortunadamente, la Vera Valenledge que vino a verme esta mañana es tu imagen calcada y los Elementos no me han dado la suficiente visión verdadera para distinguiros

—Pausó significativamente—. Ojalá hubiese una manera de saberlo de una vez por todas.

Vera casi no pudo reprimir el burbujeo furioso que tenía en el estómago. El muy codicioso merluzo estaba intentando girarlo todo para su propio provecho.

—¿Qué quieres? —le preguntó.

Él se rió detrás del biombo. —Hija mía, a mí no me mueve la ganancia material. A mí sólo me importa la justicia.

Vera se pellizcó la piel entre las cejas. No era el momento de desatar la lengua, especialmente después de cómo le había hablado en el baile Elemental. Tenía que andar con pies de plomo y averiguar exactamente lo que él quería sacar de esto.

—Guíame, Arzobispo. ¿Cómo puedo probarme a mí misma?

Su tono era grave. —Yo había avisado a la heredera de este peligro en la inauguración del Festival, ya que sentí al mal acercándose sigilosamente. La he estado avisando durante años de que sólo hay una manera de demostrar su legitimidad para reinar: sólo el gobernante verdadero de Caddelinn puede superar el Test Elemental.

Vera casi soltó una palabrota. Desde luego, esto iba de aquel test olvidado de Sol. Ella escogió sus palabras siguientes escrupulosamente.

—El Test Elemental lleva más de 400 años sin practicarse.

—Con más razón —insistió él—. Caddelinn no puede estar segura de su gobernante sin confirmación ahora.

—Desató una guerra la última vez, Quintillius. Ese test mató al único heredero y dejó a las familias nobles peleando durante cien años.

—Recuerda que la línea Valenledge no estaría en el trono si el test no hubiera rechazado a Theodore Hark III.

Vera tragó. *Rechazado* era un término muy relajado para describir el ser rustido vivo en el pabellón como un criminal.

Quintillius estaba impávido. —De verdad, cualquier monarca que supere el Test Elemental será incuestionable en los ojos de Caddelinn.

—Igual para los que aún creen en los Elementos —Vera se tapó la boca con una mano, pero era demasiado tarde.

—¡Sujeta la lengua! —dijo entre dientes—. ¡Esto es blasfemia!

Bueno, de perdidos, al río.

—Y tú estás cometiendo traición —ella le gruño también—. Tú sabes que soy yo.

—Yo sólo sé lo que me dicen los Elementos.

Vera gimió. —Confiésalo, tú estás usando este test para hacerte con más seguidores. Si lo supero por cualquier milagro, tú te llevarás el mérito por mi victoria. Si fracaso, tú liderarás al público perdido con tu tiranía religiosa. La única manera de la que tú no ganes es si yo me niego a tomarlo.

—Yo recomiendo sólo una manera para que te puedas probar —su voz era tiesa y cargada de ofensa—. Es tu elección si lo tomas o no.

—¿Tanto miedo tienes de que la tecnología te quite tu puesto que tienes que recurrir a estos trucos?

Quintillius se burló. —O quizás tú tienes miedo de que los Elementos no te encuentren digna. ¿No confías en ti misma, Vera Valenledge? Si es que ese es tu nombre verdadero.

—El pabellón está diseñado para ejecutar, no para juzgar.

—*La tecnología* —escupió la palabra, —es lo que ha corrompido el uso del pabellón. Una vez se usaba para medir el corazón de un aspirante a soberano. Los Elementos mismos inspiraron

al Rey Mago a construirlo para este fin.

Vera explotó. —¡Maldiciones, Quintillius, los Elementos no existen!

Un grito de sorpresa fuerte hizo eco en el confesionario.

—Hija, temo por tu alma. Te desvías de la senda verdadera y yo no puedo apoyar a un mandatario tal —Detrás del biombo, sus ojos brillaban con una furia calmada—. Te invito a ponderar mi oferta y reconsiderar tus valores. Si te decidieras favorablemente, te abriré los brazos. Por ahora, te pediré que abandones la casa de los Elementos hasta que hayas recuperado la sensatez.

—Quint…

—Y te recomiendo extremadamente que reces por tu alma.

Vera apretó la mandíbula tan fuerte que las sienes le latían.

—Y a ti más te vale rezar para que yo no llegue nunca a ser reina porque me aseguraré de que todo el mundo se entere de tu búnker.

Él se calló un momento, pero no estaba ni mucho menos lo tenso que debería haber estado. Su completa arrogancia le daba urticaria a Vera.

Tomó uno de sus respiros profundos y húmedos. —Te pido amablemente que te vayas. De otra manera, me veré forzado a llamar a los automaguardas e informarles de que tengo a la impostora en mis manos.

23
QUE TE DESPELLEJEN

Vera nunca se había dado cuenta de lo bien que se le daba quemar puentes.

Sentada en los peldaños de mármol fríos del Pabellón Elemental, se abrazó las rodillas hasta el pecho y examinó la estructura. Cuando un criminal era sentenciado a muerte, lo encadenaban a una de las columnas manchadas de hollín y las bocas de fuego debajo se activaban. Se quemaban despacio, agonizantemente, hasta la muerte.

Quintillius no había sugerido eso, exactamente. Él quería que Vera estuviese de pie en el centro del pabellón al encenderse todas y cada una de las bocas. Si salía viva, sería reina. Madre definitivamente no accedería a tomar el Test Elemental, así que pasar el test podría técnicamente ganarle a Vera la corona. Si salía viva.

Maldijo en voz baja, decepcionada en sí misma por incluso considerarlo. El Test Elemental era una muerte cierta pero, incluso si no lo fuera, Vera no tenía ninguna intención de ponerse en las manos de Quintillius. Acababa de escaparse de una banda de ladrones delincuentes, ¿Por qué se entregaría a otro? No, tenía que hacer esto según sus propios términos.

Escribió el nombre de Quintillius en su lista mental al dejar el pabellón detrás, dirigiéndose al Forgotten Lion. No necesitaba al Arzobispo pero ahora no tenía otra elección que viajar a Eraywyn y encontrar a Alys. Si alguien la iba a escuchar, ése era Alys. Era la persona más leal que hubiese conocido jamás. Ella había rechazado su ayuda en más de una ocasión, pero él no había nunca fallado al ofrecerla. A Vera no le gustaba contar con nadie, pero sabía que podía contar con él. Y esto era una emergencia.

◆◆◆

El Forgotten Lion era la taberna más antigua que aún sobrevivía en Caddelinn, alardeando más de 600 años. Aunque la habían restaurado múltiples veces, la puerta original quedó intacta - el tipo que se tenía que abrir empujando, agarrando las barras gruesas de latón atornilladas a ella. Vera pasó a través de los fiesteros charlando a la entrada de la taberna y se limpió las manos en los pantalones después de tocar las puertas.

De todas las tabernas en Caddelinn, el Forgotten Lion era un testamento real a su historia. Casi cada centímetro de la pared estaba cubierto de fotografías en blanco y negro y en tono sepia de previos monarcas, gente famosa y monumentos que cambiaban y se transformaban con el pasar de los años. El candelabro encendido con bombilla-velas estaba hecho de viejos engranajes, llaves cuyas puertas habían sido enterradas en el olvido, y el círculo exterior de latón de una rueda de un viejo carruaje. Cada noche la taberna presentaba un nuevo acto musical en su pequeño escenario. La barra contaba con ales, hidromieles, cervezas y sidras de barril, las estanterías detrás estaban surtidas con todo tipo de licor disponible en los Reinos. Una escalera en espiral en la parte trasera llevaba al segundo piso, donde había habitaciones disponibles para la noche.

La popularidad del Forgotten Lion atraía masas los días normales pero esta noche el sitio estaba a reventar con bebedores, comedores y chillones por igual. Vera nunca había querido visitar ninguna taberna durante el auge de la temporada alta de turistas en Caddelinn y ahora, estrujándose entre cantantes piripis y peleones enmascarados, sabía que había tenido razón. Un cliente la empujó en el hombro con las prisas para irse, casi tirándola al suelo. Vera se quejó y el hombre masculló una disculpa antes de salir por patas.

Finalmente llegó al bar, jadeando y diciendo tacos todo el camino hasta allí, solo para encontrarlo desatendido. Claro. Otros dos clientes estaban esperando que les sirvieran, así que se sentó en uno de los taburetes altos y miró hacia arriba al registra-tiempo.

24 horas antes, había estado en el Baile Elemental, esperando el momento de poder escaquearse a las mazmorras con Basil. Tanto había cambiado desde entonces. Casi deseaba poder retroceder las manillas del registra-tiempo y volver a cuando el problema más urgente era parar a Jasper.

Descansando la cabeza en las manos, Vera tomó aire profundamente. Parecía más simple antes, pero sabía que todo era un sentido falso de seguridad. Madre todavía estaba planeando matarla. Siempre había planeado eso, siempre desde el nacimiento de Vera. No había vuelta atrás y no había seguridad hasta que Vera tratara con Madre ella misma.

—¿Qué quieres decir con *impostora*? —la chica del bar gritó de asombro.

Los músculos de Vera se pusieron tensos y la cabeza se le giró.

—Eso es lo que ha dicho el Castillo —respondió el chico.

Vera se relajó un poco cuando se dio cuenta de que no estaban hablando con ella. Apartó la vista pero, aun así, oyó la mayor parte de su conversación.

—El Castillo dice muchas cosas —dijo la chica arrastrando las palabras—. Si la mitad de ellas fuesen ciertas, Caddelinn no estaría en este estado.

—Siempre dices eso. ¿Y si es verdad?

—Vale, hay una heredera falsa corriendo suelta por el reino —dijo ella despacio—. ¿Cuánto puede esta impostora parecerse a Vera, de todos modos?

La voz del chico decayó y Vera lo tuvo difícil para oírlo. Lo que fuera que dijo, su compañera respondió con una risa burlona.

—La recompensa es bastante tentadora —replicó él defendiéndose.

La respiración de Vera se le paró en la garganta. ¿El Castillo estaba ofreciendo una recompensa por ella? Rechinó los dientes. No sólo Vera era la impostora, sino que ahora la buscaban. Madre ciertamente se lo había montado todo de maravilla para ella misma.

—Oh, ¡debe ser bastante peligrosa, entonces! —La chica se rió para sí misma.

—Te puedes reír todo lo que te dé la gana, pero me apuesto a que *es* peligrosa. Por lo que se ve, tiene lazos con Nox el Matarreyes. Ventus sabe que *él es* peligroso.

A Vera le costó todo lo que tenía quedarse callada. Independientemente de las veces que echara a Jasper, siempre estaba sobrevolándola como un fantasma iracundo.

La chica gimió. —Venga, es el Festival Elemental. Se supone que tenemos que estar celebrando, no debatiendo teorías de conspiraciones. También se supone que tenemos que estar bebiendo, pero… ¡Hola! ¿Camarero?

Una mujer fortachona atendió a su llamada y se aventuró detrás del bar para servirles mientras Vera se calmaba de los nervios. Tenía que llegar a Eraywyn tan pronto como fuera posible. Caddelinn ya no tenía jurisdicción en Eraywyn. Ella podría pensar y encontrar un plan en paz.

—¿Qué va a ser? —la mujer eventualmente le preguntó a Vera con una sonrisa cansada

pero acogedora.

Ella mantuvo la cabeza baja. —¿Cuándo sale el próximo carruaje de acero para Eraywyn?

—Hay uno a Eraywyn en 20 minutos si tienes el pasaje para ir —La camarera movió un dedo muy entrenado por encima del hombro, dirigiendo la atención de Vera a una tabla de destinos y precios detrás suyo.

—Claro —Vera echó mano al monedero que le había quitado a Jasper - y que de alguna manera había logrado conservar desde entonces - pero se encontró un hueso de la cadera en su lugar. El monedero no estaba en su cinturón y no aparecía por ningún lado. Se le escapó una exhalación profunda

Se lo había robado algún carterista.

La mujer sacudió la cabeza con comprensión. —El crimen aquí es de otro nivel.

—¿Podría hablar con el duco del carruaje? —preguntó Vera—. Puedo garantizarle el pago a la llegada.

La mujer le hizo una señal a las VoxBoxes montadas en la pared del fondo de la taberna. —Puedes llamar e intentar convencerlo, pero está sobresaturado de trabajo y demasiado sobrio esta noche.

Vera miró a las VoxBoxes con preocupación. Había tenido problemas con su Código de Comandante antes y las posibilidades de que funcionara ahora eran escasas.

—¿Puedo hablar con él cuando llegue?

Aunque la voz de Vera era tiesa, la camarera obviamente vio su desesperación. Dudó un momento antes de apoyarse sobre el bar y de hablar en voz baja. —Mira, mucha gente va a Eraywyn esta noche por las fiestas. Tú mejor apuesta es unirte a ellos.

Vera arqueó una ceja. —¿Cómo los convencería?

—No tienes que hacerlo, sólo haz amigos y menciona Eraywyn. Estoy segura de que alguien se ofrecerá a llevarte.

Vera ahogó un suspiro. Mendigarle un viaje a un extraño piripi parecía la mejor manera de hacerse reconocer como la susodicha impostora. Incluso si nadie la reconocía, ¿Podía realmente confiar en alguien que no conocía lo suficiente como para meterse en su carruaje o montarse en su caballo de acero?

Vera sacudió la cabeza. —No creo…

—Pues haz que alguien te invite a una copa antes —insistió ella—. Y de ahí ya verás que haces.

—Demasiado tarde —Un hombre de pelo blanco apareció detrás de la barra, dejando caer de un golpetazo un vaso lleno de un líquido azul oscuro, cubierto con cáscara de limón—. Alguien ha pedido esto para la chica del bar con pinta de enfadada.

Vera examinó el vaso. Sapherly. Siempre había odiado la bebida, pero conocía a alguien a quien le encantaba.

La camarera le guiñó el ojo. —No has tenido ni que mover un dedo.

—¿Quién ha enviado esto? —preguntó Vera.

—El reservado 12 —El hombre señaló a través de la multitud y Vera siguió el camino de su dedo a través de todo el humo y los clientes a una mesa donde tres hombres enmascarados estaban cómodamente descansando en asientos de piel, todos con bebidas en las manos y juegos de cartas.

Vera sólo tuvo que ver un parche de ojo blanco y un sólo ojo verde para reconocer a Jasper. A su lado, Hunter y Archer, vestidos en ropa de Terra y de Luna respectivamente, levantaron sus copas como saludo. Vera se mordió el labio los suficientemente fuerte como para hacerlo sangrar

y se dio cuenta, exactamente, de quién le había robado el monedero. Se volvió hacia el personal de la taberna, pero el hombre habló antes de que ella pudiese hacerlo.

—Dijeron que echaras un vistazo alrededor antes de rechazarlo. Especialmente en las esquinas —dijo él, encogiéndose de hombros—. Sus palabras, no las mías.

Vera respiró profundamente antes de mirar a su alrededor. No fue necesario buscar mucho para encontrar el reflejo de luz tenue de una espada. Los ojos helados de Basil brillaron a través de una máscara de Sol, como una amenaza. Vera le enseñó los dientes. Él no le daba miedo - ella ya lo había estanteríado una vez y no dudaría en volver a hacerlo.

Los gemelos, Shadow and Shade, la saludaban con la mano desde otra mesa. Se puso contenta de ver que estaban compartiendo una tetera en vez de beber. No deberían haberles permitido la entrada. Ella siguió su gesto al señalar ellos debajo del mantel, dónde Vera podía ver el fin de una bota enorme y oscura. El descomunal Hood estaba escondido debajo de la mesa. Todos los ladrones estaban presentes.

La mujer detrás de la barra estaba dudando al ver a los tres payasos sentados en el reservado 12.

Dijo: —Parecen … ¿majos?

—Sí, son estupendos —Vera se levantó del taburete de bar y se dirigió al reservado a pasotones.

Pasó completamente de los saludos alegres de Archer y de Hunter mientras arrastraba una silla al borde de su mesa y se sentó, mirando mal a la postura relajada de Jasper.

—¿Me estás siguiendo, ahora? —dijo ella.

Jasper levantó una ceja, pero no levantó la mirada de su abanico de cartas. —No sé de dónde sacas eso, Nix. Estábamos aquí antes. ¿Nos estás siguiendo tú?

—Tú sabías que venía.

—Hunter, ¿tienes un cinco? —dijo Jasper despreocupadamente.

Hunter comprobó sus cartas. —Lo siento, que te despellejen.

—Engranajes —Jasper pescó otra carta del montón del medio.

Vera apretó la mandíbula. —El acoso es ilegal. Igual que robar.

Jasper finalmente levantó la mirada, con su ojo destapado brillando como si estuviera haciendo alguna diablura. —¿Esto tiene que ver con el monedero? Creo que se te está olvidando que tú me lo robaste a mi primero.

—¿Y a quién se lo robaste tú antes de eso?

Jasper miró al techo y entornó los ojos. —Al Conde Faulkner, me parece. Pero él se lo embolsó del depositario real en primer lugar.

—O sea, que pertenece a la corona, es decir, a mí.

Archer se frotó la frente y gruño. —Ahora me duele la cabeza.

—Eso es porque sigues bebiendo este bebistrajo —dijo Basil, acercando otra silla y dejando caer agresivamente sobre ella.

—¡No lo tires hasta probarlo, Blade! —Archer le ofreció un vaso, pero Basil lo empujó.

—El sapherly sabe a pescado y a muerte —gruñó.

Vera no tenía ninguna intención de estar de acuerdo con él en voz alta. Se concentró en Jasper. —Devuélvemelo.

Jasper reorganizó sus cartas despacio. —Vas a ver al Principito.

—Sí.

—No puedo permitirlo, me temo —Mostró rápidamente su sonrisa torcida antes de retirarle su atención—. Blade, ¿te reparto?

Basil puso cara de mala leche. —Preferiría sacarme el intestino delgado y tragármelo antes de jugar a Que Te Despellejen.

Archer se puso una mano alrededor de la boca y susurró en voz alta. —Siempre pierde.

—Archer, eso no es muy amable —dijo Hunter, mirando la cara tormentosa de Basil con una sonrisa nerviosa—. ¿Tienes un nueve?

Archer soltó un lamento al deslizar el nueve de tréboles a través de la mesa. —Me lo estaba guardando.

—Te lo mereces —dijo Basil.

Vera se apretó la sien, donde se le estaba formando un dolor de cabeza incipiente por sobreestimulación. Se negó a que le desviaran la conversación por su juego de zopencos.

—¿Por qué no lo puedes permitir? —preguntó ella a regañadientes.

Jasper bajó las cartas y se cambió de posición en su asiento, apoyándose en la mesa con los codos. —Igual estoy celoso.

A Vera le dio un salto el corazón antes de retomar por dónde iba furiosa. —Esto no es más que un sabotaje barato. Dijiste que querías ayudar, así que ayuda.

—No estoy haciendo otra cosa sino complacer —Gesticuló alrededor de la mesa—. ¡Buenas noticias! Te podemos llevar al Principito.

Vera se mofó. —De ninguna manera.

—Venga, ¿qué mal hay en dejarnos ayudar?

—Compromiso profesional, aliarse con criminales, asco de mí misma —Vera fue contando con los dedos antes de entrecerrar los ojos—. Por no decir lo que quieres a cambio de ayudar.

Jasper ladeó la cabeza. —En eso no había pensado.

—¿El ladrón que siempre está buscando qué sacar no había pensado en lo que podía ganar?

Él se echó para atrás, frotándose la barbilla. —Bueno, supongo que un perdón real para los chicos no estaría fuera de lugar si te ayudáramos a obtener el trono.

—Ni hablar. No os necesito para el trono y todos vais a pagar por vuestros crímenes.

Bueno, no se pasaría con los gemelos. Eran menores de edad, probablemente huérfanos, y llevados por el mal camino por una panda de degenerados. No se merecían todo el peso de la ley. Pero no iba a socavar su argumento sacando ese punto.

Jasper se encogió de hombros, decepcionado. —Tenía que intentarlo.

—¿Me vas a devolver el monedero o estoy perdiendo el tiempo?

Los ojos de Jasper calcularon la cuestión. Miró abajo a las cartas, cogió una y se la tiró a Vera. Aterrizó delante de ella, cara arriba. El dos de Chispas.

—¿Y si intentas recuperarlo? —le dijo, chinchándola.

Vera sintió el momento exacto en el que la corta cuerda de su paciencia se rompió. Cogió el mazo de cartas del medio y las lanzó al aire. Tréboles, Chispas, Gotas y Ráfagas llovieron sobre ellos.

—¿Y si tú juegas a recoger 46? —dijo ella sobre los gruñidos de los otros—. Iré andando a Eraywyn si es lo que toca.

Fiel a su palabra, se levantó, se abrió camino a través de la multitud, empujando, y también empujó las puertas vaivén para abrirlas, ignorando las llamadas de los ladrones para que volviera.

El aire fresco de la noche era una bendición bien recibida contra la piel febril de Vera. El calor de la taberna abarrotada todavía se le pegaba como una enfermedad. O igual era su rabia calentándola como una chimenea personal. Inhaló y exhaló profundamente, intentando apagar el fuego del pecho, pero sólo conseguía avivar las llamas.

Ahora tenía que encontrar una manera de llegar a Eraywyn con una panda de ladrones saboteándole cada paso. Se sacudió el peso de los hombros. Esta decisión había sido su elección y no servía de nada sentir lástima de sí misma ahora. Nada que valiera la pena venía fácilmente nunca.

—Nix.

A Vera se le pusieron los brazos rígidos. Las piernas también, pero eso no le impidió escaparse a grandes pasos hacia una calle secundaria desierta. Pero Jasper pronto la alcanzó y la cogió del brazo, parándola allí mismo.

—¡No me toques! —escupió Vera, tirando de su agarre.

—Nix, tienes que escuchar…

—¡Tú necesitas parar! ¡Parar de seguirme, parar de sabotearme! Y, ¡por el amor de los Elementos, para de llamarme *Nix*!

—No me puedes pedir que pare eso —Suavizó el agarre, pero no la soltó completamente—. Nos dimos esos motes el uno al otro. Nix y Nox - la nieve y la noche. Me diste esperanza cuando pensé que no había nada bueno en mí.

Los ojos de Jasper la taladraron, buscando algo desesperadamente, lo que fuese, a lo que aferrarse. —¿Recuerdas aquella noche?

Vera paró de intentar quitárselo de encima y se le acercó, con los hombros cuadrados. —Me acuerdo de que prometiste que no robarías otra vez. Y entonces fuiste y usaste tu precioso mote como tu alias de ladrón.

Se hizo pequeño. —Lo hice, porque es lo único que me mantenía con los pies en la tierra. Después de… —Perdió el hilo y chasqueó la lengua de frustración—. Cuando me convertí en el Matarreyes, sabía que nunca tendría un trabajo respetable otra vez. Tuve que volver a mis raíces, pero no quería perderme a ellas. Ese nombre, tu recuerdo, era mi ancla.

Vera exhaló lentamente. —Qué conmovedor.

Su cara era todo dolor boquiabierto. —No me crees.

—¿Lo esperabas?

—¿Honestamente? No —Apartando la mirada, chupó una bocanada de aire—. Pero voy en serio con lo de llevarte a Alys.

—No quiero tu ayuda.

Puso mala cara. —Porque no confías en mí.

—¿Lo has entendido tú solito?

Él exhaló rápido por la nariz, con las cejas moviéndose. —No es una broma, Nix. Necesito que confíes en mí.

Vera bajó la voz tan baja como pudo. —Entonces dame una buena razón para hacerlo.

Jasper apretó la mandíbula, con los ojos llenos de desesperación al intentar hacerse con las palabras correctas. Su pecho se llenó de un aire afilado que aguantó dentro. Después de un momento de tenso silencio, le soltó el brazo.

Vera suspiró. —Por ahí se empieza, pero…

En un instante, su mano la atrapó por la espalda, acercándosela. Vera se tambaleó contra él y, en un momento sus labios estaban sobre los de ella. Rápidos, entusiastas. Entonces suaves. Ella se puso rígida y se quedó completamente petrificada en sus brazos. Los ojos de él estaban cerrados, muy apretados, su mano quemándole en la columna a ella. La mano de ella en el pecho de él vibraba con sus latidos locos.

Ella le pegó una patada en las espinillas. En cuanto él se hizo para atrás, ella balanceó el brazo tan fuerte como pudo y le dio una bofetada con una palmada sonora que hizo eco. El

parche de él salió volando, aterrizando sobre los adoquines.

Jasper se tambaleó hacia atrás y se agarró la mejilla, mirando a Vera con los ojos abiertos y anonadado. Ella se quedó allí, con el pecho moviéndose agitadamente, con el brazo aún estirado por la fuerza del golpe.

—Eres el peor tipo de sinvergüenza —escupió.

—Lo siento —Un borrón color carmesí oscuro le manchaba la cara—. Lo siento. Me lo he merecido.

—¡Te mereces más! —Ella se limpió la boca con una manga y tomó un respiro ahogado—. Te he pedido una razón para confiar en ti y me acabas de dar una razón más para no hacerlo.

—Me he equivocado —dijo él con una voz desgastada.

—La que colma el vaso, pero yo no sé qué me esperaba —Vera arrugó la nariz. Incluso el aire frío no la ayudaba con el calor sofocante de la cara—. Ladrón, mentiroso, asesino, *manipulador*.

Se echó todo el pelo para atrás pero no había alivio para el calor. Hacía calor. Demasiado calor.

La calle explotó de luz, retumbando brillantemente en la cara roja de Jasper. Se giraron los dos a la vez hacia la taberna.

La taberna *en llamas.*

24
NO HAY FUEGO SIN HUMO

La taberna estaba ardiendo, escupiendo columnas de humo negro espesas en la noche. Jasper fue el primero en lanzarse hacia ella, ya que Vera se dio cuenta con vergüenza de que había estado demasiado en shock para moverse. Para cuando lo alcanzó, él estaba poniendo una cuerda gruesa alrededor de los mangos de latón de las puertas y atándola en un nudo complicado.

—¿Qué en los tres demonios estás haciendo? —La voz de Vera tembló, el miedo envolviéndose apretado alrededor de su garganta—. ¡No van a poder salir!

Jasper levantó la mirada del fruto de sus manos, una sonrisa torcida conquistando su cara. —Esa es la intención por el momento. Siento que puedo sacar que hagamos un trato de esto, pero, por todo el mundo ahí dentro, lo haré rápido. Acepta mi ayuda y los saco a todos.

Vera se quedó boquiabierta. —No puedes ir en serio —Sacudió la cabeza—. No eres tan monstruoso, Jasper. No vas a dejar que la gente se muera así.

Inclinó la cabeza de lado - un gesto simple que hacía que la aprensión se le enroscara en el estómago a Vera.

—¡Tu propio equipo está ahí dentro! —graznó.

—Ya lo sé —se frotó la nuca—. Los echaré de menos, pero es un sacrificio que estoy dispuesto a hacer.

—¡Estás totalmente ido!

Sonrió más ampliamente y se abanicó. —Mejor date prisa y decide, Nix. Está empezando a hacer muchísimo calor aquí fuera, no me puedo imaginar ahí dentro.

Vera corrió contra él, tirándose, empujando, aventando, dando patadas, pero no sirvió de nada. Él tenía demasiado equilibrio, demasiada estabilidad. No podía pillarlo por sorpresa otra vez.

—¡Déjame pasar! —Le aporreó los hombros con todas sus fuerzas, pero él se mantuvo firme.

—Di la palabra y entraré yo mismo. Di que aceptas mi ayuda.

Un choque hizo boom por toda la calle al colapsarse el tejado de la taberna. Vera seguía dando puñetazos, luchando contra cada fibra de su ser, simultáneamente. Pero ella sabía que no había ninguna otra manera.

—¡Vale, acepto!

—Y quiero esos perdones para los chicos.

Vera se tragó la bilis. —Bien.

—Júralo de corazón.

—¿Qué?

—Júralo de corazón - o si no te mueres - que aceptarás nuestra ayuda y que perdonarás a los otros —dijo él.

Vera estaba a punto de vomitar. Luchó contra las náuseas y escupió:

—¡Lo juro de corazón y si no que me parta un rayo! Acepto tu ayuda y perdonaré a tu equipo, tú, traidor, sanguinario, asqueroso…

—De verdad que no hacen falta los complementos —La dejó ir, soltando el nudo de un

tirón, y abrió las puertas de golpe. Vera se metió a correr hacia adentro, pero la serpiente abominable la retuvo en el último momento.

—¡Déjame ir! —gritó—. ¡Ya te lo he prometido!

—¡Nix! —dijo él, mirando fijamente mientras evitaba sus patadas por los pelos—. Échale un vistazo, ¡está vacío! No hay nadie ahí dentro.

Vera no podía creerse lo que estaba viendo al mismo tiempo que el corazón le latía dolorosamente contra la caja torácica.

A través de la nube de humo, el fuego seguía ardiendo dentro de la taberna, las llamas haciéndose con las sillas, las mesas y los reservados que habían estado tan abarrotados antes. Las botellas de licor explotaron, cubriendo el bar en un infierno de fuego azul. Pero estaba vacío. No había gente chillando o corriendo o ardiendo.

—¿Qué…? —Le picaba la garganta seca.

Los brazos se le quedaron lacios y Jasper la soltó. Calmadamente, sin una palabra, él le señaló el final de la calle, donde una multitud se había reunido. Al principio, era sólo una masa de gente, pero al acercarse, Vera distinguió la silueta de un gigante. Hood.

La voz de Hunter llenó la calle. —¡Por aquí, todo el mundo! ¡Mirad por dónde andáis! ¡Alejaos de las llamas!

Pronto, las llamas arrojaron luz sobre el grupo ennegrecido, liderados por un Basil malhumorado cubierto de hollín.

—Jolines, lo que habéis tardado —dijo Jasper, saludándolos.

Vera lo miró con desdeño y con toda la furia ascendiendo por toda ella. —Me has engañado.

Él se encogió, haciendo que ella quisiera arrancarle los hombros.

—¿Qué te puedo decir, Nix? Siempre hay una salida trasera, especialmente en una taberna. El reglamento de la seguridad de incendios y todo eso.

Los clientes agitados pasaban por allí, temblando in situ mientras arqueaban la cabeza para atrás para observar la taberna en llamas. El fuego brillaba en sus ojos, una mezcla de pena y rabia.

Vera los entendía. El Forgotten Lion había sido siempre un modelo brillante de lo que Caddelinn tenía que ofrecer. Ahora, era sólo un puñado de ascuas flotando en el aire y, eventualmente, no sería más que un recuerdo horrible.

Aunque estaba que mordía, tuvo el sentido de bajar la voz al clavarle la bronca a Jasper. —¿Provocaste un incendio para que aceptara tu ayuda?

Jasper levantó un dedo. —Eso no he sido yo. Sólo un accidente con suerte.

—¿Suerte? —dijo entre dientes—. Esto no ha sido una suerte.

—Tampoco fue un accidente —añadió Basil brevemente, quitándose un poco de ceniza del hombro—. Un par de automaguardas les pegaron fuego a los barriles en la parte de atrás mientras que todos estaban dentro. Hay testigos.

Le levantó la barbilla a Vera. —Me imagino que estaban programados para hacer salir a la impostora.

A Vera le rugieron los intestinos. —¿Estás insinuando que el fuego empezó por mi culpa?

Jasper estiró las manos para apaciguarlos. —Nadie está insinuando nada.

—Yo no estoy insinuando nada —gruñó Basil—. Lo estoy diciendo muy claro; el Castillo provocó el incendio para asustarte.

Los ojos de Jasper escanearon la calle. —Deberíamos irnos. Demasiada atención aquí.

Fue a por Vera, pero ella se apartó vehementemente.

—No me toques —dijo ella.

—Nix, tenemos que irnos.

—Yo no voy a ningún lado contigo.

—Ya lo has jurado, es demasiado tarde para echarse atrás —Sonrió ligeramente—. Soy tu cómplice ahora.

Vera apretó los dientes tan fuerte que oyó un crujido. —¡No eres nada más que un ladrón manipulador, mentiroso, traicionero y confabulador! —chilló súper alto.

Demasiado alto. Unas cabezas iluminadas por el fuego se giraron hacia ellos de repente.

—¿Ha dicho *ladrón*? —gritó un cliente.

—¡Es Nox el Matarreyes! —otro.

—¡Y la impostora!

—Ellos provocaron el incendio! ¡A por ellos!

Jasper maldijo. —¡Separaos!

Los ladrones se adentraron en las sombras de la noche corriendo, cada uno perseguido de cerca por un grupo de clientes iracundos. Vera se puso a correr justo cuando Jasper le cogió la mano y tiró de ella en dirección contraria.

—Tú no —dijo él—. Tú te vienes conmigo.

Vera quería discutir, pelearse, chillar, pero desvió su energía a correr todo lo que podía para escaparse de la turba enfadada. Sus gritos llenaban el aire, mezclado con el rugir del fuego todavía devorando la taberna.

Jasper giró de golpe al final de la calle, directo a una calle sin salida.

—¿Dónde vas? —exigió Vera.

—Sube —le ordenó, señalando a un montón de cajas y barriles precariamente apilados contra la pared del callejón.

—¿Estás mal de la cabeza?

Él ladeó la cabeza. —¿Preferirías enfrentarte a esa turba borracha y furiosa?

Vera se contuvo una maldición y cogió las esquinas de las cajas al subirse a los barriles. Jasper estaba prácticamente saltando adelante, pero Vera casi no mantenía el equilibrio incluso escalando despacio y con cuidado.

—¿Cómo de alto? —dijo ella.

—¡Hasta el tejado!

Los pasos acelerados se acercaban más y más, haciendo eco en el callejón al entrar la horda inundándolo. Vera se empujó hacia arriba, la adrenalina de la persecución pulsándole en las venas.

Jasper ya estaba en el tejado y se dobló, extendiéndole la mano. Vera dudó, pero la cogió rápido cuando los clientes de la taberna empezaron a escalar por las cajas. Jasper la ayudó a darse impulso y entonces le dio una patada calculada a la torre de cajas, enviándolas junto con los barriles a volar por encima de los perseguidores.

Vera se agachó en el filo del tejado, no confiando en que sus piernas la aguantaran. Tomó bocanadas enormes y dolorosas de aire que sólo agravaban el flato que tenía en el costado. No podía con esto. No podía correr o luchar o escalar. Necesitaba pensar. Planear. No correr por su vida.

La mano de Jasper en su hombro la hizo saltar.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—No —dijo ella, respirando irregularmente—. Sólo necesito un momento para…

—No hay tiempo para descansar, Nix —La ayudó a levantarse—. Encuentra el equilibrio y

vámonos antes de que se les ocurra algo más.

Vera se tambaleaba como un flan, a derecha y a izquierda, sin encontrar ningún equilibrio en esta vida desastrosa. —¿Ir adónde? ¡Estamos en un maldito tejado!

—A otro tejado —dijo como si fuera obvio.

Antes de que ella pudiera protestar, él la cogió de la mano y la arrastró al otro lado de las tejas. Vera miró hacia abajo y se le hundió el estómago. La caída era de tres plantas y el próximo tejado parecía imposiblemente lejano.

El hielo le subió a Vera por la columna como una serpiente al dar un paso atrás del filo. —No puedo hacer ese salto.

—No es tan difícil. Lo he hecho un montón de veces —Jasper sonrió asegurándola—. Sólo necesitas un poco de impulso de carrera para empezar y…

—Te he dicho que no puedo.

Jasper se encogió en un movimiento brusco, dejando que los brazos le chocaran con los costados. —Vale, vamos a esperar aquí hasta que encuentren una manera de subir. Estoy seguro de que no nos pasará nada.

—Para —Vera soltó ahogada entre dientes—. Para de intentar intimidarme.

—No soy el que está intentando matarnos, Nix.

El ritmo de los latidos de Vera se subió por las ramas. El estómago se le revolvía salvajemente. Se cogió un montón de pelo, aguantándose el lado de la cabeza. —¡No lo puedo hacer así! Necesito pensar.

—¡No hay tiempo para eso!

—Lo habría si te callaras por un maldito segundo olvidado de Sol!

Los ojos de Jasper se dispararon detrás de ella y se abrieron como platos.

—¡Nix, agáchate! —Tiró de ella hacia detrás de una chimenea con un movimiento único justo en el momento en el que una piedra les pasó volando por encima de la cabeza.

—¡Están allí arriba! —Una voz bramó desde el suelo—. ¡Derribadlos!

Vera miró horrorizada al ver más piedras silbar por el aire, destrozando tejas al aterrizar en el tejado.

—¿De dónde las están sacando? —exclamó ella.

—Adoquines sueltos. Lo sé por experiencia —Jasper apoyó la parte trasera de la cabeza contra la chimenea y le proporcionó una amplia sonrisa—. ¿Aún quieres pensar?

—Lo necesito. Cállate.

Una piedra pasó volando casi dándole a Vera en el brazo, sobresaltándola. Se emplastó contra la chimenea, sintiendo los golpetazos de las piedras reverberando a través de los ladrillos. Una idea había empezado a brotar en su mente, enraizándose rápido y enredándosele en el cerebro. Era una idea terrible. Hacía que le temblaran las rodillas. La hacía querer tirar la toalla.

Pero sentía a la muerte volviendo a por ella. Había sentido el mismo toque frío en el salón de baile, antes de que Basil la apuñalara. Lo había sentido en los aposentos de Madre, antes de haber sido torturada hasta la muerte. Vera no sabía cuándo iba a morir, pero algo en su cuerpo lo sabía.

Pasara lo que pasara, ella moriría esta noche. Pero, por una vez, ella podía escoger cómo.

—Tenemos que irnos —insistió Jasper, perdiendo la ligereza en su sonrisa.

—Me engañaste para que accediera a aceptar tu ayuda, pero yo nunca dije que lo haría a tu manera —dijo Vera, sus palabras casi estables mientras seguía ciñéndose a su plan—. Sé que estás acostumbrado a liderar, pero yo soy la líder ahora, así que tú vas a seguir mis órdenes.

Jasper se acercó un centímetro, con los ojos brillando de cautela.

—¿Qué vas a hacer?

Vera intentó calmar las manos que le temblaban.

—Voy a acabar con esta tontería de la impostora.

—¿Cómo?

—Eso no importa. Sólo haz lo que yo te diga: no hagas ruido, quédate agachado y sígueme el juego —Vera miró el filo del tejado que llevaba al callejón. La catapulta de adoquines se estaba calmando. Eso facilitaría las cosas. Miró a Jasper y se tragó la saliva pesada—. Y asegúrate de recuperar mi cuerpo.

—¿Qué? —Se le abrieron tanto los ojos que se le quedaron todos blancos alrededor de los iris.

—¿Entiendes?

Sacudió la cabeza. —No me siento cómodo con…

—Por extraño que te parezca, Jasper, tu comodidad es la menor de mis preocupaciones.

La cogió por la muñeca, pero de manera suave, más suplicándole que de manera posesiva. Los ojos de él decían que él había entendido el plan y que lo odiaba. —Nix, te podrías dañar el corazón. No podrías volver.

—Me aseguraré de aterrizar sobre el brazo derecho —dijo, decidida—. Amortiguar la caída. Mitigar.

—Nix, por favor. Hay otras maneras —Su ceja estaba fijada en una línea recta, con la cara decaída. Vera casi dudó, pero había tomado una decisión y no se iba a echar atrás.

—Necesito darle a la gente lo que quiere —dijo ella. Jasper abrió la boca otra vez para discutir, pero ella habló por encima de él—. ¿Tú esperas que yo confíe en ti? Confía tú en mí, primero.

Él apretó los labios y apartó la mirada, moviendo la mandíbula. Pero finalmente asintió y le soltó la muñeca.

Vera asintió como respuesta y rodeó la chimenea a gatas, evitando las escasas piedras en el aire que iban pasando. Llegó al filo del tejado y se puso de pie, balanceándose en las tejas quebradizas.

—¡Gente de Caddelinn! ¡Escuchadme! —chilló ella a los perseguidores y a cualquiera otra persona de paso. Ellos alzaron las caras de curiosidad y rabia. Las alturas vertiginosas hacían que a Vera le diera vueltas la cabeza, pero luchó contra ello apretando los ojos y enfocándose en un único punto al volverlos a abrir.

Ella dijo: —¡Lo confieso, soy una impostora!

La abuchearon ruidosamente y lanzaron algunos de los adoquines nuevos que habían recogido. Vera se agachó, pero aún le dieron de lleno en el hombro, haciéndola perder el equilibrio.

—Nix! —exclamó Jasper, su cara preocupada mirando desde la chimenea. Vera lo ignoró a él y al dolor, clavando los dedos en el filo del tejado.

—¡Estoy harta de correr! ¡Harta de mi vida de crimen! —gritó ella por encima de los abucheos—. Pero nunca me entregaré. ¡Prefiero que se me lleve Terra!

De sus gritos y alaridos continuados, ella veía que no habían entendido nada. Estaban demasiado borrachos, demasiado agitados. O eran simplemente demasiado idiotas.

Ella se lo haría entender.

Vera respiró profundamente, preparándose para lo que iba a pasar. Le echó una última mirada a Jasper, que la miraba ansiosamente, con una mano aún en el aire como si pudiera apartarla del borde. Pero se quedó quieto y Vera le hizo un gesto de acuerdo.

A pesar de su temblor salvaje, se tiró del tejado, encontrando nada debajo más que aire. El estómago le voló a la columna al caer en picado al callejón. Los gritos de la gente abajo se encontraron y se mezclaron con el viento que pasaba rápido por sus oídos.

Y un crujido nauseabundo al aterrizar en la calle.

25
la nieve y la noche

Jasper odiaba el silencio que había reptado dentro de su casa recientemente. Siempre significaba malas noticias, pero esta vez era pesado, espeso, como si se lo tragara o sepultara todo. Ni siquiera a Blade se le oía quejándose o dando pasotones o rompiendo cosas. Hunter no estaba jugando con la reja para dejar enfriar las cosas del horno en la cocina. Archer no estaba utilizando cuadros como objetivos para practicar puntería. Hood y los gemelos se habían desvanecido en las sombras del escondrijo, no saliendo ni siquiera a por un vaso de agua.

Recupera mi cuerpo, había dicho ella como si fuera un juego de niños. Era la segunda cosa más difícil que había hecho en su vida. No bastaba con que ella se hubiera roto el cuello al aterrizar, pero él había tenido que esperar cada segundo agonizante en aquel tejado hasta que la turba había terminado de pegarle patadas y de escupirle. Shade no había podido distinguir qué huesos se había roto ella misma y cuáles le habían quebrado los ciudadanos.

Se había quedado con él. No quería saltar tejados, pero ¿tirarse de uno estaba bien? Por cuanto le gustaba la lógica, Nix a veces no tenía sentido.

Jasper no había sido capaz de mirarla hasta que sus brazos estaban tiesos en vez de flojos. Hasta que la hinchazón de la cara se le había bajado y vuelto moretones oscuros. Su cuerpo anidado en las sombras de la cama de cuatro postes le atraía la mirada, pero cada vistazo que le echaba era un puñetazo a la tripa.

Él instintivamente fue a por su registra-tiempo de bolsillo y comprobó la hora. Nix llevaba horas inconsciente. Jasper no había dormido aún y no lo haría hasta que ella se despertara, hasta que pudiera hablar con ella. Necesitaba oír su voz, incluso si ella quería chillarle. Lo que fuese para asegurarse de que estaba de vuelta, sana y salva.

Cerró el clip del registra-tiempo y pasó el dedo por la cimera plateada. Era del Conde Faulkner, originalmente. Nix le había pedido una vez que se lo devolviera a Faulkner y él lo había hecho. Antes de volvérselo a robar después, obviamente. Significaba demasiado para Jasper ahora. Lo había significado tanto para siempre desde aquella inusual noche de nieve, hacía ya siete años.

◆◆◆

Las perlas tintineaban alrededor de la muñeca de Jasper mientras que las puntas de sus dedos dormidas hacían palanca para abrir la tapa astillosa del tronco del árbol. Incluso sus guantes no le impedían al frío que se instalase y que atiesara sus movimientos. Su respiración irregular salía en forma de nubes, flotando y dispersándose en la noche helada.

Esta Estación de Ventus y su nieve inesperada eran demasiado pesadas para estar acumulando tesoros tan pronto antes del amanecer, pero no podía arriesgarse con ningún otro momento. El frío mordaz, una bendición disfrazada, había congelado los controles de seguridad

y había hecho que entrar a los jardines del Castillo sin disparar ninguna alarma fuera como un paseo.

El interior del tronco del árbol brillaba en los rayos decrecientes de la luz de luna pálida. Anillos de sello, broches enjoyados, monedas y baratijas le sonreían. No era nada como las pilas de su madre allí en los Desiertos - en las que él solía esconder de niño para evitar hacer tareas - pero era un comienzo.

Se abrió el collar de la muñeca y jugó con las burdas perlas irregulares.

Lady Gemma no las echaría de menos; ella básicamente llevaba cosas una vez y después las tiraba. Pero ella había presumido de las perlas auténticas de agua dulce, supuestamente del Río Marauding. Jasper no estaba seguro de si era cierto, pero él aún tenía que tenerlas.

Él le dio al collar una última vuelta y lo recogió cuidadosamente para coronar su depósito.

—Despierto para ver el amanecer, ¿supongo?

Jasper se quedó helado. Conocía esa voz demasiado bien como para incluso desear que fuera alguien más. Aguda y apuntando, como una flecha disparada a su tesoro, enviando monedas volando a su alrededor.

Vera se quedó a unos pasos, con las zapatillas casi enterradas en la nieve profunda. El cuello acolchado de su manto hizo bien poco para esconder sus mejillas rosas o el brillo victorioso de sus ojos.

Jasper cuidadosamente guardó el collar detrás suyo, poniendo su espalda en el ángulo correcto para esconder el tronco del árbol. —Eh, Alteza…Yo —Se aclaró la garganta—. ¿Qué está usted haciendo aquí?

—Tú no eres el único que puede moverse a escondidas, ¿sabes? —Era demasiado joven para sonreír como si hubiese ganado una guerra, pero Vera nunca dejaba que le edad la detuviera. Se metió las manos en los bolsillos de su manto enorme—. Aunque me tengo que preguntar qué está haciendo el chico de la cocina en los jardines a esta hora.

Forzó lo primero que se le pasó por la cabeza. —Estaba mirando unas hierbas.

La sonrisa de ella desapareció y de repente se vio mucho mayor. —Las hierbas murieron hace un mes.

Sonrió débilmente. —Estaba viendo a ver si habían vuelto a crecer.

—Apártate, Jasper. Es una orden —Se acercó con dificultad, con los pies hundiéndosele en la nieve. Él no se movió, pero tampoco se opuso cuando ella lo apartó.

A ella se le enfriaron los ojos. Una mano con un guante forrado de piel sacó el registra-tiempo del Conde Faulkner de las profundidades del tronco del árbol. Le dio la vuelta en las manos y pasó el dedo por la cimera impresa. Sus labios se apretaron y lo dejó caer otra vez en el montón, asqueada.

Se dio la vuelta traspasándolo con la mirada. —Pensaba que no querías ser como tu madre.

—Sí, no quiero.

—Pensaba que habías cogido un trabajo honesto para honrar a tu padre.

—Lo hice.

Las perlas se le clavaron en la palma.

Las cejas oscuras de Vera se desplomaron. —Entonces, ¿esto qué es?

Jasper dejó caer los hombros. —Lo estoy intentando. Es más difícil de lo que pensaba.

Vera puso los ojos en blanco. —Creo que es más difícil vaciarle los bolsillos a alguien que tener las manitas quietas.

—Al menos una de mis tías estaría en desacuerdo contigo —Él no pudo reprimir otra sonrisa.

—Esto no es una broma, Jasper. Yo absolutamente no apruebo… —Movió la mano sobre el tesoro y finalmente sólo suspiró—. ¿Te imaginas si te hubiera pillado otra persona? Las penas por robar son duras.

Forzó una cara sombría. Le debía al menos eso. —Ya lo sé.

Ella puso mala cara, pero sus ojos eran suaves. Pronto disciplinó su cara para verse seria. —Tengo nuevas órdenes. Número uno: No te metas en problemas.

—Entendido. ¿Y las otras?

—Naturalmente vas a devolver discretamente cada objeto a su propietario legítimo —Lo dijo secamente, pero una mueca se le coló—. Sin embargo, creo personalmente que un castigo adecuado hace mucho bien. Desde mañana vas a completar cuarenta horas de servicio comunitario para el Arzobispo Quintillius.

La cabeza de Jasper le colgó para atrás. —No puedes ser tan cruel.

Ella se encogió de hombros con orgullo. —No puedes robar si estás ocupado puliendo efigies Elementales y quitando cera de los candelabros. Nadie más sabrá nada de esto, así que pensarán que sale de la bondad de tu corazón. Obviamente necesitarás una mano firme si quieres ser mi amigo.

Jasper reprimió un temblor e intentó sonreír. —¿Qué pensaría el rey si supiera que eres amiga de un ladrón?

Ella puso los hombros rectos. —Padre siempre está ayudando a la gente. Él no tendría ninguna objeción en que yo intentara salvarte de un destino prematuro.

Vera parecía una pequeña tirana a veces. Ya era una princesa completa, deseosa de fuese salvar o luchar contra el mundo como el Rey Cerasos. Normalmente, la manera en que cerraba los puños y levantaba la barbilla lo forzaba a sonreír. Esta noche, estaba dispuesta a enfrentarse al mundo por él.

Él no lo merecía.

Jasper se metió el collar en un bolsillo trasero, para poderse frotar la piel de gallina repentina que le había entrado en los brazos. —Tu padre ayuda a caddelinnianos pasando malas rachas, no a ladronzuelos Cesami.

—Tú eres medio Cesami, pero eres un ciudadano pleno de Caddelinn.

Si levantaba la barbilla un poco más, igual se caía para atrás.

Jasper se rió para sí. Ser medio Cesami era suficiente para que se mofaran de uno, pero eso era un tema para otra noche de nieve. —Vale, olvídate de las nacionalidades. Una princesa ayudando a un ladrón es una mala idea. Puede ser que me hagas un hombre de bien o puede ser que yo te arrastre al mal conmigo —Le guiñó un ojo—. Igual te gusta una vida de crimen, después de todo.

—Ya quisieras tú —se burló, soltando un bufido suave—. Igual a ti te gusta ser honesto por una vez.

—Creo que somos demasiado diferentes, Alteza.

El brillo victorioso volvió a sus ojos y Jasper se dio cuenta de que acababa de darle munición. No sabía de qué tipo, pero sabía que estaba a punto de averiguarlo. Vera miró detenidamente hacia arriba, inspeccionando los copos de nieve con una sonrisa que decía que sabía algo que él no sabía.

—¿Qué está pasando en esa cabeza? —Sintió escalofríos—. Por favor dime que no vas a dar un discurso.

Ella puso mala cara. —Cállate.

Definitivamente un discurso. Jasper se apoyó en el tronco del árbol para estar más cómodo.

—¿Dirías que la nieve y la noche son diferentes? —Ella apartó la mirada de los copos de nieve durante el tiempo suficiente para clavarle unos ojos embobados.

Jasper levantó la cabeza de repente, con la nieve cayéndole encima a través de las ramas desnudas del árbol. Contra el cielo oscuro, las partículas parecían estrellas fugaces que habían escogido precisamente este jardín para caer en él.

Vera continuó sin respuesta. —A primera vista, son muy diferentes. Las noches de Caddelinn son oscuras y normalmente cálidas. La nieve es blanca pura y siempre congelada. Son tan diferentes como tú y yo. Sin embargo —ella levantó un dedo— en la Caddelinn Antigua, sus nombres son casi idénticos. Noche - Nox. Nieve - Nix.

Ella hizo una pausa para admirar el cielo, la nieve posándose en su trenza. Después de un poco, susurró: —Quizás no tan diferentes después de todo.

Jasper no pudo reprimir una risita, pero era más atolondrada de lo que había querido. —Eres una rata de biblioteca tan altanera.

Ella entrecerró los ojos. —Mejor una rata de biblioteca altanera que un ladrón muerto.

—No… puedo rebatirte eso —Intentó encogerse de hombros, pero los tenía tiesos del frío —. Igual sí me haces un ciudadano decente al final, Nix.

Ella le lanzó una sonrisa perfecta antes de recogerse. Entonces se enderezó y se aclaró la garganta. —Te reportarás con Quintillius a primera hora.

Ella dudó un momento antes de quitarse el manto.

—¿Qué haces? —preguntó Jasper.

—No puedes devolverlo todo si te mueres congelado —Ella puso mala cara mientras le envolvía el manto alrededor de los hombros.

El primer instinto de Jasper fue rechazarlo, pero la piel de gallina en su piel helada deseaba ese calor. Inspiró el vago aroma de bergamota y madera para el fuego que venía del cuello de piel cuando ella tiraba del manto para asegurarse de que estaba abotonado. Era casi como un abrazo suyo y él quería prolongarlo un poquito más.

—Metámoste dentro —ordenó ella. Pero entonces su sonrisa volvió a salir a la superficie un poco indecisa—. Nox.

26
MÁS CLARO QUE EL AGUA

Jasper expiró, la sonrisa de su cara desvaneciéndose al acelerarse el tiempo y atrapar el presente. Las cosas habían cambiado. La última oportunidad que Vera le había dado fue en las mazmorras, antes de sacar el desintegrador. Le había dado la oportunidad de escaparse, de irse para siempre, y ella habría cumplido su palabra. Pero no era lo que Jasper quería. Él quería sacarla de esto, verla a salvo y entonces, quería pagar por lo que había hecho. Ese era su final feliz.

Se guardó el registra-tiempo con un gesto de dolor. Una bota rascando contra una baldosa llamó su atención a la puerta del dormitorio, donde Blade se apoyaba contra el marco de la puerta, una ceja corta levantada.

Jasper serenó la cara. —¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—No tanto como tú y aun así es demasiado —Blade se quitó un hilo suelto del hombro de la camisa y lo tiró—. A pesar de todo lo gallito que quieras ser, vas a tener que dormir en algún momento.

Jasper se frotó los ojos que le escocían. —Sólo necesito asegurarme de que se despierte.

—No me vengas con esas. Ya sabes que lo hará.

Le echó una mirada a Nix, que estaba inmóvil en la cama. —¿Qué pasa si un día no lo hace?

Blade puso los ojos en blanco tan a lo bestia que se puso bizco por un momento. Cuando volvió su mirada asesina de hielo, tenía un toque afilado. —Eres un criminal con una mente maestra, Nox. Pero con todo lo demás, eres un tipo de idiota especial.

Jasper se movió en su asiento. —Aceptado. Pero ¿por qué esta vez?

—No se le hace chantaje a alguien con la muerte de otra gente —escupió, plantando el nudillo en la cadera. Entrecerró los ojos—. Y no le das un beso a alguien que está enfadado contigo. El hecho de que tenga que decir eso me hace querer lavarme la boca con sosa cáustica.

Jasper soltó un suspiro cansado. —Ya lo sé.

Blade se burló, sacudiendo la cabeza. Tenía la boca fijada en una línea de juicio de desprecio incluso al hablar. —¿Sabes cuál es tu problema? Te *gusta* hacer el papel de villano. Te da una paz retorcida o un placer enfermo. No te importa quedar como escoria a sus ojos o a los de nadie más —Sus cejas se levantaron en una curva sardónica—. Es mucho más fácil que tener que explicar nada, ¿verdad?

—No es eso —dijo Jasper directamente, buscando un punto, cualquier punto, que probara que Blade estaba equivocado. No lo encontró. Dudó un momento demasiado largo y Blade soltó un resoplido.

Los hombros de Jasper se le levantaron hasta las orejas de manera defensiva. —Nix no me pedía explicaciones antes, ella sabía las cosas. Ella confiaba en mí.

—Pues, anda que lo bien que le fue.

—Sí, sí, ya lo sé. Tienes razón —La frustración se intensificó en su voz—. La fastidié. Lo fastidié todo. Pensé que podría ser algo parecido a antes, pero la he roto. Le falta una parte.

—Sí —dijo Blade a lo bestia—. Su padre.

Jasper deseó que Blade lo hubiera simplemente apuñalado en el estómago antes que lanzarle

esas palabras. Reprimió las olas de ácido que se le estrellaban contra las paredes del estómago. Había pasado tanto tiempo intentando apaciguar ese dolor, intentando acostumbrarse, pero siempre resalía como un aguijón mortífero.

Su voz callada se rompió. —Tú de toda la gente, sabes…

—Ese es el problema, que lo sé —Blade levantó la barbilla hacia Nix—. ¿Por qué no lo sabe ella?

—Eso no es justo.

Blade se inclinó hacia adelante, con la voz baja y sombría. —Lo que no es justo es esconderle las cosas a la gente y esperar que confíen en ti —Lanzó un dedo hacia Nix—. Ella hace que me suba por las malditas paredes. Completamente insufrible. Pero con lo que le has dado para continuar, tiene todo el derecho de no confiar en ti ni tan poco como de la distancia a la que puede llegar escupiendo.

Jasper agarró los brazos de la silla como si el movimiento pudiese apaciguar el torbellino de sus entrañas. —¿Que debería hacer, Blade? ¿Mentir? ¿Decir que no maté a su padre?

Tiró una mano en señal de desaprobación. —No tergiverses mis palabras. Podrías decirle toda la verdad.

—Se lo prometí —dijo Jasper.

—Yo nunca hice esa promesa —Una mueca oscureció la cara de Blade—. ¿Y si se lo digo yo?

—¡No te atreverías! —Jasper se levantó empujándose de la silla, con pinchazos como alfileres perforándole la piel. La angustia se le pasó al ver a Blade reírse para sí mismo.

Jasper gimió. —Eres un imbécil sádico, ¿lo sabes?

—Pues claro —La voz de Blade se suavizó—. Viene con mi espada y mis consejos excelentes. Y es una oferta con todo incluido.

—Me lo creeré cuando oiga algún buen consejo de ti —resopló Jasper.

Blade puso aquella cara suya de ofendido. —Claro, te haré un poco más de daño —Tomó aire profundamente y bajo las cejas—. Para de intentar devolver las cosas a lo que eran.

Jasper se sentó otra vez, sus movimientos aminorados por el tono serio de Blade. —¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que no me importa cómo de buenos colegas erais. Te odia ahora. Me odia a mí también, así que tengo una idea, pero supongo que a ti te duele más. Para de esperar que eso vaya a cambiar. Si estás esperando que sienta lo mismo que tú, estás perdiendo el tiempo. Llevo cuatro años trabajando con ella y, en ese tiempo, no he visto a Vera Valenledge querer a nadie. Ni siquiera a sí misma.

Jasper apartó la mirada, forzando una sonrisa insinuante. —A mí me suena como que no quieres que me haga daño. ¿Hay algo que quieras decirme?

—Tú eres lo más lejano de mi tipo —dijo y su mala cara plana lo dejó muy claro. Sacudió la cabeza—. No sé ni porqué estoy intentando ayudarte. Eres una causa perdida.

Se largó, desapareciendo hacia dentro del pasillo oscuro. Jasper hizo una de sus caras en su dirección y soltó un suspiro, entonces se enterró la cara en las manos.

Blade tenía razón hasta un cierto punto pero, a pesar del tiempo que había pasado con Nix, no la conocía tan bien como le gustaba pensar. Claro, eran primos terceros, se conocían de toda la vida y él había estado trabajando como su guardia personal - aunque fuera en calidad de infiltrado - durante cuatro años. Blade conocía su determinación, su fuego, como siempre hacía lo que pensaba que era lo correcto, pero no sabía todo lo que pasaba debajo de todo eso.

Había una razón por la que Cerasos no había querido que su hija supiera lo de su final. Sí,

ella lo entendería. Desde luego que lo haría. Ese era el problema. Vera lo entendería todo a la perfección. Y ese entendimiento podría llevarla al mismísimo final.

Decírselo no cambiaría mucho. No limpiaría las manos de Jasper ni quitaría la culpa sobrecogedora que lo acosaba de vez en cuando. No traería a Cerasos de vuelta y no ayudaría contra Nylora.

Pero lo que podía cambiar no era un sacrificio que Jasper estuviese dispuesto a hacer.

En cuanto a lo demás, Jasper no se dio cuenta que Blade lo había visto todo tan claro. Le echó otro vistazo a Nix, viendo su respiración lenta, vacilante. Eso era suficiente, ¿no? Estaba viva. Jasper no necesitaba nada más. No necesitaba que ella lo considerara un amigo. O que lo apreciara. O que hiciera algo tan ridículo como corresponder a sus sentimientos. Después de todo, él no estaba planeando vivir mucho más. Probablemente moriría en esta misión y eso es algo que no le dolía. El amor no correspondido, del tipo completamente razonable, no le dolía tampoco. Él estaba contento queriéndola y queriendo todo lo que ella era. Todo lo que había hecho por él y por otros. Todo lo que ella era y que ella temía no ser. Él no necesitaba nada más. Estaba feliz sabiendo que ella saldría viva y triunfante. Eso era suficiente para él.

¿No?

◆◆◆

El Espejo observaba mientras una figura se tambaleaba por las sombras de la Antesala Escarlata. Ashton caminaba con los pasos vacilantes de un hombre que sabía que nunca tendría que haber sido general, intentando reprimir el miedo llorón que enturbiaba su estómago al acercarse a los aposentos de la reina.

El pobre desgraciado no sabía en lo que se estaba metiendo, pero sería entretenido verlo.

Ashton llamó con cuidado a las puertas de la cámara y entonces arrastró los pies, esperando una respuesta que nunca llegó. Tendría que hacerlo un poco mejor. Llamó otra vez con un poco más de valor y las risitas de dentro de la cámara pararon.

—¿Su Majestad? —dijo él—. Soy Ashton. Me estaba preguntando si…

—Entra y no le des más vueltas, Ashton —replicó la reina.

Al pasar a través de las puertas, el Espejo hizo lo mismo. Porque ni puertas, ni paredes, ni mentes podían mantenerlo encerrado fuera. Los aposentos de la reina eran un frenesí de actividad mientras las damas de la corte llevaban rollos de seda roja, terciopelo y brocado a su señora aún no vestida adecuadamente.

—¡Por los Elementos en las alturas! —Ashton se dio la vuelta inmediatamente, ahogándose con sus propias palabras—. Discúlpeme, no me había dado cuenta…

—No seas tímido ahora, Ashton —la reina sonrió provocativamente, pasándose una mano por la curva desnuda de la cintura—. No es nada que no hayas visto antes.

La Duquesa Amelia se aclaró la voz. —De hecho, creo que es la primera vez que ha visto este cuerpo en cuestión en este estado particular.

—Ah, cierto —La reina puso la boquita de piñón, mirando su reflejo en un espejo de tamaño entero—. Bueno, mejor que nos acostumbremos, Ashton. Nos guste o no, esta es la realidad para los próximos 20 años.

Se animó otra vez. —Estamos intentando encontrar un vestido para hacer este cuerpo un poco menos trágico. ¿Te importaría ayudar?

Ashton tembló de asco. Era definitivamente Nylora. Conocía su tono, su dulce sonrisa, la manera que tenía de pestañear. Pero la cara… Pertenecía a la princesa amargada que había amenazado con despedirlo múltiples veces, una vez tuviera el poder. No había nada atractivo en esa cara, tan dura y afilada. La situación entera daba mala sensación. Estaba mal.

El Espejo se rió de la hipocresía del general.

—Maravilloso como suena, Su Majestad —Tembló Ashton—. Había esperado hablar con usted a solas.

La reina examinó sus uñas rojas. —Cualquier cosa que desees decirme, me lo puedes decir delante de mis damas, Ashton.

Una pausa. —¿Está usted completamente segura, Su Majestad?

—Su Majestad está harta de repetir lo que dice.

—Muy bien —Ashton tragó fuerte—. Lamentablemente, debo dimitir de mi posición como General de la Corona.

La reina se quedó de una pieza. Entonces la cabeza le giró de golpe hacia sus damas. —Amelia, Beatrice, Marie, os importaría hacernos el favor de darnos un poco de privacidad?

Ashton se estremeció. —Pensaba que había dicho…

—Un momento, Ashton. Y no te olvides de lo que vas a decir, por favor —dijo la reina plácidamente.

Ashton se aferró a lo que quería decirle, y aguantó la respiración, mientras las damas de la corte dejaban la habitación, soltando un suspiro tembloroso cuando se quedó solo con la reina.

—A ver, no estoy segura de haberte oído bien —dijo ella, poniéndose una bata de puntilla carmesí—. ¿Podrías repetir, por favor?

—Yo voy —Ashton graznó y tosió incómodamente—. Yo voy a dimitir de mi posición como General de la Corona.

—Vaya, qué tristes noticias… —Cruzó por delante suyo y cogió un cepillo de cerdas de jabalí de un tocador.

El general cambió de postura nerviosamente, aliviado de verla algo cubierta. Su reacción corta y sin emoción lo reconfortó.

Pobre iluso.

—Perdona, este pelo es imposible de dominar —dijo ella, tranquilamente desenmarañando los enredos de las puntas—. Aunque no entiendo por qué no estás contento en tu posición, no hay mucho que se pueda hacer.

—Así pues —se atrevió—. ¿Puedo abandonar el castillo, Su Majestad?

Los ojos de la reina se abrieron. —¡Claro, Ashton! No soy para nada una tirana que te va a retener aquí contra tu voluntad —Sus ojos nuevos brillaron, heridos—. No me trates como a tal.

Él sonrió. —Gracias, Su Majestad.

—Vaya, creo que es simplemente maravilloso que te embarques en una nueva aventura —dijo ella, echándose la parte del pelo arreglado para atrás y empezando a arrastrar el cepillo por la otra mitad—. ¿Puedo preguntar adónde vas? ¿Eraywyn? ¿Aqua Alba? ¡No, no me lo digas!

Extendió una mano, con una sonrisa creciente. —¿El Imperio del Este?

Ashton levantó la cabeza, perdido en el hilo de la conversación.

—¿Disculpe?

La reina se rió. —No, no. Discúlpame tú. Me he dejado llevar por la curiosidad —Dejó el cepillo en su sitio, todavía riéndose, y cogió un pequeño frasco de perfume—. Me da tanta pena ver que te vas. Nunca te he visto como el tipo aventurero.

Se roció el perfume embriagador a su alrededor en un arco delicado y Ashton miraba

confuso hasta que ella se giró hacia él con una mirada asesina afilada.

—Pero, ya que quieres abandonar tu posición —dijo lentamente, acercándosele. Paso grácil a paso grácil—. Y, por extensión, todas tus tierras y fincas… Bueno, tenía curiosidad.

Las palabras le dieron al general donde más le dolía e hizo un gesto de dolor.

—Pero…

—Es realmente una lástima renunciar a tus tierras. Especialmente la Finca Bixby —Los ojos oscuros de la reina estaban enfocados en él ahora y ella ladeó la cabeza de manera que el pelo le cayera sobre el hombro—. Siempre has tenido tan… *Bellas estatuas*.

Ashton se sintió bastante igual que una estatua él mismo al encontrar cada centímetro de su cuerpo instantáneamente petrificado bajo la mirada intensa de la reina. Casi no respiraba en el momento en que ella dio el último paso entre ellos, con los labios curvándose en una amenaza.

—Porque eso es lo que estás haciendo, Ashton. Renunciar a tus bonitas, pequeñas estatuas. Y si alguien se topara con ellas por casualidad… —Se burló con una risa—. Bueno, podrían averiguar exactamente qué tipo de hombre eres en realidad.

El tembló in situ, ya no una estatua, sino más como un postre de gelatina. Su respiración salía en jadeos irregulares mientras que la reina sonreía de oreja a oreja.

—Bueno —dijo ella—. ¿Qué decías?

El tragó. —Sólo lo complacido que estoy de estar en el Castillo, Su Majestad.

—¡Maravilloso! —Aplaudió, la voz saltando en un crescendo gozoso—. Y dime, ¿qué noticias tienes?

Los ojos de Ashton encontraron el suelo, instantáneamente resignándose a su suerte. —La taberna fue incendiada, como usted ordenó.

Ella chasqueó la lengua. —Eso ya lo sé. ¿Qué más?

—Parece ser que la impostora… —Se retorció. —Se tiró de un edificio de tres plantas, Su Majestad.

Ella pestañeó. —¿Perdón?

—Hay testigos. Por lo que cuentan los ciudadanos, la impostora está muerta.

—Esa desgraciada infeliz —El labio superior de la reina se rizó para atrás, más de asco que de rabia. Pero pronto serenó la cara otra vez—. Organiza un comunicado para mañana.

—¿Otro? —preguntó Ashton, exhausto.

—Sí, otro —dijo ella, no haciendo caso de su tono o ignorándolo completamente—. Pero en la Plaza Elemental esta vez.

Ashton suspiró. —¿Puedo preguntar por qué?

—Porque, Ashton, si mi hija tiene tantas ganas de morir… —Frunció los labios en señal de victoria—. Entonces le voy a dar la razón perfecta para hacerlo.

27
INTERPRETACIÓN

Incluso de niña, a Vera le había costado mucho recordar sueños. La mayoría de las mañanas se despertaba con recuerdos de una negrura tranquila. Nunca le había molestado, pero había algo de despertarse ahora… No era sólo la simple negrura disipándose, era la muerte. Se cernía sobre ella y se aferraba a sus articulaciones, intentando estirar de ella otra vez para llevársela a su reino, imposible de sacudírsela de encima.

Y el tic-tac. No había ningún registra-tiempo en la habitación. El tic-tac estaba en su cabeza, dando golpes contra las paredes de su cráneo.

Tic-tac, tic-tac.

Tic-tac.

Un recordatorio constante de que su tiempo se estaba acabando. Por ahora, la muerte casi no podía tocarla. Pero, al ir haciéndose mayor, se acercaría más y más hasta que fuera ineludible. Pero tenía cosas más importantes de las que preocuparse. La muerte tendría que esperarse hasta que ella hubiera reclamado su reino.

Intentó sentarse en la ahora familiar cama con dosel en la guarida de los ladrones, pero se tiró otra vez al colchón cuando su cuerpo chilló en señal de protesta. Era como si un carruaje de acero la hubiese atropellado, entonces hubiese hecho marcha atrás y hubiese pasado despacio por encima suyo otra vez. Cada músculo le bombeaba en agonía, excepto los de sus extremidades, que no podía aún sentir en lo más mínimo.

Con poco levantar el cuello como si de una grúa se tratase para ver los bordes de la habitación, encontró la mesa y las sillas vacías. ¿Dónde estaba aquel malhechor taimado y manipulador? A Jasper siempre se le podía encontrar esnifando alrededor cuando ella volvía pero, esta vez, no se encontraba por ningún sitio. Cobarde. Iba a sudar esos perdones cuando ella le echara las manos encima. Se los haría sangrar, ella haría…

—¡Por la misericordia de Luna, está despierta! —Un grito feliz llenó la habitación. Vera reconoció la voz animada de Hunter incluso antes de verlo entusiasmadamente agarrándose al marco de la puerta.

—Hola, Hunter —A pesar de su garganta seca y agrietada, el saludó le salió fácil—. ¿Qué hora es?

—Es casi el alba —dijo él, arrastrándose más cerca con una sonrisa casi no contenida—. ¿Cómo se encuentra?

Casi el alba. Vera había estado inconsciente al menos siete horas. Intentó incorporarse otra vez, logrando deslizarse en una posición semi-reclinada.

—Estaré bien —dijo ella, probando sus párpados. Parpadeaban asincrónicos.

Hunter se rascó detrás de la oreja. —Eso normalmente significa que no está bien ahora mismo. ¿Le puedo traer algo? ¿Té, galletas? ¿Un pollo asado?

—No, gracias —Vera estaba segura de que su sistema no podía digerir nada ahora mismo —. He perdido suficiente tiempo. Necesitamos estar de camino a Eraywyn enseguida.

—Oy —Su sonrisa flaqueó, entonces se entiesó—. ¿Por qué?

—Necesito hablar con Alys —Vera intentó rotar el hombro y después el codo. Ambos

respondieron con un dolor sordo que ella estaba finalmente feliz de sentir. Hunter había estado inusitadamente callado y entrecerró uno de los ojos cuando ella lo volvió a mirar.

—¿Qué? —le preguntó Vera.

—¿Nox no se lo dijo?

Vera paró de poner a prueba sus extremidades y se inclinó hacia adelante, la columna gimiendo por el esfuerzo.

—¿Decirme qué?

—Por la misericordia de Luna —susurró en una risita, los ojos disparándoseles al techo—. Esto… es que… el príncipe Alys no está en Eraywyn.

Vera presionó la lengua contra el incisivo. —¿No está allí?

Hunter echó otra risita, una serie de respiros reprimidos. —Creo que la CC se lo explicará mejor que yo. Un momento.

Vera se sentó en el colchón, anonadada, hasta que Hunter volvió con una copia nueva de la entrega matutina de la Crónica Caddelinniana. Ella lo cogió al aire y echó una mirada rápida al texto mientras que Hunter se volvía a la puerta otra vez.

Se le paró el corazón, entonces se le volvió a poner en marcha con latidos forzados y con picos. Alys había vuelto a Caddelinn por la mañana después del Baile Elemental y, según el artículo, no se había ido desde entonces. Vera sintió escalofríos al darse cuenta de que Alys posiblemente había estado en el Castillo mientras ella se estaba desangrando en los aposentos de Madre. Le entraron retortijones en el estómago y las náuseas empezaron a apoderarse de ella al leer el resto del artículo. *Supuestamente,* - decía - *anoche, dos horas antes de la medianoche, el Príncipe Alys Fortescue-Arlington de Eraywyn aceptó la propuesta largamente esperada de Vera Cerasina Valenledge.*

Ella dejó caer el periódico, las manos temblándole de rabia. Anoche, mientras Vera se peleaba con un montón de ladrones degenerados por un monedero de calderilla mientras ellos jugaban una partida de cartas, Madre se le había declarado a Alys. Las profundidades de su perversión no tenían límite.

—¿Su Alteza? —intentó Hunter—. ¿Está usted bien?

—Estoy bien —dijo Vera sin sentir nada, forzándose a deshacerse de la agitación que tenía en el estómago. Debería habérselo esperado, por parte de los dos. Claro que Alys iba a volver tan pronto como oyera las noticias. Ella prácticamente tuvo que echarlo del baile ella misma. Y Madre…

Madre había siempre agobiado tantísimo con la propuesta. Vera ahora se dio cuenta de que ella nunca había querido a Alys como yerno o puramente por la alianza. Lo quería a él y a su poder, para ella solita.

La mano de Hunter se le lanzó delante, ofreciéndole un vaso de agua. Ella no lo había oído acercarse, pero cogió el vaso agradecidamente y lo dejó seco. Sus entrañas suspiraron de alivio, rellenándose gracias a la hidratación, como una pasa remojada en licor caliente.

—Gracias —dijo ella al él coger el vaso de vuelta.

Él estaba aún sonriendo, pero un dolor solidario le brillaba en el fondo de los ojos. —¿Está segura de que no quiere nada?

—No. Necesito un plan nuevo. Sólo necesito pensar —Vera se echó el pelo desordenado para atrás, dándole a la frente un respiro del calor. Llegar a Alys sería imposible ahora si estaba en las garras de Madre. El fracaso de otro plan frustrado la fastidiaba enormemente, pero la púa que realmente le estaba pinchando la piel era Jasper. Él se había enterado de que Alys estaba aquí y aún le dio vueltas bailarinas al asunto, ofreciéndose a llevarla al príncipe cuando nunca

había sido su intención.

Mentiroso. Manipulador. Ladrón. Asesino.

—Estoy seguro de que se le ocurrirá algo extraordinario. Siempre lo hace —dijo Hunter, sonando como que lo creía.

Vera alzó la mirada para encontrar sus ojos y él le proporcionó una sonrisa calmada y honesta. Pero su mirada estaba un poco perdida. Él no se había movido de su lado, sus dedos distraídamente siguiendo el borde del vaso vacío.

Vera ladeó la cabeza. —¿Hay algo que *tú* quieras, Hunter?

—Se me nota mucho, ¿verdad? —Hizo un gesto de dolor y sonrió con culpabilidad, como la primera vez que entró en esta habitación con una bandeja de desayuno. Envolvió un brazo alrededor de uno de los postes de la cama como si lo necesitara para apoyarse—. Bueno, se desvía un poco del tema, pero estaba preguntándome si le podía preguntar una cosa.

Para la sorpresa de Vera, un cambio de tema era una tregua con la que quería darse el gusto.

—Puedes preguntar lo que quieras —dijo Vera—. Que pueda responder o no depende de la pregunta.

—Eso es una respuesta sabia, Alteza —Sus ojos se desviaron al techo—. Siento molestarla. Sé que no es el mejor momento para esto, pero… ¿Le he dicho alguna vez que soy de Eraywyn?

—Una o dos veces —En realidad, era más cerca de cinco o seis veces. Y, además, su acento era una señal reveladora.

—Sí, exacto —Él se rió con ligereza—. Bueno, yo me estaba preguntando… A pesar de todo esto… —hizo un gesto circular con la mano hacia la Crónica Caddelinniana y entonces movió la mano como si estuviese ahuyentando una mosca—. ¿Qué tipo de futuro ve usted entre Caddelinn and Eraywyn?

Cuando Vera no contestó directamente, él añadió: —Quiero decir, todos sabemos que la relación se ha deteriorado desde la independencia.

Vera asintió. Era una pregunta justa y mucha gente en Caddelinn tenía las mismas dudas. Eraywyn era un reino nuevo, sólo como una década mayor que Vera. Antes de eso, Eraywyn había sido un ducado importante de Caddelinn. Su lucha por la independencia había sido larga e infamemente sangrienta. La herida de tantas pérdidas en ambos bandos estaba todavía abierta y muchos se preguntaban si estaba demasiado infectada para sanar.

—Veo tus preocupaciones —dijo Vera—. Sin embargo, no puedo planear ni prometer nada hasta que gane la corona.

—Ah, eso lo sé. Pero estoy convencido de que lo hará, así que tengo curiosidad por el futuro que usted ve para dos reinos que solían ser uno.

—Es verdad que la situación actual es complicada —se permitió decir—. Y que los Fortescue-Arlingtons no son la gente más fácil con la que negociar.

Hunter aspiró y asintió, insinuando que lo sabía por experiencia. El hecho de que estuviera de acuerdo encendió una chispa de curiosidad en Vera, pero la apartó por el momento.

—Sin embargo —dijo ella—. Creo que Alys y yo podríamos construir cosas buenas juntos, sobre todo cuando él acceda al trono. Creo que el futuro puede ser brillante.

La sonrisa de Hunter se extendió cómodamente por toda su cara. —Me gusta su optimismo. Y el príncipe Alys es definitivamente uno de los buenos. Me gustaría ver ese futuro que tiene en mente.

Vera sintió un tirón pequeño y dubitativo en las comisuras de sus propios labios. Ella siempre había tenido planes fantásticos. Y ella lucharía a capa y espada para hacerlos realidad.

—Y… —dijo Hunter, extrayendo la palabra—. ¿Cómo se siente usted con respecto al

movimiento de independencia entero?

—¿Qué quieres decir?

Pasó la mano por el aire. —Obviamente, ninguno de nosotros estábamos vivos durante la separación, pero hirió muchas sensibilidades. El ascenso de Eraywyn de ducado a reino a través de maquinaciones y luchas… Tanto de todo ello —A pesar de su sonrisa perenne, los ojos de Hunter estaban pesados—. Supongo, quiero decir, el Rey Cerasos fue quien lo terminó concediéndole la independencia legal. ¿Usted está de acuerdo con lo que hizo o preferiría que se hubiera quedado con Eraywyn?

Vera exhaló, algo parecido a una risita desanimada. —Haces preguntas difíciles, Hunter.

Él se encogió de hombros tímidamente y Vera pausó para escoger sus palabras cuidadosamente.

—Mi padre hablaba de Eraywyn a menudo —dijo ella tentativamente—. Siempre había algo grave en su tono como si deseara que las cosas hubieran sido diferentes. Personalmente, creo que tomó la decisión correcta.

Miró a Hunter, pero su cara era ilegible. Ella continuó: —Él quería terminar la lucha y darle a la gente lo que quería. A veces ese es el trabajo de un Monarca, incluso si significa que parece que perdimos.

Hunter musitó en voz baja, ponderando las palabras con ojos decaídos y solemnes.

—Déjame preguntarte algo —Vera puso los codos en las rodillas y se acercó—. ¿Por qué estas preguntas? ¿Por qué ahora?

Él parpadeó. —Lo siento, Alteza, no me haga caso. Sólo estoy pensando en el pasado. Igual me estoy obsesionando con errores pasados un poco demasiado —Tamborileó con los dedos en el poste de la cama y se mordió el labio—. A veces es difícil saber adónde puedes llegar antes de que tus errores sean imperdonables.

Vera se echó para atrás. —Me da la sensación de que ya no estamos hablando sólo de Eraywyn.

—La interpretación es una cosa extraña, ¿verdad? —Hunter le echó una mirada fija y una sonrisa precisa antes de que sus facciones se relajaran de repente—. De todos modos, ya le he quitado bastante de su tiempo.

Señaló al armario de la habitación. —Le he dejado algo de ropa limpia y estaré en la cocina haciendo el desayuno si necesita algo.

—Espera —dijo Vera en el momento en que él giraba sobre sus talones.

—¿Sí?

Por su alegre sonrisa, Vera supuso que no volvería al tema anterior, pero le estaba bien dejarlo de lado. Sentía cada parte del cuerpo otra vez, cálido y listo. Las piezas se habían estado juntando detrás de su mente y estaban ahora floreciendo en el primer plano.

Ella dijo: —¿Van a estar los otros en el desayuno?

—Claro que sí —Él inclinó la cabeza y una mirada ligeramente pícara le cruzó el semblante —. ¿Tengo razón en sospechar que usted tiene ya un nuevo plan, Alteza?

Vera asintió comedidamente. —Sí. Aunque no creo que le vaya a gustar a Basil.

28
MOTIVOS Y MISTERIOS

Basil le asestó un puñetazo a la mesa de cocina inocente, enviando una onda expansiva que causó un traqueteo en toda la vajilla.

—No nos vamos a jugar el cuello por un dichoso espejo —dijo con un rugido.

Vera asintió desde su silla en el otro extremo de la mesa. —Estoy de acuerdo.

—Gracias a los Elementos —Exhaló Basil, frotándose la frente.

—*Tú* no vienes —dijo Vera sin emoción—. Jasper y yo nos vamos a colar en el Castillo esta noche para hacernos con él.

Un subidón de rabia color carmesí se extendió por la cara de Basil. Abrió la boca para protestar.

—No sé, no sé —interrumpió Archer, con los ojos entrecerrados—. Yo lo que creo es que vosotros dos os estáis escapando al Festival Elemental sin decir nada.

Vera puso cara de mala uva. —No recuerdo haberte dado permiso para hablar.

Archer se sentó para atrás con unos morritos sorprendidos. Basil levantó las cejas con un respeto repentino, pero pronto después puso mala cara otra vez.

—Llego a entender que una caída de tres pisos te haya sacudido el cerebro —dijo lentamente—. Pero si lo que quieres es un maldito espejo, coge uno de los de Archer. No hay ninguna necesidad de arrastrarse adentro de ese nido de víboras.

—Si quisiera comprobar mi reflejo, fundiría tu maldita espada olvidada de Sol —le contestó mordaz—. Necesito el Espejo y Jasper sabe cómo infiltrarse en el Castillo, así que no hay nada que discutir.

—¡Infiernos ardientes! —gruñó Basil—. ¡Nox, di algo! ¡Di que no!

Jasper se estaba rascando un resquicio de barba de la mandíbula perezosamente. Se había sentado al lado de Hood hoy y parecía haber absorbido la energía taciturna del gigante.

—Sí, ¿por qué estás tan callado hoy? —preguntó Vera.

Él sonrió. —No quería interrumpir un intercambio de ideas tan alentador y respetuoso.

—Estás cambiando de tema —Vera se cruzó de brazos.

Sus ojos se fueron hacia ella antes de pasar por toda la mesa. —¿Qué tiene este espejo de tan especial, Nix?

—Eso no necesitáis saberlo. Ya estáis sacando todos bastante de este acuerdo, así que haréis lo que yo diga.

Jasper aspiró sus mejillas y observó la pared trasera. —Así no es cómo funciona, Nix. Somos socios ahora, así que tenemos que confiar los unos en los otros.

Vera se sentó mucho tiempo mirándolo con cara asesina. Sus ojos le escocían al intentar mantener escondido el dolor ardiente en el pecho. No quería que ninguno supiera lo que ella había visto cuando se estaba poniendo ropa limpia. Al haberse quitado las prendas mugrientas, salpicadas de sangre y tendones y de la suciedad del callejón en el que se había tirado, descubrió la cruz. Dos cicatrices profundas de color rosáceo rajadas en la piel de su pecho, encontrándose en una equis delicada justo encima de su corazón.

La marca de una Cruz-Corazón, asumió ella. Jasper había dicho que estaba por confirmar,

pero Vera sabía muy en el fondo de sus huesos que la promesa era vinculante. Tenía que perdonar a los ladrones y aceptar su ayuda o su condición la mataría.

La cruz de cicatrices pulsaba ahora como recordatorio. Pero todo lo que hacía era recordarle a Vera que Jasper le había tendido una encerrona. Le había hecho trampa. Un perdón o la muerte.

Se obligó a separar los dientes para no rechinarlos. —He accedido a tus condiciones, pero nunca confiaré en ti. No puedes chantajear la confianza.

—¿Eso es un desafío? —Los ojos de Jasper se iluminaron de diversión. Cuando Vera no contestó, él se encogió de hombros—. Es simple, Nix. Dinos porqué lo deseas tanto y lo entenderemos. Guarda tu secreto y nos quedaremos aquí, hornearemos galletas y jugaremos a cartas en vez de ir a por él.

—¡Por mí, genial! —Hunter aplaudió y se frotó las manos juntas—. ¡Me pongo ya en ello!

Basil le bloqueó el paso con un movimiento rápido de la espada. —Toca un sólo paquete de harina y perderás las manos.

Hunter sonrió incómodamente. —Pero Nox ha dicho…

—Siéntate.

—Vale —Hunter se volvió a sentar, moviendo un dedo—. Pero yo todavía no creo que esta sea la mejor manera de tratar con desacuerdos.

La sonrisa torcida de Jasper estaba todavía intacta, aunque más pequeña. —Venga, Nix. Si lo quieres tanto, es que es obviamente importante.

—Pues claro que es importante —explotó.

—Entonces dime por qué.

Vera se mordió la lengua. Nunca había hablado del Espejo con nadie, mucho menos con su enemigo mortal. ¿Y por qué debería hacerlo? Su vínculo con el Espejo era suyo y suyo sólo. Había pasado años exponiéndolo a sus patrones de habla, a sus formas de pensar, a sus valores. Había tardado tanto en desarrollarlo hasta el estado en el que estaba ahora. Había pasado tanto tiempo hablándole en secreto, mientras Madre dormía.

Nunca había desentrañado completamente las profundidades del Espejo. Tanta de su información estaba escondida detrás del control de Madre. A pesar de todo, el Espejo le pertenecía a ella, no a Vera. Pero, mientras que ella no sabía todo respecto al Espejo, él sí lo sabía todo de Vera. La conocía mejor que nadie. Y no era algo que Vera deseara compartir.

—No, ¿sabes qué? —Vera se echó para atrás en su silla, con los brazos muy apretados, cruzados contra el pecho, y atrapó a Jasper en su mirada fija—. ¿Tú quieres compartir algunos secretos? Empecemos contigo. ¿Por qué no me dijiste lo que yo era antes? ¿Por qué está muerto mi padre? ¿Qué más estás escondiendo?

Jasper estaba sentado mudo mientras que un coro de voces se alzó a su alrededor.

—Bueno, eso es… —empezó Archer.

—Sabe, eso fue… —se metió Hunter.

—Eso es sólo porque… —gruño Basil.

—¡No recuerdo haberos preguntado a ninguno de los tres! —bramó Vera y la mesa se calló. Exhaló profundamente y se pellizcó el puente de la nariz, reconsiderando—. ¿Pero queréis ofreceros? Oigámoslo. ¿Qué estáis todos vosotros incluso haciendo aquí? Un noble caído a menos, un eraywyniano entusiasta del horno, un adolescente con un arco y un gigante que habla dos veces al año. ¿Qué queréis? ¿Qué sacáis todos de esto?

Su mente nadó por pensamientos con la consistencia de la miel. Pegándose por todas partes, sin objetivo y sofocante. Desde luego que querían sus perdones, pero habían estado encabezonados en ayudar incluso antes de que ella se los hubiera prometido. ¿Por qué? ¿Por qué

estaban ellos aquí, perdiendo el tiempo? ¿*Qué* narices se les pasaba por esas mentes retorcidas y criminales?

Pero la mesa se quedó callada, y eso no sorprendió a Vera en lo más mínimo. Incluso ellos eran incapaces de inventarse motivos creíbles.

—Eso es lo que yo pensaba —dijo, sin interés—. Lo siento, Jasper, pero esos discursos cálidos, que te cambian la vida, en los que un grupo variopinto tienen vínculos estrechos por compartir secretos, sólo existen en cuentos y novelas de transmisor.

Jasper evitó su mirada, con la mandíbula tensa mientras miraba al suelo. Todos los demás estaban tiesos y poco naturales mientras sus ojos pasaban nerviosamente a las estanterías de jarros y de libros de cocina amontonados.

Y entonces, la voz de Hood cortó la tensión. —Yo voy primero, entonces.

Archer se apoyó a través de la mesa inmediatamente, cogiendo fuerte la mano de su primo. —No tienes por qué hacerlo si no te sientes cómodo.

—Los cuentos y las novelas de transmisor son mi especialidad —La cabeza de Hood se movió bajo su cubierta—. Puedo hacer esto.

Archer asintió, con verdadero alivio en la cara. Lo dejó ir. —Entonces, adelante.

Vera se quedó muy quieta, con miedo de que el menor movimiento pudiese disuadir a Hood de hablar. Había algo encantador de su voz delicada, casi no superaba un susurro, pero era clara y sonora.

—Archer y yo crecimos en la parte más rural de la provincia más rural de Caddelinn —dijo él, con más humor que desdén en su voz—. No hay mucho que hacer en Swann's End aparte de trabajar en granjas. De niños, Archer y yo nos metimos en el mundo de los libros. Devorábamos cualquier cosa relacionada con Robin Hood y entonces jugábamos a sus aventuras en los campos de cebada.

Él pausó un segundo, con las puntas de los dedos puntiagudas gesticulando entre él mismo y Archer. —Naturalmente, él era Robin Hood. Yo era Little John.

—Eras el mejor Little John —Archer sonrió tiernamente.

Una ronda suave de risitas dio la vuelta a la mesa. Incluso la boca ruda de Basil se levantó en la comisura.

—Finalmente —dijo Hood, con la voz adquiriendo un tono anormalmente bajo. Sus largos dedos se retiraron dentro de los pliegues de su manto—. Nos volvimos un poco demasiado fascinados con la vida del ladrón. Robar de los ricos, dar a los pobres… Se convirtió en un sueño.

Su capucha se cayó un poco al mirar abajo. —Cuando nos fuimos de Swann's End, persiguiendo ese sueño, cometimos errores. Acabamos involucrándonos con mala gente. Casi no salimos.

Vera escuchaba con interés, con los ojos yendo de Hood a los otros alrededor de la mesa. Los otros habían obviamente oído este cuento antes, pero asentían con un acuerdo sobrio, quizá cada uno reflexionando en sus propios pasados.

—Este grupo es diferente —dijo Hood—. No estamos orgullosos de nuestros errores, pero estamos luchando por algo noble. Bajo el Rey Cerasos, Archer y yo tuvimos una infancia. Se nos permitía soñar. ¿Podemos garantizar eso bajo un Reino de Nylora eterno?

El gris oscuro de su capucha se movió y Vera sintió que él estaba observando la expresión de ella. Ella apretó los labios tristemente. Cinco años de Reino de Nylora le había hecho un daño inexpresable a Caddelinn. ¿Cuánto más podía hacer con otra vida entera?

Hood se aclaró la voz suavemente. —Cuando Nox nos habló de ti, no estábamos seguros de

lo que pensar. Pero en realidad no deberíamos haber dudado de ninguno de vosotros dos —Cuando habló otra vez, Vera pudo oír la sombra de una sonrisa—. Yo, personalmente creo que serás una reina fantástica. Si puedo ayudar en eso, sería un honor para mí.

Vera se quedó quieta para procesar las palabras. Era la primera vez que alguien había expresado fe en su capacidad para reinar desde antes de la muerte de Padre. Ella se había aferrado a sus esperanzas para un futuro más brillante para Caddelinn, aferrándose a sus planes cuidadosamente preparados, pero había sido una dura prueba creer en ellos sola. Oírlo otra vez significaba mucho más de lo que se había imaginado.

Esas palabras no venían de un ladrón. Venían de un ciudadano nacido en la baronía agropecuaria de Swann's End, tan lejos de la Capital. Vera estaba acostumbrada a los ciudadanos de la ciudad, que se horrorizaban con la idea de que la Princesa Paranoica tomara el trono. Pero aquí había una de su gente diciendo: yo creo en ti.

—¡Yo estoy de acuerdo! —Archer añadió felizmente—. Yo creo que tú serás la mejor reina que este sitio ha tenido jamás. Y eso significa quitar a Nylora de ahí, juntos.

Él asintió casi a sí mismo. —Es lo que Robin querría.

—Caddelinn es el lugar más bonito que he visto en mi vida —dijo Hunter, con los ojos iluminados de aprecio. Entonces su sonrisa flaqueó—. Pero sólo que no es lo que era.

Inhaló con una ligera inclinación de la cabeza y siguió la veta de la mesa con el dedo—. Prometí que me mantendría alejado de la política, pero creo que usted es exactamente lo que Caddelinn necesita. Usted puede restaurarla.

Vera le hizo un gesto de acuerdo cuidadosamente con la cabeza, recordando su conversación de antes. Hunter definitivamente escondía muchos secretos detrás de su sonrisa emplastada. Y, así y todo, ella estaba inclinada a creerlo.

Basil gruñó. —Esto es demasiado empalagoso para mí. Yo sólo quiero irme a casa sin los sabuesos de Ashton persiguiendo a mis gatos. Lo quiero fuera de mi maldita casa —Se golpeó el pecho con el puño—. ¡No soy un maldito criminal, soy uno de los últimos Bixbies que quedan! Nylora arruinó mi vida y destrozó a mi familia. No es ninguna sorpresa que te esté apoyando a ti en vez de a ella.

Vera asintió. Lo que Madre había hecho con las casas nobles de antaño era imperdonable. Desde luego, los nobles habían estado en una situación privilegiada y sufrían menos que muchos otros ciudadanos. Pero lo habían perdido todo después de la muerte de Padre - algunos habían incluso perdido la vida. Basil la había traicionado, en más de una ocasión, pero ella siempre había prometido enderezar esta injusticia. Y lo haría.

—Dicho esto —Basil murmuró y sus ojos perdieron su rumbo—. Cualquiera que pueda sobrevivir una caída de una azotea y estar berreando órdenes a la mañana siguiente merece mi respeto.

Vera casi respiró por la nariz al ver la arruga resentida de entre sus cejas.

—Pero todavía estoy cabreado por lo de la estantería —añadió.

Vera se echó para adelante, lista para decirle cuánto esperaba que le doliera pero, antes de poder, un arrebato de risa estalló entre los chicos.

—¡La estantería feroz te va a comer! —Archer dijo con voz de espectro acosador, y poniendo las manos en forma de zarpas.

—Cállate —dijo Basil con un giro ácido de los labios.

La guasa continuó mientras se cachondeaban de él, animando a Vera a que se riera con ellos. Ella casi cayó, pero serenó sus labios temblorosos en el último momento y se enderezó en su silla.

Sus promesas de apoyo corrían por su mente, relajándole los músculos. ¿Era realista? ¿Podía ella de hecho confiar en esta banda de inadaptados salvajemente irregular para ayudarla a enfrentarse con Madre y su corte? Su cabeza, sorprendentemente, decía que sí. Después de todo, sus argumentos eran de peso. No había ninguna razón para no creerlos.

Pero un pinchazo de realidad rompió la comodidad inestable.

Jasper soltó un respiro, cansado de reírse, y se dirigió a Vera.

—Es una lástima que los gemelos no hablen, si no, me apuesto a que ellos también te dirían por qué te apoyan.

Los músculos de Vera se le tensaron otra vez. —¿Y tú?

29
LA VERDAD SEA DICHA

La risa murió alrededor de la mesa.

Una última risita desanimada se le escurrió por los labios a Jasper al mismo tiempo que sus músculos faciales se esforzaban por hacerse el tonto.

—¿Y yo qué? —preguntó.

—Tú empezaste todas estas tonterías —señaló Vera. —Y tú no vas a tener ningún perdón.

Él se encogió de hombros. —Ya lo sé.

Hunter tosió, llamando la atención hacia él. —De hecho, él nos consiguió los perdones a nosotros —Sonrió tenso, los ojos brillándole de culpa—. Nosotros se lo pedimos.

—Pero no sabíamos *cómo* iba a hacerlo —dijo Archer, poniéndose mal.

—Ya basta, chicos —dijo Jasper con voz seca.

—No hagáis ver que esto es un sacrificio —El labio de vera se le rizó para atrás—. Tú ni siquiera pediste un perdón.

—No lo quiero —dijo él.

—Claro que no lo quieres. Te puedes largar a Cesam a robar con todas tus tías en cuanto te dé la gana. Pero estás empecinado en quedarte aquí. ¿Por qué te importa, ni siquiera?

A él se le pusieron los hombros tensos. —Soy medio caddelinniano. Tengo derecho a que me importe la política de aquí.

—¡La política de aquí es culpa tuya! ¡Mi madre está en el poder sólo porque tú mataste a mi padre! —exclamó Vera, antes de entornar los ojos—. O eso es lo que dices. Ya no estoy segura ni de creer eso.

Jasper sacudió la cabeza. —Eso no es…

—Dímelo honestamente —dijo Vera aposta—. ¿Fue mi madre?

—Oy, por el amor del engranaje —Jasper se masajeó la frente, tapándose los ojos—. No te hagas esto, Nix. No esperes que no fuese yo.

Vera se levantó y se apoyó sobre la mesa, forzándolo a mirarla.

—Cada palabra que sale de tu boca es una mentira.

Y mirar, él miró. Y sus ojos estaban encendidos. —Nylora no es la que sostuvo la daga. Ella no es la que tiene la sangre de Cerasos en sus manos. Ese soy yo.

—Entonces, ¿por qué? —Le dio a la mesa con las palmas abiertas, haciendo que los otros se acobardaran—. ¿Por qué matar a mi padre, poner a mi madre en el poder, quedarte en Caddelinn como el Matarreyes y después querer ayudarme? ¡No tiene ningún sentido!

Hubo un largo silencio ya que tanto Jasper como Vera se negaban a apartar la mirada. Vera estaba buscando algún rayo de verdad en el remolino de sus ojos contrastados. Jasper sólo miraba fijamente. Una mirada fija, vacía, desafiante.

—No lo sé, Nix —dijo finalmente—. Igual estaba aburrido.

El estómago de Vera se le desplomó, mientras que la bilis le subía. Estaba a punto de tirar el brazo para atrás para coger ímpetu y darle un puñetazo cuando alguien respirando por la nariz la paró.

—Lo estás haciendo otra vez —dijo Basil ácidamente.

—¿Haciendo qué? —dijo Jasper como si estuviese esperando el final de un chiste fantástico.

—Hacer de villano. Actuar como escoria —La cara de Basil estaba fría y plana—. Lo peor es que ya no eres ni siquiera creíble.

Jasper lo desdeñó. —Ponle una espada, Blade.

—¡Tuve que participar en el maldito discurso alentador! No me voy a quedar aquí sentado y ver cómo lo arruinas todo.

—Engranajes chirriantes —Jasper se rastrilló el pelo para atrás, con la agitación finalmente poniéndolo de los nervios—. Sé lo que estoy haciendo.

Vera se echó para atrás cuando Basil la señaló directamente.

—Dile la verdad o lo haré yo —dijo él.

—No te atreverías.

La burla de Basil se volvió una risa despiadada. Miró fijamente a Vera a los ojos y dijo: —Está haciendo todo esto porque le prometió a tu padre que lo haría.

Vera abrió la boca en un grito de sorpresa ahogado.

—¡Engranajes chirriantes! —Jasper saltó con un rojo oscuro manchándole la cara al enfurecerse con Basil—. ¡No tienes ningún derecho!

—Alguien tenía que decirlo —Basil puso mala cara, de repente siendo el tranquilo—. Y aún no he terminado.

—¡No lo hagas! —ordenó Jasper, con la cara más retorcida que Vera había visto en su vida.

Los otros tres estaban aún a los lados de la mesa viendo el callejón sin salida explosivo en un silencio arrebatado. La mente de Vera dio vueltas en una confusión de las palabras de Basil. ¿Lo había oído correctamente? Jasper le había prometido a Padre que… ¿Qué exactamente? ¿Qué lo mataría? ¿Qué ayudaría a Vera?

Ella tragó. —¿De qué está hablando?

—De nada —dijo Jasper—. Blade no ha dicho nada. ¿Verdad?

—Y los infiernos que no he dicho nada —Basil miró a Vera otra vez, señalando con un dedo hiriente y contundente en la dirección de Jasper—. Es verdad. Esta excusa patética de asesino mató a Cerasos. Y ha estado lloriqueando y flagelándose durante cinco años, a la vez que se hace pasar por la peor escoria de la tierra cuando la realidad es…

—Blade! —bramó Jasper, con una nota desesperada agotándole la voz.

—La realidad es —Basil dijo más alto—. Que, si no lo hubiera hecho, Cerasos se hubiera clavado la daga en su propio pecho.

Jasper se colapsó en su asiento, enterrándose la cara en las manos. Si Vera no hubiera estado enraizada en el suelo, quizá hubiese hecho lo mismo. Intentó sacudir la cabeza. Padre era un fiel devoto de los Elementos. Él no podría haber hecho eso nunca. A Vera no le importaba, no pensaba que quitarse la vida te condenara a los tres infiernos, pero eso es exactamente lo que Padre creía.

—No… Sus cuerdas vocales temblaban—. Mi padre no habría…

—Se enteró de lo de Nylora —dijo Basil.

Las rodillas de Vera cedieron, se desplomó en el asiento, sin romper el contacto visual con Basil. Respiró a través de los segundos, penando a hacer llegar el aire a los pulmones.

Hunter fue el primero en levantarse. —Se me olvidó, ¡tenemos que arreglar la habitación de juegos! —dijo con una sonrisa tensa—. Archer, Hood, me iría bien una mano.

—¡Pero yo quiero quedarme! —se quejó Archer.

Vera no oyó el vaivén, pero finalmente, los otros tres se escabulleron fuera de la cocina,

dejando a Basil, Vera y Jasper en un vacío sin respiro.

Jasper no había levantado la cabeza, que estaba todavía acunada en sus manos. Igual estaba sollozando en silencio. Ella no podía descifrarlo. Su mente estaba casi muy lejos, desasociándose. A la vez, sentía los ojos enfocándose en Basil.

—¿Él descubrió que ella era una Bella Dama? —ella preguntó tentativamente.

Él asintió y miró furtivamente a Jasper, que ya no lo estaba parando. Basil se estremeció, pareciendo que se había metido en camisa de once varas. —Por lo que se ve, ella le dijo que si él… —él vaciló—. Se desvitalizaba a sí mismo, que ella no te perseguiría.

Vera soltó una risa amarga, sintiendo la boca húmeda. Se pasó las manos por los labios para asegurarse de que no tenía sangre. Parecía como si la hubieran abierto en canal y estuviese sangrando de cada orificio, pero era sólo un dolor cegador y de retorcimiento.

—Él no la habría creído —susurró ella—. ¿Él no le hizo que se cruzara el corazón?

—Él no estaba al corriente de eso —Jasper dejó caer las manos sobre la mesa. Había un reborde rojo en sus ojos mientras evitaba mirar a nadie. Exhaló despacio—. Sólo nos enteramos de lo de la Cruz-Corazón hace dos años. Incluso así, todavía está por confirmar.

—No, no lo está —Vera dijo automáticamente y los ojos de Jasper de repente se enfocaron en ella en una mezcla de sorpresa y horror.

—Nix, lo siento tanto. No pensaba…

Vera hizo una cara rara y ahuyentó el pensamiento. Su propia Cruz-Corazón era el menor de sus problemas justo ahora. Padre no podía haber estado de acuerdo en dejar ir a toda Caddelinn por la sola posibilidad de que Madre mantuviera su palabra. Él había sido idealista, eso era cierto. Creía en los Elementos, mitos y leyendas. Había tenido algo de fascinación por el Rey Mago y en su juventud había incluso buscado la fabulosa Rosebridge desaparecida hacía tanto tiempo. Pero cuando se encontró cara a cara con un monstruo que pensó que asesinaría a su hija, ¿él había dado su vida por lo que ella dijo?

—No hay manera que él la creyera lo suficiente como para… —*quitarse la vida*. Vera tragó gruesamente—. Mi padre era organizado. Incluso si hubiera estado de acuerdo, él habría previsto algunas precauciones.

—Yo soy la precaución —dijo Jasper débilmente. Intentó sonreír, pero fue más como un tic —. Él sabía que éramos amigos. Él sabía de quién yo era hijo.

Él se frotó la frente otra vez. —Un día, me pidió que lo acompañara a la catedral y me lo explicó todo. Me pidió que estuviera alerta en caso de que Nylora no mantuviera su promesa.

Vera se apretó la mano sobre la boca, reprimiendo una arcada. —Tú lo sabías. ¿Y no intentaste pararlo?

—¡Sí! —espetó Jasper—. Le dije que él te podía proteger mejor. Le supliqué que no lo hiciera, pero ya lo tenía decidido.

Vera estaba a punto de discutir cuando Basil interrumpió.

—Intentamos pararte a ti, también —masculló.

Vera se había casi olvidado de que él estaba aún allí. Puso mala cara.

—¿Qué?

—Después del baile. Te ibas a beber el sapherly envenenado. —Él le puso mala cara a ella, también—. Tu estabas dispuesta a morir sólo para fastidiar cualquier plan que pensabas que teníamos. Tú estabas dispuesta a morir por despecho y Cerasos estaba dispuesto a morir por amor.

—¡No fue por despecho! Fue… —dijo Vera, pero no podía encontrar las palabras para terminar.

—Lo que fuese. Tú tomaste tu decisión y Cerasos tomó la suya.

El estómago de Vera empujó otra vez, enviándole burbujas nauseabundas a la garganta. Las empujó para abajo. Odiaba los pensamientos que se le pasaban por la cabeza, pero necesitaba sacarlos o la destruirían desde el interior.

—¿Él…? —intentó ella, mirando a Jasper. Él la miró de vuelta, con los ojos apretados al verla pasarlo mal. Ella se aclaró la voz, pero la voz era todavía rasposa—. ¿Él te pidió que lo *hicieras*?

La cara de Jasper decayó al entender la pregunta. Los ojos le empezaron a lagrimear, pero los pestañeó para pararlo inmediatamente.

—No. Me ofrecí yo —Se le quebró la voz—. No estaba sólo dispuesto a morir. Estaba dispuesto a condenarse a los tres infiernos. El dolor en sus ojos era demasiado. Yo pensé… Yo *pensé* que le ayudaría.

Las palabras parecían dolerle tanto como a Vera. Ella dejó salir un respiro tembloroso y se sentó hacia atrás, deseando que el movimiento la aliviara. Deseando que cualquier cosa pudiera, ya que la verdad ciertamente no podía. Por una vez, ella sabía que era la verdad. Algo sobre como que las extremidades de Jasper ya no le cabían correctamente, como si estuviesen dobladas en un ángulo extraño. Estaba roto y Vera se preguntaba cuánto tiempo llevaba tirando de sus propias cuerdas, haciendo ver que aún se podía mover naturalmente.

Ella se rastrilló el pelo hacia atrás y dejó la cabeza entre las manos, como si pudiese encontrar la respuesta que estaba esperando. Algo, lo que fuese, para absolver a Jasper o condenarlo. No había nada allí más que locuras. Sólo locuras letales compartidas entre él y Padre. Mirando fijamente a las grietas entre los azulejos de la cocina, ella todavía no podía entenderlo.

—¿Por qué no me lo dijiste? —Su voz era más débil de lo que pensó que sería.

El chasqueó la lengua suavemente y Vera supo exactamente cómo estaba sonriendo. En agonía. —¿Me hubieras creído?

Ella se tragó el nudo de la garganta, sabiendo que no hubiera creído en el elemento mágico. Ella todavía no creía en ello de la manera en que Jasper lo hacía. Lo que interpretaban como magia era una enfermedad demasiado rara para ser estudiada correctamente, demasiado llena de estigmas como para sacarla a la luz. Demasiado condenatorio como para ser admitido.

Pero no importaba si ella creía en esa parte. Padre lo había creído. Jasper lo creía. Lo que ambos habían hecho en las garras de la estupidez en común, ella lo creía ahora. Y lo hubiese creído hacía cinco años. Incluso más entonces, cuando ella hubiese dado lo que fuera por justificar al chico que necesitaba que lo salvaran.

Vera levantó la cabeza de golpe. Jasper se echó para atrás, por algo en la mirada de ella, que hacía que la ceja se le moviera involuntariamente. Su voz era estable otra vez, estropeada sólo por el esfuerzo. —Deberías habérmelo dicho.

Basil gruñó prolongadamente, molesto. —Por el amor de Sol, Cerasos le hizo prometerle que no te lo diría.

—¿Por qué no? —exigió Vera.

Jasper dudó antes de responder. —Él no quería cargarte con ello. Pensaba que sería demasiado para que tuvieras que manejarlo.

—¿Demasiado para mí manejarlo? —repitió Vera incrédulamente—. ¿Y vivir sin él no lo es?

Ella sacudió la cabeza en señal de repulsión. —Increíble.

Jasper apartó la vista, su cara tensa. Intentó hablar, pero, en vez de eso, sólo le salía un

batiburrillo de disculpas. Vera casi ni las oía, el enfado en su pecho haciendo ruidos sordos más y más fuerte hasta que era ensordecedor. Quería gritar. ¡Aullar! Él tendría que habérselo dicho. ¡Tendría que habérselo dicho porque quizá ella lo habría entendido! ¡Porque ella no se hubiera pasado cinco años agonizando, odiándolo!

El pensamiento la sorprendió, haciendo que la subida de ira ardiente se disipara en una nuble invisible de vapor. No estaba enfadada con él, ni con Padre, ni por su acuerdo asesino demente. Todas esas cosas dolían, dándole calambres agonizantes en el estómago, pero nada le había hecho más daño que odiar a Jasper.

Un toque suave en la muñeca la hizo sobresaltarse. La mano de Jasper estaba caliente cuando apenas la había tocado ligeramente, como un recuerdo de lo que habían sido el uno para el otro una vez. Sus ojos estaban desechos por el raro peso de la honestidad y Vera sintió los últimos resquicios de lucha abandonar su cuerpo.

—Nix. Vera —se corrigió a sí mismo—. No hay ni un día en el que no me arrepienta. Sólo estoy viviendo para cumplir esa promesa.

Él retiró la mano y Vera casi extendió la suya para cogérsela, pero se lo pensó mejor.

—Pero te haré otra promesa, aunque no me creas —Su sonrisa torcida estaba de vuelta—. Cuando esto se haya terminado y tú estés en el trono, me voy a entregar. De verdad. Una vez tú estés a salvo, necesito enfrentar las consecuencias.

Vera exhaló silenciosamente. Nada de eso sonaba correcto.

Ella dijo: —Jasper, yo…

La puerta de la cocina se abrió volando, Hunter, Hood, Archer y los gemelos directamente detrás.

Jasper resopló, disparándoles una mirada decepcionada. —¿Habéis estado los cinco escuchando todo este rato?

—Noooo —Las pecas de Archer se le mezclaron con el sonrojo.

—¡No es eso, Nox! —Hunter saltó en la conversación, haciendo pasar a los gemelos al frente. Tenían un transmisor—. Hay una emisión del Castillo.

30
PLANES Y COMPLOTS

Vera se sentó en el filo de un canapé en la estancia principal mientras que Shadow y Shade trapicheaban con las antenas del transmisor. Todos los otros se aposentaron alrededor. Jasper estaba medio sentado, medio agachado en el brazo del canapé. Cerca de Vera, pero no por mucho. Hood ocupaba la mayor parte del sofá biplaza, los muelles crujiendo bajo su peso. Archer metió sus largas piernas flacuchas sobre la espalda de un sillón y se estiró en el asiento panza arriba. Le colgaba la cabeza, los rizos pelirrojos casi barriendo el suelo. Basil, siempre la bola tensa de estrés, se posicionó contra una pared, mirando el transmisor como queriéndolo aporrear.

—¿Ha empezado ya? —Entró Hunter, acarreando una bandeja de té cargada. La depositó en la mesa baja y empezó a dar tazas humeantes a todos. Vera rechazó la suya. Tenía el estómago demasiado cerrado como para comer o beber nada.

—Ojalá —gruñó Basil—. Necesitamos un transmisor nuevo porque si hasta Shadow tarda tanto en sintonizar este, es que su lugar es en un montón de chatarra.

—No le metas prisa —Hunter dijo ligeramente—. Sabes que ya es un trabajólico y… ¡Eyyy!

En un instante, estaba al lado de los gemelos quitándole una demitaza de las manos a Shade y reemplazándola por una de sus propias tazas. Shade puso una cara que resaltaba sus ojeras.

—No más cafeína —Hunter movió un dedo—. ¡Te gustará esta tisana de Hojaluna mucho más, seguro!

Shade sólo se encogió de hombros sin palabras y meció la taza nueva mientras que su hermano trapicheaba con los botones del transmisor.

Un chirrido de los que taladra los oídos rasgó el aire de la habitación, haciendo que todos se taparan los oídos hasta que se convirtió en un revoltijo de sílabas distorsionadas. Vera se movió unos centímetros hacia adelante al oír los ruidos aclararse en una voz.

—Si te inclinas un poco más, te caerás —bromeó Jasper desde su posadero.

—¡Shhh! —siseó Vera.

—Ciudadanos de Caddelinn, este es un comunicado de servicio público de la Princesa Vera Cerasina Valenledge, vuestra futura reina —el transmisor zumbó en la voz de Vera.

Unas cuantas miradas volaron a Vera y ella puso las manos en forma de puños, pero no se atrevió a interrumpir. Necesitaba oír cada palabra.

La transmisión continuó: *—Va a haber un anuncio del Castillo en la Plaza Elemental al mediodía. Mientras que será transmitida a lo largo y a lo ancho de todo el reino, animo enfáticamente a todo ciudadano de la Capital que atienda en persona, ya que esto nos concierne a todos. Sin embargo, no pongáis vuestra seguridad en peligro. Los enemigos de nuestra ciudad abundan. Eso es todo. Gracias por escuchar* —Hubo interferencias antes de que el mensaje se repitiera en bucle—. *Ciudadanos de Caddelinn, este es un comunicado de servicio público de…*

Shadow apagó el transmisor con una vuelta del botón. El resoplido irritado de Basil agitó la repentina habitación silenciosa.

—El enemigo real de Caddelinn es la falta de competencias de Nylora para hablar en

público —dijo él.

Jasper ponderó en silenció unos momentos. Cuando levantó la mirada, asintió a los gemelos. —Gracias, chicos. Nos ocupamos nosotros desde aquí. Descansad un poco, por favor.

Shadow and Shade intercambiaron una mirada conspiratoria que implicaba que no tenían la más mínima intención de hacerlo. Pero se llevaron el transmisor y subieron las escaleras, desapareciendo cuando llegaron al entresuelo.

—¿Qué estás pensando? —Vera preguntó una vez los gemelos se hubieron ido.

—No es un mensaje para la gente. Es para nosotros —Jasper musitó al frotarse la barbilla —. Malas noticias, sin duda. Nylora debe estar desesperándose.

—Entonces necesitamos hacer algo.

—Sí, no nos perderemos el anuncio —Jasper asintió vagamente, apareciendo completamente impávido. Ningún resto de emoción de antes le quedaba en la cara. Sus expresiones estaban de vuelta en forma de muecas fáciles y sonrisas torcidas.

—¿Y ya está? —preguntó Vera—. ¿Por qué estás tan calmado?

Él se encogió. —Tenemos tiempo para prepararnos, incluso si queremos vestirnos bien — Le guiño un ojo, entonces se giró sobre el brazo del sillón, plantando los pies en los cojines del canapé—. Pero oigámoslo, Nix. ¿Qué es tan especial de tu Espejo?

Los otros se giraron todos para verla, obviamente interesados.

Vera vaciló. —¿Quieres hablar del Espejo ahora?

—Ningún momento como el presente —dijo Jasper—. Y estamos todos de humor para compartir, ¿no?

Vera lo miró como para matarlo, pero no era en serio. Hablar del Espejo ahora, después de todo, parecía como un puñetazo en el estómago. Sin embargo, se habían ganado el derecho de saberlo.

—El Espejo es un sistema de vigilancia de inteligencia artificial de última generación —dijo en un respiro—. Almacena datos del pasado, al igual que monitoriza el presente. Lo más interesante es que su algoritmo puede predecir el futuro.

Jasper ladeó la cabeza. —A mí eso me suena a magia.

—La magia es simplemente ciencia que no ha sido explicada aún —dijo Vera con un resoplido—. Tú no tienes ni idea de lo que han desarrollado en el Imperio del Este. Cosas que van más allá de nuestra comprensión.

—Ya —Jasper se burló a través de una sonrisa—. Así que, este sistema de vigilancia ¿te dice cosas que quieres saber?

Vera le quitó importancia a su obsesión renaciente con la magia. —Sí. Por ejemplo, me dijo que te escaparías la noche del baile. Yo ya lo había sospechado de todos modos, pero la confirmación del Espejo me puso en alerta.

—Oy, recuerdo la alerta perfectamente —Jasper se tiró del cuello de la camisa y luego los ojos se le perdieron.

—Elementos sangrantes —cortó Basil—. La Princesa Muerta Viviente y su espejo clarividente. Esto es ridículo.

—Te has olvidado de los siete ladrones chantajistas —dijo ella—. Y no es un adivino. El espejo probablemente funciona con entradas selectivas para calcular el resultado más probable.

—Yo también pienso que es magia —dijo Archer, mirando fijamente al techo.

—La magia no existe —dijo Vera, la mandíbula tensa.

—Dice la Bella Dama —contraatacó Basil.

Vera suspiró. —Bella Dama es un título legendario aplicado para intentar explicar la

anomalía genética de la que sufro.

Archer se movió involuntariamente. —¿Qué?

—Antes que nada, si quieres que Archer entienda, tendrás que utilizar palabras más pequeñas —dijo Basil despectivamente—. Segundo, ningún número de desórdenes genéticos hará que tus cortes se cierren solos o que tu corazón lata de nuevo cuando se ha parado.

—¡Hood es un gigante! —dijo Vera, gesticulando hacia él—. Eso no lo hace mágico.

—Medio gigante —dijo Hood calladamente, jugando con los bordes de su manto—. Sólo por parte de mi madre.

Vera se frotó la frente. —Lo siento, Hood, no lo he dicho con ánimos de ofender. El título no importa, el punto es - que no es magia, son sólo anomalías genéticas.

Basil resopló. —Recuérdamelo la próxima vez que te acuchille.

Vera se disparó. —Si *hay* una próxima vez, Basileus Bixby, quemaré tu baronía olvidada de Sol.

—*Basileus* —Archer se partió de risa—. Nunca se vuelve aburrido.

El labio de Basil se rizó hacia atrás para lanzarle una amenaza, pero Jasper intervino.

—Calmaditos —dijo él y, para la sorpresa de Vera, los otros se callaron. Él la miró seriamente—. Nix, ¿tu madre sabe de este espejo?

—Es suyo —dijo ella—. De hecho, hay mucha información a la que no puedo acceder porque está encriptada bajo su identificación.

Jasper cerró los ojos y movió la cabeza repentinamente en una mezcla de comprensión y frustración. —Así es cómo lo supo.

—¿Saber el qué?

—Sabía que veníamos al Baile Elemental. Por eso envenenó a los invitados para culparnos. Así es cómo las damas de la corte estaban listas para impedirnos que te sacáramos del Castillo. Ella también sabía… —Se paró y un toque de rojo le coloreó las mejillas antes de deshacerse de ello—. Bueno, sabe muchas cosas. Si el Espejo te lo dijo, entonces se lo dijo a ella también. Lo montó todo para culparnos y usurpar tu identidad. Ahora todo el mundo apoya a Nylora haciéndose la heroína como si fuera tú e intentando finiquitarnos.

—A ella incluso nunca le importó encontrarte —dijo Vera amargamente—. Yo fui la que se pasó cinco años haciendo eso.

—Bueno, no estaba precisamente destrozada por la muerte del rey —Jasper subió las cejas. Entonces se le entrecerraron los ojos de la furia—. Pero esto significa que hemos subestimado a Nylora. Ella sabe más de lo que pensamos.

—Por la ira de Sol —La cara de Basil era asesina—. ¡Tendríamos que hacernos con este espejo sólo para tirarlo de la torre más alta! ¡Si sabe tanto, le dirá a Nylora dónde estamos!

—Yo podría dispararle —dijo Archer, posicionando una flecha y haciendo puntería con su arco tensado hacia el techo.

—Archer, baja el arco —ordenó Jasper.

—Oooooh.

Vera le sacudió la cabeza a Basil. —El Espejo no desvela lugares. Sólo muestra fragmentos de un sitio. ¿No crees que yo intenté encontraros? No podía ni ver que este sitio estaba bajo tierra.

Jasper hizo un ruido de duda. —¡Estás segura? ¿Podría eso ser la información encriptada de la que hablabas?

Vera dudó, pero lo pensó bien. —Nunca he visto que el Espejo muestre una posición. Tú mismo dijiste que está desesperada. ¿No habría venido ya?

—Tienes razón —Jasper asintió—. Pero aún tiene una ventaja. Estará a un paso adelante de todo lo que hagamos.

—Yo también iba un paso adelante —dijo Vera con una sonrisa irónica—. No os impidió poner el Castillo patas arriba para arrastrarme hasta aquí.

—Cierto, de hecho —Jasper soltó una sonrisa feliz antes de torcer la boca—. ¿Pero por qué el espejo no te dijo lo de tu madre o lo de Blade?

La boca de Vera se puso plana. —El Espejo es selectivo como mucho y exasperante como lo peor.

—Este espejo es una pérdida de tiempo —dijo Basil.

—Sorprendentemente, Basil, no me importa lo que pienses —dijo Vera afiladamente—. Vosotros vais a tener vuestro perdón de sangre y vuestras otras exigencias, así que yo voy a tener el Espejo.

—Lo haremos —le aseguró Jasper—. Pero necesitamos un plan. Uno bueno.

—¿Cuánto tardará?

Se rió para sí mismo. —Estoy halagado de que me creas un virtuoso del allanamiento ilegal, pero planear la incursión al Castillo llevó meses.

—Tienes hasta esta noche —dijo Vera—. O voy yo sola.

—Que te lo pases bien mientras te matan —le dijo Basil con desprecio.

—No me puedo morir. Soy *mágica*, ¿te acuerdas? —Vera movió las manos, exasperada.

No nos vamos a separar otra vez. No después de la última vez —dijo Jasper decisivamente —. Yo no tengo un espejo parlante pero todavía tengo un par de ases bajo la manga.

— Siendo…? —preguntó Vera.

—¿Alguna vez te di las gracias por el servicio comunitario que me impusiste? —Jasper le lanzó una sonrisa y saltó del brazo del sillón, pavoneándose como un pavo real delante del grupo —. Trabajar para Quintillius es una pesadilla total, pero guarda sus secretos *muy* mal escondidos.

Vera casi sonrió. —Eso suena más como falsa modestia que como unas gracias.

—Un poco demasiado amable, Valenledge —Basil le soltó una sonrisa de superioridad—. No ha habido nada de modesto en ese alarde.

—Ey, ¡nada de meteros conmigo todos juntos! —Jasper mostró dolor—. Para resumir, el viejo mozo Quinty tiene un archivo muy interesante de varios planos. ¿Cómo pensáis que descubrí este búnker?

—Pero —levantó un dedo—. Los planos del Castillo son incluso mejores. Nix, hay cosas ahí que incluso los habitantes del Castillo no conocen: un laberinto de túneles por toda la propiedad y por debajo.

Vera levantó las cejas. —Y, ¿asumo que te apropiaste estos planos?

—Naturalmente.

Basil bufó, obviamente aburrido. —Esa es una manera muy larga de decir que estaremos listos para asaltar el Castillo esta noche.

Vera se permitió asentir. — Igual todos vosotros sois de hecho útiles por una vez.

—Sólo lo mejor para nuestra futura reina —Jasper se hundió en una reverencia y sonrió al reincorporarse—. Sin embargo, Su Alteza, creo que tenemos un anuncio al que asistir antes.

◆◆◆

Un repicar corto traqueteó las puertas de la habitación de Jasper, justo cuando se estaba atando su pañuelo de cuello rojo vibrante en un nudo Gelsh doble.

—Entra —dijo él.

Había reconocido el repicar de nudillos pesados incluso antes de que Blade entrara a la habitación arrastrando los pies. Sus ojos eran de un contraste apagado con los tonos verdes alegres de su camisa y los volantes de puntillas de las mangas.

Jasper reprimió una risita. —El verde definitivamente no es tu color.

Los ojos de Blade se encendieron con una chispa de ofensa que pronto pasó a ser ojos en blanco.

—No estoy aquí para tus bromas para aligerar el tono —dijo parcamente.

—En ningún momento he sugerido aligerar tonos —dijo Jasper, echando un ojo crítico al disfraz de Blade—. De hecho, creo que los tonos oscuros te sentarían mucho mejor.

Blade pasó del pique con un gruñido. —Nox.

Jasper suspiró. Tenía que ser serio. No estaba de humor para ello, pero la cara lúgubre de Blade lo forzó.

—No pasa nada, Blade —dijo, volviendo al espejo para ajustarse los puños—. No te preocupes.

—No me tocaba a mí —insistió Blade.

Jasper jugó con el cuello de su camisa y dejó caer las manos. —Todo esto nos afecta a todos.

Él torció la boca. —Era tu secreto.

Jasper realmente no quería tocar ese punto. No podía pensar en Cerasos y Nix y la muerte y … Era demasiado ahora. Especialmente con el anuncio en una hora.

Agarró firmemente el hombro de Blade. —Hiciste lo que pensaste que era correcto. Nadie te puede culpar por eso.

Blade alzó la mirada inquisitivamente y Jasper asintió. Lo decía en serio. Claro que no había querido que se supiera. Cerasos no había querido que su hija lo supiera porque la conocía. Vera Valenledge era entusiasta. Tan entusiasta. El rey había estado convencido de que, si ella sabía la verdad de su fin, ella se lo tomaría como un ejemplo a seguir. Y, después de verla casi beberse el sapherly envenenado, Jasper sospechó que él tenía razón.

Él solo podía esperar que Cerasos estuviera equivocado, por una vez.

Pero Nix no se veía preparada para entregar su vida. Se lo había tomado sorprendentemente bien, y su espíritu luchador estaba vivo. *Ella* estaba viva. A Jasper le gustaba pensar que ella se veía sólo un poquito más ligera. Él casi había pillado una sonrisa en sus labios allí en la estancia principal.

Jasper se había preparado para lo peor, pero seguía esperando lo mejor.

Le dio otro apretón al hombro de Blade y el muy tonto al final asintió de vuelta y dejó el tema.

—Pero si quieres recompensármelo —dijo Jasper tan relajadamente como pudo—. Me iría bien un favor.

Algo le hizo tic en la mandíbula a Blade. Igual podía ver más de la tensión de Jasper de lo que pensaba.

—Tú sabes algo del anuncio —adivinó Blade.

—No lo sé, pero me lo puedo imaginar —dijo Jasper—. Y voy a necesitar tu ayuda si resulta que tengo razón.

Blade inclinó la cabeza y escuchó.

31
LA VERDADERA IMPOSTORA

La Plaza Elemental estaba en un estado de suspense siniestro, la multitud más espesa y más tensa que nunca mientras esperaban un anuncio de su monarca usurpadora.

Vera se quedó en la absoluta última fila, encontrando difícil ver el escenario por encima del hombro de una mujer alta delante suyo. Jasper y Basil estaban de pie, cada uno a un lado suyo, vestidos de punta en blanco con disfraces intrincados. Jasper había insistido en que les ayudaría a mezclarse y Vera accedió de mala gana, incluso si Basil con ese tono de verde tierra y Jasper en carmesí brillante se veían ridículos.

Pero ella casi no podía reconocerlos con sus máscaras de media cara y sombreros de ala ancha, lo que quería decir que nadie más podría hacerlo.

Ella tampoco se parecía a sí misma, vestida con un traje azul marino con una peluca color rubio oscuro y lisa tapándole el pelo. El lazo de su máscara de Luna estaba demasiado flojo, independientemente de cómo se lo atara y el traje le picaba algo horrible. Pero era un pequeño precio que pagar por estar escondida en una multitud. No podían arriesgarse a otro fiasco como el de la noche anterior. Vera no quería morir otra vez hasta su edad de mayor.

Tragó saliva. Qué fácil olvidó que sólo viviría hasta los 45.

Nunca había aspirado a vivir hasta una gran larga edad, pero había esperado vivir más que Padre, incluso que Madre. Su mente aún no había aceptado que moriría a los 45 a menos que le arrancara y devorara el corazón de su hija. Sabía que nunca lo haría. Después de este calvario, probablemente nunca tuviese hijos.

Vera cerró los ojos para bloquear la multitud, aunque no sirvió de nada para el alboroto que le hacía eco en la mente. No servía de nada pensar en estas cosas. Si Madre ganaba, Vera no tendría ni que preocuparse por el futuro. Ella no tendría uno.

Sacando los pensamientos a la fuerza, Vera se puso de puntillas para poder ver el escenario. Guardas, automaguardas, unas cuantas damas de la corte y el General Ashton pululaban por allí. Aún ninguna señal de Madre.

Estudió la cara de Ashton, buscando cualquier pista de cómo se sentía. Lo que sabía. Vera no podía descifrar si la mirada de sus ojos era horror callado o una cuba entera de hidromiel de la noche antes.

—No te molestes, no está pasando nada —dijo Basil, poniendo los ojos en blanco—. No se puede negar que se lo están tomando con toda la calma soleada posible.

—La paciencia es una virtud, Blade —Jasper llevaba una sonrisa plácida debajo de su máscara de Sol chabacana.

—Las virtudes son para la gente que tiene demasiado tiempo entre manos.

—Igual debería robar el micrófono —sugirió Jasper, el concepto embobándole la voz—. ¿Crees que podrá hacer el anuncio entonces?

—¿Sois siempre así de revoltosos en vuestras misiones? —dijo Vera.

—Normalmente es mucho peor —La risa de Jasper le brilló en el ojo verde. El otro estaba cubierto por un parche bajo la máscara. ¿Cómo estaba tan pancho después de que lo reconocieran la noche anterior? ¿Después de la conversación de esta mañana?

Vera aún no lo había procesado todo. De lo que se había enterado sobre Padre estaba demasiado reciente para tocarlo sin quemarse. Lo ignoró, y lo almacenó hasta estar en una situación para deshacer los nudos del estómago, pero le pesaba cada segundo y ese peso se notaba.

Eso no es lo que hacía Jasper. Sus pesos estaban completamente escondidos, como siempre lo habían estado. Tenía la extraña habilidad de apartar los sentimientos - sentimientos que lo habían destrozado - y de mirar al mundo con una sonrisa torcida. Vera nunca podía hacer ver que todo iba bien, pero a él se le daba tan bien que era casi reconfortante.

—Al menos todo el mundo está en su posición hoy —dijo él.

—¿Estás seguro? —le preguntó ella, parpadeando para combatir el brillo deslumbrante de la sonrisa de él.

—Veamos —Le levantó la barbilla a Basil como si fuera un reto divertido—. Blade, ¿haces los honores?

—Estoy en ello —respondió Basil, no tan atolondrado. Deslizó una pequeña parte de la espada fuera de la vaina y la puso en un ángulo concreto para que recogiera el sol del medio día. Después de unos momentos, un destello brillante fulguró del tejado de la Catedral Elemental al responder Hunter.

—Ya va uno —dijo Jasper, obviamente satisfecho. Sacó un pañuelo de su manga de puntilla y se sonó la nariz de manera afectada. Pausó, las comisuras de los labios hundiéndose. Agitó el pañuelo exageradamente y se sonó la nariz otra vez, mucho más fuerte. Unos cuantos ciudadanos se giraron para mirarlo y él se apretó una mano en la garganta en señal de una vergüenza melodramática.

—Perdonen, soy tan sensible al polvo de la estación de Sol —dijo él en un tono profundo.

Vera se retiró a la pared detrás suyo, intentando desaparecer todo lo posible, hasta que los ciudadanos finalmente se volvieran al escenario. Jasper se relajó por fin al ver un pañuelo de topos volar en la brisa de una azotea al otro lado de la plaza.

—Archer me va a dar un ataque al corazón un día —dijo él, sacudiendo la cabeza. Levantó la cabeza como una grúa y asintió casi instantáneamente al ver la cabina de FILIred ocupada en la esquina de la plaza—. Hood todavía está en su posición, también. Ahora, sólo necesitamos que los gemelos…

El acople ensordecedor del micrófono del escenario hizo que la multitud se echara para atrás. Un par de auto-criados se apresuró a comprobarlo mientras que Jasper se reía para sí mismo.

—Los gemelos siempre saben lo que hacen —Se giró hacia Vera con una sonrisa de orgullo —. Todo el mundo está listo.

Ella se burló de su espectaculito vanidoso de poder, pero su ritmo cardíaco se apaciguó a un ritmo estable. Era extraño sentirse protegida ahora cuando había pasado cinco años sabiendo que Jasper y sus hombres estaban demasiado cerca como para estar tranquila. Ella sabía que ellos habían estado ahí, en cada celebración, en cada anuncio, a veces dentro del Castillo mismo. Su presencia había sido una amenaza antes, en el momento en el que se suponía que Vera estaba paranoica. Ahora ella era parte de la amenaza.

Ella no podía realmente decidir cómo se sentía al respecto, lógicamente. Pero un instinto primitivo le decía que estaba rodeada, segura. Ya no estaba sola. Era más ciertamente un tipo de locura pero, por una vez, ella no quería luchar contra ello.

—Ojo avizor —dijo Basil tensamente.

Vera se estiró todo lo que pudo, sólo consiguiendo vislumbrar pequeñas porciones pasajeras

de las figuras que aparecían en el escenario. Amelia salió primero, y Vera se agachó en cuanto vio un destello del conjunto color melocotón distintivo de la duquesa. Si alguien en el escenario podía detectar a Vera, sería ella.

Siempre había estado recelosa de la duquesa pero, desde la noche del baile, Vera sabía cómo de peligrosa era en realidad. Emocionalmente, mentalmente y físicamente. Vera recordaba la sangre que había visto en la sien de Amelia debajo de aquella mesa. Había pensado que eran los alucinógenos de las bombas de humo, pero ahora sabía la verdad. Amelia había resultado herida y había sanado casi instantáneamente. Jasper había explicado que las Bellas Damas sanan más rápido cuantas más veces mueren. ¿Cuántas veces había muerto Amelia?

El hilo de pensamientos se desvió instantáneamente al subir Madre los escalones al escenario, ataviada de un vestido militar con un cinturón ceñido a la cintura. Sus hombreras goteaban oro que se atrapaba en la luz del sol juntamente con la diadema incrustada de rubíes en su cabeza. Parecía una reina, dispuesta a liderar a sus tropas a la batalla, pero a Vera le costaba reconocer su propia cara, enmarcada pulcramente con tirabuzones y radiando una seguridad en sí misma absoluta.

Madre se giró e hizo una señal a alguien para que se le acercara al escenario. Extendió la mano y la respiración de Vera se le atascó en el pecho cuando vio a Alys tomarle la mano. Una onda de asco la desestabilizó mientras susurraban en privado, con los dedos entrelazados. No había manera de saber lo que Madre estaba diciendo, pero Alys escuchaba pacientemente y asentía. Vera miró fijamente a sus manos agarradas, una parte dentro suyo marchitándose al ver el anillo del sello de Padre reposando en el dedo de Alys.

Jasper no se lo había llevado y debería haber hecho a Vera feliz. En vez de eso, ella deseaba que estuviera guardado en algún sitio en el búnker o colgado secretamente de una cadena del cuello de Jasper o en cualquier otro sitio menos aquí. Madre había utilizado el anillo de Padre para comprometerse con Alys y él había aceptado. No era culpa suya pero Vera no estaba segura de poder superarlo. El compromiso estaba mancillado.

Ella apartó la mirada. —Él tiene que saber que esa no soy yo.

Jasper y Basil soltaron un *ehhhh* dubitativo a la vez.

Ella se encrespó. —¿Qué vais a saber vosotros dos?

Basil se cruzó de brazos. —El príncipe Alys es conocido por muchas cosas: es noble, valiente, diplomático y un buen tirador. Pero no es una lumbrera, que digamos —Miró a Vera de pasada, importándole bastante poco su mala cara—. Dicen que la Princesa Astra es la lista.

Jasper se rió para sí mismo y Vera gimió, intentando pasar de los dos.

Alys era listo. Demasiada gente malinterpretaba su sentido del deber y su buena predisposición a ayudar como ingenuidad, pero él sabía cuándo algo no cuadraba. Incluso ahora, al escuchar a Madre, su cara estaba al menos un tono más pálida de lo normal, a pesar de sus esfuerzos para mantener sus facciones estables.

Vera aguantó la respiración cuando Madre lo soltó y la sonrisa de él se disipó por una fracción de segundo cuando ella se dio la vuelta. A él le giraban engranajes detrás de los ojos al intentar entender la situación. Madre alcanzó el micrófono, pero le lanzó una última mirada posesiva a Alys antes de hablar.

—Ciudadanos de Caddelinn —empezó, la voz de Vera expandiéndose por toda la plaza—. Me alegra el corazón que estemos unidos en estos días verdaderamente oscuros. Nuestro reino está huérfano. Ni rey ni reina, ya que Nox el Matarreyes nos los ha quitado. Nadie siente esta pérdida más que yo.

—Oy, por favor, no me vengas con ésas —Basil se pasó la mano por la máscara con un

repelús—. Me voy a poner a llorar.

Vera se sorprendió de la ligera sensación de diversión que le cortaba la rabia, pero se disipó rápido cuando Madre continuó.

—Pero ¡ciudadanos, nuestra lucha no ha terminado! —dijo ella, su expresión cambiando a agresión—. Espero que veáis ahora que no estoy paranoica. El Matarreyes tiene que ser detenido, juntamente con la impostora.

Hizo una pausa lo suficientemente larga para que la multitud soltara los gritos de asombro que ella había claramente esperado.

—Eso es, la impostora vive, a pesar de lo que ella quería que creyerais. ¿Vais a dejar que os engañe?

La multitud explotó en una mezcla de cantar *¡no!* y de vitorear. Vera sacudió la cabeza, anonadada por cómo estaban todos comiendo de su mano. ¿Cómo se lo montaba Madre? No estaba afirmando hechos más creíbles de lo que había hecho Vera, ella simplemente tenía un cierto atractivo que atraía a la multitud como polillas a la luz. Incluso usurpando su cuerpo, era más magnética de lo que Vera lo sería nunca.

—Esta es mi promesa para vosotros, mi pueblo —dijo Madre, una vez las ovaciones habían descendido en volumen—. ¡No descansaré hasta que estos criminales sean entregados a la justicia! El general Ashton está liderando la búsqueda en la ciudad y yo estoy complacida en anunciar que Eraywyn se ha unido a nosotros.

Hizo un gesto de orgullo hacia Alys, que inclinó la cabeza grácilmente hacia la multitud mientras ellos aplaudían.

Madre dijo: —El Príncipe Alys Fortescue-Arlington está liderando las tropas alrededor de la frontera para garantizar que la impostora no escape de Caddelinn. Estamos extremamente agradecidos a Eraywyn por su apoyo en estos tiempos. Sin embargo… —Su voz se tornó hielo —. Como vuestra futura reina, como la última de la línea Valenledge, no puedo depender de todos los demás. ¡Tengo que ser fuerte para vosotros, para Caddelinn!

—No me gusta adónde va esto —dijo Jasper en voz baja, su ojo dando una vuelta debajo de la máscara.

Madre puso las cejas en una expresión feroz. —He organizado este comunicado hoy para dejar una cosa muy clara: no se tolerarán a los traidores —Ella levantó el brazo a los guardas—. ¡Traed a los prisioneros!

El corazón de Vera se desplomó al ver un grupo de gente siendo arrastrada delante del escenario. Prácticamente tuvo que saltar unas cuantas veces para ver a los prisioneros por encima de la multitud que se movía nerviosamente. Tres personas estaban encadenadas juntas, con las cabezas bajadas en señal de derrota. La multitud ya no vitoreaba, sus murmuraciones se volvían más fuertes al girarse los unos hacia los otros, el miedo grabado en sus caras.

—Mirad bien, ciudadanos, ya que estos tres son traidores a la corona —dijo Madre, su voz envenenada de desprecio—. ¡Traidores a todos nosotros!

Los ojos de Vera se abrieron de horror al reconocer a dos de los prisioneros; los camareros que le habían servido en el Forgotten Lion. Sus caras aterrorizadas estaban distorsionadas con morados. No podía reconocer a la tercera, una chica joven que estaba llorando amargamente, pero debía haber estado en la taberna. Algo vil le quemaba a Vera en la garganta al ver que sus acciones habían puesto a esta gente en peligro.

—¡Estos traidores han estado conspirando con el Matarreyes y la impostora! —Madre declaró como si estuviera leyendo la mente de Vera—. ¡Y se niegan a desvelar su paradero!

—¡No sabíamos quiénes eran! —La mujer del Forgotten Lion exclamó desesperadamente

—. ¡Llevaban máscaras!

—¡Mentiras! —Madre dijo sin ningún rastro de piedad—. ¡Decidnos dónde están o afrontad las consecuencias!

—¡No lo sabemos! —gimió.

—¡Llevadlos al pabellón!

Las palmas de Vera empezaron a sudar mientras que los automaguardas arrastraban a los prisioneros al pabellón y empezaban a encadenarlos a las columnas. Sus alaridos y gritos de piedad le tiraban violentamente de la conciencia, exigiendo acción. No podía dejar sufrir a esta gente inocente por su error. Miró a Alys, cuya cara estaba tensamente arrugada al apartar la vista del pabellón. Él no lo iba a parar. Él nunca la había parado a ella.

Vera no tenía ningún plan, pero aún sentía que su cuerpo estaba listo para saltar adelante y tirarse en medio de la multitud. Hasta que una mano le cerró la boca y un brazo fuerte se le enroscó alrededor de la cintura, tirándola hacia atrás con fuerza.

—No, ni se te ocurra, Valenledge —masculló Basil, atrapándola en un agarre férreo—. Harás que te maten.

Vera estaba helada al sentir que Jasper le paralizaba la parte superior de los brazos.

—Lo siento, Nix —dijo él—. Pero lo está haciendo para que salgas.

Entonces Vera cayó en la cuenta - ellos habían planeado esto. Nunca la iban a dejar detenerlo. Vera se sacudía inútilmente y sus chillidos amortiguados fueron fácilmente ahogados por el clamor en la plaza.

—Los salvaremos, te lo juro, —dijo Jasper, sus ojos llenos de determinación. Entonces, se separó y asintió a Basil—. Llévatela de vuelta.

Todos los ojos horrorizados permanecieron pegados al pabellón, ciegos al bruto traidor que levantó a Vera del suelo y la arrastró lejos de la plaza.

◆◆◆

La Plaza Elemental estaba a algunas manzanas de distancia cuando Vera finalmente logró liberar uno de sus brazos. Balanceó el codo hacia atrás con toda su rabia estrellándolo contra la mandíbula de Basil. Un gruñido salió de Basil, el shock del golpe forzando a que su agarre se aflojara. Vera se dio fuerte contra el pavimento, pero saltó de vuelta sobre los pies inmediatamente. Echó a correr hacia el caos ruidoso de la Plaza Elemental cuando Basil le tiró fuerte del brazo, arrastrándola para atrás.

Se cogió la mandíbula con la otra mano y habló entre dientes. —¡No hagas que te lleve a casa muerta!

—¡Suéltame, bárbaro arrastra-nudillos! —dijo ella, uniéndose al tira y afloja por su propio brazo. Basil ganó fácilmente, pero ella lo atacó en un frenesí de golpes descoordinados.

—¿No entiendes que...? ¡Au! —La voz lo cogió a media reprimenda cuando el próximo golpe de ella encontró su blanco. Él le cogió las dos muñecas, respirando fuerte—. ¡Si vas ahí, le estás dando lo que quiere!

—¡Necesito salvarlos! —dijo Vera, propinándole una patada en la espinilla.

Basil aguantó la patada, rechinando los dientes por el dolor, pero no la soltó. —¡Por la ira de Sol, déjalos hacerlo a ellos!

Vera preparó otra patada, pero antes de poder ejecutarla, las calles chisporrotearon con

electricidad estática.

—*Atención a todos los ciudadanos* —Madre entró por los altavoces—. *Este es un anuncio especial.*

Basil gruñó, poniendo los ojos en blanco hacia arriba. —Estoy más que harto de tanto anuncio.

—¡Cállate! —Vera siseó y esperó, esforzando el oído a la espera de cualquier noticia.

Los altavoces chisporrotearon otra vez antes de que volviera la voz y Vera pudiese oír la sonrisa de Madre en ella. —*Nox el Matarreyes ha sido apresado. Repito, Nox el Matarreyes ha sido apresado.*

32
FRAGMENTOS

—Toma, coge este —dijo Basil, metiéndole un jarrón a Vera en las manos por la fuerza.

Los dedos se apretaron alrededor de su superficie fresca, pintada y ella cogió una bocanada de aire profunda antes de arrojarlo a la pared de la habitación central. Añicos de porcelana volaron por los aires antes de aterrizar al lado de un barco en una botella fragmentado, una lámpara destrozada y trocitos aleatorios de todo lo demás que ella había roto.

—¿Entonces? —preguntó Basil—. ¿Cómo te sientes?

—No lo sé —admitió ella, el estrépito del jarrón todavía resonándole en los oídos—. ¿Destrozar cosas de verdad te ayuda?

—Es una válvula de escape —Basil pestañeó antes de sacudirse la cabeza—. Si no te está funcionando, necesitas algo más grande. Te traeré una silla.

—¡Buena idea, Blade! —dijo Hunter feliz—. Igual se siente mejor si se sienta.

Basil le disparó una mirada de asco mientras arrastraba una silla.

—Tú de verdad que no entiendes adónde voy con esto, cabeza hueca risitas —Empujó la espaldera de la silla hasta la cadera de Vera—. Coge esto y machácalo contra el suelo hasta que no sea nada más que astillas.

Vera respiró profundamente, cogiendo la silla, y la balanceó por encima de su cabeza. Un dolor aletargado le pulsó por los brazos y se dejó caer en el vacío inútil de su interior. Bajó la silla suavemente y resopló al dejarse caer en ella.

Basil la miró con un ceño enfurruñado, ociosamente frotándose el morado creciente de la mandíbula donde ella le había pegado un codazo.

—Eso no va a ser bastante. Necesitas sacarlo todo —Escaneó la habitación antes de que sus ojos aterrizaran en un retrato antiguo colgando de la pared—. Eso bastará.

—Olvídalo ya, Basil —dijo ella, sonando más irritada de lo que había querido—. No me está ayudando.

El silencio cayó sobre todos los ladrones reunidos en la habitación principal, permitiéndole a Vera hundirse en sus pensamientos turbios. Todos habían conseguido volver menos Jasper, a quien pillaron de camino al búnker y ahora estaba en las zarpas del Castillo.

La garganta le dio un pinchazo. Lo habían logrado, al menos. Habían puesto la plaza patas arriba en un lío caótico de bombas de humo, flechas y automaguardas desconectados. Habían liberado a los trabajadores del Forgotten Lion antes de su ejecución prematura e injusta.

Pero no era suficiente.

El Castillo proclamó que tenían más prisioneros sospechosos de conspirar contra la corona. Tres de ellos serían ejecutados cada día hasta que la impostora se entregase. La gente iba a morir porque Vera se estaba escondiendo, petrificada y sin planes.

Y habían perdido a Jasper.

Ella enterró la cabeza en las manos. —No me puedo quedar aquí, destrozando cosas a cachitos. Necesito hacer algo.

—Igual podríamos intentar algo diferente —sugirió Hunter—. ¡Puedo hacerle una tisana relajante y podemos pensar en ello!

Los otros añadieron sus consejos inútiles y Vera escuchó sin emoción hasta que no pudo tolerar más el dolor de los dientes rechinándole. Se levantó de la silla, clavándole las uñas al respaldo mientras los intimidaba con la mirada.

—¿Es que no lo entendéis? —dijo ella, la futilidad navegando a su través—. ¡No importa cuánto piense, no soy capaz de encontrar una salida para esto! Se me han acabado las ideas.

Expulsó un respiro tenso que hizo que los pulmones se le contrajeran. Miró hacia abajo, incapaz de soportar las miradas compasivas de los otros. —Todo lo que hago sólo empeora las cosas.

—No diga eso —ofreció Hunter—. No es todo tan malo. Sólo tenemos que…

—¿Que no es tan malo? ¡La vida de la gente está en la cuerda floja! ¡Se han llevado a Jasper! Se nos está acabando el tiempo y no tenemos ningún plan ni ninguna manera de arreglar nada.

Un silencio incómodo se aposentó sobre el grupo. Basil se apoyó contra la pared, los brazos cruzados y la mirada alicaída. Los gemelos en el entresuelo se miraban fijamente el uno al otro con una pregunta pesada en los ojos. Hood estaba sentado, tan taciturno como siempre, pero rodeado de una nube oscura. Incluso la sonrisa de Hunter se debilitó.

Las rodillas de Vera tenían ganas de ceder. Ella era inútil. No le quedaba lucha, sólo un montón blandengue de arrepentimiento e inutilidad. Estaba entumecida y muy, muy pequeña contra la vasta extensión de la realidad. ¿Dónde se había ido toda su determinación? Exactamente adonde pertenecía, al reino de la fantasía, donde era capaz siempre y cuando pudiese sentarse a pensar. Ella nunca había sido capaz, simplemente no la habían puesto en una situación lo suficientemente grave como para demostrarlo. Todos sus fracasos la miraban fijamente a la cara ahora. Y todo lo que podía hacer era enfrentar su mirada y aceptarlo.

—Nox sabría qué hacer —dijo Archer, hundido. Él levantó la mirada con un gesto de dolor —. ¿Creéis que Nylora lo va a matar?

—No al principio —respondió Basil de plano—. Sólo lo matará si consigue la información que necesita.

Su cabeza colgó ligeramente al añadir: —O si la tortura falla.

El peso de sus palabras le taladró los huesos a Vera. Su corazón soltó un latido patético y pesado de sangre. La tortura a manos de Madre era una de las peores cosas que Vera había experimentado en toda su vida. Y si Madre era capaz de hacerle eso a su propia hija… Vera casi no podía respirar al tener destellos de la imagen de Jasper siendo cortado a tiras lentamente. Cerró los ojos apretándolos, intentando bloquear todas las posibilidades horribles.

—¡Ey, ya! —Hunter interrumpió el silenció con un tono optimista—. Nox ha estado en situaciones comprometidas antes. No creo que debamos subestimarlo.

—Esto es diferente —dijo Basil, guardándose la angustia detrás de una mala cara—. Nox sabe salir del Castillo en circunstancias normales, pero Nylora no está jugando. Si no consigue ese corazón, se muere. Será despiadada.

—E incluso si pudiese escapar de alguna manera, no puede sacar a todos los ciudadanos encarcelados, también. No puede con el Castillo él solo —La respiración de Vera la aplastaba como si el aire se hubiese solidificado dentro de los pulmones—. Esto es un desastre. Se está desmoronando todo.

Archer chasqueó la lengua y se sentó recto en su sillón. —Sólo necesitamos un plan. ¡Estamos todos aquí para obedecer tus órdenes, sólo tienes que decirlo!

—No entiendes nada —dijo ella, tirándose de mechas de pelo sin ton ni son—. Le pegaron fuego al Forgotten Lion porque yo estaba allí. Están ejecutando a la gente porque yo hablé con

ellos. Me he muerto tres veces en los dos últimos días ¡y todo ha sido para nada!

Los fracasos salían sin parar y ella los dejaba. —Todo lo que hago empeora las cosas. ¿Cómo puedo dar órdenes o arriesgar más vidas?

Basil se enderezó inmediatamente. —Porque ese es el trabajo de un monarca, Valenledge.

—Pues vaya monarca —se burló—. No soy una reina, soy una parodia.

Hunter saltó de su asiento en la escalera, los hombros tiesos como si lo hubieran insultado personalmente.

—¡Ey, perdone mi lenguaje, pero eso son chorradas! —Hizo un gesto de dolor—. Ninguno de nosotros estaríamos aquí si pensáramos eso. Usted no puede tirar la toalla cuando tanta gente cree en usted. Y yo sé que no lo va a hacer. Usted no va a decepcionar así a Caddelinn.

Una pequeña sonrisa se llevó toda la energía que le quedaba.

—Hunter, te aprecio el gesto, pero…

—Pues igual sí lo hace —Se encogió Basil—. Igual tira la toalla, lo tira todo por la borda y se mata de lloriquear.

Vera le lanzó una mirada asesina. —¿Qué tres infiernos te pasa?

—¿Quieres hacerte la víctima? Adelante, sé una fracasada —Se rió con superioridad—. Tanta cháchara de honor y justicia sólo para tirar la toalla cuando se pone chunga la cosa. Mejor ríndete ahora antes de que nos hagas perder más el tiempo.

La mandíbula de Vera se le apretó, el calor de la indignación extendiéndose por sus venas.

—Tú, vil, traicionero, sarnoso, podrido… —empezó pero, para su sorpresa, Basil sonrió.

—Ahí está —dijo prepotente y se giró a Hunter—. No maneja bien el apoyo. Su motivación viene del despecho.

Hunter apartó la mirada, no sabiendo cómo responder. Vera miró fijamente a la curva satisfecha de sí misma del ceño de Basil. Madre había dicho algo parecido: *Tú no conoces nada más que el odio.* Tenían razón y la rabia que le temblaba por las extremidades lo sabía.

Pero no era suficiente. Incluso todo el odio hirviendo en su sangre no podía sacarla de esto. Y no había funcionado. Las cosas eran peor de lo que lo habían sido jamás y a ella se le estaba acabando el tiempo. La idea de que torturaran a Jasper, sus gritos llenándole los oídos, era suficiente para ponerla físicamente enferma.

—Valenledge —dijo Basil mordazmente con precisión glacial—. Necesitas recobrar la compostura y decidir qué hacer.

—¡Te he dicho que no lo sé! —Vera apartó la silla empujándola y ésta rascó contra el suelo antes de caerse. Echó sus ojos por toda la habitación evitando las miradas de todos.

Su voz se quebró al decir: —Necesito estar sola.

Sin esperar una respuesta, Vera salió escopeteada de la habitación, con el corazón repiqueteándole en el pecho. No paró hasta que se fue del búnker y el aire húmedo subterráneo le pasó por toda la cara. Apoyándose contra la pared del búnker, clavó las uñas en las rendijas de entre las piedras, sintiendo como que se iba a desmoronar si no se agarraba. El aire fresco llenándole los pulmones no hizo nada para calmarla. El corazón, hinchado de fracaso, se le hundió en el estómago.

Nunca se había sentido tan frágil. La muerte de Padre la había traído cerca, pero ella había estado lo suficientemente enfadada como para levantarse de un montón arrugado el tiempo necesario para conseguir justicia. O lo que ella pensaba que la justicia podía ser. Ya no se podía imaginar el concepto. Parecía que la mente le iba a toda máquina, pero realmente sólo estaba estancada en un sitio, enjaulada, haciéndose pedazos para intentar caber entre las rejas.

Los túneles de las catacumbas se constreñían a su alrededor, su silencio tragándose su

respiración entrecortada. Sus ojos se apoderaron del pasaje abovedado que llevaba al mausoleo real y, antes de saberlo, sus piernas flojas la estaban llevando hacia el Descanso de los Monarcas.

33
UN PIE EN LA TUMBA

Polvo. Tanto de él.

Vera debería habérselo esperado en este sitio que olía a piedra húmeda y a moho y a muerte olvidada hace mucho. Pero la muerte era igual de reciente en la mente de Vera que la última vez que había estado aquí, el día que Padre había sido llevado al reposo. Aquí estaba, enterrado al lado de los grandes como la Reina Valentina, el Rey Constantino, incluso Iacobus Iacobi, el Rey Mago.

Sólo un cadáver más.

El latido de Vera le traqueteaba débilmente en los oídos mientras andaba por los pasillos estrechos de las criptas. Antorchas eléctricas temblaban contra sus monturas en las paredes de las criptas, proyectando sombras errantes al iluminar el camino hacia el muro Valenledge.

Se alzaban imponentes, docenas de nichos de sepelio sellados y cubiertos de losas de mármol. Cada losa tenía el color del duelo del soberano fallecido y Vera miró de cerca a la losa de Padre, donde delgadas vetas de blanco serpenteaban a través del mármol rojo oscuro. Ella pasó los dedos por la inscripción labrada. *Cerasos Felix Valenledge, El Libertador.*

Dejó ir un sonido asfixiado que no era lo bastante sollozo y se dejó deslizar por la pared haciéndose una bolita a los pies de ella. Se metió la cabeza entre las rodillas e intentó respirar mientras que los muslos le presionaban el pecho.

—¿Por qué? —susurró, pero su voz era escalofriantemente fuerte al devolverle el eco—. ¿Por qué simplemente no me dejaste morir?

Vera sabía que esto era una locura. Sabía que Padre no estaba con los Elementos, mirándola desde arriba. No podía oírla, no podía responder. Pero no cambiaba el hecho de que necesitara hablar con él. La golpeó fuerte, con una ola nauseabunda, que no estaba sólo enfadada. Estaba enfadada *con él.*

Sabía que no era justo, pero estaba enfadada con él. Enfadada por dejarla sola en este mundo olvidado de Sol. Enfadada por dejar que Jasper estuviera involucrado. Enfadada por escoger la vida de ella sobre la suya propia.

La oscuridad dentro de la cripta parecía estar encerrando a Vera, agarrándola en su sujeción sofocante. Levantó la cabeza, respirando con dificultad, los dedos agarrándose al suelo. No podía entender de dónde le venía la rabia o como podía estar dirigida a alguien que había dado la vida por ella, pero estaba ahí y era abrumador.

—Podrías haber salvado a Caddelinn, pero en vez de eso me escogiste a mí —dijo amargamente, mirando fijamente hacia arriba a la losa de Padre. Ésta la miraba desde arriba inútilmente—. Fue la decisión equivocada.

Le picaban los ojos, pero nunca había ninguna lágrima para aliviarlos. Vera nunca sentía sólo tristeza o sólo pena, siempre estaban salpicadas de rabia. Ella quería llorar, pero como tantas otras cosas esenciales, a Vera simplemente no le salía.

La gente siempre la había comparado con Padre. Ella siempre había pensado que se parecían tanto, pero se dio cuenta de las diferencias enormes ahora. Padre hacía las cosas por amor. Él sabía cómo hacer aliados y ganarse a la gente. La única razón por la que Vera tenía a

alguien de su parte era porque él se lo había hecho prometer a Jasper. Padre hacía que a la gente le importara porque a él le importaba y Vera no podía hacer eso.

¿A ella le había importado alguna vez alguien? Ella sólo había seguido avanzando en su vida por un sentido de la obligación al cual creía tener derecho basado en un rencor y un resentimiento cada vez mayor. Todas sus aspiraciones de ser la gobernante más justa posible se estaban distanciando más que acercándose. Incluso si derrotaba a Madre, ¿qué tipo de reina iba a ser? Una que pasaba por las mociones, protegiendo a la gente, viviendo por ellos sin sentir nada por ellos. No había nada de cariño en su corazón.

Si Madre no estuviera tan obcecada en conseguir su corazón, Vera pensaría que no valía nada. Igual estaba roto o igual nunca había sido usado lo suficiente como para romperse en primer lugar.

Soltó un resuello patético.

Y ahí estaba. No estaba enfadada con Padre. O con Jasper. O incluso con Madre. Vera estaba enfadada consigo misma. ¿Por qué iba ella a estar enfadada con alguien que había de hecho muerto por ella? No lo estaba. Estaba enfadada por el hecho de que ella nunca viviría para hacer realidad las expectativas de él. Ella no era lo suficiente y había tardado todo este tiempo en darse cuenta.

—Tu corazón… —murmuró—. ¿No era siempre tu compás?

¿No había dicho el Espejo algo a ese efecto? *Es un juego cruel del destino. Juega con conocimiento, pero se te olvide jugar con el corazón.* Esa era la gloria de Padre, él era todo corazón. Quizás morir por ella había sido un error, pero eso es lo que lo hacía el rey que era. Padre sangraba por su gente. Vera no podía igualarlo. Ella casi no tenía corazón en absoluto. Pero si Basil tenía razón, y la motivación de Vera yacía en el despecho, entonces eso tendría que bastar. Ella sólo tenía que apuntar al blanco correcto.

Un sentido ridículo de alivio le inundó las venas. La cabeza le daba vueltas en un remolino de delusión y jerigonza. Nada de esto era práctico ni lógico, pero ella sentía que había exorcizado uno de esos espíritus incontrolables sobre los que Quintillius siempre sermoneaba. Las nubes de su corazón se separaron y, detrás de ellas un plan se fraguaba lentamente.

—Igual fracaso, pero no será por falta de intentarlo —Su voz se solidificaba con cada palabra—. Tú no te sacrificaste para que Madre ganara. Y yo juro que yo…

Un batacazo fuerte, seguido por un quejido, sobresaltó a Vera a ponerse de pie. El pulso le martilleaba el cuerpo mientras buscaba un sitio en el que esconderse.

Pero entonces, la voz irritada de Basil hizo eco en el mausoleo.

—¡Archer, pedazo de burro! ¡Te he dicho que vayas con cuidado!

—¡Está oscuro y resbala! —se defendió Archer.

—¡Por eso te he dicho que vayas con cuidado!

Vera sacudió la cabeza al sentir que la presión del pecho se le disipaba. Dejó atrás el muro Valenledge y se dirigió de vuelta a través de las criptas de otras familias reales hasta que pilló a un grupo de seis ladrones con las manos en la masa. Tenían las caras cargadas de culpa mientras ella chasqueaba la lengua severamente.

—No sois más que unos chismosos —dijo ella.

Hunter se rió incómodamente. —¡Lo poquito que hemos oído ha sido extremamente conmovedor, Su Alteza!

—Parece que no está lista para abandonar —dijo Basil, siempre el maestro de la sutileza—. Tienes un plan, ¿a que sí?

Verá inspiró. —Sí, lo tengo. Pero, antes que nada, dejadme deciros que esto es peligroso

y…

—Y que todos deberíamos saber en lo que nos estamos metiendo, que nadie está obligado a unirse, y etcétera y todo lo demás —Basil puso los ojos en blanco—. Ya lo sabemos. Estamos aquí por una razón, así que directa al plan.

Ella puso mala cara. —Basil, creciste con buenas maneras. ¿Por qué insistes en comportarte como un sapo leproso?

—Todavía no estoy oyendo un plan —dijo él.

Vera le disparó una mirada asesina molesta poco entusiasta pero incluso Basil no podía estropear su alivio temporal recién encontrado.

—Jasper mencionó que tiene planes de los túneles del Castillo. ¿Alguno de vosotros sabe dónde los guarda?

—¡Hecho y requetehecho! —pitó Hunter. Cuando todo el mundo se giró hacia él en sorpresa, él añadió: —No es difícil saber que están en su escondite.

—Vale, bien —Vera no quería saber dónde Jasper guardaba sus montones de tesoros escondidos. Había dejado de odiarlo recientemente y no quería arriesgar que otra chispa se convirtiera en un fuego ardiente.

Ella se giró hacia los gemelos. —Necesitaremos más bombas de humo. ¿Os podéis ocupar vosotros de eso?

Los gemelos asintieron al unísono, sus sonrisas juveniles animándola.

—Basil, ¿todavía tienes tu uniforme?

—Bueno, sí —dijo dubitativamente—. Pero después del baile, he definitivamente perdido mis derechos de acceso al Castillo.

—Tú no serás quien lo lleve.

Basil se encrespó. —Si crees que voy a dejar que uno de estos bufones respire ni siquiera sobre…

—Dijiste que aceptabas los riesgos —dijo Vera de forma engreída—. Así que te vas a callar y vas a seguir las órdenes por una vez.

Él levantó las cejas. —Supongo que me lo he buscado. No está mal, Valenledge.

Vera dejó una sonrisa única arrastrarse por sus labios.

Los ojos de Archer iban como locos por todas partes de manera insegura antes de aterrizar sobre ella. Se aclaró la garganta. —Así que, ¿piensas que podemos sacar a Nox y a todos los ciudadanos del Castillo sanos y salvos?

—No sólo eso —respondió Vera—. Me voy a llevar el Espejo, también.

◆◆◆

Los ojos de Jasper se abrieron de golpe, la falta de aliento rasgándole la garganta. Por un segundo, estaba otra vez en el tejado, colgando de los canalones mientras que los guardas se amontonaban a su alrededor. La duquesa había estado allí, ¿no? Jasper gimió. Amelia era la que le estaba pisoteando la mano con sus zapatos pulidos para que soltara el canalón. Los dedos cedieron y el resto fue todo negro.

—¿Te ha sentado bien la siestecita? —dijo una voz conocida pero perturbadora.

Jasper pestañeó para aclararse la visión borrosa. Estaba colgando, pero no de un tejado. Unas cadenas le mordían los brazos, suspendiéndolo en el aire al mismo tiempo que él intentaba

vislumbrar la figura roja detrás de las barras.

—Nylora —graznó él desde la garganta seca como una mojama.

Su sonrisa de labios rojos se volvió nítida, iluminando la farsa de sus facciones. Ashton estaba detrás de ella, viéndose menos satisfecho con la situación.

—Todo el mundo hacía que sonara difícil atraparte —dijo Nylora doblando las manos sobre sus faldas rojas brillantes—. Yo sólo he necesitado un día para verte encadenado.

La cabeza de Jasper ya se le había despejado y sus dedos se metieron despacio en sus mangas. Todavía tenía algunos trucos ahí, principalmente en forma de ganzúas.

—Con respecto a eso —dijo él con ligereza, los dedos buscando el candado detrás de su espalda—. No soy el tipo de estigmatizar a alguien por sus perversiones, pero ¿qué obsesión tienes tú con las cadenas?

—Me gustan los hombres indefensos —respondió Nylora rápido—. ¿A que sí, Ashton?

El general apartó la mirada, ajustándose el cuello de la camisa.

—Tenga lo que tenga para usar contra ti, no vale la pena —dijo Jasper—. Te va a traicionar de todos modos.

El general aún se negó a mirar en su dirección y Nylora le dio una palmada en el hombro.

—Él sabe que es demasiado tarde para él. Algunos secretos son así de malos, te lo aseguro —Nylora se giró otra vez hacia Jasper con un brillo frío en los ojos de Nix—. ¿Dónde está ella?

Jasper se mofó. —¿Soy yo o aquí apesta a desesperación?

—No te recomiendo que juegues conmigo. ¿Dónde está?

Él había ya conseguido quitar tres pasadores de bloqueo y mantenía una presión ligera sobre la llave de tensión al mover la ganzúa al cuarto pasador. Igual había seis o siete pasadores en el cierre y él estaba seguro de poder abrirlos durante la conversación. ¿Pero y luego qué? Sabía que podía escaparse de la celda, pero no mientras ellos estaban allí.

—¿Sabes qué? Tengo curiosidad —dijo Jasper, intentando ganar tiempo mientras que sus manos ejercían su magia—. Cuando se muere una Bella Dama, ¿se vuelve sólo cenizas o primero se vuelve una vieja bruja arrugada?

Una de las cejas de Nylora se le disparó hacia arriba, pero mantuvo la cara serena. —Si te portas bien, satisfaré tu curiosidad. Te dejaré ver cómo se muere Vera.

Jasper cogió la ganzúa a tiempo por los pelos al caérsele de la mano. Le costó disimular el dolor del progreso perdido en la cara.

—Eres un tipo especial de enferma mental —le dijo él con asco.

—Eres tú el que ha preguntado —Se apoyó en una de las barras y se puso una mano en la cadera—. ¿Tengo que suponer que no vas a hablar sin que te pinchemos un poco?

—No voy a hablar y punto —Jasper siguió metiéndose en el candado, pero una gota de sudor le cayó rodando desde la sien. No lo iba a conseguir—. Todos estos años he sabido que perdería mi vida por esto, pero vale la pena siempre y cuando te arrastre conmigo.

—Oy, qué *adorable* —sacó las palabras arrastrándolas condescendientemente—. ¿Un ladrón y un asesino no se cansa nunca de hacerse el héroe? ¿No estás harto de hacer ver lo que no eres?

—Yo nunca he hecho ver que soy nada que no era. Soy un mentiroso, un ladrón, un manipulador y un asesino —Jasper se paró para sonreír—. Es sólo mala suerte para ti que no soy un chivato.

Nylora pestañeó y sacudió la cabeza despacio. —Esto es casi trágico de ver. ¿Todo esto por una chica que nunca te querrá?

Sus palabras le provocaron un dolor agudo en el pecho, pero lo ocultó rápido. —No me

sorprende que no lo entiendas. Tú no has querido nunca a nadie en tu vida.

Nylora le puso una mala cara coqueta.

—Te daré una última oportunidad —dijo ella—. Dime dónde está mi hija o vivirás sólo lo justo para arrepentirte.

Los dedos de Jasper estaban entumecidos de intentar abrir el candado mientras las cadenas le cortaban la circulación en los brazos. No le ayudaba estar temblando.

Expulsó otra sonrisa. —Ninguna tortura puede ser tan mala como escucharte hablar.

Nylora se tomó la provocación con una sonrisa tensa. Tamborileó los dedos contra la barra de la celda.

—He oído que te gustan los parches de los ojos —dijo ella lentamente—. ¡Ashton!

Ashton se estremeció violentamente. —¿Sí, Su Majestad?

Los ojos de Nylora no dejaron a Jasper ni por un segundo. Él sabía lo que significaba esa mirada. Paró de abrir el candado.

Ella dijo: —Dale una buena razón para ponerse un parche.

34
CAPTURAR EL CASTILLO

Vera anduvo con dificultad por el túnel oscuro, la llama eléctrica de su linterna haciendo muy poco para guiarla por los pasadizos estrechos que pasaban por debajo del Castillo. Había leído detenidamente los planos de Quintillius, marcándose a fuego el camino a las mazmorras del Castillo en la mente, pero la delgada línea negra estaba mucho más clara en el papel que aquí abajo. El camino original había sido bloqueado, provocando un desvío desafortunado, y Vera esperaba que estuvieran aún en el buen camino.

Los otros - excluyendo a los gemelos, que estaban operando desde el búnker - andaban detrás de ella en fila india, todo en silencio excepto por el traqueteo suave de la armadura homologada por el Castillo de Basil sobre la estructura mucha más baja de Hunter. Desde su posición de líder, Vera buscaba cualquier punto de referencia que pudiera ofrecer una pista de dónde estaban. Las paredes del túnel estaban cubiertas de suciedad y de mugre, pero a veces una roca o dos se mostraban en la oscuridad, confirmando que no habían pasado por ahí antes. Cada eco de sus pisadas en el pasillo se amplificaba en los oídos de Vera, que aguantaba la respiración al esforzarse en pillar cualquier pista de movimiento de arriba.

Algo frío le cayó como una gota en el hombro descubierto de Vera. Reprimió un escalofrío y se movió hacia adelante rápido, cogiendo un puñado protector de su falda de tul roja. No podía permitirse manchar este vestido. Era el único que Hunter había encontrado en el búnker que fuera de su talla y lo suficientemente elegante como para gustarle a Madre. Era un poco demasiado formal pero la Reina Nylora no era conocida por su moderación.

Hunter la había peinado con un moño elegante mientras que Vera escrutaba los planos de Quintillius, y Archer había hecho un trabajo razonable, bordeándole los ojos de negro y pintándole los labios en un tono rojo oscuro. Habían terminado con un juego de piezas de joyería de rubíes que Jasper había sin duda robado. Un bolsito con cierre de cordel hecho de cuentas le colgaba de la muñeca, discretamente transportando un par de bombas de humo de los gemelos. Vera hubiese querido que encontraran unos zapatos bonitos, pero se había visto obligada a llevar las botas prácticas que había llevado al baile. Madre se había quejado a menudo de la cantidad de años de rozaduras en estas botas y ahora tenían gotitas de sangre seca pegadas a la piel, también. Vera apartó el pensamiento. No se podía hacer nada más, ella sólo tenía que esperar que nadie le mirara los pies.

Y allí estaba, casi una copia perfecta de la farsa que Madre había maquinado. Vera tenía muy clara la ironía de hacer el papel de una copia distorsionada de sí misma, pero si Madre quería hacer colar lo de la impostora, dos podían jugar a ese juego.

Un pasaje abovedado de piedra apareció adelante y Vera prácticamente corrió hacia él. Una mezcla de alivio y ansiedad crecieron en su interior al ver los escalones de piedra desgastados más allá de la arcada, llevando a lo que tenían que ser las mazmorras del Castillo.

Enfocó la linterna hacia los otros mientras se reunían a su alrededor.

—¿Estamos todos listos?

—Juzgando por lo ridículos que os veis tú y Hunter, yo diría que sí —Basil les echó una mirada de desaprobación.

Vera suspiró. —Es necesario y tú lo sabes.

—Te pareces demasiado a ella.

—Ella se parece a *mí*. No olvides eso.

—Yo creo que te ves genial —dijo Archer, admirando el fruto de su trabajo con orgullo.

—Tú no piensas —Basil lo desdeñó—. Tu proceso mental es un coro de sonidos de saltamontes y del *croar de ranas* ocasional, por si acaso.

Archer entrecerró los ojos de confusión, con las pupilas disparándose mientras intentaba encontrar el insulto.

—Este plan está condenado al fracaso incluso antes de empezar —gimió Vera—. No entiendo cómo vosotros sois los mejores ladrones de Caddelinn.

Hunter sonrió. —Igual parecemos improbables, pero siempre terminamos el trabajo.

Un intento apático de sonrisa le tiró de las comisuras de la boca, pero la preocupación insistente subiéndole como garras a la tripa hizo que durara poco. Pasó por todas sus caras, su mente sopesando todas las maneras de las que esto podía salir mal. Podrían morir todos esta noche. Pero no hacía casi ni una hora, en el Descanso de los Monarcas, Vera había deseado estar muerta. Si tenía que pasar, ella preferiría morir luchando. Y todos conocían los riesgos; lo habían sabido durante mucho más tiempo que ella. Le pasó la linterna a Hood antes de poner la mano firmemente sobre el hombro de Hunter, echándoles una última mirada a los otros tres.

—Por favor, no os dejéis capturar —dijo ella.

Basil resopló. —¿Te estás poniendo blandengue, Valenledge?

—Quería decir —le echó una mirada asesina— si tenéis que ser capturados, hacedlo sólo después de liberar a los ciudadanos.

—Eso tiene más sentido —Puso una de sus caras y Vera se negó a creer que un rastro de decepción le pesaba en la voz.

—Quedaos aquí hasta que Hunter venga a por vosotros —les dijo a los otros antes de asentirle a él—. Vámonos.

La puerta encima de los escalones de piedra se abría a una pared gris fuerte con un mango. Vera lo agarró, deslizando el panel de pared falsa a un lado, y ella y Hunter se colaron en las mazmorras.

—Rápido, ponla de vuelta como estaba —ella le dijo, absorbiendo el pasillo alrededor. Debía haber pasado por aquí docenas de veces y así y todo nunca había sospechado lo que se escondía detrás de ese trocito de pared modesta.

Pasó la mano por la piedra de verdad y susurró: —Remarcable.

—Eso es lo genial de los castillos viejos, montones de secretos —dijo Hunter vivaracho—. Eso no pasa en el Palacio Plateado en Eraywyn. No estoy diciendo que no tenga secretos, ¡claro! De hecho…

—Hunter —Vera puso las manos arriba y él paró para escuchar—. Necesito que seas un poco más hosco para esto. ¿Puedes hacerlo?

Asintió, con una gran sonrisa expandiéndosele por toda la cara, y Vera estaba a punto de rugirle cuando a él le cambió la expresión, como cuando alguien apaga una luz. La carne que normalmente se le apelotonaba en las mejillas se desplomó de repente, dejando su cara angulosa y severa. Sus cejas se posicionaron en una inclinación profunda e inquietante al mismo tiempo que los ojos se le volvieron fríos.

Vera se encogió para atrás. Era la primera vez que lo había visto sin una pizca de sonrisa y no parecía que estuviera mirando más a Hunter. Él se debió dar cuenta porque hizo un gesto incómodo y su cara cambió a su estado normal, con todos los filos redondeados y los ojos bien

abiertos.

—¿Demasiado?

—No —dijo Vera, por alguna razón aún dudando—. No, así está perfecto.

Él le enseñó todos los dientes otra vez en una sonrisa súper satisfecha antes de aposentar la cara.

Quizá este plan no estaba tan condenado al fracaso después de todo.

◆◆◆

Alina y Greyson estaban hablando en tonos silenciosos delante del bloque de celdas más lejano, pero se callaron en cuanto Vera y Hunter se acercaron.

—Su Alteza —Se inclinaron y Vera pudo jurar que estaban evitándole la mirada.

—Hemos recibido información de un ataque por parte de la impostora en Crescent Square —dijo ella, intentando ponerse un poquito más alta—. Reunid todas las fuerzas posibles y moveos inmediatamente.

La mirada alicaída de Alina pasó a Greyson. —Estamos de guardia de prisioneros, Su Alteza. No permitiremos que el Matarreyes escape.

Vera empujó un ladrido afilado de risa, haciéndolos estremecer. Ignoró los escalofríos que le pasaban por los brazos al emplastarse una sonrisa cruel.

—Eso ya lo he oído antes —dijo ella—. No valéis ni para custodiar a una hormiga. La única razón por la que estáis aquí es porque él está demasiado débil para escaparse ahora mismo.

Ellos no dijeron nada, sólo bajaron más la cabeza. El miedo irradiaba de sus extremidades tensas como una confirmación tácita. El Castillo había torturado a Jasper, entonces. Vera se tragó el nudo que tenía en la garganta, agradecida de que no la miraron el tiempo suficiente para darse cuenta. La tortura estaba prohibida por el Codex de Caddelinn y los guardas sabían eso igual que su futuro monarca debería saberlo. Los guardas siempre habían encontrado a Vera fastidiosa pero nunca le habían tenido miedo. Madre estaba estropeándolo todo.

Y Jasper… Vera sólo esperaba que pudieran aliviar su dolor pronto.

—Este es Héctor —dijo ella, poniendo una voz de acero al gesticular hacia Hunter—. Es uno de los mejores soldados de Eraywyn. Sus fuerzas custodiarán las mazmorras mientras vosotros os ocupáis del brote de violencia en Crescent Square. Ahora, id. No perdáis más tiempo.

Ellos se inclinaron otra vez, más como moverse rápido de arriba a abajo, y se fueron corriendo a toda mecha. Ella los observó mientras se iban y soltó un respiro tenso.

—¡Bien hecho, Su Alteza! —Hunter susurró emocionado, su máscara severa cayéndosele por completo.

Vera se pasó las palmas por encima del vestido antes de reñirse a sí misma por las marcas de sudor que había dejado en la falda. —Ve a buscar a los otros para cuando se vayan los guardas.

Hunter saludó y se fue trotando, de vuelta al túnel, dejando a Vera sintiéndose expuesta de repente. La adrenalina bombeándole por el cuerpo estropeaba su postura y hacía que sus manos se vieran antinaturales en cualquier posición. Se decidió por doblar las manos delante suyo al ver tres guardas pasar escabulléndose, evitando su mirada exactamente como habían hecho Greyson y Alina.

Vera soltó un respiro calculado. Sólo tenía que asegurarse de que los guardas siguieran sus

órdenes y se fueran, entonces podía dejar a los otros rescatar a Jasper y a los ciudadanos mientras ella se iba a buscar el Espejo.

Siguió el camino que había memorizado a la Antesala Escarlata en el ojo de su mente. Sería rápido y furtivo. Averiguaría del Espejo en la pared dónde estaba la versión de bolsillo y todos estarían fuera antes de que nadie se diera cuenta.

—Su Majes… Quiero decir, Su Alteza.

El corazón de Vera le saltó a la garganta al aparecer Ashton en el fondo del pasillo. Sus palabras no pronunciadas colgaban pesadamente en el aire, haciendo que los músculos se le agarrotaran en una subida de angustia y rabia al acercarse él más. Él la había casi llamado *Su Majestad* - el apelativo de la reina - lo que significaba que sabía lo de Madre. A Vera nunca le había gustado Ashton, pero ahora sabía que no podía confiar en él.

—Pensaba que estaba con sus damas en los baños —murmuró él cuando estuvo lo suficientemente cerca.

—Cómo quisiera poderlo estar. Terra sabe que necesito relajarme — Vera suspiró en desaprobación, intentando poner la cara en un ángulo que la alejara de él. Si alguien en el Castillo podía reconocerla, era el amante de Madre de toda la vida—. Pero Crescent Square está bajo ataque y el general de la Corona no está haciendo nada al respecto.

Ashton tartamudeó. —No he oído nada de esto.

Cobarde. Sabía lo que Madre estaba haciendo y la estaba apoyando. Vera hizo un esfuerzo desgastante para esconder su rabia en aumento bajo un desinterés fingido.

—Naturalmente —Ella forzó una risita burlona—. Así y todo, ahora lo sabes y todavía estás aquí.

Ashton se retorció de miedo en el rabillo del ojo de Vera antes de postrarse en una inclinación. —Desde luego, Su Ma… Alteza.

Él estaba pasando por su lado cuando la alarma se disparó, llenando las mazmorras de luces rojas parpadeando y un chirrido de un tono muy alto.

A Vera le entraron pinchazos en los brazos. ¿Habían descubierto a los ladrones? ¿Había sido ella? El anunció resonó por los altavoces.

—Atención a toda la plantilla del Castillo. Nox el Matarreyes ha escapado. Repito, Nox el Matarreyes ha escapado.

La respiración de Vera se le atascó en la garganta en una mezcla de alivio y aflicción. ¿Cómo seguía escapándose? Durante el baile, había tenido a Basil como ayudante infiltrado, pero ahora Jasper estaba sólo, herido y definitivamente más cuidadosamente custodiado. Si se había escapado, entonces obviamente no se estaba desangrando sin poder hacer nada, como en las imágenes que su mente conjuraba. Jasper estaba bien.

Pero esto hizo que el plan entero ya no fuera posible. Un griterío ya estaba explotando en otro pasillo de las mazmorras. Los guardas no se irían ahora y Vera y los otros estaban atrapados en el fuego cruzado.

Ashton la agarró del brazo, tirando de ella en la dirección incorrecta.

Vera clavó los talones en el suelo, tirando para atrás. —¡Suéltame, Ashton!

—Pero el Matarreyes…

—¡No me puede matar! ¿O ya se te ha olvidado?

Su agarrón se relajó cuando su mirada inyectada de sangre le cayó al suelo. Soltó un aliento que apestaba a sapherly rancio. Vera estaba a punto de sacudirlo cuando un músculo se le movió en el ceño. Sus dedos se tensaron alrededor del brazo de ella. Sus ojos nublados la miraron de golpe a la cara, entrecerrándose al irse enfocando.

—¿Vera? —dijo él, ronco.

La sangre se le fue de la cara a Vera, quizá incluso del resto de su cuerpo. Le estaba saliendo a borbotones ahora, encharcando el suelo de la mazmorra alrededor de las botas que Ashton había reconocido.

Vera se quitó el shock de encima y le pegó a la mano de Ashton, enseñándole los dientes. —No seas ridículo…

—No deberías haber venido nunca —dijo él, con la voz grave al ir a por la cartuchera. Sacó su desintegrador giratorio y lo llevó a su sien con una mano temblorosa.

La obligó a andar por el pasillo y el primer instinto de Vera fue luchar. Pero no podía permitirse que le diera con el desintegrador y quedarse inconsciente por Ventus sabe cuánto tiempo. No acabaría en las manos de Madre. No otra vez.

—No estás pensando claro —dijo ella—. No hagas esto.

Él sacudió la cabeza. —Tengo que llevarte a ella. Entonces todo se acabará.

Él giró una esquina y le clavó los dedos en la carne del brazo mientras ella intentaba alcanzar el bolsito que tenía en la otra muñeca. Si podía coger una bomba de humo, igual podría…

—¿General?

Ashton saltó a la voz de Alina. Ella y Greyson estaban helados delante de ellos, con las manos en las cartucheras mirando boquiabiertos a su desintegrador.

—¿Qué cree que está haciendo? —dijo Greyson urgentemente.

—¡Ayudadme! —dijo Vera antes de que Ashton pudiera recuperarse—. ¡Está loco! ¡Piensa que soy la impostora!

—¡*Es* la impostora! —Ashton le apartó la falda con violencia lo suficiente para enseñar las botas—. ¡Sólo hay que verle los zapatos!

Vera aguantó la respiración, pero Greyson y Alina miraron para abajo, arrugaron el ceño y compartieron una mirada preocupada. Sus manos se cerraron alrededor de los mangos de sus desintegradores.

—¡Es ella! —Insistió Ashton, viendo su incredulidad—. Ella es la impostora.

—No lo soy. Los conozco de toda la vida —Vera se giró hacia ellos—. Lleváis trabajando juntos tres años. Greyson, tú tallas figuritas de animales pequeños en tu tiempo libre o cuando piensas que la gente no está mirando. Te he reñido por ello antes porque pensaba que estabas vagueando. Alina, tu sobrino se graduó con honores hace poco. Tú estás tan orgullosa de él y yo te dije que pararas de hablar tan efusivamente y que te centraras en tu trabajo.

Vera suspiró. Esto era más difícil de lo que había pensado. —Yo os hice haceros a un lado para poder hablar con el Matarreyes la noche del baile. Y lo siento porque no os merecíais que os riñera ni que os pusiera en peligro.

El metal hizo destellos bajo las luces rojas cuando los guardias sacaron sus desintegradores. Dos clics, manos firmes. El corazón de Vera se hundió al ver uno de los cañones apuntándola. Greyson y Alina parpadearon al darse cuenta de que habían llegado a dos conclusiones diferentes.

—Lo sabe todo de nosotros —dijo Alina—. Tiene que ser la heredera de verdad.

—Pero la heredera de verdad no se disculparía —Greyson tragó, una gota de sudor resbalándole por un lado de la cara—. ¿O sí?

—No lo sé, ¿lo haría?

El ruido continuo de la alarma marcó un silencio desalentador mientras Vera observaba los dos desintegradores apuntándola y el tercero temblando. No podía dejarlo en sus manos.

—¡Ella es la impostora! —declaró Ashton.

—¡No lo soy y tengo la prueba! —dijo ella, intentando alcanzar su bolsito.

—¡Para justo ahí! —Ashton empujó el desintegrador más cerca.

—La prueba está aquí —le dijo ella a los guardas, ofreciéndoles el bolsito.

Greyson lo cogió cuidadosamente, entregándoselo a Alina mientras mantenía su desintegrador en posición. Alina abrió los cordeles y sacó una de las bombas de humo.

—Ahí —dijo Vera—. Sólo tienes que romperla.

Alina asintió y Vera aspiró.

—¡No, no lo hagas! —Ashton avisó, pero Alina ya la estaba lanzando a la pared de piedra donde se estrelló. Vera se puso la mano que tenía libre encima de la boca al salir el humo, envolviéndolos. El abotargamiento sorpresa los lanzó a un ataque de tos y Vera le pegó una patada a Ashton, quitándoselo de encima, antes de ponerse a correr como si la vida le fuera en ello.

Había voces gritando a la vez que la alarma, mezcladas con tos y pasos de carrera. Vera siguió aguantando la respiración mientras corría, intentando divisar el pasillo a pesar del humo creciente. El corazón le pateaba furiosamente al abrir el panel de la pared falsa y al meterse dentro, cerrándolo detrás suyo.

Se cayó contra la pared de agotamiento, con la piel sudorosa tocando la piedra fría. Sus pulmones ardiendo se regocijaron al sentir el aire pasar a su través otra vez, no importaba como de estancado. Chillidos y pasotones hacían eco más allá de la seguridad del pasadizo secreto. Ahora ella podía reunir a los otros y podían volver todos al búnker sin que los encontraran. Tendría que encontrar un plan nuevo para rescatar a los ciudadanos antes de otra ejecución ilegal pero igual Jasper estaba lo suficientemente bien como para tener algunas ideas. Por ahora, necesitaban salir del Castillo hasta que el alboroto se calmara.

Una vez hubo recuperado el aliento, se giró hacia los escalones detrás suyo e hizo un gesto de dolor. En vez de ir para abajo directamente, la escalera iba para arriba en una espiral apretada, desapareciendo en la oscuridad.

Vera se había equivocado de panel. Este no era donde los otros la estaban esperando - este era el que llevaba al Espejo.

35
LA LUNA QUE REFLEJA

Cada paso sinuoso hacia arriba era como un desfile hacia la muerte. Vera debería estarse escapando, no aventurándose más dentro del Castillo. Pero se había metido en una encerrona en el túnel equivocado, lejos de los otros. Ella sólo esperaba que hubieran huido en vez de saltar a la refriega de las mazmorras pero, conociéndolos, no estaba segura.

La mano le desapareció en la oscuridad densa al estirarla, engullida por el vacío frío que la rodeaba. Se había dejado la linterna atrás porque no tenía sentido llevársela a las mazmorras, pero ahora deseaba habérsela metido en el bolsito. Aunque había perdido eso también, juntamente con las bombas de humo que iban dentro.

Vera exhaló despacio. Tenía una plistola - definitivamente cargada - metida en la bota. Ese desintegrador y cualquiera influencia que tuviera sobre el personal del Castillo eran la única defensa que tenía.

Al final del túnel, apretó la oreja al panel de la pared y escuchó cuidadosamente. El pasillo al otro lado estaba más silencioso que una tumba. Vera deslizó el panel sólo para verlo desierto, entonces salió y cerró el túnel tras ella. Cruzó el pasillo hacia las puertas imponentes de la Antesala Escarlata y se abrieron con un siseo obediente tan pronto como ella giró el pomo.

Un rizo de incomodidad la serpenteó por la columna. Ashton tenía razón sobre lo de la rutina de Madre. Ella normalmente estaría en los baños con sus damas, pero eso era antes de que Jasper hubiera logrado escaparse. El Castillo estaba bajo alerta y no debería ser así de fácil infiltrarse en los aposentos de la reina.

Vera se preparó mentalmente para una emboscada al aventurarse dentro de la Antesala Escarlata, pero estaba toda abandonada excepto por el Espejo, cuya fachada de vidrio se disipó tan pronto Vera se metió dentro al acecho.

—Ya era hora —dijo él, su tono igualmente aliviado y aburrido—. No te creerías los días que he pasado sin ti por aquí.

—¿Dónde está tu versión portátil? —susurró ella.

Él resopló. —Supongo que era tonto esperar un saludo caluroso de ti —Hilitos de sombra se hacían remolinos y se desvanecían al sacudir él la cabeza—. Me encontrarás en el primer cajón de la mesilla de noche dentro de la cámara de la reina.

Vera miró a la puerta de la habitación, preocupada.

—No hay nadie ahí —añadió el Espejo.

Ella asintió y se coló dentro, esperando que un movimiento borroso le saltara encima en cualquier momento. El Espejo no podía mentir, pero eso no quería decir que Vera confiara en todo lo que decía.

La pulcritud estéril de la habitación era un contraste radical con el caos neblinoso y manchado de sangre que ella recordaba. No quedaba ni rastro de su muerte en el mármol impoluto. Se sacudió el escalofrío que la atravesaba y alcanzó la mesilla de noche. Los nervios se le calmaron al abrir el cajón y sus dedos agarraron el metal frío del compacto. Abriéndolo, observó cómo las sombras del espejo se materializaban en la palma de la mano.

—¿Te has hecho algo en el pelo? —Dijo—. Te favorece bastante.

Vera le puso mala cara. —Tú, cosa desvergonzada. Tienes mucho que explicar una vez salgamos de aquí.

Él parpadeó y, por un segundo, el rojo de sus ojos se fusionó con la figura color tinta de su cuerpo.

—Lo siento, ¿no te está gustando tu formación profesional? —le preguntó.

Vera se guardó un rugido atascado en la garganta y comprobó su entorno. —Tiene que haber un pasadizo secreto en algún sitio por aquí.

—Lo hay.

—¿Dónde?

—Oy, no te lo puedo decir.

Vera miró furiosa al cristal. —¿Por qué no?

—Por la misma razón por la que no te pude avisar de tu condición o de tu madre —alargó las palabras—. Siempre olvidas que estoy bajo juramento a mi dueño.

La información encriptada de Madre. Vera asintió al exhalar tensa. Siempre había habido información que el Espejo no podía compartir con ella. Ella había intentado encontrar maneras, pero la programación era sólida y ella no había podido descifrarlo nunca. Desde luego, si se hubiera esperado lo que se escondía detrás de la encriptación, lo hubiera intentado con más ahínco.

Vera sacudió la cabeza, apartando los pensamientos. Volver por donde vino era arriesgado y el Espejo no le podía decir dónde estaba el pasadizo, lo que significaba que tenía que encontrarlo sola. Se fue volando hacia los frescos de las paredes, apretando en cada resquicio entre las columnas buscando un panel falso.

—Normalmente intento mantenerme imparcial a los asuntos mortales —masculló el Espejo sin ayudar para nada—. Sin embargo, tengo una debilidad extraña por ti. A pesar de mi servitud forzada a la reina, tengo la esperanza de que puedas vencerla. Si lo logras, igual estoy libre a partir de mañana.

—¿No le queda mucho, entonces? —Vera metió las uñas en una rendija entre el revoque. Cuando la pared no cedió, se fue al otro panel.

El Espejo hizo un sonido de reflexión. —Nylora Iglaird Valenledge nació poco después del alba el 36 de la Estación de Sol. Así que, en unas 12 horas, será un ciclo completo de 45 años —Su voz ascendió pícaramente—. Entonces, seré libre para servir a mi mortal sin corazón favorita.

—Eres imposible —dijo ella, pasando los dedos hacia abajo por el lado de una columna. —Pero esas son de las mejores noticias que he oído.

12 horas. Vera sólo tenía que sobrevivir 12 horas y todo habría terminado. No sólo el esconderse, la persecución, el miedo de que le arrancaran el corazón para alimentar a un monstruo. También el declive lento y languideciente de Caddelinn. Pronto, el Reino de Nylora se habría terminado y todo lo que Vera tenía que hacer era sobrevivir.

—Me alegro de que te sientas así —dijo el Espejo—. Porque aquí vienen las malas noticias - la reina está en la Antesala Escarlata y te está esperando.

Una convulsión repentina le pasó a Vera por todo el cuerpo, haciéndola agacharse. La cabeza se le subió de golpe para monitorizar la puerta a la antesala. Desde su sitio en el suelo, ella sólo podía ver la esquina donde dos paredes rojas se encontraban. Pero sabiendo que Madre estaba allí, en algún sitio, significaba que Vera estaba demasiado expuesta. Se tiró detrás de la cama e intentó equilibrar la respiración.

—¿*Le dijiste* que venía? —susurró horrorizada.

—¿Qué parte de *me debo a un dueño* no entiendes? —Puso los ojos en blanco—. Te

aseguro que estoy haciéndolo lo mejor que puedo. Si no, se lo habría puesto mucho más fácil encontrarte. Desgraciadamente, cuando ella pregunta, tengo que contestar. Creo que sabe que no me cae muy bien.

El corazón de Vera resoplaba de manera irregular, intentando encontrar un escondrijo en su caja torácica.

—¿Qué tiene planeado?

—Oy, una charla agradable, estoy seguro.

Vera le echó una mirada afilada y él resolló.

—No me mires así. Ojalá que te lo pudiera decir, de verdad. Pero estás sola aquí.

Vera exhaló. —Dime algo que no sepa.

—Venga —Su tono tranquilizador chocaba con su sarcasmo desenfrenado de siempre—. Lo creas o no, eres una campeona y los campeones se enfrentan a desafíos. Sé que has tenido muchos de ellos, pero este es un momento decisivo. No es propio de ti tener miedo.

Vera quería ladrar que no tenía miedo, pero sus manos temblorosas decían otra cosa.

—Estoy aterrorizada —admitió.

—¿De la muerte? ¿Del fracaso?

—Son lo mismo.

—¿Ah, sí? —El Espejo lució una sonrisa sin boca—. Como te dije la noche del baile, es un juego cruel del destino. Juega con conocimiento, pero se te olvide jugar con el corazón.

Vera gimió bajito al desvanecerse el Espejo del cristal. Había vuelto a su programación de base una vez más, lo cual era igualmente buenas y malas noticias. Por lo que ella podía entender, el Espejo no sabía exactamente lo que iba a pasar una vez Vera pusiera un pie dentro de la Antesala Escarlata. Eso significa que Vera podía ganar.

O que podía perder.

Armándose de valor contra el colchón, Vera cerró el Espejo de un clic y se lo metió en el corsé. Tomó dos buenas bocanadas de aire y se empujó para ponerse de pie. Pasara lo que pasara, ella todavía tenía su desintegrador. Y si el Espejo tenía razón - a ella no le quedaba bien tener miedo. Ella no tenía miedo de Madre ni de sus maquinaciones crueles. Estaba lívida y se iba a llevar su ira con ella.

36
SIN SALIDA

La Antesala Escarlata apestaba a popurrí de cereza y a incienso de sangre de dragón, como de costumbre. El tic-tac regular de los registra-tiempos estaba ausente, como siempre. Pero Madre estaba de pie entre el Espejo colgante y las puertas, llevando la cara de Vera, como no lo había hecho nunca. Envuelta en una bata intrincadamente bordada, estaba de pie pacientemente, con las manos dobladas delante. Sonrió al entrar Vera.

—Así que, al final decides enseñar la cara —dijo plácidamente—. Y es sólo para robarme.

Vera intentó desear que los latidos acelerados de su corazón pasaran a un pulso estable. —¿Eso no es un poco hipócrita de alguien que me ha robado el cuerpo, la voz y la identidad?

Madre soltó una risa de un tono alto que Vera no sabía que sus cuerdas vocales podían producir. —Contestarle mal a tu madre no es atractivo, querida. Esos nuevos amigos tuyos son una mala influencia.

Los puños de Vera se enroscaron de manera instintiva. —Ellos no son mis amigos. Sólo el menor de dos males.

—Oy, ¿de verdad? —Fingió una mirada de ojos abiertos antes de abrillantarse las uñas en la manga de su bata—. Entonces, supongo que no te afectará que hayan sido capturados en las mazmorras y que serán ejecutados esta misma noche.

El corazón de Vera se le paró por un instante y habló antes de poder pensar. —Estás mintiendo.

Se retorció de dolor mientras una sonrisa cortaba los labios de Madre.

—¿Preferirías alguna confirmación, querida? —Le chasqueó los dedos al Espejo colgante —. Tú sabes mejor que nadie que el Espejo no miente.

Unos cuantos segundos tensos pasaron.

Madre puso mala cara. —¡Espejo, manifiéstate!

Finalmente, el cristal se oscureció al aparecer el Espejo, sus ojos yéndose para el techo.

—Discúlpeme, Ama, no había oído su invocación —dijo en una voz baja—. ¿En qué puedo servirle?

Madre movió una mano desdeñosa hacia Vera. —Por favor, dile a esta trágica hija mía que sus amigos han sido encontrados.

El Espejo inclinó la cabeza. —Puedo decir con certeza que los ladrones conocidos como Blade, Hunter, Archer y Hood han sido encontrados en los túneles de las mazmorras del Castillo.

La respiración de Vera se entrecortó cuando su mente conjuró imágenes de lo que Madre les haría. ¿Qué les había hecho a los ciudadanos? ¿A Jasper? Una oleada de náuseas se estrelló contra ella, haciendo que las rodillas se le doblaran.

—Ahí lo tienes —dijo Madre con una sonrisa satisfecha—. Tus aliados serán ejecutados esta noche, junto con los ciudadanos que tenemos bajo custodia.

—Esos ciudadanos son inocentes y tú lo sabes —dijo Vera, su voz baja y oscura.

Madre se encogió delicadamente. —Yo no sé de qué te quejas. Podrías salvarlos a todos, si quisieras. Sólo que no te importa lo suficiente; eres la misma mimada egoísta de siempre.

—Tenía que parecerme a ti de alguna manera —escupió Vera. Después de morderse la

mejilla sus palabras sabían a sangre.

Madre sonrió con superioridad, pero había una arruga deliberada alrededor de su nariz. —Tanto hablar de ser una mejor reina que yo, pero a la hora de la verdad no eres diferente. Siempre te escoges a ti misma.

Ignorando la picadura que le rasgaba el pecho, Vera cuadró los hombros. Dejar a los ciudadanos con ella no era salvarlos. Ciertamente, Vera podría entregarse, despedirse de su corazón y salvar sus vidas. Por ahora. Bajo el Reino de Nylora, siempre estaban a una orden de la muerte. Ser un mártir, como Padre, era sólo una venda en una herida putrefacta que necesitaba desinfección. Si Vera tenía que morir se llevaría a Madre con ella.

—¿Podría añadir algo, Ama? —preguntó el Espejo.

—No —respondió Madre.

—Lástima, pensaba que le podría interesar.

Ella puso mala cara, pero asintió. —Muy bien.

—Sólo he pensado que debería señalar que los ladrones han sido encontrados —dijo y Vera reconoció un giro desafiante en su voz—. Sin embargo, no han sido capturados aún.

Madre se enfurruñó. —¿Qué?

El Espejo ladeó la cabeza. Hay una gran escaramuza en las mazmorras en este momento. Los ladrones y los guardas están a la par. De verdad que debería verlo por usted misma.

El Espejo desapareció y, al ver a Madre echando humo, un subidón de alivio inundó las extremidades de Vera y se encontró riéndose.

—Siempre los has subestimado —dijo Vera a través de sus risas.

—*Serán* atrapados —afirmó ella—. Además, nunca conseguirán liberar a los ciudadanos. Habrá una ejecución esta noche sí o sí.

Vera casi no podía oírla sobre sus risas desde lo profundo del vientre. Igual era histeria, falta de sueño, o locura, pero ver a Madre fracasar era inexplicablemente divertidísimo.

Este era el tipo exacto de final que Madre merecía. Nunca le había preguntado a Vera su opinión de nada; impuestos, leyes, castigos, festividades. Nunca le había importado lo que Vera pensara y ahora, por alguna razón olvidada de los Elementos, la vida de Madre dependía del permiso de Vera. Ella no podía vivir sin el corazón de Vera y Vera no lo entregaría nunca.

—¿Qué te hace tanta gracia? —exigió Madre.

—La ironía —dijo ella, sintiendo cómo la palabra le cortaba a través del sistema—. Llevaste a Padre a la muerte con engaños, pero no voy a dejar que se repita la historia. Soy lo suficientemente fuerte como para enfrentarme a ti y esos ladrones son mucho más capaces de lo que tú has pensado jamás.

Los orificios nasales de Madre se le inflaron furiosamente. Su boca se abrió como para hablar, pero fue rápidamente interrumpida por una voz engreída y victoriosa.

—¡Dile todo lo que se merece, Nix!

La risa de Vera paró inmediatamente y su mirada saltó a las ventanas. Estaban abiertas de par en par y, apoyándose contra los marcos estaba Jasper, todo gallito.

A Vera se le atascó la respiración en la garganta. Llevaba un parche en el ojo, como hacía siempre en público, pero estaba en el lado equivocado. Sólo su ojo oscuro como la noche miraba fijamente adelante, brillante pero apesadumbrado. Una tez cetrina había tomado posesión del brillo saludable usual de su piel - ¿o era sólo un truco de la luz?

Él sonrió al decir: —Perdón, llego tarde. ¿Qué me he perdido?

—Una invitación —Madre respondió secamente.

Él se puso de morritos. —No me digas que no me estabas esperando.

—Quizás sí.

En un destello de cortinas color carmesí, Amelia se materializó detrás de Jasper, sosteniendo una daga al ras su cuello. Jasper se puso ligeramente tenso, su ojo descubierto analizando la situación. Rodó los hombros, intentando sacarse la tensión.

—Amelia, quería decepcionarte de manera suave —dijo él—. Pero esta fijación que tienes conmigo ha perdido la gracia.

La duquesa sonrió al serpentear una mano alrededor de su hombro. —No te hagas ilusiones. Si hablamos de fijación, preferiría fijarte a la pared con clavos.

Jasper rodó los ojos. —Cualquier excusa para meterme mano, ¿verdad?

Madre cruzó los brazos y bufó. —¿Habéis terminado ya vosotros dos, por casualidad?

—Tiene razón —Jasper se encogió ignorando la daga en el cuello—. Ha sido precioso encontrarnos para charlar, pero deberíamos volver a casa. ¿Qué dices, Nix?

Vera intentó no flaquear al encontrarse con su mirada. —¿Qué te han hecho?

Jasper dudó el tiempo suficiente para que Madre se metiera antes que él.

—¡Ah, sí! ¿Qué podría haber pasado? —Tiró los brazos hacia afuera en un movimiento amplio antes de depositarlos en su bata—. ¿Por qué no le dices cómo perdiste el ojo sólo para protegerla? ¿Cómo nada de lo que hagas nunca será lo bastante bueno para ella? Venga, todos sabemos cuánto te gusta hacerte el héroe.

El temblor de Vera se intensificó. Necesitó cada músculo de su cuerpo para evitar caerse en un montón de huesos. Pero la mirada de Jasper de nada-de-chorradas la tranquilizó.

—Está mintiendo, Nix —dijo él—. Eso es lo que ella quería, pero Ashton no tuvo el estómago para hacerlo. Es sólo un rasguño, tienes que creerme.

Madre soltó una risa afilada. —¿Y por qué iba ella a creer a un mentiroso compulsivo como tú?

—Los dos sois mentirosos compulsivos —espetó Vera, luchando contra algo en su estómago. Se giró hacia el Espejo—. ¡Clarifica!

Madre se giró sobre los tacones. —¡No aparezcas y no respondas!

Vera se dio una palmada en la frente mientras Madre se reía.

—El Espejo es mío —dijo ella—. No olvides eso.

Jasper se retorcía sujetado por Amelia. —¡Sólo está intentando que pierdas los estribos! ¡No la dejes!

Vera oyó el consejo y su cuerpo lo estaba aceptando antes de poder decidir si era lo correcto que hacer. El hecho de que Madre no quisiera que el Espejo contestara era una buena señal. Igual Jasper estaba bien.

Se puso en contra de Madre y cerró la mandíbula. —Nunca te daré lo que quieres. No tienes nada que ganar.

Los ojos de Madre se entrecerraron peligrosamente. —Una teoría que me encantaría poner a prueba, querida. Para que lo sepas, tu novio ladrón no se escapó; yo lo dejé. Y ahora está justo dónde lo quiero —Metió la mano en uno de los bolsillos de su bata y sacó un desintegrador, apuntándolo a Jasper mientras le echaba una sonrisa—. Veamos cuánto le importas.

El cuerpo entero de Vera se quedó de una pieza al panorama espeluznante delante suyo.

Jasper sólo bostezó. —Gente mejor que tú me han apuntado con un desintegrador, Nylora —Él le sonrió a Vera, como si fuera una broma entre ellos dos solos, antes de volverse hacia Madre—. Soy bastante esquivo, sólo asegúrate de no darle a tu amiguita amante del rosa detrás mío.

Amelia sonrió con aires de superioridad. —Yo sobreviviré, ladrón. Tú no.

Cada detalle se volvió una mancha turbia en la mente de Vera, un torbellino de caos del cual huían los pensamientos coherentes. Volvió a enfocar los ojos y aterrizaron en la litera parada colgando de la línea de cremallera detrás de Jasper. Igual era así cómo él había venido y quizá era su manera de salir. Si Vera podía entretenerlas lo suficiente, quizá podría meterse a ella misma y a Jasper en ella y lejos de todo esto.

Pero le iba a hacer falta echarse un farolazo.

Vera sonrió por la nariz, desdeñosa. —Qué gran plan, Madre. Sólo se te ha olvidado un pequeño detalle; me harás un favor si lo matas.

Los hombros de Jasper se le cayeron visiblemente y Vera sabía que no era intencionadamente. Él evitaba sus ojos, mirando al suelo embaldosado como si estuviera haciendo las paces con su destino.

Pero Madre no se había tragado ni la mitad que él. Su sonrisa permaneció al decir despreocupadamente: —¿De verdad harías que matara a tu aliado?

—Anda que vaya aliado —dijo Vera sin emoción, sintiendo las manos temblarle al lado. Se las cruzó encima del pecho—. Jasper sólo ha hecho daño a todo el mundo a su alrededor. Nadie lo va a echar de menos nunca.

Le robó una mirada rápida a Jasper, su cara hecha polvo arruinada por la aceptación. Él se lo estaba creyendo. ¿Por qué Madre no?

Ella sólo sonreía, el dedo tenso en el percusor. Disparó una explosión que vibró por todo el cuerpo de Vera. Jasper se sobresaltó, pero la explosión le dio al marco de la ventana en vez de a Jasper.

Vera accidentalmente soltó un suspiro de alivio que no pasó desapercibido.

—Esa ha sido una explosión de aviso —dijo Madre—. ¿Eres lo bastante atrevida para una explosión más hacia el blanco?

—No, ya he tenido bastante —dijo Vera, agachándose para sacar el desintegrador de su bota. El buque de cremallera estaba demasiado lejos para seguir con el farol.

Madre se rió. —Tu puntería no es lo suficientemente buena como para darme en el corazón antes de que yo lo mate a él.

—No voy a por tu corazón —Vera se echó el cañón frío del desintegrador contra su propio pecho—. Me voy a desintegrar el mío.

37
POR LOS AIRES

El silencio duró una eternidad profana, roto sólo por el ruido sordo del corazón de Vera en sus oídos. Se sobresaltó con el grito repentino de Jasper.

—¿Qué engranajes, Nix? ¡Baja esa cosa!

—No te metas —ordenó Vera. En el rabillo de su ojo, él luchaba contra Amelia sujetándolo, sin éxito. Eso era un problema para luego. Por ahora Vera estaba concentrada en los pequeños brillos de sudor ocupando la frente de madre.

—Buen farol, querida —dijo ella, con la sonrisa flaqueándole—. Todos sabemos que eres demasiado egoísta para eso.

Una pequeña sonrisa de suficiencia jugó en los labios de Vera al ver a Madre estremecerse. —Y todos sabemos la tendencia que tú tienes para subestimar a la gente.

Todavía apuntando a Jasper, Madre rechinó los dientes. —¡Espejo, clarifica!

La forma de sombras del Espejo taladró el cristal una vez más. En un tono soso, dijo: —Resultado no claro, por favor preguntad otra vez más tarde.

Madre puso mala cara, pero Jasper interrumpió, el ojo descubierto abriéndose más. —Igual estoy flipando, pero juraría que hay una sombra moviéndose en ese marco. Y él… o ella está hablando.

—Jasper Haddin... Encantado de conocerte —el Espejo dijo eso de una manera un tanto afectuosa—. Como un ser inmortal y omnisciente, yo no estoy supeditado al pesado yugo del género mortal.

Mientras Jasper asentía fascinado, Madre ladró. —Espejo, no interactúes con el ladrón. ¡Responde la pregunta!

—¿Es que siempre tengo que explicar cómo funciona el Reino de las Encrucijadas? —Se encogió despreocupadamente—. El resultado es incierto porque la heredera está actualmente desprovista de toda emoción razonable. Si se la empuja demasiado lejos, alimentada de su propia rabia, es capaz de lo que sea.

—¿Qué tipo de respuesta es esa? —gruñó Madre.

—Una honesta —dijo Vera. Lo haría. Basil tenía razón. Vera se habría bebido el sapherly, sólo para fastidiarles los planes. Había estado dispuesta a morirse por despecho en el baile y su despecho estaba en su zenit. No dudaría en desintegrase su propio corazón.

Una determinación fiera le fortaleció el dedo en el percusor y una sonrisa amarga le tiró de una esquina de la boca. Estaba preparada para morir si significaba llevarse a Madre con ella.

El ojo de Jasper se abrió horrorizado. Intentó dar un paso adelante, pero Amelia lo retuvo.

—Nix, no lo hagas —le suplicó.

—¡No lo hará! —La voz de Madre sonó clara por encima del caos, una nota de desesperación subrayando su insistencia. Los brillos de sudor se convirtieron en cuentas enteras mientras que sus ojos frenéticos se clavaban en los de Vera—. Eres egoísta. Te aferrarás a la vida con cualquier…

Una explosión rasgó el aire, seguida de varios gritos que Vera casi no oyó por encima de su grito gutural. Un rayo de plasma blanco de caliente le rasgó el hombro, quemándole la carne al

salir por la otra parte. Se tambaleó antes de caerse sobre las rodillas, agarrándose el hombro con fuerza. Los filos de su visión se borraron mientras que un dolor indescriptible le irradiaba por la clavícula y el omóplato. Apretó los dientes y soltó una cadena de gimoteos entre sus respiros pesados.

Cuando consiguió levantar la cabeza, le robó una mirada a Jasper para tranquilizarlo, pero la cara de él estaba totalmente exprimida de su color natural. Vera le dio lo que ella esperaba que fuese un gesto de asentimiento y se volvió a Madre mientras se apretaba el cañón contra el pecho otra vez.

—Esa ha sido una explosión de aviso —Vera imitó las palabras de Madre de vuelta a ella como un loro, pero no confiaba en su voz para hacer la segunda parte.

No fue necesario. Las cejas de Madre estaban torcidas de sorpresa, pero la esquina bajada de sus labios implicaba más decepción que preocupación. Su mano se movía involuntariamente, apretando con fuerza la empuñadura de su desintegrador, pero finalmente chasqueó la lengua y lo bajó.

—Tú siempre tienes que tener la última palabra, ¿verdad? —esnifó.

—Pásalo —ordenó Vera.

La respiración de Vera empezó a regularse mientras Madre ponía el desintegrador en el suelo y le dio una buena patada. Se deslizó hacia Vera y ella se giró hacia Amelia.

—Suéltalo —dijo ella.

Amelia miró a Madre buscando confirmación y recibió un gesto de asentimiento molesto. Lo soltó y Jasper se tambaleó hacia adelante aturdido antes de apresurarse a ir a ver el hombro de Vera.

—¿Qué has hecho? —susurró casi tan sin aliento como ella.

—Para de hacer tanto escándalo y coge el desintegrador —le siseó.

Lo hizo, pero insistió en ayudarla a ponerse de pie, por lo que ella le estuvo agradecida. Las rodillas se le bamboleaban y no sentía el brazo ni podía moverlo más pero el dolor todavía le recorría el cuerpo en pulsaciones rítmicas y dolorosas. La mano de Jasper debajo del brazo bueno la sostenía más de lo que ella quería admitir, a pesar de su mirada desaprobadora al desintegrador que tenía todavía apuntado a su pecho.

—Nos vamos a subir en el vagón-cremallera —dijo Vera en voz baja.

—Perfecto, no quería bajar escalando —le dijo él con un ápice de sonrisa. Entonces, movió el desintegrador entre Madre y Amelia—. Juntas, las dos. Y las manos dónde pueda verlas.

Compartieron una mirada, pero levantaron las manos desanimadamente mientras Amelia se apartaba de la ventana y más cerca de Madre. Vera se acercó el desintegrador más fuerte al pecho al irse acercando despacio a la plataforma del balcón. Jasper se quedó pegado a ella, guiándole los pasos mientras él mantenía el arma apuntándole a ellas.

Casi no se habían bajado del balcón cuando cambió el aire y algo se propulsó hacia ellos y se estrelló contra ellos. Vera se cayó en la pared del vagón-cremallera y le costó encontrar el equilibrio ya que se balanceaba peligrosamente. Detrás de ella, Amelia estaba peleándose con la puerta del vagón-cremallera mientras Jasper la empujaba para mantenerla fuera.

Vera se empujó a sí misma hacia arriba con su brazo bueno y le dio con fuerza hacia abajo a la palanca de puesta en marcha, cayéndose para atrás con la propulsión repentina del vagón-cremallera. Una explosión se dio en algún sitio detrás suyo, mezclada con gritos. Le giró la cabeza y un dolor se extendió por la coronilla donde lo había golpeado. Parpadeó para quitarse los puntitos de la visión y encontró a Jasper colgando del filo de la litera mientras ésta se deslizaba alejándose del Castillo, ganando velocidad.

Vera se deslizó hacia adelante sobre el estómago y le cogió la muñeca a Jasper. Amelia tenía sus propias manos alrededor de su tobillo, con la cara helada de determinación al mismo tiempo que evitaba las patadas de él.

—¡El desintegrador! —dijo Jasper, girando la cabeza a la esquina del vagón-cremallera. Vera siguió la línea de visión y encontró el desintegrador que se había caído.

La puerta del vagón-cremallera colgaba en el viento, y el pelo desaliñado de Vera le daba latigazos en la cara mientras se apoyaba fuera del marco otra vez para apuntar a Amelia. Explosionó. Perdió.

Amelia hizo mala cara, un pequeño destello de miedo en sus ojos mientras se cogía fuerte. No había nada más que aire entre ella y la calle de adoquines. Vera apuntó otra vez y explosionó justo en el momento en que Jasper les dio una patada bien oportuna a las manos de la duquesa. Y abajo se fue, su grito desvaneciéndose al caerse en la nada bajo ella.

Vera tiró de la muñeca de Jasper con su mano buena, empujando los pies contra el marco de la puerta para hacer palanca. Se volvió a meter rápido en la litera y cerró la puerta, bloqueando el viento y la velocidad y el caos de afuera. Se dejó colapsar al suelo, reclinándose contra una de las paredes mientras su cuerpo gritaba. Jasper se arrastró a su lado, mirándole el hombro otra vez.

—Engranajes chirriantes, Nix —Su voz traicionó su extenuación—. Necesitamos llevarte a los gemelos.

Vera respiró profundamente, intentando evitar que su visión se volviera borrosa. —Ya está cauterizada. Se curará en unas horas. Esa es la *maravilla* de ser una Bella Dama.

Movió la mano sarcásticamente, pero era un movimiento débil que probaba más el punto de él que el suyo.

—¡Te has hecho un agujero en el hombro! Tendrías que verte ahora mismo, pareces la muerte.

Ella lo miró como para matarlo. O al menos eso quería hacer. —¿Y tu ojo, qué?

Él se estiró orgulloso. —Igual es difícil de creer, pero te estaba diciendo la verdad. Nylora lo intentó, pero nadie quería hacerlo. Es sólo un rasguño y voy a estar bien. Igual hasta saco una cicatriz bien guapa de todo esto.

—Ay, qué bien —musitó ella—. Enséñamelo.

—¿Qué? No.

—Si sólo es un rasguño —le señaló al parche— entonces quítatelo.

Jasper se puso rojo, con un poco de color volviéndole a la cara.

—Nix, al menos invítame a cenar antes.

—Tunante canalla, cada palabra que te sale de la boca es una mentira —Ella apoyó la cabeza contra la pared de la litera que se mecía suavemente y dejó descansar los ojos—. Si descubro que has perdido un ojo, te mataré yo misma.

Jasper se rió suavemente y ella le robó una miradita a la sonrisa que se estaba proporcionando a sí mismo.

—¿De qué te estás riendo con tanto orgullo?

—Bueno, no sé si te has dado cuenta, pero has venido a salvarme —Compartió la amplia sonrisa torcida con ella y brilló en las luces delicadas que parpadeaban pasando por el ojo de buey—. Eres mi heroína.

Ella evitó estrechamente sonreírle de vuelta a los brillos absurdos de sus ojos. —No seas ridículo.

—Viniste a salvarme y…

—Vine a salvar a los ciudadanos —Ella estaba definitivamente hablando sin que se la

entendiera ahora, los labios demasiado pesados para enunciar.

—Y yo de verdad te creí. Pensaba que querías que Nylora me enviara una explosión —Miró hacia adelante como si estuviera viendo la escena repetirse otra vez y una ola de felicidad le sobrepasó la cara—. Hemos pasado de ti queriendo matarme, a ti no dejándome morir. Suena a progreso para mí.

—Mmm —Vera intentó formar palabras, pero sus labios no reaccionaban. Necesitaba hablar de los ciudadanos y de los ladrones que todavía estaban luchando en las mazmorras. Necesitaba un plan nuevo pero los pensamientos fragmentados no encajaban y eventualmente se le cayeron de la mente. Cada célula de su cuerpo pesaba como mil soles y no le quedaba fuerza para luchar. Se le cerraron los ojos otra vez y se deslizó para adelante, no importándole cómo la cabeza le caía sobre el hombro de Jasper.

Todo estaba confuso a su alrededor. El traqueteo amortiguado de la litera, sus vibraciones tipo Zefir viajando por ella mientras se deslizaba por la línea. Su respiración lánguida, irregular. Incluso la voz de Jasper se estaba deshilachando por los bordes, convirtiéndose en un eco etéreo.

—Tú siempre has sido la única que podía salvarme.

Por la primera vez en años, ella no quería discutir con él. Quería oír el alivio de su voz mientras la litera los llevaba a la seguridad. La sien le hacía cosquillas al sentir el roce de las puntas de sus dedos cepillando el pelo lejos de los ojos.

Vera vagamente se aferró a los trocitos desvanecientes de su consciencia. No quería dormir. O morir. Quería quedarse en este momento, donde podía casi sentir paz otra vez después de tanto tiempo.

Pero no podía luchar contra la oscuridad que la acunaba.

38
CORAZÓN QUE SANGRA

Cuando el General Ashton entró andando dificultosamente a la Antesala, cansado de la batalla en las mazmorras en las que había participado a duras penas, encontró a la reina acomodada sobre la chaise longue. Ella se reclinaba con un aura de realeza intocable, con el pelo recogido en un moño apretado. Una crema verde peculiar le cubría la cara, aburriéndole las facciones e inconscientemente haciendo que Ashton se echara para atrás. Él se reposicionó de pie, peguntándose si podía simplemente irse y correr lejos, muy lejos. Pero no eran más que castillos en el aire.

—Su Majestad —dijo a regañadientes—. Discúlpeme, pero…

La reina gruñó, no molestándose en abrir los ojos. —¿Qué pasa ahora, Ashton? ¿No ves que estoy ocupada?

—Perdóneme, pensaba que le gustaría saber que los ladrones han sido atrapados.

—Ya lo sé. Tengo gente que no es tan inútil como tú —Echó la mano a la flauta de sapherly en la mesa baja y tomó un sorbito profundo—. ¿Los has interrogado ya?

Él suspiró internamente. —A eso iba. Si tengo noticias, haré que la duquesa se las haga llegar.

—Creo que está muerta en este momento —añadió Nylora, tomando otro sorbo.

—¿Disculpe?

Se encogió. —Mi hija tozuda hasta el borde del suicidio y su zafio novio ladrón se han largado en el vagón-cremallera. Amelia intentó darles caza y creo que la empujaron a una altitud significante. No he oído nada de ella aún.

Ashton titubeó. —¿Se escaparon?

—Sí, y sería una desgracia excepto que se escaparon juntos —La sonrisa de la reina le dio escalofríos a Ashton. Ella le puso mala cara por su expresión.

—Tú no entiendes nada, ¿verdad? —dijo ella desagradablemente.

Ashton mostró las palmas de las manos en señal de rendimiento y la reina gruñó otra vez.

—Ella lo ha perdonado, Ashton. Estaba dispuesta a morir para protegerlo —Ella se apoyó hacia adelante en la chaise longue—. La tengo justo donde la quiero y está a punto de recibir mi mensaje en cualquier momento ahora.

Ashton todavía no entendía, pero no tenía ningún deseo de saber nada más. —¿De verdad cree que funcionará?

Apuró la copa y la dejó en la mesa con un golpe. —Es demasiado como su padre. Excepto Cerasos llevaba su corazón en la manga y Vera trata de esconderlo —Echándose para atrás en la chaise, estiró la mano y atrapó el aire como si fuera un premio—. Antes de la madrugada será mío.

◆◆◆

Cuando los ojos de Vera se abrieron finalmente, la oscuridad envuelta a su alrededor se convirtió en sábanas blancas nucleares. Las esencias que se peleaban entre sí de desinfectante y de cobre desgastado identificó a la tecno-enfermería de los gemelos antes de que la visión se le aclarara. Vera parpadeó, exhalando despacio mientras hacía esfuerzo a través del abotargamiento de despertar.

Jasper estaba estirado perezosamente en la otra cama, vestido con unos pantalones sueltos y aquella bata verde de seda con los motivos de lunas crecientes. Tenía un parche limpio puesto y su mirada estaba capturada por el libro que tenía en las manos. Apoyándose en la cabecera, pasó unas cuantas páginas antes de que Vera se diera cuenta de que ella lo estaba mirando fijamente. Él se dio cuenta también, cerrando el libro y deslizándose fuera de la cama en un sólo movimiento suave.

Vera empujó en el colchón, sentándose mientras él se acercaba. El brazo le respondía perfectamente, la herida del desintegrador ahora curada sin rastro de la carnicería chamuscada. Una sonrisa ligera le parpadeó a través de la cara, para hacerle ver a Jasper que estaba bien, pero se desvaneció rápidamente cuando su mirada aterrizó en el pecho de él.

Cicatrices, ambas atenuadas y nuevas, le estropeaban la piel desde la clavícula hasta la cintura, interrumpido sólo por pizcas aleatorias de morados en varios estados de curación. La respiración de Vera se le atascó en la garganta. Qué fácilmente olvidaba ella las heridas y cómo otros la sufrían. Se había explosionado el desintegrador a sí misma, pero ¿lo habría hecho igualmente si hubiera significado perder el brazo?

Era fácil arriesgar cuando no era un riesgo de verdad.

Apartó la mirada. Jasper puso una cara confundida y se miró abajo al torso. En el rabillo del ojo, él se cerraba la bata y sus mejillas estaban ligeramente coloreadas cuando ella se giró otra vez hacia él.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó él.

—Bien —dijo ella, tocándose las uñas—. ¿Yo …?

—No, sólo te desmayaste —Una sonrisa de alivio—. Los gemelos te han curado como han podido y tú has hecho el resto.

Ella asintió, entonces añadió rápido: —¿Y tú?

—Viviendo un sueño, como siempre —dijo como si una venda no le estuviera saliendo de debajo del parche.

Él tiró los brazos hacia afuera en un gesto desenfadado y Vera se burló suavemente cuando él intentó demostrar lo bien que estaba con un giro grácil y una amplia sonrisa. Oh, estaba definitivamente mintiendo sobre el ojo, pero ella no se lo iba a sacar. A pesar de todas sus sonrisas fáciles, Jasper era igual de tozudo que ella. Así y todo, tenía mejor aspecto que en la Antesala Escarlata. La piel le había recuperado el brillo y las cejas estaban cómodamente en su sitio más que apretadas juntas en un sufrimiento doloroso.

Y él estaba mintiendo por ella, probablemente intentando ahuyentar la culpa que le estaba destrozando el estómago. Ella sacudió la cabeza, medio a él y medio a sí misma. Las sonrisas fáciles de Jasper no iban a hacer mucho contra su culpa. Lo había juzgado mal demasiado tiempo, siempre esperando una sombra oscura detrás de cada una de sus palabras cuando él estaba intentando corregir lo que estaba mal a su propia manera.

La vergüenza se le extendió por el pecho a Vera. Tenía que disculparse, con él y con…

Los ladrones.

Ella inhaló profundamente y se le pusieron de punta los pelos de los brazos. Jasper se dio cuenta, parando una giga animada para escuchar.

—¿Los otros? —preguntó ella.

Su cara se puso sobria. —Los pillaron.

El corazón de Vera se hundió como un lingote de acero, pero se disparó de vuelta a su garganta. Entonces, tiró de las sábanas y se salió de la cama. Superó la ligereza de la cabeza y estaba a medio camino a través de la tecno-enfermería cuando Jasper le cortó el camino.

—Ey, espera —le dijo, con las manos hacia afuera para pararla.

Vera hizo un gesto de dolor al ver los cortes y los arañazos de sus palmas. —Es culpa mía que estén allí. Necesito sacarlos.

—Y lo haremos. Tengo un plan.

—¿Cuál es?

Él se rastrilló el pelo hacia atrás, con un movimiento brusco nervioso en los dedos. —Se supone que los van a ejecutar en unas horas, con los ciudadanos. Pero vamos a taponar las bocas de fuego del Pabellón Elemental con alquitrán antes.

Ella sacudió la cabeza. —Los técnicos lo arreglarán.

—Nix, sólo tenemos que entretenerlos lo suficiente. Mañana es el cumpleaños de tu madre y ella ya no será más un problema.

Vera pausó. Según el espejo, Madre cumplía los 45 poco después del alba y, según el registra-tiempo montado encima de la estación de trabajo de Shadow, sólo quedaban siete horas para el alba. Jasper tenía razón. Podían entretenerlos el tiempo suficiente para salvar a los ciudadanos y a los ladrones.

—Buena idea, también puedo apelar a Quintillius para un requerimiento religioso. Igual nos compra algo de tiempo —La idea de pedirle nada al Arzobispo le daba a Vera repelús y él no lo haría por los ladrones, pero incluso Quintillius no estaría contento con el asesinato de ciudadanos inocentes.

Jasper sonrió astutamente.

—¿Qué? —le preguntó ella.

—Nada —Su sonrisa se amplió, el ojo entrecerrado apartándose rápido—. Es sólo que es fascinante observarte cuando estás vivita y coleando.

Vera soltó algo entre una risa y una burla. Quería contestarle con algo inteligente o autocrítico pero la realidad de la situación le pesaba en el pecho.

—Sólo estoy intentando enmendar mis errores —dijo ella finalmente.

El asintió ligeramente, pero había una inclinación rara en sus cejas. Vera no tuvo bastante tiempo para descifrarla antes de que Shadow y Shade aparecieran en la puerta.

Los gemelos sonrieron educadamente como saludo, pero tenían los hombros tiesos y Vera sólo podía suponer que estaban preocupados. A pesar de ser criminales técnicamente, los otros habían sido una familia adoptiva para Shadow y a Shade por Ventus sabe cuánto tiempo. Cogerlos de la mano o darles palmadas en la espalda era quizás demasiado invasivo. En lugar de eso, se guardó las manos para sí misma e intentó sonreír de vuelta.

—Gracias por vuestra ayuda —dijo ella—. Y prometo que los salvaremos. Vosotros dos manteneos a salvo.

Ellos respondieron asintiendo, aparentemente no necesitando nada más. Jasper se acercó con un paseo tranquilo y les alborotó el pelo.

—Sed buenos, chicos. No hagáis nada que no haría yo —dijo él y lo volvió a pensar antes de añadir: —De hecho, no hagáis lo que yo haría tampoco.

Los dos pusieron la misma cara escéptica.

Jasper se rió. —Sólo me estoy asegurando.

—Vámonos —ella le dijo a Jasper.

Él le echó una mirada malvada de pies a cabeza. —¿Estás segura de que quieres salir así?

Vera estaba a punto de discutir cuando miró abajo al vestido en jirones que había llevado para impresionar a Madre. Óxido, sangre, marcas de quemaduras y otras porquerías cubrían el tul rojo. Los cosméticos que había llevado estarían probablemente corridos más allá de lo que podría reconocer para este momento. No le importaba verse un desastre, pero esto se distanciaba mucho de la manera ideal de pasar desapercibida en las calles de Caddelinn esta noche.

Jasper necesitaba cambiarse, también. Su bata se le estaba abriendo otra vez, revelando un conjunto de morados poniéndose amarillos en el pecho. Vera tragó fuerte, apartando la mirada otra vez. Él no debería estar yendo a ningún sitio en ese estado.

Igual ella podía salir sin él si ella se cambiaba rápido. Abandonó la idea casi instantáneamente. El requisito religioso, estaba segura de poder conseguirlo ella sólo pero no sabía por dónde empezar con lo de taponar las bocas de fuego en el pabellón.

Si él quería ir, ella no se escaparía a escondidas sin él. Cuando eran jóvenes, Vera y Jasper habían trabajado de lo mejor juntos. Si lo hacían ahora, quizá podrían salvar a Caddelinn.

39
EL ORO DEL LOCO

Jasper ya la estaba esperando en el pasillo. Se había puesto un jubón con mangas verdes de piel que ahora estaban arremangadas hasta los codos. El parche limpio aún le cubría el ojo, pero había escondido la venda un poco más estratégicamente. Al entrar ella en el pasillo, él se empujó de la pared en la que se estaba apoyando. Supervisó la camisa blanca suelta y los pantalones burdeos apretados que le había prestado y le dio una mirada de aprobación.

—¿Más cómoda? —le pregunto él.

Vera no podía negarlo. No tenía ni idea de quien era la ropa, pero le quedaba perfectamente y le permitía un amplio margen de movimiento. Con una capa y una máscara, se mezclaría fácilmente en el festival Elemental. También había encontrado el Espejo compacto en su corsé, por suerte. Ahora lo tenía guardado seguro en un bolsillo de los pantalones.

—¿Preparado para irnos?

—Sí —dijo él dubitativamente—. Pero te tengo que enseñar algo antes.

Ella puso mala cara. —¿No puede esperar?

Él se mordió el labio y sacudió la cabeza un poco. —Sólo será un segundo, pero es importante.

Ella suspiró, pero siguió mientras él la llevaba por el pasillo y por unas cuantas esquinas. Vera aún no podía entender el laberinto enrevesado de búnker de Quintillius, pero podría haber jurado que no había estado en esta sección antes. Jasper paró delante de unas puertas desconocidas y le dio a un interruptor, que hizo que las puertas hicieran eco con el sonido de un candado que se abría. Él entonces asió el pomo con las puntas de los dedos que le temblaban. Vera arqueó una ceja y él frunció los labios a un lado de manera torpe.

—Pero no te asustes demasiado, ¿vale? —dijo él.

—Vale…

Él consideró la respuesta ladeando la cabeza antes de finalmente girar el pomo. Vera aguantó la respiración mientras las puertas se abrían con un siseo, pero le salió todo corriendo de los pulmones, todo a la vez.

Oro. Tanto de él. Montones desiguales de monedas yacían en las esquinas de la habitación y desbordaban de cofres hasta cubrir el suelo. Entre los típicos cobres y coronas de los Reinos Unificados, destellos de lo que se veía plata revelaban un botín de las divisas acuñadas nativas del Imperio del Este.

Desparramadas en el mar de monedas, arco-iris de gemas brillaban bajo las lámparas de aplique. Las estanterías empotradas que formaban las paredes estaban repletas de candelabros, cubertería de plata ornada, y cofres llenos de anillos, broches y pequeñas diademas, todas tintineando entre más monedas. Rollos de telas de colores brillantes y libros estaban apilados uno encima del otro, amenazando con venirse abajo en cualquier momento.

Cuando la mente de Vera había procesado la exagerada cantidad de tesoros, se volvió a Jasper. Él había dado un paso atrás y un brillo leve de orgullo todavía se manifestaba a través de su máscara de culpa.

—Ha, ehh… ha progresado mucho desde el escondite en el tronco del árbol, ¿ey? —dijo él,

rascándose detrás de la oreja.

Ella entrecerró los ojos como aviso. —¿Me has traído aquí para fardar?

Él sacudió la cabeza frenéticamente. —¡No, no para nada! Nix, te lo estoy dando —Gesticuló desanimado a su botín como si no estuviese seguro de estarse explicando—. Los chicos tienen su parte y yo no lo quiero. Te lo puedes llevar al repositorio real y hacer lo que creas con ello.

Vera parpadeó dos veces antes de entender. Echó una mirada a toda la fortuna, viéndola con nuevos ojos. Su plan tenía sentido, supuso ella. Él había robado a Caddelinn y devolverlo parecía la solución natural. Además, Jasper no había sido nunca un ladrón porque quisiera dinero, lo hacía por la emoción de robar. Esa era la razón por la cual era tan difícil romper el hábito.

Él jugó con el pelo de la nuca, esperando su respuesta.

Ella soltó un respiro largo. —Tendrías que devolver cada cosa a su dueño legítimo.

—Bien, ¿qué tal si…? —Juntó las yemas de los dedos delante de la boca—. ¿Los propietarios legítimos consiguieron estos objetos a través de métodos ilícitos? ¿No es mejor que lo utilices para el pueblo?

—No me vas a convencer de que a *todo el mundo* a quién le robaste es corrupto —dijo ella sin más—. Sin embargo, ¿quizá podemos discutir esto cuando tus amigos y mis ciudadanos no vayan a convertirse en barbacoa?

—Sí, tienes razón. Pero el tesoro no es la razón por la que te he traído aquí —Pasó por su lado y cruzó hacia una de las estanterías, sin hacerle caso a los tesoros sobre los que estaba andando.

La impaciencia se estaba comiendo a Vera y se quedó en la puerta mirando otra vez al pasillo. Pero Jasper estaba ocupado rebuscando entre una pila de libros y no iba a salir en ningún momento pronto. Lo siguió, apartando las monedas con cuidado con el pie para abrirse camino. Un collar brillante con una esmeralda profunda en el centro le llamó la atención. Lo había visto alrededor del cuello de la Condesa Marie hacía unos años. Vera se agachó para examinar unas otras cuantas piezas; un par viejo de gemelos del General Ashton, un par de gafas finas con lentes rojos que pertenecían a Lady Gemma, y unos cuantos bastantes registra-tiempos de bolsillo con la cimera Faulkner.

Los objetos que reconoció pertenecían a los nuevos nobles, así que quizá era verdad que Jasper robaba mayoritariamente a los oficiales del Castillo. Estas cosas no necesitaban ser devueltas. Podían ir a ayudar a restaurar Caddelinn. Así y todo, todos los destellos brillantes del oro sofocaban a Vera.

Jasper había bromeado sobre el tesoro del tronco del árbol, pero ella lo había recordado enseguida que se abrieron las puertas. Le había chocado más la primera vez, pero tenía todavía una decepción inquietante en la boca del estómago. Jasper tenía tanto potencial. Con su determinación, genio y don de gentes, podía hacer tanto más. En vez de eso, había escogido llenar una habitación con chucherías birladas. ¿Podría parar de robar alguna vez? Ella había pensado que sí una vez, pero aquí estaba otra vez, presumiendo de una colección que pondría celoso a cualquier monarca. Ella sacudió la cabeza tristemente, sintiendo duelo por el destino de su amigo.

Se estremeció con la idea. Seguro que eso era un fantasma de un sentimiento, un vestigio de la infancia. Pensar en Jasper como amigo ya no era relevante, no después de todo lo que había pasado. Y, sin embargo…

Jasper musitó para sí mismo mientras que hurgaba por detrás de la estantería y sacó un cofrecito. Lo abrió y miró a las piezas de ajedrez talladas dentro, con una sonrisa tonta

iluminándole la cara. Él cuidadosamente las colocó en una estantería diferente y siguió hurgando, pero Vera de repente lo vio más pequeño, más joven.

Dentro del ladrón, detrás del Matarreyes, estaba el chico que ella había conocido. El que le metía caña a pelar patatas en las cocinas del Castillo para poder escaquearse y convencerla a jugar a una partida de cartas. El que se había sentido honrado de ser su amigo, el que había querido cambiar, incluso si fracasaba. El que había perdido su infancia para mantener la promesa que le había hecho a su padre. Y él era aún esa persona. Ahora, era el que le había hecho creer a ella que él era un monstruo. El que se escondió bajo tierra durante cinco años y había reunido fuerzas para ayudarla. El que probablemente había perdido un ojo para protegerla.

Vera no sabía dónde empezar a salvar la distancia que los separaba pero sabía que, a pesar de todo, ella lo protegería también.

—¿Nix?

Vera parpadeó y él estaba de repente arrodillado al lado de ella, ya no un chico joven pero aún no un hombre hecho y derecho. Ya no un enemigo, pero no completamente un amigo. Tenía una caja negra grande contra su pecho y le dio una sonrisa curiosa.

—¿Es esto lo que querías enseñarme? —preguntó ella, reservándose todo lo demás que quería decir. —¿Qué es?

—No lo sé.

Ella se frotó la frente con un gemido. —Jasper, si esto es algún tipo de broma…

—Es de tu padre.

Esas cuatro palabras la desarmaron inmediatamente. Se quedó traspuesta como una tonta viendo a Jasper sostener la caja de ébano, urgiéndola a cogerla. Era más pesada de lo que ella había pensado, muy parecido al silencio causado por la bola que tenía en la garganta. El león de Caddelinn grabado en la tapa le guiñaba un ojo como un secreto compartido mientras ella seguía con el dedo el contorno de la melena.

—Él me pidió que te lo guardara —dijo Jasper en casi un susurro—. Les dije a los gemelos que te la dieran si me pasaba algo, pero he pensado que tú deberías saber dónde está. Es tuya, después de todo.

A Vera se le aceleró el corazón y sus dedos se acercaban despacio al candado, una imagen reversa del sello de Padre. Exhaló cuando la decepción se adueñó de ella.

—No puedo abrirlo sin su anillo de sello —musitó ella.

Jasper asintió con convicción. —Lo vamos a recuperar.

Vera se mordió el labio de miedo de que le temblase. La caja se parecía a otras que ella había visto en el Castillo y era probablemente para la corona de Padre, pero podría haber cualquier cosa dentro. Quizá con una carta, sus últimas palabras para ella. Saber que había una parte de él en esa caja y no poder acceder a ello le bloqueaba la mente con frustración. Si había alguna vez un momento en el que ella necesitaba el consejo de Padre, era ahora.

Pero la necesidad de saberlo la ayudaría a conseguirlo.

Depositó la caja cuidadosamente y tragó para aliviar el dolor de garganta que tenía. —Gracias.

—Ha sido fácil de guardar —dijo él, encogiéndose. Su ojo se quedó fijo en los suyos y ella sintió que él podía ver todo la que sentía, pero sus palabras decían otra cosa.

—No sólo por eso —dijo ella, odiando el temblor que amenazaba a su voz. Pero tenía que decir algo—. Jasper, yo…

—Perdóname —la onda rasposa de la voz del Espejo cortó a través de su mente empantanada—. Odio interrumpir, pero tengo noticias.

Vera soltó un resoplido corto y miró a Jasper. Su mirada voló a su bolsillo, queriendo decir que él había oído al Espejo también. Sacó el compacto de los pantalones y abrió el Espejo de un clic.

—Ah, sienta bien estar fuera de ese bolsillo —dijo dramáticamente—. Demasiado oscuro ahí.

—¿Qué pasa?

El Espejo parecía darle vueltas a su cuello sombrío. —Tengo que darte un mensaje muy a mi pesar. Pero está pre-grabado, o sea que ella no te puede ver.

—¿Verme? —La ceja de Vera se tensó al ver a la forma inmaterial del Espejo desvanecerse en un borrón rojo que pronto se materializó como Madre.

Entrando en pánico, Vera casi cerró el Espejo de golpe. Pero se forzó a guardar la compostura al ver a Madre reorganizarse el pelo y aclararse la garganta.

—Hola, querida —dijo ella, distorsionando la voz de Vera con un tono empalagoso enfermizo—. Tus ladronzuelos han sido apresados ahora. Si no me crees, pregúntale al Espejo que robaste.

Había un filo venenoso en su sonrisa. —Este juego se ha terminado. Tienes cinco horas para entregarte. Piensa en tus amigos y en los ciudadanos que haces ver que tanto te importan y estoy segura de que encontrarás en tu *corazón* el hacer este pequeño sacrificio.

Jasper se movió, cogiendo la caja y devolviéndola a la estantería para guardarla mientras Vera terminaba de escuchar el mensaje. Bien. Él se estaba preparando para irse.

—Contáctame por el Espejo cuando estés lista —dijo Madre, los ojos llenos de convicción —. Tic-tac, querida.

Vera se ajustó la mandíbula al ver la imagen de Madre desaparecer y el Espejo entró en escena.

—No voy a dignificar eso con una respuesta —dijo ella—. Si piensa que puede ganar con amenazas y chantaje, le viene otra cosa que…

Un siseo la interrumpió y Vera alzó la mirada a tiempo de ver el último resquicio de Jasper antes de que las puertas se cerraran completamente. Las monedas se deslizaban y giraban sobre sí mismas al caer de los montones cuando ella se levantó de golpe y corrió hacia las puertas. Asió el pomo justo a tiempo para sentir el clic del cierre.

—Jasper, ¡déjame salir!

Su voz amortiguada se oyó después de una pausa. —Lo siento, Nix, El tiempo se está acabando y Nylora utilizará lo que sea contra ti. No me puedo arriesgar a que muerdas el anzuelo.

—¡El cerebro se te ha vuelto papilla! —Vera golpeó las puertas con el puño, pero no se movieron ni un ápice—. ¡Nunca me entregaría, mucho menos por vosotros, bola de corruptos!

Él soltó una sola risa, sin vida. —Ahora, soy yo el que no te cree.

El pulso de Vera le martilleaba los oídos. Él iba a hacerlo, dejarla aquí hasta después del alba e intentar atacar el Castillo él sólo para salvar a los otros, que podía terminar con todos ellos muertos. Vera no lo podía permitir. No lo haría.

—Si no abres estas puertas, nunca te perdonaré.

El silencio denso que siguió hizo que su respiración irregular sonara demasiado fuerte. Vera aguantó la respiración, presionando el oído contra la madera buscando el más mínimo ruido. Un suspiro casi imperceptible al otro lado le hizo saber que Jasper todavía estaba allí.

—No esperaba que lo hicieras —dijo él y ella podía imaginarse sus cejas apretándose en una inclinación de conflicto—. Los gemelos te dejarán salir cuando se haya terminado todo.

—¡No te atrevas! —Les dio una buena patada a las puertas, pero aguantaron.

—¡Jasper!

—Te veo luego, te lo prometo.

—¡No te lo crees ni tú, malévolo barato!

Igual él dijo algo más, pero ella no lo oyó por encima de los puñetazos que le estaba dando a las puertas. Los paneles le cortaban las manos con cada golpe.

—¡Jasper!

Un hilo de sudor le cayó de la sien.

—¡Shadow! ¡Shade!

Insistió hasta que no sintió más las manos y hasta que su respiración se volvió irregular, pero era inútil. Las puertas no se movían para nada. Los gemelos no la escuchaban.

Y Jasper se había ido.

40
A LAS DURAS Y A LAS MADURAS

El Espejo compacto yacía en un montón de monedas, donde Vera Valenledge lo había dejado caer abruptamente en su carrera hacia las puertas. No le serviría de mucho ahora, no hasta que se hubiera repuesto después de este último revés. Así que el Espejo exploró. No había mucho de interés en la Antesala Escarlata desierta pero un bramido gutural llamaba a las mazmorras.

—¿Dónde está mi espada? —Basileus Bixby sacudió las barras en un ataque de rabia abrasadora.

Sentado en el catre de su celda compartida, Archer musitó: —Blade, ¿por qué no te calmas un poquito?

—¡Sol sediento de sangre! ¡Una espada de ese calibre no debería estar en las manos de esos burros necios! Pertenecía a mi tatara-tatara-tatara…

—…tatara abuelo, ya lo sabemos.

—¡*Abuela*, pedazo de babosa ignorante! —Se enfadó Basil—. Hilda Bixby no liberó a su tribu de los opresores Reinantes para que le faltara al respecto gentuza como tú.

Archer bufó. —A mí también me han quitado mi arco y mi carcaj, pero tú a mí no me oyes quejarme.

Basil dio vueltas, los ojos entrecerrándosele. —Déjame aclararte esto sin lugar a duda; esa espada es más importante de lo que tú lo serás jamás —Enseñando los dientes, se giró hacia los guardias—. ¿Dónde está?

Un automaguarda chirrió: —Altos niveles de disturbio detectados. Basileus Bixby, abandone o nos veremos forzados a administrarle ondas sonoras para contenerlo.

—A ver si tienes narices, juguete de cuerda glorificado. Te abriré, te despedazaré y te tiraré a la pila de reciclaje.

—Alto —Alina paró al auto antes de que pudiera atacar, frotándose la frente exasperada—. Basil, para de provocar a los automaguardas.

—¿Tú no tenías órdenes de no hablar con nosotros? —escupió Basil.

—¿A ti qué te ha pasado, Basil? —pregunto Greyson asqueado—. Tú eras el guarda personal de la heredera. ¿Cómo pudiste apoyar al Matarreyes?

Basil se soltó de las barras y tiró las manos al aire desdeñosamente.

—Tres segundos de hablar y ya me habéis dado dolor de cabeza. Lo único para lo que servís es para diseminar la propaganda de Nylora.

—Nylora Valenledge fue asesinada por la gente que tú apoyas. La impostora es…

—Yo conozco a la Vera Valenledge de verdad y ella tiene mil veces más narices que la bola de descerebrados de vosotros! —gritó él—. Ahora ¿dónde está mi espada?

—Blade, ¿podrías usar tonos amables, por favor? —dijo Hunter con una sonrisa llena de esperanza desde la celda de en frente.

Hood estaba acurrucado en una bola tiesa en la esquina con la cara enterrada en las rodillas. La cabeza escondida bajo la chaqueta de Hunter, su respiración aún entraba rápida e irregular mientras que Hunter le frotaba la espalda y le susurraba apaciguadoramente.

Basil soltó un suspiro profundo y recurrió a dar pasos lentos arriba y abajo. —Lo siento,

Hood.

—Venga primo, te necesitamos —dijo Archer—. Tú podrías doblar estos barrotes.

—No cuentes con eso. Son una mezcla de tungsteno reforzado y de acero —La voz del general cortó al entrar él en el bloque de celdas, la cara endurecida.

—¡Ashton! —Basil zarandeó su nombre como un insulto—. Me he controlado demasiado tiempo contigo. ¿Dónde está Blair?

—Hola, Basileus —respondió él cansado.

—¿Qué le hiciste?

Ashton puso la espalda tensa. —Como ya te he dicho antes, tu hermana se escapó. Yo no sé dónde está.

—¡Blair no se hubiera ido sin decírmelo! —Empujó el puño a través de las barras, pero Ashton estaba fuera de su alcance. Con los dientes apretados, lo señaló acusándolo—. Tú eres la última persona con la que se le vio.

—Por la Misericordia de Luna —dijo Archer entre dientes, mirándose a los mocasines—. Esto es tan incómodo.

Ashton soltó un gruñido irritado. —No estoy aquí para hablar de Blair. Chicos, os lo voy a explicar de manera simple, vuestra ejecución se está planeando mientras hablamos. Sin embargo, yo sé que esto no es culpa vuestra. El Matarreyes y la impostora os han engañado y os han llevado por el mal camino, así que me gustaría haceros una oferta —Abrió los brazos en señal de paz—. Decidnos dónde están y recibiréis un perdón completo por vuestros crímenes. ¿Qué decís?

Basil se rió por la nariz, provocando una mala cara inmediata por parte del general.

—¿Algo que te gustaría compartir?

Basil abrió la boca, pero se lo pensó mejor y sacudió la cabeza. Forzando una sonrisa tensa, dijo: —Me temo que no te puedo dar su posición, Ashton. Lo que te puedo dar es una explicación detallada, paso a paso, de donde te puedes inserir esa oferta.

—Qué bonito, Basileus. Muy diplomático —Se giró a Archer—. ¿Y tú, chico?

—¿Chico? —Archer se incorporó, sentándose en el catre con los hombros levantados—. ¡Tengo dieciocho años y nueve meses, gracias!

La cara de Ashton se suavizó. —Tienes toda la vida por delante. No la tires por la borda por ellos.

—¡Robin Hood nunca abandonaría a sus Merry Men o a su Lady Marian, ni siquiera con las amenazas más viles del Sheriff de Nottingham! —Se cruzó de brazos, decidido—. Y yo tampoco lo haré.

Ashton parpadeó, las cejas enfurruñadas. —¿Eso es un ‘no’?

—¡Eso es todo lo que vas a sacar, explotador patético! —añadió Basil.

—Tengo la responsabilidad de preguntárselo a todo el mundo —dijo tenso y se giró a la otra celda—. ¿Y el gigante?

A Hood se le cortó la respiración y lo único que le salió de la garganta fue una tos estrangulada. Hunter le dio unas palmadas más fuertes en la espalda, repitiendo un mantra tranquilizante.

—¡Ey, déjalo en paz! —Archer saltó del catre y cogió los barrotes—. ¿Que no ves que tiene un ataque de pánico? ¿Cómo habéis podido quitarle la capucha, monstruos?

—No podíamos permitir armas escondidas —defendió Ashton.

—Bueno, ¡podríais devolvérsela ahora! —insistió Archer.

Aún agachado al lado de Hood, Hunter alzó la mirada con una sonrisa nerviosa. —Lo pasa

muy mal sin ella, general. No podrá hablar hasta que se haya calmado.

—¿Y tú?

Hunter se encogió. —Oy, yo tengo la gran suerte de no sufrir de ansiedad. Soy más del tipo micro-mánager, desafortunadamente. ¡Y un don angustias! Vaya, si me preocupo al menos doce veces al día y…

—Debes estar preocupado por tus amigos, entonces —interrumpió Ashton.

—¡Claro que lo estoy! —Se puso la mano en la mejilla—. Dan guerra, pero me imagino que están muy asustados.

Ashton se entrelazó los brazos en la espalda, la impaciencia asentándose en sus hombros. —Si quieres salvarlos, dime dónde están el Matarreyes y la impostora.

Hunter ladeó la cabeza. —Eso suena como un trato justo.

—¡Hunter, no! —Basil lo avisó.

—¡Pero lo ha pedido tan bien! —Hunter cruzó hasta los barrotes en un único salto. Se frotó la barbilla—. Veamos, no puedo decirlo seguro, pero Nox está probablemente en su escondite. Pasa un montonazo de tiempo allí. Si no, podría estar en la cocina o en la biblioteca, leyendo cuentos clásicos Cesami. Su Alteza esta probablemente con él, asumiendo que ella no lo haya matado. ¿Sabe? No siempre se llevan bien.

—¿Y dónde están estas habitaciones? —exigió Ashton.

—En nuestro escondrijo.

Él puso mala cara. —¿Y dónde está vuestro escondrijo?

—En Caddelinn.

Con la mandíbula apretada, Ashton habló despacio. —Necesito detalles. Dame la posición exacta. Te puedo proporcionar un mapa si lo necesitas.

—Oy, ojalá pudiera, General —Hunter se rascó la nuca—. Se me dan fatal las indicaciones y no puedo leer mapas ni para salvar la vida. ¡Blade le dirá lo mismo! Blade, dile lo de aquella vez que nosotros…

—¿Quieres morir? —explotó Ashton—. ¿Es eso lo que quieres?

Hunter se quedó mirando fijamente, boquiabierto. —¡No! ¿Por qué habría de querer eso?

Basil casi no pudo contenerse la risa. El general se giró para echarle el ojo, furioso.

—Mejor que empieces a hacer las maletas, Ashton —dijo Basil—. Porque cuando vuelva la Vera Valenledge de verdad, te va a enviar a los tres infiernos todos de golpe.

◆◆◆

Vera rechinó los dientes al destornillar despacio el último tornillo del panel de la puerta con un abrecartas de plata que había encontrado en un cofre. El abridor seguía perdiéndose los bordes cuando lo forzaba y el tornillo estaba completamente raspado de pintura para ahora. La tapa del panel se deslizó de su revestimiento y ella lo giró manualmente, finalmente consiguiendo sacarlo a palanca.

Dejó el abrecartas y la tapa, sustituyéndolos con un par de tijeras de bordar monogramadas de un kit de costura vintage y el Espejo compacto. Metiéndose las tijeras en el bolsillo, puso el Espejo en un ángulo tal que reflejara la luz indirecta de un aplique de lámpara hacia dentro del panel de control de las puertas. La luz bañó un nido lleno de polvo de cables de cobre deshilachados. Vera los contó y siguió sus trayectorias con los ojos, intentando descifrar su

fuente. Sin embargo, la luz se desvaneció rápido al materializarse el Espejo.

—No me apuntes ahí —dijo—. ¡Es asqueroso!

Vera gruñó, apartando el compacto. —Sabía que tendría que haber usado un espejo normal.

Cogió el primer espejo de mano que pudo encontrar y siguió la búsqueda de los cables. Encontró uno conectado a la cerradura y sacó las tijeras de bordado.

El Espejo hizo un sonido de pensar. —No estoy seguro de que esa sea la mejor vía de acción.

Vera sacó y manoseó los cables corroídos, pellizcando uno y cortándolo con las tijeras. Soltó una chispa, pero las puertas se quedaron cerradas fijamente. Sacó un segundo cable y una descarga le dio en las puntas de los dedos, enviándole una onda de shock intensa a todo su través.

Saltó para atrás y se sacudió la descarga, apretando la mandíbula.

El Espejo soltó una risita. —Decididamente, no la mejor vía de acción.

Vera habló entre dientes. —Lo mejor sería que tú me dijeras dónde está la salida secreta. Pero como te niegas a hacerlo, esto es todo lo que tengo.

Ella había pensado en buscar un pasadizo escondido pero el número vertiginoso de estanterías la había disuadido. Necesitaba escapar lo antes posible y uno de estos cables tenía que abrir la cerradura. Cogiendo las tijeras otra vez, se puso a pescar otra vez en el remolino de cables.

—¿Qué te hace sentir tan segura de que hay una salida secreta? —preguntó el Espejo.

—Jasper no se dejaría a sí mismo sin una salida - o una entrada — dijo ella, cortando dos cables a la vez—. No con todos estos tesoros mal habidos aquí.

Un zumbido ominoso hizo eco dentro del compartimento y Vera cuidadosamente desenredó los dedos de los cables. No podía permitirse que otro cable desnudo le diera otra descarga. Se limpió las manos en la camisa, dejando atrás manchas gruesas de años de óxido y polvo.

—Escapar no te va a servir de mucho si te electrocutas —tintineó el Espejo.

—Entonces dime cómo irme.

Ella intimidó al compacto que estaba en una mesa auxiliar tallada, pero se quedó callado.

—Tendrías que haberme avisado, al menos —dijo ella, volviendo a los cables.

—Estuve de acuerdo con Jasper Haddin.

—Soy perfectamente consciente de ello —dijo ella amargamente y cortó tres cables—. Sois todos una banda maligna de traidores.

—Tú simplemente no estás preparada —dijo éste sombríamente—. Si te vas así, tú serás probablemente la causa de tu propia muerte. O como Jasper Haddin lo dice tan bonito, *harás que te maten.*

—Tú también, no, Espejo —dejó las tijeras—. No me voy a entregar por los ladrones.

El Espejo soltó una risa corta y como cuchicheando. —No es a eso a lo que me refería, pero qué fascinante que tu mente decidiera al respecto de esa idea.

Vera le lanzó una mirada asesina. —Tendría que hacerte añicos.

Todo el mundo estaba obsesionado con ese punto. Padre murió por ella, así que ellos esperaban que Vera hiciese lo mismo, pero ella no permitiría que la historia se repitiera. Ella no dejaría que Madre ganara y así sentenciar a Caddelinn a una cadena perpetua de su gobierno. Ella nunca podría devolverle a Padre su sacrificio, incluso si ella nunca lo pidió o lo deseó. Incluso si lo resentía y sabía que debería estar agradecida. Pero no lo repetiría. Ella no era Padre.

Madre tenía razón en una cosa - Vera era demasiado egoísta para el sacrificio. Ella nunca había arriesgado su vida por otros y era improbable que empezara ahora con la banda de ladrones que había perseguido durante años.

—Ahí está la desalmada, mi querida cosa sin corazón —dijo el Espejo en un tono caluroso —. Sin embargo, aún tengo que oír cuál es tu plan.

Vera cogió las tijeras otra vez, prácticamente arando los cables. —Si sabes leer la mente.

El Espejo se rió por la nariz. —Y hay muy poco ahí sobre el tema. Vera se dio la vuelta para discutir, pero el Espejo siguió antes de que ella pudiera hacerlo—. Dime, ¿qué planeas hacer una vez te hayas ido?

—Voy a salvar a los ciudadanos y a los ladrones de que los ejecuten.

—¿Cómo?

Vera se quedó helada, las tijeras en el aire encima del enredo de cables. Ella no había pensado tan lejos pero no estaba dispuesta a admitírselo a este fastidioso trozo de cristal chapado de oro.

—Conseguiré un requisito religioso de Quintillius, aunque le tenga que suplicar —dijo ella.

El Espejo chasqueó la lengua. —Tú sabes que eso no va a salvar a los ladrones.

—Entonces pararé de esconderme —dijo ella cortantemente—. Hablaré. La gente escuchará.

El Espejo se calló un rato sospechosamente largo. Vera intentó enfocarse en el cobre raso delante suyo pero el silencio cargado le puso los dedos tiesos.

La voz del Espejo era gris y plana al mascullar: —Estás jugando con conocimiento, pero todavía te falta el corazón.

Vera rodó los ojos y sacó una masa de cables enredados de la parte trasera del compartimento. El Espejo estaba se estaba retirando a su programación de base otra vez y nada que dijera importaría a partir de ahora. Estaba sola otra vez y cómo eso la aguijoneaba la sorprendió.

Sólo habían sido tres días. Pero la soledad era un frío que se le metía en los huesos y que ya no se podía quitar de encima. Y no podía imaginarse que la dejaran sola cuando esto se terminara.

—Cuando llegue el momento, necesitas controlar las emociones. No las dejes controlarte —dijo el Espejo.

Vera asintió ladeando la cabeza y siguió cortando. Las citas inspiradoras no le servirían de nada ahora pero tampoco lloriquear por estar sola.

—Si al menos… No, no sirve de nada obsesionarse con eso —La voz del Espejo recobró un poco de vida otra vez—. Necesitas escoger una prioridad.

—Mi prioridad es salir de aquí.

—No, más allá de eso —La urgencia repentina de su tono le dio escalofríos a Vera.

Se agachó para coger el compacto y él dijo: —Si tuvieras que escoger sólo un objetivo: salvar a los ciudadanos y a los ladrones o vivir y convertirte en reina, ¿cuál escogerías?

Vera se encrespó al ver el rastro de su reflejo en el cristal estrellado y oscuro del Espejo. —Puedo hacer las dos cosas.

—Pero ¿si no pudieras? —insistió.

—Me niego a decidir entre dos males cuando no necesito hacerlo —dijo ella automáticamente. Pero era verdad. Ella no sacrificaría la vida de nadie para convertirse en reina, pero tampoco podía dejar ganar a Madre. Otra vida entera de su gobierno acabaría en muchas más tragedias.

La forma de tinta del Espejo ondulaba al procesar la respuesta. —Muy bien. Busca debajo de la alfombra de moras.

La cabeza de Vera se levantó de golpe, echando un vistazo a las alfombras del tesoro.

—En la esquina de la izquierda absoluta de la habitación —clarificó el Espejo—. Hay algunas tablas del suelo falsas y una trampilla debajo de ellas.

Sonrió a su pesar. —Gracias.

El Espejo inclinó la cabeza en una reverencia ladeada. —Cuídate. Y una última palabra de consejo. Concéntrate en un objetivo y lo puedes conseguir. Concéntrate en todo y te arriesgas a perderlo todo.

41
DE LA NADA

La escotilla encima se abrió con un chirrido de las bisagras, dejando entrar un respiro de aire cálido y de tierra al túnel gélido. El cielo estaba oscuro y lleno de estrellas, enmarcado por los pinos de Blackwood.

Vera soltó un suspiro tembloroso al empujarse hacia arriba y fuera del túnel. Había maldecido cuando el Espejo le dijo que iba a salir a la superficie aquí, en el territorio natal de Basil. Era la última parte de Caddelinn antes de que Eraywyn apareciera en el norte, separadas sólo por el denso bosque de pinos.

Después de la caminata de dos horas desde el escondite del tesoro de Jasper, ella había a medias esperado volver a la superficie al alba y encontrar nada más que muerte después. Pero el sol no se encontraba por ningún sitio. Tenía tiempo.

Se sentó en una alfombra de agujas de pino, recuperando la respiración al sacar el compacto del bolsillo. Éste zumbó con un pulso vibrante que irradiaba por toda la palma de Vera.

—¿Alguna novedad? —preguntó ella.

—No desde la última vez que preguntaste —Fingió aburrimiento, pero el filo de su voz le mandó una onda de malestar por todo el cuerpo—. Según la fecha límite de la reina te quedan tres horas para entregarte y cinco horas hasta el alba.

Las sienes de Vera le pulsaban. Gracias al búnker maliciosamente diseñado de Quintillius, ella ahora estaba más cerca de Eraywyn que de la Capital. Necesitaría al menos dos horas para volver andando. Eso sólo le dejaba una hora para parar la ejecución.

Ella encontraría una manera. Tenía que hacerlo.

—¿Por dónde se va a la ciudad?

—Esa es la menor de tus preocupaciones ahora.

Vera se quedó helada al ver algo moverse en la línea de árboles delante suyo. Sus ojos se centraron en los movimientos de dos sombras marchando por el bosque. Agachándose bajo, ella se arrastró a través de la maleza y alrededor del tronco más cercano. Agarrándose a la corteza con manos temblorosas, se atrevió a echar una miradita. Las figuras se acercaban, las voces cortando por los pinos silenciosos, pero ella no podía oír claramente lo que estaban diciendo. Cuando uno de ellos se movió a través de un rayo de luna, ella vislumbró un destello de su uniforme elegante azul metálico.

Soldados eraywynianos.

Vera se tragó otra maldición. Se había olvidado de que Alys y sus fuerzas estaban patrullando la frontera para asegurarse de que el Matarreyes y la impostora no escapasen.

—¿Quién va? —llamó una voz femenina.

Vera se escondió otra vez detrás del tronco y aguantó la respiración. Pero estaba convencida de que ellos podían oírle el corazón dar golpes y chirriar como una máquina que no funciona bien. Deseó que los latidos aminoraran y se deslizó despacio y silenciosamente debajo de la maleza.

Que la capturaran era lo peor que podía pasar.

—De hecho —La voz del Espejo en la cabeza le daba repelús a Vera— lo peor sería que tú

murieses. No hace falta decirlo, intenta evitar eso.

Vera le puso mala cara al compacto agarrado en la mano. Si los Elementos de verdad existían, la odiaban.

—¡Sabemos que estás ahí! —Una voz masculina estaba más cerca que nunca—. Sal con las manos en alto.

El crujido en todo su alrededor le taladró los oídos, entumeciendo sus sentidos. La escotilla estaba demasiado lejos para escabullirse por ella otra vez y, como las sombras se acercaban cada vez más, ella sabía que no podía echarse a correr. Los desintegradores de Eraywyn eran de primera y ella no podía ganarles a los soldados corriendo.

Pero tenía que haber algo que ella pudiera hacer. ¿Cómo se podía escapar?

—No puedes —dijo el Espejo—. No hay ningún resultado en el que no salgas capturada. Más te vale que empieces a pensar en cómo convencerlos de la verdad.

Vera inspiró a través de los dientes.

—¡Sal o nos veremos obligados a explosionar! —dijo la mujer.

Vera se levantó, con las rodillas bamboleando, y levantó los brazos. Dejando atrás la seguridad irrisoria del tronco del árbol, enfrentó a los soldados sólo a unos pasos de distancia.

Al apuntar sus desintegradores en su dirección, ella les escaneó las caras. No reconocía al hombre, pero las características oscuras de la mujer sólo podían pertenecerle a la Comandante Kagal, la oficial líder del regimiento de Alys.

—Por la Misericordia de Luna —El hombre se quedó mirando boquiabierto—. Es ella.

—Te lo he dicho —contestó Kagal. Su mirada se fue a la mano derecha de Vera y ella cogió el desintegrador más fuerte—. Baja el arma despacio.

—No es un arma —dijo Vera, con la voz inestable. Le entró calor en las mejillas—. Es un espejo compacto.

—Bájalo despacio.

Vera puso el Espejo en un montón de agujas de pino, sintiendo como que estaba entregando un brazo.

—No queremos que se derrame sangre —La voz de Kagal era apresurada pero estable—. Nuestras órdenes son de interrogarte. Entrégate pacíficamente o nos veremos obligados a tranquilizarte.

Los ojos de Vera se dispararon alrededor de los bosques. Las piernas le urgían a que corriera, a volver a la Capital, a salvar a los otros.

—No lo hagas —La voz del Espejo era un estruendo en su cráneo.

Ella suspiró. —No tengo nada que esconder.

◆◆◆

—No hay nada más que os pueda decir —dijo Vera al pelearse con las esposas pellizcándole las muñecas detrás de la espalda.

Kagal y su soldado, Jacot, estaban de pie a cada lado de la silla a la que estaba atada, pensando en la próxima pregunta. El aire en la tienda militar se volvía más espeso cuanto más la interrogaban. Ella esperaba que los rayos del sol perforaran la tela azul oscura sobre sus cabezas en cualquier minuto. Sin el Espejo o cualquier otro registra-tiempo, Vera no sabía cuánto tiempo

había pasado.

O cuánto le quedaba.

—No podemos perder más tiempo —les suplicó—. Hay vidas en riesgo.

De repente, ella estaba de vuelta en las mazmorras del Castillo, negociando con Alina y Greyson para ver a Jasper. Sólo que ahora ella estaba mucho más desesperada y sus probabilidades eran mucho peores.

Kagal arrugó los labios en señal de desaprobación. —Te has entregado voluntariamente pero todavía eres sospechosa de crímenes graves. Responderás a todas nuestras preguntas.

—Por ejemplo, ¿de qué va el espejo? —añadió Jacot.

Vera luchó con un sonrojo de vergüenza. —Os lo he dicho; tiene valor sentimental.

Él movió una ceja. —Tú no me pareces del tipo sentimental.

Vera suspiró por los dientes apretados. Les había dicho casi todo, retorciéndose al verse forzada a explicar el aspecto ridículo de ser una Bella Dama, pero no les iba a decir nada del Espejo. Si ellos tuvieran una idea de sus capacidades, no lo recuperaría. Así que, estaba condenada a parecer una impostora loca que corría por el bosque de la frontera desarmada y transportando un espejo compacto.

Debería haberse acostumbrado ya a la humillación.

—Dinos la verdad —dijo Kagal—. ¿Lo ibas a utilizar para hacer señales a alguien?

Vera casi se rió. Ojalá que tuviera a alguien a quien hacerle señales.

—Os estoy diciendo la verdad, pero no me estáis escuchando —dijo ella—. Si se permite esta ejecución, va a morir gente inocente. Interrogadme después. ¡Encerradme, si tenéis que hacerlo, pero dejadme pararla!

Kagal cruzó los brazos. —Quieres decir que tus aliados morirán.

—Se te olvidan los ciudadanos.

Por primera vez, Kagal evitó los ojos de Vera. Era una pequeña rendija en la dedicación inamovible de la comandante ante el deber, pero quizá sería suficiente.

—Esos ciudadanos han sido condenados por la Princesa Vera Cerasina Valenledge — Cuando sus ojos volvieron, había una chispa de curiosidad detrás de su entrecerrar de ojos estoico—. Incluso ni Eraywyn no tiene el poder de parar la ejecución legalmente. ¿Qué te hace pensar que tú puedes hacerlo?

—Fueron condenados por una usurpadora y tirana. No hay pruebas para incriminarlos. Ni el robo se castiga con la ejecución; eso está reservado para el más alto de los crímenes. Esto va contra toda la ley del Codex de Caddelinn.

Las duras líneas en la cara de Kagal cambiaron, aunque sus labios estaban todavía apretados en una mala cara tensa.

Jacot hizo un sonido de reflexión. —A mí me suena como una rebelde a la corona.

—¡No soy una rebelde! —explotó Vera—. ¡Yo soy la corona!

Kagal se enderezó. —No nos has dado ninguna razón para creer que eres la heredera de verdad y tu agitación no te da mucho crédito.

—¡Siempre he sido agitada! —dijo Vera antes de poder pensar en ello. Gruñó—. Dijisteis que el Príncipe Alys me iba a interrogar también. ¿Dónde está?

La mala cara de Kagal se hizo más profunda. —Su Alteza intervendrá cuando y si él así lo desea, no cuando tú lo exijas.

—Y si se da la casualidad de que esos momentos coinciden —interrumpió la voz familiar de Alys— tendremos que aceptarlo.

Él se quedó en la entrada de la tienda, el bosque oscuro delineándole su postura cauta. Su

pelo rubio estaba peinado para atrás en una coleta y una chaqueta militar ligera le colgaba de los hombros.

Los labios de Vera se entreabrieron para suspirar su nombre aliviada pero la mirada de ojos entrecerrados que él le lanzó hizo que la respiración se le resecara en los pulmones. Tenía la piel de gallina en todos los brazos. Esa dureza pellizcada no pertenecía a la cara de Alys pero, entonces, ella nunca la había visto ella misma. Alys siempre la había apoyado y ella lo había dado todo por sentado.

Y se odiaba por ello.

—Kagal, Jacot, excelente trabajo —dijo él—. Por favor, quitadle las esposas y esperad fuera.

Kagal vaciló. —¿Está usted seguro, señor? Se la considera altamente peligrosa.

—Está desarmada y no tiene ningún aliado aquí. Peligrosa, quizás, pero dudo que sea tonta —Remarcó sus palabras con una mirada de aviso hacia Vera y ella bajó la cabeza. La luz fría de sus ojos era un puñetazo al estómago.

Los otros la desataron y se fueron. Vera se frotó las muñecas rozadas, no atreviéndose a levantar la mirada hasta que la tienda hubiera caído en un silencio glacial. Alys miró fijamente, escrutándole la cara. El movía la mandíbula de derecha a izquierda, la boca finalmente posicionándose en una expresión de enfado.

—Eres idéntica a ella —dijo él, ajustándose el puño de la chaqueta—. No me sorprende que seas una amenaza tan grande.

—Ya sé que no sirve de nada que te lo diga, pero soy yo.

—Me han dicho que te has entregado sin problema. Gracias por tu cooperación, antes que nada —Habló rápido como si tuviese que establecer el control. En realidad, lo tenía mucho más de lo que se daba cuenta.

Justo ahora, Alys estaba entre ella y salvar a los ciudadanos, a los ladrones. A Jasper. Si no la dejaba ir y pasaba lo peor, él se arrepentiría demasiado tarde. Alys no sería capaz de perdonarse a sí mismo.

Y quizá Vera tampoco lo sería. Tenía que convencerlo antes de que llegara a eso.

Ella se puso de pie. —Alys…

—Por favor, quédate sentada —le ordenó—. Si no, me veré forzado a ponerte los grilletes otra vez.

Ella obedeció a regañadientes. Incluso mientras estaba sentada, las piernas le rebotaban por la energía inquieta, sabiendo que tenían que escapar.

Alys se giró a un ángulo y enderezó un farol en una mesa auxiliar.

—He oído tu confesión completa de los últimos días. Tienes una historia que… vaya.

No se giró para darle la cara, pero dejó una pausa para que ella respondiera.

—No esperaba que la creyeras —dijo Vera—. Yo no lo haría.

Él asintió. —Ahí tienes razón; Vera Valenledge no ha creído nunca en la magia. Ella es muy *científica* —Le echó una pequeña miradita antes de girarse hacia unos documentos sueltos en la mesa—. Pero has compartido una historia conmigo y me gustaría devolverte el favor.

Vera se mordió la lengua en vez de preguntar cuánto tiempo iba a tardar. En vez de suplicar. Alys era bueno para escuchar. Confiaría más en ella si ella pudiera hacer lo mismo. Así que, al escaparse el tiempo, Vera se sentó, tomo una bocanada de aire y escuchó.

—¿Sabías que algunos se oponen a nuestro enlace? —le preguntó.

Vera asintió, no atreviéndose a interrumpir, pero él no lo vio porque seguía moviendo los papeles de un lado para el otro.

—Todo el mundo sabe que es sólo un intento de forjar una alianza más duradera entre Caddelinn y Eraywyn. Es bueno para Eraywyn tener a Caddelinn de aliada y es buena para Caddelinn tener algún poder de decisión en la tierra que una vez fue suya. Alguna gente no quiere eso. Aun así, cuando se me hizo la propuesta, salté sin pensármelo.

Vera se acordaba del acuerdo. Padre estaba en contra de organizar nada tan pronto; Alys y Vera eran aún niños, después de todo. Pero entre la insistencia de Madre y la de Eraywyn, los reinos decidieron que no había nada de malo en que ellos crecieran juntos y que empezaran un período de cortejo cuando fueran lo suficientemente mayores. Desde ahí, ellos podrían decidir. Debido al rango de Vera, ella sería la que debería hacer la propuesta cuando lo considerara adecuado. Sólo que ese momento no había llegado todavía. Ella necesitaba justicia antes. Y ahora todo pendía de un hilo.

Alys, sin embargo, no había dudado nuca. Nunca se había preguntado si había alguien o algo mejor para él. Vera no pensaba que él estuviera enamorado de ella, pero ella tampoco había pensado en el amor. Su cariño había sido siempre más que suficiente, pero era ese cariño que le estaba haciendo apoyar a una tirana ahora.

Y Vera lo había empujado a ello. Ella había rechazado su ayuda demasiado tiempo y él estaba tan desesperado para ayudar que haría lo que fuera.

—El empuje de Vera es admirable —Su voz estaba gruesa de convicción—. Su pasión por la gente empezó cuando era muy joven y nunca flaqueó. No podía ser de otra manera. Ella era la hija del Rey Cerasos.

Vera tragó para aliviar la garganta, que le picaba.

—Ella no cambió de por sí —dijo Alys despacio—. El empuje aún estaba ahí, pero la luz abandonó sus ojos. Paro de sonreír, de reír. Su tono se volvió como el acero, como el de un automaguarda.

—Ya lo sé —dijo Vera, incapaz de reprimirse—. La muerte de mi padre me afectó más de lo que me atrevo a admitir. Lo reconozco ahora, pero…

—No, no pasó después de la muerte de Cerasos —Alys finalmente dejó caer los papeles y la miró a la cara. Sus ojos se abrieron como si estuviese intentando absorberla más—. Fue justo antes. Uno o dos días.

42
LA MISERICORDIA DE LUNA

—¿De qué estás hablando? —preguntó ella.

La mirada de Alys se movía alrededor, no aterrizando en nada en particular. Se movía para ponerse el pelo detrás de la oreja, pero no tenía ni un mechón fuera de lugar.

—No sé el momento exacto porque sólo vi el antes y el después. Ella no había estado durmiendo bien y la habían operado de vegetaciones, que no es normal a esa edad, así que pensé que le estaba costando recuperarse. Pero ahora creo que ella podía intuir lo que se acercaba.

La boca de Vera se abrió y se cerró otra vez. La mente le iba a mil por hora, intentando entender su punto y porqué importaba. A ella no le importaba. Fuera que cambiara antes o después, o que fuera sólo la impresión de Alys - ¿qué importaba? Ella lo hubiera dejado pasar inmediatamente, pero algo le quemaba en los ojos a Alys, como un misterio sin resolver.

—Desde luego, todo se condensó desde ahí —dijo él severamente—. La muerte del rey fue un punto sin retorno. Todo dejó de importar, excepto atrapar a Jasper Haddin.

La fiebre le abandonó los ojos y Alys la miró severamente. Vera ahogó la necesidad de mirar abajo, a la alfombra, forzándose a mantener contacto visual al acercarse él.

—Se obsesionó con él —dijo él, acercándose más—. Casi todo lo que iba mal en Caddelinn era culpa de él. Ella necesitaba hacérselo pagar ella misma y no había manera de que aceptara ninguna ayuda. Me dió miedo de que esa obsesión terminara con ella, más pronto o más tarde. Por raro que parezca, ellos habían sido buenos amigos. Vera veía algo redimible en él, como Cerasos lo hubiera hecho, también. Pero, una vez que eso se fue, ella lo necesitaba muerto y nada más funcionaría.

Vera se encogió al oír eso. Era verdad. Ella conocía la sensación de odiar a Jasper con la misma facilidad con la que sabía respirar. Pero la idea de odiarlo ahora era como respirar veneno.

Alys cogió el brazo de la silla de ella y se agachó al nivel de sus ojos. Desde aquí, ella se percató de las ojeras oscuras y de cada línea de extenuación que tenía en la cara.

—Así que, mi pregunta es —dijo él deliberadamente—. ¿Por qué habría nunca de aliarse con él la Vera Valenledge de verdad?

Ella pausó, sorprendida al punto al que había llegado. Él todavía miraba enfadado, esperando una respuesta, pero quizá había curiosidad detrás del desdén.

—¿Esa es la parte más increíble para ti? —dijo ella.

—Nunca he dicho que yo no creyera en la magia, pero la Vera que yo conozco nunca confiaría en Nox el Matarreyes.

Vera parpadeó. ¿De verdad que esperaba una respuesta a eso? ¿Era confiar en Jasper el factor determinante? La cara de él lo hacía obvio que lo era y Vera tomó un respiro agitado.

—Jasper es casi exactamente quien yo pensaba que era; un mentiroso, un ladrón y un manipulador sin remordimientos. Y sí que mató a mi padre —Ella se arrastró la mano por el pelo, casi rompiéndoselo en los enredos—. Pero él nunca ha negado ninguna de esas cosas. Y no es el monstruo que yo pensaba que era.

—Esa es una afirmación valiente.

Vera puso cara de mala leche. —Dices que has oído mi versión. No te puedo decir nada que

no sepas. Es por eso que quieres una respuesta, porque sabes que algo no chuta con la farsa que se está haciendo pasar por mí. ¿Te acuerdas del anuncio del Castillo? La Vera que tú conoces no es equilibrada y comedida. Soy agitada y no sé cómo hablarle a mi pueblo porque todos piensan que estoy loca. Mi pelo está despeinado y siempre llevo las mismas botas para poder correr si tengo que darle caza a Jasper. ¡Y soy dura y no tengo corazón y sólo me mueve el despecho!

Alys se echó para atrás y Vera se dio cuenta de que estaba chillando. La furia se le había hecho burbujas hasta la garganta y necesitaba desquitarse con la persona más cercana, aunque no se lo mereciera. ¿Qué otra cosa la definía mejor? Estaba furiosa, pero, incluso peor, tenía miedo. Del futuro y del pasado y de ambos convergiendo para dejar que sus errores la atraparan.

Sus ciudadanos y sus amigos iban a morir y era todo culpa suya.

Las uñas se le clavaron en las palmas. Los ojos le quemaban con lágrimas inderramables. Y Alys miraba fijamente, con los ojos como platos.

—Tienes razón —dijo ella, con la voz temblando—. La Vera que tú conoces nunca aceptaría la ayuda de Jasper Haddin. Ella no aceptaría la tuya, tampoco. Y ella nunca haría que sangre inocente te manchara las manos.

Se trago un intento de sollozo y forzó las palabras a salir antes de que le flaquearan las fuerzas. —El Alys que yo *conozco* tampoco lo permitiría nunca. Ni por mí, ni por nadie más.

Alys se pasó una mano por la cara y ésta vino a descansar en su boca por tres respiros. Sacudió la cabeza, los ojos saltones.

—Por la Misericordia de Luna, *eres* tú.

Vera casi no tuvo tiempo de ponerse de pie antes de que él la envolviera en un abrazo apretado.

Aturdida, se quedó quieta mientras él se disculpaba entre el pelo de ella. A él la respiración le salía rápida y el cuerpo de ella finalmente entró en acción. Le devolvió el abrazo, dándole palmadas en la espalda.

—No es culpa tuya —dijo ella—. Pero tengo que arreglar esto.

—Desde luego, mis disculpas —Alys dio un paso para atrás y tomó una bocanada de aire—. Considérame a mí y a mis fuerzas a tus órdenes, Vera Valenledge.

¿Estaba sonriendo? Ella esperaba poderle dar eso al menos, pero un dolor de cabeza incipiente lo hacía todo confuso. —Gracias, Alys. ¿Me podrías devolver el Espejo?

—Sí, eh, ciertamente —Frunció una ceja, pero echó la mano al bolsillo de su chaqueta y sacó el compacto. Una claridad repentina le iluminó la cara al sacarse un anillo del dedo con fuerza—. Creo que esto también te pertenece.

Vera inspiró cuando el compacto y el anillo de Padre le cayeron en la palma de la mano. Quería parar y mirar el anillo – sentir el peso en su palma y ver cómo la luz del farol brillaba a lo largo del metal. Pero no había tiempo para eso. Se lo puso y le dio las gracias a Alys otra vez al mismo tiempo que sus dedos temblorosos manipulaban el compacto torpemente.

—Espejo, ¿cuánto tenemos?

Su forma sombría estaba lista. —Tienes 80 minutos hasta la fecha tope de la reina.

Una fría aprensión le golpeó a Vera en el estómago. Eso no era suficiente tiempo.

—¡Fascinante! —Alys miró al Espejo, embobado—. ¿Es una expansión del sistema FILIred?

El Espejo se burló. —Me ofende, Su Alteza, pero imagino que la heredera tiene temas más importantes a discutir que mi identidad.

—Desde luego, mis disculpas. Deberíamos poder volver a la capital en 30 minutos con mi caballo de acero.

Vera asintió. —Entonces podemos llegar al Arzobispo a tiempo.

—El Arzobispo no está en la catedral… ¿Dónde está? —El Espejo pausó, cerrando los ojos —. Ah, sí. Ha tenido la misma idea que tú y está apelando la ejecución.

—¡Qué buenas noticias! —dijo Vera.

—Para los ciudadanos, sin lugar a duda —dijo el Espejo—. Sin embargo, no está aportando argumentos para los ladrones.

—Naturalmente —Las extremidades de Vera le empezaron a pesar.

Alys se frotó la barbilla. —Eraywyn no tiene el poder de parar la ejecución, pero creo que uno de los ladrones es eraywyniano. Quizá podamos argüir que Caddelinn no tiene jurisdicción para ejecutar a uno de nuestros ciudadanos —Se mordió el labio pensativamente—. Podríamos sólo salvarlo a *él*, pero quizá podamos retrasar el proceso en general.

—¿Espejo? —preguntó Vera tensa.

—Es una idea válida —dijo—. Pero yo recomendaría informar a Shadow y a Shade al respecto. Están planeando impedir la ejecución y, si no los hacéis partícipes de esto, Eraywyn podría encontrarse atrapado en el fuego cruzado.

Vera asintió, entumecida al extendérsele la aprensión desde el estómago, lentamente apoderándose del cuerpo. Intentó mantener los escalofríos separados de la voz. —Podemos llegar a la ciudad, pero no tenemos ningún plan real.

—El límite de la reina termina pronto, pero faltan todavía dos horas para el alba —dijo el Espejo.

—Y no podemos pararlo tanto tiempo. Ella no lo permitirá —añadió Vera, las rodillas fallándole.

La mano de Alys le apretaba el hombro, pero Vera casi no la sentía. Él se disculpó otra vez y dijo algo acerca de preparar las fuerzas. Estuvo fuera de la tienda antes de que Vera pudiera responder.

Se hundió hasta la alfombra, no luchando más contra los escalofríos. No sabía cómo Alys no había sentido la temperatura de su cuerpo cuando le tocó el hombro. El hielo salía como pinchos de sus huesos, creando una cáscara dura y congelada sobre su piel.

—Lo sientes, ¿verdad? —dijo el Espejo—. La muerte pasando su fría punta del dedo por tu columna. Sangre estanca corriendo por tus venas.

Ella conocía la sensación. Era peor que nunca.

—Eres el peor tipo de traidor —A Vera le tiritaban los dientes—. Has estado jugando conmigo todo el tiempo.

Se encogió. —Te dije que era un juego cruel del destino. Tú pensaste que yo estaba sólo siendo poético.

—Acepté el juego cruel, pero tú no deberías haberme dejado pensar que podía ganarlo.

Un suspiro. —La victoria es veleidosa pero también es relativa. Sólo se puede medir por el objetivo que logra. Te avisé de que escogieras una prioridad. ¿Salvarás a los ladrones o vivirás para convertirte en reina?

Ella se frotó la parte superior de los brazos, pero ni siquiera la fricción podía crear calor donde no podía existir. No había elección que tomar.

Vera tenía que morir. Otra vez. Por última vez.

—Así sea —dijo el Espejo sombríamente—. Dime cómo deseas proceder.

—No se lo digas a Alys —dijo ella—. No se lo digas a nadie. No puedo arriesgarme a que me paren.

—Entendido.

El frío permanecía, pero la aceptación provocó una llama pequeña que le daría combustible.

—Dile a mi madre que se encuentre conmigo en la catedral y que esté preparada para una negociación de los tres infiernos. Tendrá mi corazón, pero le haré que se arrepienta de haberme dado a luz.

◆◆◆

Jasper estaba sentenciado.

Sólo podía mirar horrorizado como Nix ponía su última carta en el mazo con una mirada victoriosa.

—La Eternidad es mía —dijo ella otra vez.

—Siempre se te ha dado demasiado bien la Eternidad Elemental —Él gimió y dejó caer a la mesa su abanico de siete cartas—. La próxima ronda es Que Te Despellejen.

Ella tarareó pensando, un rastro de la sonrisa aún jugando en sus labios. — Supongo que sí que ha parecido muy corto.

—Cualquier tiempo contigo es demasiado corto. Una eternidad de verdad no bastaría.

Ella bufó, su respiración apartando un mechón de pelo de los ojos.

—No eres más que un adulador barato, Nox.

—Resiento eso. No soy barato. —Intentó cargar la voz de ofensa, pero no podía quitarle la felicidad—. E igual soy un adulador, pero no significa que esté mintiendo. Me podría quedar aquí toda la noche humillándome.

Recogió las cartas sueltas y empezó a barajar mientras que Nix se sacudía la cabeza a sí misma. Se cruzó de piernas debajo de la mesa y su rodilla se chocó con la de Jasper, mandándole un espasmo frío por todo el cuerpo. Bajando las cartas, estiró la mano para tocarle la suya.

—Ey, estás congelada —dijo él.

Ella retiró la mano como si la hubiera quemado. Su cara se oscureció de la confusión. — Tengo bastante frío.

Él se puso de pie. —Te traeré una manta. O una chaqueta. O una bebida caliente.

—No, yo… —Nix dudó, la ceja torciéndosele.

A Jasper se le paró la respiración al ver una mancha de rojo florecer por toda su camisa, justo debajo del corazón.

—Engranajes chirriantes, Nix. ¡Necesitas un médico! —Él se fue hacia la puerta - estaba por algún sitio por aquí - pero ella le cogió el brazo. El miedo le dibujó una sombra fantasmagórica por toda la cara.

—No, necesito que te despiertes —dijo ella.

—¿Qué?

Y Nix se había ido, consumida por una sombra familiar con ojos rojos brillantes.

—Sé que estás sufriendo, Jasper Haddin —dijo, con la voz haciéndole un estrépito en el cráneo—. Pero si no te despiertas, te arriesgas a un dolor mucho peor.

Jasper se despertó con un sobresalto, la respiración rápida llenándole los pulmones al observar el cielo nocturno y las azoteas de Caddelinn. Se dejó caer de nuevo en la chimenea contra la que se había quedado dormido y forzó la respiración a aminorarse. Un espasmo de dolor le dio en el ojo, o lo que quedaba de él. Maldijo y se tragó en seco otro de los calmantes de

Shade antes de sacar el registra-tiempo de bolsillo de Faulkner.

Maldijo otra vez y se arrastró al filo del tejado para mirar a la Plaza Elemental. Había estado durmiendo hasta casi la hora tope de Nylora y la multitud había aumentado alrededor del pabellón, pero aún no había ni rastro de los chicos.

Ya había taponado las salidas de combustión con alquitrán unas horas antes. Entre eso y los gemelos bloqueando todos los mandos remotos y desactivando a los automaguardas, tenían una oportunidad de luchar.

Pero el Castillo aún no había sacado a los prisioneros. Algo iba mal.

Engranajes mugrientos, no podía creer que se había quedado dormido. Si no fuera por la sombra del Espejo despertándolo, estaría…

Jasper se quedó helado.

El Espejo.

Había dejado a Nix con el Espejo.

Se bajó del tejado deslizándose y corrió por las calles repletas, escurriéndose por donde podía. Fragmentos de chismes y de quejas llenaban el aire tenso.

El Arzobispo había intercedido, Eraywyn se estaba metiendo y la reina había pospuesto la ejecución por una hora.

Jasper corrió al búnker, rezando por que fuera sólo una coincidencia.

43
TE LO JURO POR ÉSTA

Vera finalmente entendió por qué Padre hizo lo que hizo.

No había tenido sentido hasta que estaba repasando sus últimos pasos por el pasillo de la Catedral Elemental, dirigiéndose como un cordero a su propio fin.

Madre esperaba detrás del altar, con una sonrisa roja en la cara de Vera. La Duquesa Amelia estaba de pie cerca, en un tipo de muestra de apoyo aberrante.

Vera se quitó el manto que Alys le había dado para infiltrarse por la plaza llena y lo colgó en uno de los bancos. Hubiera querido que sus movimientos fueran menos forzados pero el frío todavía le calaba las articulaciones, a pesar de su convicción.

Pero finalmente tenía sentido.

Sí, todavía había una oportunidad de salvarlos de otra manera, pero Vera necesitaba seguridad, igual que la había necesitado Padre. Y ella no tenía ninguna duda de que esto sería más fácil para ella que para él porque, a diferencia de él, el mundo no se iba a perder nada con su muerte. Sólo una persona cruel y vengativa menos.

También sabía algo que él no había sabido y que podía garantizarle que las cosas serían mejores cuando ella ya no estuviera. Madre no tenía ni idea de en lo que se había metido.

—Querida, qué bien que hayas venido —murmuró Madre con admiración al llegar Vera al altar.

—Tus cumplidos son lo más desagradable que he tenido que soportar en mi vida, así que ahórratelos —Ella miró mal a Amelia—. Y no me acuerdo de haberla invitado a ella.

La duquesa sonrió con satisfacción. —Alguien está un poco amargada.

—La última vez que te vi, tuviste un encontronazo desagradable con la acera —dijo Vera—. Espero que doliera.

Se encogió. —No tanto como esto te va a doler a ti.

—Todos pagamos nuestras deudas —Vera se giró a Madre—. Sobre todo, tú.

—Sí, ya sé que tienes condiciones —Rodó los ojos—. Oigámoslas.

—Primero, dime lo que has hecho con la ejecución.

—Está pospuesta por ahora, pero si no aparezco por una hora después del alba, el General Ashton y el Arzobispo la terminarán —Jugó con sus uñas—. Sólo una pequeña póliza de seguros.

—Crúzate el corazón que estás diciendo la verdad.

Madre hizo una mueca. —*Has tenido* que enterarte de eso.

—A golpes —dijo Vera, saboreando con gusto la primera de muchas malas noticias para Madre—. Pero ha valido la pena al final.

—Muy bien —Madre bufó y se tiró del escote sólo lo suficientemente bajo para dejar ver la piel sobre su corazón—. Me cruzo el corazón y si no que me muera que estoy diciendo la verdad sobre la ejecución pospuesta.

Vera observaba al ver aparecer dos cortes en su piel, ardiendo al rojo vivo antes de atenuarse a un rosa pálido. Madre echó un vistazo de desaprobación a la cicatriz antiestética,

entonces arqueó una ceja, echándole a Vera una mirada punzante.

Ella asintió y se permitió una sonrisa mezquina. —Mejor que te acostumbres porque hay un montón de Cruza-Corazones que hacer antes del alba.

◆◆◆

A los treinta minutos del principio de la negociación, Madre ya se estaba apoyando en el altar para sostenerse, acunándose la frente en la mano. Incluso la cara de la duquesa palideció al darse cuenta de cuánto tenía ella que perder personalmente. Sin embargo, se le veía un destello de alivio al no tener que aceptar los términos ella misma.

Vera estaba de pie paciente y sonrió, dándole tiempo a Madre de absorber las exigencias antes de golpearla con la peor de todas. Con los brazos entrelazados detrás de la espalda, le dio vueltas al anillo de Padre alrededor de su dedo, esperando que le diera alguna fuerza que no viniera del rencor.

Madre inhaló un respiro lento por los dientes, frotándose la ceja.

—Muy bien. Bueno, si eso es todo, querida, prosigamos. Se está haciendo…

—No he terminado —dijo Vera.

Madre la acorraló con una mirada de odio maligna e incrédula.

—Quieres un perdón para tus ladrones, que les devuelva las tierras y las provincias a los nobles de antes, que reinstituya los programas de beneficencia, mi abdicación y, lo peor de todo —la cara se le puso roja como un tomate— quieres que me mude al *campo.*

Madre se estremeció y entrecerró los ojos. —¿Qué más quieres de mí?

Vera le dio una vuelta completa al anillo. —He reservado lo mejor para el final.

Madre tamborileó las uñas en el altar, mirando intensamente mucho tiempo como si pudiera leer la exigencia en la cara de Vera. Asentó la mandíbula.

—Habla.

—Nunca le volverás a hacer ningún daño a nadie, ni por tu propia mano ni por la de nadie más bajo tu influencia. A ninguna persona, animal o criatura de ningún tipo. Ni siquiera en defensa propia.

Le dio un espasmo. —¿Y si me atacan?

—Entonces sufres —Vera sonrió con todo el veneno que tenía en el cuerpo—. Es una buena motivación para mantenerte bien escondida para el resto de tu miserable vida. Que, a propósito, será tu ultima.

Los ojos de Madre explotaron, abiertos y blancos, como los de un animal acorralado. Amelia estiró el brazo para tocarle la espalda, pero Madre la ahuyentó.

—Este es el último corazón que te llevas —dijo Vera—. Si tienes más hijas durante lo que me queda de vida, las dejarás en paz.

Se le rizó el labio, revelando dientes desnudos. —Eres una niña asquerosa y rencorosa.

—Sí. Y todos mis defectos están finalmente siendo dirigidos a la persona correcta.

Los ojos de Madre parpadearon rápido a través de un ciclo de shock, rabia y dolor. Los dedos se le pusieron blancos al agarrar el altar y un escalofrío verdadero le sacudió los hombros. Su mirada fue a parar a la alfombra de terciopelo, nublada y vacía.

—Ya has vivido bastante —dijo Vera.

Madre no levantó la mirada. Abrió la boca, pero tuvo que hacer que su labio inferior parara de temblar antes de poder hablar.

—Cuanto más tiempo vives, más difícil es dejarlo ir. Los placeres son difíciles de encontrar y tienes que exagerar cualquier cosa sólo para sentirlo ligeramente —Los dedos se le rizaron en un puño apretado—. Es una media-existencia desdichada, y aun así nos aferramos a ella porque es marginalmente más ligera que la muerte.

Madre exhaló prolongadamente. —Deberías estar agradecida de que nunca tendrás que experimentarla.

Cualquier persona normal hubiera quizás sentido algo, pero la crueldad de Vera no tenía límites. Entendía las acciones de Madre tanto como entendía las suyas propias, pero no las hacía a ninguna de las dos menos monstruosas.

Y los monstruos tenían que ser castigados.

—¿Estás de acuerdo? —preguntó Vera.

—¡No puedes esperar que esté de acuerdo con morir!

—Irónico, Madre —Vera se rió por la nariz y sacudió la cabeza—. Pero es tu elección; muere en 26 años o muere ahora.

La mirada de Madre se alzó al techo abovedado de la catedral y ella inspeccionó las escenas pintadas de las Guerras Elementales con desesperación. Quizás había una oración tácita en sus labios, pero nadie respondería y las lágrimas de derrota que derramaba confirmaban que ella lo sabía.

Se las secó rápido y asintió tiesa. —Bien, estoy de acuerdo —Los ojos se le volvieron afilados otra vez—. Pero antes de jurar a todo esto, tú tienes que jurar que vas a cumplir con tu parte.

Vera se cuadró de hombros. —Cruzo mi corazón y si no que muera que te daré mi corazón voluntariamente si cumples todas mis condiciones —Levantó un dedo—. También exijo respuestas, pero puedes jurar antes.

Madre cruzó los brazos sobre el pecho, las uñas clavándosele en la carne. Se lamió los labios despacio. —Cruzo mi corazón y si no que muera que perdonaré y libertaré a tus ladrones.

—No *tus ladrones* —dijo Vera—. Jasper Haddin, Basileus Bixby y los ladrones conocidos como Hunter, Archer, Hood, Shadow y Shade.

Una arruga se formó entre sus cejas al volver a empezar el juramento en detalle. La mano de Amelia se movía por encima de su boca, sin tocarla, su cara ahora de un tono verde enfermizo.

—Bien. Sigue —ordenó Vera.

—Cruzo mi corazón y si no que muera que restauraré los programas de beneficencia de Cerasos y que devolveré todas las provincias y los títulos de Caddelinn a sus propietarios legítimos —Su voz se tornó cansada y ronca como si cada palabra fuera un pedazo de cristal roto escalándole por la garganta—. Cruzo mi corazón y si no que muera que abdicaré al trono.

—Directamente después —dijo Vera.

—*Directamente después* de la burocracia que has requerido —siseó ella—. Después de lo cual, cruzo mi corazón y si no que muera que me retiraré al campo para vivir 26 años en el aburrimiento más desgraciado y languideciente posible. Cruzo mi corazón y si no que muera que nunca haré daño a ninguna persona, animal o criatura, ni por mi mano ni por mi influencia.

La sonrisa de Vera flaqueó al seguir el ritmo repetitivo de las promesas de Madre. Cada exigencia era una bendición para el futuro, pero un fuerte recordatorio de que Vera no tenía uno. El frío llenó sus huesos, pero ella se lo sacudió.

Era todo por una buena causa.

—¿Y? —le indicó.

Madre soltó un gemido gutural de frustración al que le faltaba una exhalación para

convertirse en un grito.

Con un ladrido rabioso, dijo: —Cruzo mi corazón y si no que muera que el tuyo será el último corazón que me lleve. Si tengo más hijas, no intentaré conseguir sus corazones —Respiró con esfuerzo—. ¿Estás contenta ahora?

Vera quería reír. O llorar. Pero no tenía la energía para hacer ninguna de las dos cosas. Ella nunca sería feliz. Era incapaz de ello. Por eso necesitaba darle a la gente que sí *eran* capaces una oportunidad de vivirlo.

—El seguro está hecho —dijo ella calladamente—. Pero tengo preguntas.

—Tienes diez minutos. Pregunta lo que quieras en ese tiempo.

◆◆◆

Los dedos de Shadow volaban por su teclatabla con una precisión milimétrica mientras que los de Jasper eran un desastre errático. Dejó caer una de las fotos que estaba rebuscando mientras que el FILIriel escupía más y más de ellas.

—Asegúrate de sacar todos los puestos de control —le dijo a Shadow—. Tenemos que encontrarla antes de que haga algo temerario.

Shadow le asintió irritado sin levantar la mirada del teclatabla. Jasper se dobló para recoger la foto que se había caído, molestando a Shade que le estaba hurgando en el ojo vendado.

—Está bien —dijo Jasper—. Me acabo de tomar otro calmante.

Shade le echó una mirada de desaprobación por encima de sus gafas y le echó mano al parche otra vez, pero Jasper lo espantó.

—¡No hay tiempo! —gruñó él y se arrepintió instantáneamente mientras los gemelos se intercambiaban una mirada.

Pierde la cabeza y perderás la vida.

Él suspiró, apretando y soltando los dedos en un intento patético de calmarse.

—Lo siento —dijo.

Shadow siguió tecleando y Shade se encogió, poniéndose a ordenar las fotos acabadas de imprimir.

Era una misión imposible. Con todos los ciudadanos vestidos con mantos y máscaras y llenando la Plaza Elemental, Nix era como una gota en el océano.

Igual no estaba ni en Caddelinn. Por alguna razón, el Espejo le había indicado la salida de la trampilla que llevaba hasta Blackwood, en vez de todas las otras más cercanas. Igual Nix estaba en Eraywyn o aún en los túneles.

Pero era esperar demasiado. Si estaba en Caddelinn, entonces estaba a punto de hacer algo de lo que todos se iban a arrepentir.

Un golpecito triple casi imperceptible interrumpió la prisa de fondo del tecleo de Shadow haciendo que las orejas de Jasper se movieran involuntariamente. Los gemelos se pararon al unísono.

—¿Habéis oído eso, también? –preguntó Jasper.

Asintieron justo cuando volvieron a sonar unos golpecitos regulares, más alto. Una llamada a la puerta.

Jasper saltó a los pies y salió corriendo de la tecno-enfermería, acelerando hasta la entrada

del búnker.

—Nix? —dijo él, abriendo la puerta a lo cafre. Echó marcha atrás instantáneamente.

Unos ojos azul oscuro miraban fijamente de vuelta, sorprendidos, mientras que el Principito estaba en el sótano, con el puño alzado y en posición para volver a tocar. Jasper debería haber salido corriendo, pero estaba anclado al suelo mientras Alys Fortescue-Arlington retiraba el brazo y se aclaraba la garganta.

—Estaba buscando a un Shadow o a un Shade —dijo, con una sonrisa incómoda moviéndosele en la boca—. Pero estoy feliz de verte no-capturado, Jasper Haddin.

Jasper parpadeó. *¿Feliz?* ¿Pues no estaba él aquí para arrestarlo?

El Principito titubeó un segundo, los hombros reajustándosele de manera extraña. —Sé que no tienes ninguna razón para confiar en mí, pero Eraywyn está luchando contra la ejecución. Te exhorto a no tomar medidas contra mis fuerzas.

—Pero ¿por qué? —consiguió decir Jasper.

—He sido informado de mis errores. Además, da la casualidad de que conozco a uno de tus hombres —Jugueteó con un botón de la chaqueta—. Hace años que no veo a Peregrin Falcon, pero cualquier miembro de la Casa Knightshade está bajo la protección de la corona eraywyniana.

Jasper asintió despacio, frotándose la nuca. Así que finalmente habían encontrado a Hunter. Él no estaría muy contento de eso. Pero algo más no cuadraba. Algo…

—¿Y qué hay de Vera Valenledge? —escupió rápido—. ¿Está contigo?

—Me ha hecho que la deje en Crescent Square, dijo que tenía un plan para parar la ejecución.

A Jasper le dio un vuelco el estómago. Tiró las manos al aire. —¿Y tú la dejaste ir, así como si nada?

Él se encrespó defensivamente. —Vera Valenledge sabe lo que está haciendo. No es mi lugar cuestionarla.

Jasper se agarró los lados de la cabeza, tirándose del pelo. —Va a que la maten.

Las cejas del Principito se unieron en confusión. —¿Disculpa?

Jasper agarró los hombros de Alys. —¿Dijo adónde iba?

—No, no lo hizo —Se quedó mirando fijamente, con una preocupación repentina colándosele en los ojos—. Jasper Haddin, tú obviamente tienes más información que yo. Si ella está en peligro y tú tienes alguna idea de dónde puede estar, te ruego que me lo digas.

Con los dedos cavando en los hombros del Principito, Jasper gruñó, frustrado. Forzó cualquier voluntad que le quedaba en enfocarse. ¿Dónde iría Nix a morir?

Y entonces, fue obvio que Jasper era un burro.

—La catedral —dijo él—. Y reza a lo que sea en lo que creas que yo tenga razón.

44
QUE ME MUERA

En diez minutos, Vera estaría muerta para siempre.

Pero las preguntas no eran para cortar una pequeña rebanada de la vida, un poco más de tiempo al que aferrarse. Eran necesarias para su salud mental. Quería morirse sin la curiosidad morbosa mordisqueando los puntos vulnerables de su mente.

Así y todo, eran difíciles de preguntar.

Se tragó un respiro insatisfactorio y empujó la más fácil primero.

—¿Cuántos años tienes?

Madre sonrió como si se lo hubiera esperado. —Estoy a punto de cumplir 225. He vivido ocho de nuestras generaciones.

La paz en sus facciones chocaba con el asco agitado del estómago de Vera. Se apretó un puño en la boca para reprimir una arcada.

—Quieres decir que has robado siete corazones —dijo en grueso.

—Estoy a punto de que sean ocho —dijo Madre, el orgullo brillando en sus ojos—. ¿Algo más?

Una nube arremolinada giró en la cabeza de Vera, pero pronto no importaría. Forzó la lengua a parar de rizarse el tiempo suficiente para preguntar: —¿Tú eres mi madre de verdad?

—Depende de la definición de *de verdad* —Ladeó la cabeza, considerando—. Yo te parí, así que soy tu madre. Soy también tu abuela. Y tu bisabuela y tu tatara-tatara-tatara…

Vera levantó la mano al sentir una subida a la garganta de un liquiducho amargo. Lo forzó hacia abajo. No iba a vomitar delante de ella.

Pero Amelia se rió disimuladamente de todos modos.

—La realidad es muy dura. ¿No es así, querida? —dijo madre en un tono empalagoso y enfermizo.

Los puños de Vera se formaron en pelotas a su lado. —Tú mataste a la Nylora de verdad.

Ella se apoyó a través del altar lentamente. —Era ella o yo.

—Tomaste la decisión equivocada —Vera se negó a dar un paso atrás—. ¿Cómo era ella?

—Una pobre infeliz, en realidad —Había un tono de arrepentimiento en la voz de Madre, pero sonaba falso con el desprecio en los ojos—. Me lo puso un poco difícil. No tanto como tú, pero Nylora estaba llena de amor y eso normalmente lleva a la gente por el camino equivocado.

Parpadeó su mirada sobre Vera con un interés diabólico. —Es gracias a tu falta de él que has llegado así de lejos. Tú me has dado más problemas que nadie.

—Qué bien. Que te despellejen.

—Tan elegante —Rodó los ojos—. ¿Qué más?

Vera sólo podía pensar en una más, pero es la que más le dolía. Le dolía la mandíbula de apretar tanto los músculos rígidos.

—¿Por qué tuvo que morir mi padre?

Madre pausó, mirando por encima del hombro de Vera. La lengua iba errante por la boca despacio, como si fuera dándole vueltas a la pregunta.

—Cerasos fue potencialmente el mejor compañero que he tenido en mi vida. Créeme, no

tenía la intención de quitarlo de en medio tan pronto, pero… —Levantó un hombro y lo dejó caer —. Él siempre creyó en cosas como nosotras. Cuando vio uno de mis cortes cerrarse, fue demasiado tarde.

Cosas como nosotras. Un escalofrío rasgó a Vera por la mitad.

—Pero ¿por qué tuvo que morir? —insistió ella.

—Necesidad, querida —Un toque de confort forzado envenenaba su voz—. Cerasos no era brillante en todo pero, con tiempo, hubiera encontrado una manera de…

—De matarte —terminó Vera.

—No, mimada sedienta de sangre —Madre se enfadó con la interrupción—. De salvarte a ti.

Vera se tambaleó hacia atrás como si la hubieran golpeado.

—Pensaba que al menos eso era obvio —Madre se rió un poquito y luego puso la mano en la cadera—. ¿Más preguntas?

Vera sacudió la cabeza, la habitación dando vueltas a su alrededor. El corazón le chisporroteaba, urgiéndola a escapar, cerrándole la boca para que no pudiera hablar.

Madre le extendió una mano a la duquesa, quien puso una daga tallada en ella. Sólo quedaba una cosa que hacer.

Vera abrió las piernas para equilibrarse y rodó los hombros. Cerró los ojos fuerte.

—Mi corazón es tuyo —dijo ella, casi sin reconocer lo rasposo de su voz—. Tómalo.

La tela del vestido de Madre se onduló al dar la vuelta al altar y Vera escuchó veintitrés latidos atroces antes de que la daga se le clavara en el estómago.

El dolor fue bienvenido, la hoja más cálida que su propia sangre. La respiración explotó en sus pulmones, los pies se bambolearon antes de ceder. Sólo cuando Vera se había estrellado contra el suelo, se permitió abrir los ojos.

Al desangrarse, se preguntaba si Padre había muerto en este sitio exacto. Y si los colores de la catedral se habían mezclado en el mismo caleidoscopio ante sus ojos. Si se había arrepentido, como ella no podía.

Si, como al escapársele la vida, él había sentido un confort repulsivo, destinado, como le había pasado a ella.

◆◆◆

Una mano suave arrancó el Espejo fuera del refugio seguro del bolsillo de la heredera.

—Mira —dijo la duquesa complacida—. Hasta has recuperado tu Espejito.

—Ay, pues sí, fíjate —La reina lo cogió en una jaula de uñas rojas y lo abrió—. Tú, cosa impetuosa. Debería castigarte por tu traición.

El Espejo estaba silencioso, mirando el cuerpo de la heredera estirado en el altar. El tiempo Mortal era tan retorcido como emocionante.

—Pero tendré misericordia —dijo la reina—. Ya que me la has traído.

—No, Ama —discutió el Espejo—. Ella vino por su propio pie.

—Sea como sea, vas a aprender lealtad —La pizca de frustración en sus labios no podía hacerle sombra al triunfo—. Todavía nos queda mucho tiempo juntos, tú y yo. Quizá incluso la eternidad.

◆◆◆

Una voz profunda tiró de los bordes desgastados de la consciencia de Vera. Sus ojos se abrieron en una confusión tambaleante de mármol y pintura, revelando el interior de la bóveda de la catedral al enfocarse.

—Fresca como una rosa, ya veo —dijo la voz—. Venga, levántate. No le des más vueltas.

Vera se empujó hacia arriba sobre los codos, levantando su cabeza pesada. Desde su posición en el altar, escaneó la catedral. Algo sobre la luz estaba mal. Demasiado pálida, pero todos los colores contrastaban horrendamente.

Nada estaba fuera de lugar, pero la catedral daba mal rollo. Vacía, pero llena de presencia.

Un movimiento le llamó la atención. Una sombra que subía las escaleras al púlpito - una masa vagamente humanoide de oscuridad que se ondulaba en las líneas de su silueta. Alta e imponente, e imposiblemente familiar.

La boca seca de Vera se abrió de sorpresa. —¿Espejo?

—Pues sí. El muñequito de jengibre no soy —Sus ojos rojos sonrieron—. Sé que te acabas de morir otra vez, pero intenta con todas tus fuerzas quedarte conmigo.

Ella se lamió los labios, la niebla del sueño no ida totalmente de su mente. —Estoy finalmente muerta, ¿verdad?

Se quedó quieto, las sombras de sus hombros lamiendo el aire.

—Estoy seguro de que tienes muchas preguntas. Sin embargo, yo también. Ven y satisfaremos ambas curiosidades.

Vera gimió y dejó que los codos se deslizaran por debajo de ella. La cabeza se pegó contra el altar sin dolor. Si hubiera estado equivocada y los Elementos de verdad existieran, se le venía encima una vida horrible después de la muerte y no tenía ningunas ganas de empezarla. Entre su blasfemia y su sed de sangre, probablemente había ido a parar al tercer infierno. Adecuado para alguien como ella.

El Espejo la exhortó otra vez, pero ella simplemente se dio la vuelta sobre el costado, derrotada. Pero otro movimiento, un pequeño parpadeo en el rabillo del ojo, hizo que la sangre le circulara fría.

Una figura colapsada con unas entradas de pelo marrón grueso. Una chaqueta roja de militar con botones dorados chorreando de sangre. Vera se sentó con una sacudida escalofriante, mirando boquiabierta a la imagen que había visto tantas veces en su mente.

Padre. Muerto.

Saltó del altar, corriendo a su cuerpo. Igual aún estaba vivo. Igual podía salvarlo. Igual podía abrazarlo una última vez antes de que…

Cayéndose de rodillas, envolvió los brazos alrededor de nada más que aire. Padre se esfumó de la existencia, sólo una moqueta inmaculada después de él. Vera tocó el terciopelo, sacudiendo la cabeza, la respiración dificultosa a través de su pulso acelerado.

—Es sólo un destello, no hagas caso —dijo el Espejo—. Son normales aquí.

Vera reprimió un grito, pasándose la mano por el pelo. No podía esperar otra cosa más que su propio infierno personal ahora. Qué ilusa pensar que podía morir y simplemente desvanecerse en el olvido.

El Espejo se acercó más. —También te recomendaría no mirar detrás tuyo. Sólo para

evitar…

La cabeza de Vera se giró de golpe instintivamente, provocando un bufido del espejo.

Esta vez, se dejó gritar al ver su propio cuerpo sin vida.

◆◆◆

Vera se agachó al pie del altar, abrazándose las espinillas, las rodillas acercadas a su barbilla. Sobre ella, yacía su cuerpo. Pero su mente estaba de alguna manera consciente y estancada en esta parodia pálida de la catedral mientras que fuera - en el mundo - la gente luchaba por su vida.

Delante suyo, la sombra del Espejo se deslizaba un paso arriba un paso abajo, flotando justo por encima del suelo. —Sé que estás confundida, o sea que te dejaré el honor de la primera pregunta a ti.

—No voy a alentar este sueño febril —dijo Vera, tiesa—. Obviamente estoy en esa línea fina entre la vida y la muerte y mi mente delirante no ha pensado en una mejor alternativa más que tú para mis últimos momentos.

Ella se rió una vez, más bien una exhalación amarga. —Estoy segura de que todo es muy simbólico y emotivo, pero no estoy de humor.

—Típico —El pecho del Espejo se movió, casi como si se estuviera cruzando de brazos—. ¿No estás ni siquiera un poco curiosa? Estamos en un reino sin tiempo. Uno de mis patios de juegos, si me entiendes.

—Gracias, eso está mucho más claro —Vera se enterró la cabeza en las rodillas—. Por favor, sigue desperdiciando los últimos segundos de mi consciencia.

—Un Reino de Encrucijadas —continuó, ignorándola—. Aquí, nada ha pasado ni pasará. Sólo hay una posibilidad. Todos los acontecimientos, resultados, todo lo que podría posiblemente pasar en el Reino Mortal, son visibles aquí. Así es como yo sé lo que puede llegar a pasar.

Su voz se volvió más ligera. —Naturalmente, no te he despertado aquí para enseñarte todas las posibilidades. Eso sería verdaderamente tedioso.

—Bien —Vera levantó la cabeza desafiante—. No quiero verlas.

Los ojos del Espejo se entrecerraron en forma de rendijas molestas.

—Tú eres la única mortal que he traído aquí. Y la única que no se quedaría maravillada.

—Yo no he pedido venir —Apretó los dientes—. Déjame seguir y cumplir mi cometido.

—¿No te quieres aferrar a la vida? ¿No esperas ser salvada de este destino?

—¡No! —La voz de Vera causó un estrépito en el silencio etéreo.

El Espejo miró fijamente otra vez, sin parpadear, y sus ojos ardían de lástima. Vera no había visto eso de él antes y le daba fastidio. Un ruido angustiado chilló de su garganta y ella dejó que las piernas se le extendieran delante suyo, los brazos cayéndole a los lados. La cabeza le colgaba hacia atrás, descansando contra el altar.

—Entiendo a mi padre, pero se equivocó. A mí nunca me tenía que salvar nadie.

—Ah, pero está muy bien salvar a los otros —arrastró las palabras.

—Eso no es lo mismo. Morir por algo bueno es más de lo que yo me merezco.

El rojo de sus ojos bajó de intensidad. —Y ¿esta autocrítica te hace sentir terriblemente orgullosa?

—¡Déjame en paz! Sabes que es verdad —Su tono impávido hizo que le hirviera la sangre.

Se clavó un dedo el en pecho—. Padre murió por mí. Yo soy la razón por la que Jasper es lo que es. Puse a Basil lo suficientemente lívido para matarme varias veces, incluso si sólo lo logró una vez. Y he puesto a todo el mundo en peligro. Ya no puedo hacer eso si estoy muerta.

El Espejo se calló y Vera esperó que lo hubiera entendido una vez por todas. Los hombros le cayeron de su posición estresada bajo las orejas y se quedó mirando fijamente a las manos.

—Es mejor así. Madre dimitirá, devolverá las tierras robadas y volverá a instaurar los programas de beneficencia. Todo el mundo estará a salvo. No tengo ninguna razón para arrepentirme. Es lo más parecido a la felicidad que he sentido en mucho tiempo.

El espejo tarareó. —Me temo que tengo noticias para usted, Alteza.

—No quiero oírlo.

—Ya sé que no, pero te lo diré igualmente —El Espejo se deslizó hacia adelante—. Las condiciones que le impusiste a la reina no significan nada. No trascenderán.

—Eso es imposible —Vera se puso recta de golpe—. ¡Le hice que se cruzara el corazón!

Asintió. —En el mejor momento posible para ella. Los Cruza-Corazones no pasan a un nuevo corazón devorado. Limpia la pizarra de la deuda dejándola limpia y ninguna promesa se tiene que cumplir.

Vera se tambaleó para atrás, casi no pudiéndose agarrar al altar para apoyarse, intentando evadir las palabras del Espejo. Pero se estrellaron contra ella, destrozando sus esperanzas en trocitos puntiagudos que cortaban cada centímetro de su piel.

45
CRUZO LOS DEDOS

El Espejo miró al abrirse de golpe las puertas de la catedral. El Príncipe de Eraywyn y el Ladrón de Caddelinn entraron atacando.

—¡Bajad vuestras armas y dad un paso atrás! —exigió Jasper Haddin.

—¡No dudaremos en explosionar! —avisó el príncipe.

—Explosiona todo lo que quieras —contestó la duquesa, limpiándose las manos de sangre en un trapo—. Llegáis demasiado tarde.

Y la reina, a fondo hasta los codos en el pecho de la heredera, sonrió victoriosa. —Es *mío*.

◆◆◆

—Tú —La mano de Vera tembló al apuntar al Espejo, pero no tanto como su voz—. Estás sujeto a ella. ¡Tú has hecho esto!

Se tiró, a agarrarle los hombros, pero ella pasó justo a través de la sombra traicionera y casi se cayó en el pasillo. Recogiéndose, giró sobre el talón con un ladrido.

—Me entretuviste en el escondite. ¡Me llevaste a que me capturaran! — Se cogió los lados de la cabeza, y casi la transportó de vuelta al ascensor de cristal, cuando descubrió que Basil era un traidor. No, esto era peor. Ahora no tenía nada con lo que negociar. Se iban a morir ella y todos los demás—. ¡Llevas trabajando para ella todo el tiempo y yo lo *sabía*! ¡Te dejé traicionarme!

El Espejo se retorció de culpabilidad - ¿o de dolor? - e inclinó la cabeza, con los ojos cabizbajos.

—Confieso que no he sido tan imparcial como debería de haberlo sido. Sin embargo, que yo me entrometiera era para tu beneficio. Yo no te he traicionado; todo ha tomado el camino que tenía que tomar.

—Sí, como los infiernos —escupió Vera. Necesitaba cogerlo, clavarle las uñas en los hombros. Sacudirlo. Hacerle daño. Pero el Espejo, como cualquier victoria o comodidad posible, era intangible. Muy lejos del pequeño alcance de Vera. Una vez más, sólo la rabia le impedía desmoronarse, pero pronto sería devorada por ella.

El Espejo nunca mentía, pero era una cosa retorcida, profana, igual que ella. Había confiado en sí misma y se había equivocado. Había confiado en él y se había perdido. ¿Qué más podía esperar de una chica nacida de un monstruo y de una sombra fría con ojos rojos ardientes?

—He muerto para nada —graznó—. Va a seguir haciéndole daño a la gente. Igual hasta les hace daño a los ladrones. ¿Cómo es eso *el camino que debía tomar?*

—No ha sido para nada —dijo con determinación—. Tu sacrificio ha servido un cometido maravilloso.

—¿Qué *cometido maravilloso*? —Enseñó los dientes. Más que la rabia, Vera odiaba la

esperanza que todavía le daba y cuánto quería creer en ella—. ¿Por qué no puedes hablar claro?

—¿Por qué hablar cuándo puedo enseñar? —El Espejo estiró un brazo de sombras hacia el altar.

Cuando Vera siguió su dirección, la catedral cambió. Su luz pálida volvió a los rojos y los oros vibrantes, eliminando la posibilidad y sustituyéndola con la cruda realidad.

La cara de Amelia entró en el campo de visión primero, blanca como un fantasma y retorcida de horror.

—Nylora, ¿qué pasa? —Sus labios temblorosos distorsionaron su voz.

—Es… —La espalda de Madre tembló violentamente.

Vera se quedó de piedra, los oídos esforzándose para sus próximas palabras. Pero había un sonido diferente en el aire. Suave, conocido, pero más fuerte que nunca. Un latido, metálico y que resonaba. Vera conocía el sonido. ¿Un registra-tiempo? Pero el tic-tac de los registra-tiempos era un confort y este conjuraba imágenes de correr, adrenalina, miedo. Rabia.

—¿Qué monstruosidad es ésta? —gritó Madre, convulsionándose.

Vera se estremeció con la rabia urgente y abrasadora en los ojos de Madre, pero la miraban fijamente a través. Un grito ahogado rasgó el aire en algún lugar detrás, haciendo que Vera se diera la vuelta.

Al lado de las puertas abiertas, Jasper y Alys miraban fijamente con tres ojos como platos - dos azules oscuros y uno del color de la noche. ¿A qué estaban mirando?

Se volvió a Madre, la mueca furiosa haciéndole la cara horrenda. Los ojos de Vera volaron a sus manos, donde algo manchado y lleno de sangre pulsaba.

Vera se tapó la boca fuerte con la mano, succionándola al gritar de asombro. El ruido metálico sonaba más y más fuerte al seguir haciendo tic-tac el aparato cobrizo. Latiendo. Y Vera conocía el sonido demasiado bien. Lo había oído en la cabeza, en el pecho. Lo había sentido tamborileando por todo su cuerpo.

Era el latido de su corazón. Y la monstruosidad era su corazón.

El Espejo se materializó al lado de ella, mirando al frente. O quizá había estado allí todo el tiempo. Soltó un suspiro que sonaba aliviado y antiguo.

—Todas esas veces que te dije que no tenías corazón y tu pensabas que sólo te estaba picando… —Se puso delante de Vera con un brillo sonriente jugando en sus ojos—. Se te olvidaba que yo no puedo mentir.

46
SIN CORAZÓN

Vera interiorizó el panorama grotesco, hipnotizante y liberador todo a su alrededor. Las palabras fracasaban en responderle al Espejo, pero ella sabía que él podía sentir cada subidón que pulsaba a su través.

El ladrido rabioso de Madre. La cara ensombrecida de Amelia. El desconcierto fascinante profundizando los ojos de Alys en océanos de sorpresa. Jasper, completamente perdido. Su parche parecía doblarse y exteriorizar más sentimientos que el resto de su cara, retorciéndose con su ceja.

Y Vera, dándose cuenta ahora de cuánto sentido tenía todo. Sabiendo que no tenía corazón.

—No tengo corazón —soltó. Era una cosa tonta que decir, pero necesitaba decirlo en voz alta porque lo hacía más real. Le permitía aceptarlo.

—Sí, eso ya lo hemos establecido —El Espejo ondeó una mano en tirabuzón por el aire—. ¿Algo más útil?

Pero Vera no tenía nada. Ni siquiera un dolor de deseo. Sólo la luz de la revelación en la que cayó y en la que se deleitaba. Y odiaba. Pero era demasiado liberadora como para ahogarla.

El Espejo consideró su silencio. —Creo que esta escena distrae un poco. Librémonos de ella, ¿qué os parece?

—¡No! —gritó Vera. Se apresuró hacia adelante, intentando contener las imágenes en sus manos estiradas hacia afuera, pero se desvanecieron igualmente. Madre, Amelia, Alys, Jasper. La luz, los colores, todos desaparecidos.

Se volvió al Espejo, esperando verse igual de desesperada de lo que se sentía. —¿Qué pasa ahora?

Los ojos del Espejo deambularon. —Pasó. Pasa. Pasará. ¿Qué os pasa a los mortales con el tiempo?

Cierto. Aquí no había tiempo.

Vera sacudió los pensamientos empantanados. —¿Entonces, eso ha sido…?

—El resultado más factible —dijo él.

Ella asintió, una comprensión extraña apoderándose de ella. —No tengo corazón. Tiene sentido.

—¿Ah, sí? —La subida sorprendida de su voz le encendió una chispa de sentido de orgullo tonto.

—El factor tiempo —dijo ella—. Cinco años sin sentir y de repente hay un trozo de metal dónde debería estar mi corazón.

La voz le bajó a un susurro. —Esto es cosa de Padre.

—¡Buen trabajo! —Los ojos del Espejo se transformaron en pequeñas lunas crecientes—. No hay premios en las Encrucijadas, pero tú todavía eres una triunfadora para mí.

—¿Pero cómo? —le exhortó, acercándose. La mano se le disparó al pecho vacío—. No tenía ni el tiempo ni los recursos.

El Espejo asintió. —Desde el momento en el que el rey descubrió el secreto de la reina, tenía siete días de vida. Así que, sí. Era improbable. Pero eso es lo que me encanta de los

mortales - la convicción temeraria y tozuda. A veces da unos resultados alucinantes.

—Pero esa tecnología —insistió Vera—. Es extranjera.

—Imperial, sí. Bien observado.

La respiración le entraba rápido. —Pero los Reinos no tienen acceso a la tecnología imperial.

—Tienes razón —concedió el Espejo—. El típico ciudadano Reinoso no la tiene. Incluso ni la monarquía lo tiene. Sin embargo, la familia Xi tenía una deuda de toda la vida con los Valenledges.

Vera soltó un grito de asombro. Ella no hubiera pensado nunca que los líderes del Imperio del este tuvieran ningún negocio con los Valenledges, tan pequeños en comparación con sus proezas tecnológicas. Igual los gemelos sabían algo al respecto. Sacudió la cabeza. No todos los imperiales tenían negocios con los Xi. Los gemelos se habían encontrado probablemente en la situación con todos los demás. Con ella.

El espejo siguió: —Una deuda no lo suficientemente grande para una alianza, quizá, pero bastante para un único favor prometido. Uno que había sido preciosamente ahorrado durante generaciones hasta que el Rey Cerasos vio la hora de la necesidad.

Vera se retorció de dolor. —¿Para *mí*?

—Obvio que no para el vendedor de bollos —El Espejo rodó los ojos.

Ella puso mala cara. —No es momento para sarcasmos, Espejo.

—No es *momento* para nada —Se rió de su propia broma—. Sea como sea, un rey testarudo, un favor imperial, una operación de vegetaciones disfrazada, y un médico caddelinniano que juró guardar el secreto y que fue enviado fuera del continente…

Le disparó una mirada corta a Vera antes de admirar las puertas de la catedral. —Por no hablar de un ladrón en posesión de una caja muy codiciada.

Las puntas de los dedos de Vera le flotaban por encima de los labios. La caja que Padre le había dejado a Jasper. No podía ser.

—Sí, Jasper Haddin tiene tu corazón de verdad —confirmó el Espejo—. Y estoy dispuesto a apostarme que sería un hombre muy feliz, si sólo lo supiera.

Vera estaba a punto de echarle una mirada asesina cuando un subidón de miedo la atravesó como un disparo.

—Jasper —soltó un grito ahogado—. Y Alys. Los matará.

El Espejo ni lo confirmó ni lo negó. —¿Quieres ver más?

—Lo necesito.

Ladeó la cabeza. —Lo permitiré, pero intenta mantener la mente abierta. Y el corazón abierto.

◆◆◆

La visión de Jasper se le volvió borrosa, el shock y el alivio entrando en ondas alternantes abrumadoras. Estiró el brazo, casi no pudiéndose agarrar a un banco, al ver la máscara que Nylora tenía por cara arrugarse y retorcerse.

¿Un corazón de metal? ¿Era eso incluso posible?

¿Se había terminado?

—Jasper Haddin, ¿estás bien? —El Principito lo envolvió con un brazo para ayudarlo a

levantarse, pero Jasper simplemente le dio una palmada en el hombro.

—Chitón. Esto es demasiado bueno para perdérselo.

Los dedos ensangrentados de Nylora se deslizaron en el Espejo compacto, aún con el corazón de Nix en una mano.

—¡Espejo! —gritó—. ¡Sanguijuela asquerosa! ¿Qué es esto?

—Parece ser un corazón mecánico, mi Reina —dijo el Espejo en voz alta.

—¡Eso ya lo sé! ¿Qué está haciendo aquí?

—Bueno, estaba bombeando sangre antes de que usted lo arrancara tan rudamente. Ahora está simplemente en su mano, ¿no es así?

Jasper echó una risita bajo el bigote. Magia o tecnología, ese Espejo no tenía precio.

La boca de Nylora se abrió en una demostración de dientes mortífera. —Espejo, te juro que…

—Yo no juraría nada más si fuera usted —dijo, la risa espesa en su voz—. Recuerde que todavía está sujeta a sus Cruza-Corazones. El alba esta casi sobre nosotros, así que le recomiendo que se guarde las manitas para usted sola a menos que quiera morir más rápido.

—¿Cómo te atreves…? —empezó Nylora, pero el Espejo interrumpió.

—Y ahora, en un intento de salvar lo poco de tiempo que le queda, le voy a predecir y a responder a todas sus preguntas —Hizo un ruido, como aclarándose la garganta—. Usted sabe que yo no puedo mentir. Si usted pregunta, yo debo responder. No se moleste a preguntar; no hay manera concebible de que usted pueda hacerlo a tiempo. El corazón verdadero está perdido para usted. Por lo que respecta al que usted tiene en las manos, no la puede salvar. ¿Por qué no le dije esto? Simplemente porque usted nunca preguntó. Usted sólo esperaba lealtad de un ser sujeto a la servitud. ¿Mi consejo? Acepte que ha perdido en el juego y tome sus últimos momentos para *reflexionar*.

Un alarido desgarrador de la garganta y una explosión de cristal roto sacudió la catedral al tirar Nylora el compacto al suelo. El Principito se sobresaltó y Jasper…

Jasper se rió. Bufando y hablando sin entenderse, pero era una risa. El shock no se había ido pero el alivio era aún más fuerte.

—¿Jasper Haddin? —preguntó el Principito.

—¿Qué va mal, Nylora? —jadeó Jasper—. ¿No te gusta el sabor del metal?

Ella se giró hacia él, la cara como una tormenta. El Principito tiró de Jasper otra vez.

—No deberías haberte tomado esos calmantes. No estás pensando con coherencia —le susurró.

—Nunca he pensado con coherencia en toda mi vida —Forzó bocanadas enteras a sus pulmones ardiendo—. No voy a empezar ahora.

—Tú —gruñó Nylora, acusando—. No necesito ordenarle a Amelia que le haga daño a nadie. Lo hará por su propio gusto.

—Eso es —asintió la duquesa—. Sin embargo, a la persona a quién le haré daño eres tú.

—¿Tú me traicionarías *a mí*?

Ella se encogió. —Me prometiste de más. Ahora, necesito encontrar un sustento en otro lugar. No estoy encantada con ello yo misma, pero fue bonito mientras duró —Saludó con los dedos delicadamente—. Adiós.

Amelia se retiró, desapareció por la parte trasera de la catedral mientras Nylora echaba humo. Otra ronda de risitas explotó saliendo de Jasper.

—¡Vuelve, cobarde! —Desintegrador preparado, Alys salió volando detrás de Amelia.

—Bah, déjala irse —dijo Jasper, pero el Principito estaba en una misión para hacer que le

dieran una soberana paliza. No se le podía echar la culpa por intentarlo.

En el nuevo silencio, Nylora se giró otra vez, los ojos entrecerrados y salvajes.

—Somos sólo tú y yo ahora, ladrón.

Jasper rió. —Pronto seré sólo yo.

Ella agarró la daga del altar. —¿Dónde está su corazón?

—Aunque lo supiera, no te lo diría nunca —Tiró las manos para arriba y las dejó dar una palmada en los muslos—. Estás acabada, Nylora. Se acabó.

—¡Pero tú todavía tienes un acto heroico que terminar! —Sonrió ampliamente, un mechón de pelo pegándosele a la cara. Se lo apartó, dejando una mancha de sangre en la mejilla—. Puedes sentirte indiferente por tu vida, pero ¿y por la de ella?

Apuntó la daga al cuerpo de Nix y la risa de Jasper se le murió en la garganta.

—No conseguiste su corazón —dijo él—. Ella está a salvo de ti.

—Tu estulticia inconmensurable nunca deja de sorprenderme. ¿No sabes lo que le pasa a una Bella Dama sin corazón? —Su sonrisa se extendió otra vez, esta vez, helándole los huesos —. Sueño sin muerte.

Jasper entrecerró los ojos, intentando analizar las líneas de su cara en busca de cualquier pista de una mentira, pero eran demasiado erráticas.

—Sin su corazón o un sustituto monstruoso, ella nunca se despertará —dijo ella, despacio, disfrutando las palabras—. Será enterrada viva y se quedará ahí 26 años, hasta su muerte, mientras que Caddelinn y todo lo que ella quiere tanto se desmorone. Y contigo y tus amigos muertos, ¿quién intentaría salvarla?

Los puños de Jasper se apretaron. —¡Estás mintiendo!

—Eso es lo que tú quieres creer —Levantó el corazón de metal—. Este cacharro atroz era lo único que le permitía estar consciente.

Y lo tiró al suelo. Jasper chilló. Se lanzó a por él. Pero ella bajó el talón, aplastándolo, triturando metal y tornillos contra el mármol. No quedó nada más que chatarra al lado de los pedacitos de cristal del Espejo roto.

Jasper respiró una vez. Dos veces. El alivio se había ido, reemplazado por una subida neblinosa de adrenalina.

Ahora tenía que sobrevivir.

Se puso las pilas y corrió hacia las puertas, pero algo borroso de rojo se levantó a la vida entre ellos. Paró en el sitio, pestañeando. Miró detrás de él. Nylora había volado del altar a las puertas en un dos por tres.

—¿Cómo has hecho eso? —raspó con la voz.

Ella se le acercó, liderando con la daga. —Tú de verdad que no sabes nada de nosotras.

Él se echó para atrás al saltar ella, la hoja fallando darle al abdomen por los pelos.

Ella balanceó la daga otra vez y él saltó por encima de los bancos. A él se le resbaló un pie al evadir otro golpe y se agarró al respaldo de un banco dándose la vuelta a su parte delantera. Miró rápido hacia atrás, pero Nylora había desaparecido.

Sus músculos se tensaron, las orejas moviéndosele involuntariamente al ruido más pequeño. Miró las puertas, pero ella estaría allí en cuanto él fuera para ellas.

Se dio la vuelta despacio en un círculo, esperando el rojo borroso en cualquier segundo. La espera era insoportable. El corazón se le aceleró, la respiración irregular. No podía perder la cabeza ahora.

Forzó una sonrisa. —¿No tengo derecho a unas últimas palabras?

—¡No! —le dio un alarido justo en la oreja.

Jasper perdió el equilibrio y se estrelló contra el pasillo.

47
SANGRE Y NIEVE

Vera gritó mientras Jasper rodaba por el pasillo, gimiendo al parar. Sacudió la cabeza para librarse de la confusión, pero Madre estuvo de pie encima suyo en un segundo, la daga en la mano. Ella le pisó la muñeca y él hizo un gesto de dolor.

—¡Jasper! —gritó Vera.

El Espejo resopló. —No te puede oír.

—¡Cállate!

Madre levantó la daga por encima de su cabeza y el horror atravesó a Vera mientras ella la vio bajar. Pero se le congeló el puño en el aire y la mirada de Madre se fue arriba a las vidrieras policromadas, aterrada.

Vera le siguió los ojos, pero no había nada. Nada que ella pudiera ver que la parara.

Todavía atrapado bajo su pie, Jasper sonrió con dolor. —¿Qué tal esto como últimas palabras? *Cumpleaños feliz.*

Y ahí estaba. La luz del alba entró por el cristal, con tonos de arcoíris y prismática, cubriendo toda la catedral. Se quedó parada en Madre y ella subió los brazos para protegerse la cara, soltando un grito primigenio. Unas ronchas le arrugaron la piel, que se tornó gris y le colgaba como la cera de una vela derritiéndose. Las ronchas se volvieron agujeros, creciendo, expandiéndose. Y como un trozo de papel ardiendo, se consumió. Explotó en una nube de polvo que llovió partículas de ceniza en la moqueta de terciopelo.

La daga cayó y Jasper se sobresaltó cuando se incrustó en el suelo, a un centímetro de su ojo bueno. Entonces se hundió para atrás, soltando un suspiro de alivio.

Vera no respiraba. Y sabía que no tenía corazón en ella. Pero su pecho aún empujaba y traqueteaba, llevado por un pulso como un trueno. Se colapsó de rodillas y el Espejo se deslizó a su lado.

—Lo consiguió —susurró ella.

—Ja. Ya sabía yo que te gustaba.

Vera puso mala cara a que presumiera. No estaba avergonzada de que le gustase Jasper. Era una liberación del odio, como un bálsamo para una herida ignorada por mucho tiempo. Él estaba *vivo*. Ella había querido eso para él y para los otros, que ahora él podía salvar.

—No creo que esa sea exactamente su próxima movida —dijo el Espejo.

Vera levantó la mirada y observó, incrédula, como Jasper se levantaba con dificultad y arrastraba sus extremidades exhaustas al altar.

—Se ha acabado, Nix —En un momento como este, se rió—. O sea, ya sabes. No hay prisa.

—¿No hay *prisa*? —Vera se puso de pie como un rayo—. ¡Hay una ejecución esperando!

—Ya sé que esto tarda, pero volverás —Él tamborileó los dedos en el altar, su color escurrido traicionando la incertidumbre que quería enterrar—. Ella estaba mintiendo.

Vera se golpeó la frente. —No puedes ir en serio.

—No me digas que te esperabas otra cosa —dijo el Espejo—. Jasper Haddin lleva años enamorado de ti.

Vera giró la cabeza, mirando al suelo. No podía oír eso justo ahora. No podía aguantar que

más gente tuviera que morir porque alguien escogió querer a alguien que nadie puede querer.

—Loco sentimental —Le pegó una patada a la moqueta—. Tenemos una responsabilidad con la gente que lideramos y debemos honrarla. Él sabe eso.

—¿Es que el amor no es el deber de sí mismo?

—¿Y qué pasa con sus amigos? A ellos también los quiere.

El Espejo miró a Jasper. —Tú has dicho a menudo que él era tu único amigo. ¿Te has planteado alguna vez que tú eras la suya? ¿La primera - la más importante?

—¡No se trata de eso! —Vera se apretó las sienes, arrepintiéndose rápido de su elección de palabras—. Él ha evadido la ley cinco años, ha entrado en el Castillo por la fuerza, ha secuestrado a una heredera y se ha escapado de las mazmorras de un Castillo con fuerzas redobladas. Salvar a los demás no debería ser difícil para él.

El Espejo se encogió, aceptándolo. —Nadie ha dicho que él fuera razonable. Jasper Haddin no puede pensar bien sin ti, igual que tú no puedes sentir correctamente sin él.

Vera se quedó mirando al Espejo fijamente, aún intentando discutir. Al final, sólo pudo chasquear la lengua. Discutir no servía de nada y el bien o el mal no importaba aquí, donde Jasper no podía oírla.

Se acercaron pasos y Vera levantó la mirada justo cuando Alys aparecía de la parte trasera de la catedral, la manga de la chaqueta rasgada y ondas doradas cayéndole de la coleta.

—¡Alys! —llamó ella—. Por favor, ¡hazle entender!

—Que *no te oye* —repitió el Espejo.

—He fracasado en parar a la duquesa —dijo Alys con una mala cara apesadumbrada.

—Olvídate de Amelia, ésa se puede ir a molestar a otro reino —Jasper movió la mano desdeñosamente, entonces procesó el estado de Alys con desaprobación—. Tienes suerte que no te mató.

Alys asintió brevemente, con la decepción aún en la cara. —¿La Reina Nylora?

—Muerta.

Sonrió con esperanza. —Entonces no todo está perdido.

—Te equivocas —Jasper se volvió para el altar, afligido—. Todo está perdido.

Los ojos de Alys se abrieron. —Quieres decir que ella no…

—No lo sé —Respiraba alrededor de los bordes de sus palabras y se pellizcó la piel entre los ojos hasta que se volvió pálida—. Sabía que esto pasaría un día. Blade pensaba que yo estaba paranoico. Él decía que ella siempre volvería. Ella es una Bella Dama, eso es lo que hacen. Pero yo lo sabía.

Vera expresó dolor, inspirando. Miró a Alys desesperadamente, como se alisaba el pelo para atrás, los pensamientos guerreando en sus ojos.

—Voy a creer a Blade —dijo Jasper, tragando—. No me voy a mover de aquí hasta que se despierte.

Alys intentó arreglarse la manga rota, pero lo dejó enseguida. —Perdona mi impertinencia, Jasper, pero ¿qué pasa si no se despierta?

—Entonces… —Los ojos de Jasper se enturbiaron—. ¿De qué sirve más luchar?

Vera se mordió la mejilla y notó sangre, incluso aunque no estaba mordiendo en absoluto. Estaba allí muerta, mientras que Jasper se abandonaba al agotamiento y al dolor. Derrota. Ella casi no la reconocía en su cara, siempre radiando victoria presuntuosa.

—¿Y tu equipo? —Alys dio un paso adelante, la convicción endureciéndole las facciones —. No los dejarás morir.

—¡Exacto! —dijo Vera.

Jasper inspiró despacio. —Las salidas de combustión están taponadas con alquitrán y Nylora está muerta. Saca a Hunter y él liberará a los otros.

—¿Estás seguro de eso?

—Se hace el tonto, pero una vez lo vi abrir un cerrojo con un lazo de zapato.

Alys asintió, su ceño suavizándose otra vez. Pero algo de sus ojos no acababa de irse. —Cuando he estado con Vera Valenledge antes, no ha hablado de nada más que de la ejecución. Esto no es los que ella hubiese querido.

—Bueno. ¡Yo no hubiese querido que ella sacrificara su vida! —explotó Jasper, entonces se estremeció. Se apoyó en el altar, con los brazos bamboleando, y apoyó la cabeza en las manos—. Supongo que los dos estaremos decepcionados.

La lucha abandonó la cara de Alys y él puso los brazos a los costados, de vuelta a ser el diplomático perfecto. —Muy bien, quédate aquí y veamos lo que se puede hacer. Yo me voy a la ejecución. No tengo tus talentos, pero quizá la ley todavía tendrá algunos trucos para nosotros.

Jasper no respondió y Alys se fue de la catedral, prometiendo volver.

Vera apretó los dientes y se fue decidida hacia el altar.

—¿Adónde vas? —preguntó el Espejo.

—¡A hacer que escuche!

Se rió. —Buena suerte.

Vera paso de él, poniéndose en la otra parte del altar para estar de cara a cara con Jasper. Sólo la madera tallada y su cuerpo sangriento e inmóvil se interponía entre ellos.

—Espero que sepas lo ridículo que es esto —dijo ella—. No me puedo creer que *tú estés* dejando pasar una oportunidad de antagonizar al Castillo.

Jasper se frotó la ceja, con el ojo mirando abajo. Vera se agachó para intentar encontrar su mirada, pero él miraba a través de ella.

—Sé que has tenido que hacer un montón de cosas imposibles, pero te estoy pidiendo que hagas una más —le rogó Vera—. Recupera los sentidos y salva a nuestros amigos.

—Nix… —suspiró él.

Ella se quedó quieta. —¿Me puedes…?

—Vera.

El estómago le dio un vuelco. Claro, él no la oía.

—Eres la persona más mala que he conocido en toda mi vida —dijo él con los últimos restos de una sonrisa—. Aparte de Blade.

—Por los Elementos, gracias —arrastró las palabras—. ¿Tú crees que no lo sé?

—Pero ¿no quieres nada para ti? —preguntó él—. ¿Ni siquiera vivir? No es natural no ser si siquiera un poquito egoísta.

—Yo *soy* egoísta, cateto —suspiró Vera.

Había querido hacer esto. Necesitaba demostrar que le importaba. O que podía hacer lo correcto, incluso si no le importaba.

Y justo igual que todo lo demás que hizo, no valió la pena.

Los dedos de Jasper se arrastraron por encima del altar, acercándose despacio hacia su mano, pero paró justo antes y se separó. Las cejas se le juntaron, la sonrisa ida. —Incluso si no querías vivir para ti misma, ¿no podrías haber vivido por mí?

Vera apretó los labios muy fuerte, deseando que no se hubiera separado. Igual podría sentirlo incluso aquí en las Encrucijadas. Igual había una manera de llegar a él.

—Sabes que no podría.

El peso del arrepentimiento en sus propias palabras la sorprendió, pero era verdad. Madre

tenía razón; Vera nunca lo valoraría como se merecía. Ella era incapaz de ello.

Cosas como nosotras. Las Bellas Damas no podían querer.

La mirada de él se quedó en la mano de ella, mirando como si estuviera desapareciendo justo delante suyo. Pero entonces, se le movió la ceja, entonces se le arqueó. Su ojo se entrecerró.

—¿Qué? —preguntó Vera.

Él extendió la mano, cogiendo la de ella con cuidado. Vera sintió un disparo de tristeza al no sentir nada. Se tocó su propia mano, insensible a cualquier tipo de tacto. Jasper le dio la vuelta a la muñeca de ella, el ojo fijo en el anillo de Padre.

Los labios de él se separaron en un grito insonoro. —La caja.

—¡No, no, no! Olvídate de la caja, tienes que…

—Ahora mismo vuelvo —dijo Jasper, los dedos temblando al sacarle el anillo—. Sólo tengo que encontrar una cabina de FILIred.

—¡Lo que necesitas hacer es llegar a la Plaza Elemental! —Vera dio la vuelta al altar, intentando pararlo, pero él anduvo justo a través de ella—. ¡Jasper!

Él echó una última mirada por encima del hombro. —Voy a arreglar esto.

◆◆◆

Vera se sentó en un banco, aguantándose la cabeza, mientras los gemelos revolvían por el altar. Shade se puso unos guantes y Shadow hurgó en una bolsa médica, organizando herramientas. Durante todo ese rato, Jasper rondaba a su alrededor como una polilla molesta.

—¿Estáis seguros de que podéis hacer esto? —preguntó él.

Los gemelos pausaron y le ladearon la cabeza. Después de unos cuantos segundos, Jasper se metió la mano en los bolsillos.

—Perdón, no pretendía dudar de vosotros. Haced lo que sabéis hacer, chicos.

El Espejo se rió para sí mismo.

—Supongo que estás satisfecho —dijo Vera en una voz plana.

—No lo voy a negar —Los ojos del Espejo tenían una sonrisa—. Mirar cómo se cruzan y se fusionan los caminos es siempre fascinante.

Un chapoteo se le metió a Vera en los oídos y levantó la mirada, encontrando a la cara de Jasper blanqueándose. Él se metió los dedos en el pelo y se alejó del altar. Vera bloqueó a los gemelos con la mano, intentando no pensar en cómo dos adolescentes la estaban abriendo en canal.

—Intenta ver el lado positivo —dijo el Espejo y, por una vez, era una distracción bienvenida—. Igual tú pararás la ejecución tú misma.

Vera puso mala cara. —Podrían estar muertos para ahora.

—¿No los estás subestimando? —Movió la cabeza hacia atrás un poquito y miró a los otros —. Sin embargo, sugiero que te prepares porque esto va a doler.

—No siento nada.

—Ese es justo el punto, ¿no? No has podido sentir correctamente durante cinco años, porque no podías procesar tus emociones sin tu corazón orgánico. Pero han sido almacenadas para su procesamiento futuro.

Vera analizó el rojo fulgurante de sus ojos, pero no pudo encontrar la respuesta que estaba buscando.

—Habla claro —dijo ella.

—En resumen —tatareó el Espejo— vas a sufrir.

—No seas ridículo. Yo…

Una sacudida abrasadora le rasgó el pecho a Vera, tirándola del banco. Se estrelló contra el suelo al intensificarse el dolor e inundar su cuerpo. Se expandió por las venas como un incendio forestal, mil agujas feroces taladrándola, rasgando el entumecimiento.

El Espejo observó con un gusto casi sádico mientras Vera se retorcía a través de la agonía que subía en ella. Con una convulsión, se apretó el pecho y algo se hinchó y se torció dentro.

Pataleó y clavó las unas en el suelo. Su respiración entró entrecortada y en jadeos, la visión borrándosele. Se dio la vuelta sobre la espalda, esperando encontrar alivio, pero el dolor tamborileó y fluyó y ella finalmente se rindió a él.

Una luz cegadora le quemaba los ojos, haciendo que todo lo demás desapareciera. Explotó, revelando un cielo incrustado de estrellas y, viajando en él, lloviéndole encima, un millón de copos de nieve rutilantes.

48
DESPERTAR

Vera se lanzó hacia adelante, las rodillas clavándosele en el pecho palpitante. Temblando, se agarró al altar sólo para sentir algo sólido debajo de ella. La luz se había ido, la nieve se había ido, y el dolor se escapaba lentamente, pero la memoria de él se quedó labrada en sus huesos. Algo le hizo cosquillas en las mejillas heladas y se las golpeó, las manos saliéndole mojadas de lágrimas.

Lágrimas.

Sus ojos se enfocaron en una de las gotas al deslizársele por el dedo. Un sollozo le dio hipo en todo el cuerpo, seguido de otro. No podía luchar contra ellos y no quería. Estaba llorando y temblando y respirando.

Y *viva.*

—¡Nix!

La voz la congeló en un trance. El latido de su corazón tronaba - retumbaba - en sus oídos, más alto de lo que ella lo había oído jamás. Ella pulsó juntamente con su corazón, expandiéndose y contrayéndose dentro suyo. No se atrevía a girar la cabeza, sabiendo que no sería capaz de soportarlo.

—Gracias a todos los engranajes —el masculló, susurrando—. ¿Cómo te sientes?

Cada sílaba se le deslizaba bajo la piel y zumbaba a su través, queriéndola más cerca. Una melodía irresistible que la obligaba a girar la cabeza.

Una sonrisa ancha y brillante, torcida en todos los sitios correctos. Una felicidad genuina y perfecta que le quitaba cualquier respiración que había logrado meter en los pulmones. Negándose a que el subidón abrumador la aplastara, Vera pataleó sobre el altar y se cayó de él. Pero sus rodillas y tobillos no estaban preparados y cedieron inmediatamente.

—No, no te levantes…

Él la cogió de un brazo, por la cintura y sus manos la quemaron por encima de la ropa. Vera se estremeció con la calidez repentina y se aferró a los hombros de la chaqueta de él como si fueran la única cosa que la protegía de caerse y traspasar el suelo.

—Deberías tomártelo con calma —Su sonrisa menguó lo suficiente para que ella respirara otra vez—. ¿Puedes hablar?

La piel de él daba explosiones de menta verde salvaje y de naranjas maduradas al sol. Vera tartamudeó, todos los pensamientos y la lógica dejada atrás después de tanto dolor, seguido de tanta belleza. El único fragmento de pensamiento que quedaba era el fantasma de la sonrisa de él, sus pestañas largas, sus manos amables, cálidas. Cómo de imposiblemente bello era Jasper, incluso mientras su cara se retorcía de preocupación.

—Engranajes, espero que no te hayamos causado daño cerebral con la operación improvisada.

Vera se rió. O sollozó. Una oleada de calor la invadió mientras le miraba los labios. Él la había besado una vez, ¿no? Y ella lo había rechazado. Peor, lo había hecho sudar sangre completamente. Se lo había merecido en el momento, pero… ella no se podía imaginar haciendo eso ahora.

Los dedos de él se movieron por la frente de ella, apartando el pelo, y la piel le hacía sentir un hormigueo con su tacto.

—Estás ardiendo —Puso mala cara, moviendo la cabeza al lado—. Shade, ¿tú crees que…?

Vera cerró el dobladillo de su chaqueta en el puño y se lo acercó, sus labios estrellándose contra los de él. Ella le dio un beso con todo lo que tenía, todo lo que no había tenido en cinco años.

Jasper se quedó de piedra al principio. Pero su boca reaccionó pronto, abriendo los labios y acariciando, los dedos temblando al cogerle la cara. Con su mano en el pecho de él, sus latidos tocaron contra la palma de su mano, enviando sus reverberaciones por todo su cuerpo.

Pero entonces él paro y se apartó, jadeando. La lengua se le movió por encima de los labios. —Nix…

—¡Por la Ira Sangrante de Sol! —gritó ella, cerrándose la boca con la mano. Amortiguó dolorosamente un gemido de conciencia de sí misma—. Lo siento tanto. ¡Me enfadé tanto contigo y entonces voy y hago lo mismo! Lo siento, no…

Él se movió, sobresaltado. —¡No! No, eso no es lo que yo…

—¿Ah, no estás…?

Sopló una media-risa. —Engranajes no, ¿cómo podría yo…? —Su sonrisa cayó a una línea frustrada. Sus manos encontraron los hombros de ella y se apretaron—. Sólo…

Él la giró y Vera se encontró de frente con los ojos abiertos de Alys. La culpabilidad le subió por el estómago al ver la manera en la que sus brazos colgaban flácidos a los costados mientras estaba allí de pie, helado, en medio del pasillo.

La boca de Alys tembló, entonces se cerró. Se aclaró la garganta.

—Me avergüenzo de haber visto venir esto sólo en parte.

La mano de Vera se le disparó al costado, la cicatriz serpenteante debajo de la caja torácica de repente mordisqueándola. Sostuvo la cabeza.

—No te voy a insultar diciendo que te lo puedo explicar. Alys…

—Tendría que esperar, en todo caso —Sintiera lo que sintiera, lo dejó de lado hasta que se había desvanecido totalmente de su cara—. Acaba de estallar una batalla en la Plaza Elemental entre Caddelinn, Eraywyn y los ladrones. Si no aparece una heredera pronto, podría escalar en una guerra en toda regla. Vamos a pararla, antes de nada.

La vergüenza aún le picaba a Vera en la piel, pero asintió. —Gracias, Alys.

Jasper dio un paso adelante, llamando a los gemelos. —Chicos, volved al escondrijo. No es seguro para vosotros aquí —Se volvió a ella con un suspiro—. ¿De verdad te sientes que puedes con esto?

A pesar de su cara ardiendo, Vera se forzó a mirarle en el ojo. —¿Y *tú*?

—Sí. No necesitas venir.

—Tengo una responsabilidad con mi pueblo.

Alzó las manos. —Sí, pero…

—Y con mis amigos.

Él paró. Las comisuras de los labios se le saltaron a una sonrisa.

Vera la devolvió y agarró su hombro. —Vamos a luchar en esto juntos o a morir intentándolo.

Con un apretón final, se fue por el pasillo.

En un segundo, él estaba siguiéndola. —¿Qué ha sido esa última parte?

◆◆◆

La Plaza Elemental había descendido al caos.

Explosiones y gritos llenaban el aire mientras que los soldados eraywynianos se agachaban en un lado del escenario, asomando sólo la cabeza para explosionar sobre los guardas caddelinnianos al otro lado. Trozos rotos de automaguardas estaban esparcidos por el suelo, los cables chisporroteando. Los ciudadanos se habían amontonado detrás de las barreras de seguridad, acobardados pero traspuestos por el enfrentamiento.

Cadenas pesadas yacían en los escalones del Pabellón Elemental. Los ladrones habían reclamado el edificio. Basil se escondía detrás de las columnas, explosionándole a cualquiera y a cualquier cosa que se acercara. Archer, desarmado, estaba cerca detrás suyo. Hood no aparecía por ningún lado. Hunter, con un equilibrio precario en el tejado del pabellón, tenía una sonrisa eufórica al derribar dos soldados con explosiones a las piernas.

—¡Alto! —chilló Vera, lanzándose a la refriega—. Caddelinn, ¡alto el fuego!

Alys se unió a ella, subiendo las manos con autoridad. —Eraywyn, ¡depongan las armas!

—Chicos —dijo Jasper cansado—. Parad ya, ¿os parece?

Basil señaló al escenario, iracundo. —¡Han empezado ellos!

—¡Lo puedo explicar, Nox! —añadió Hunter—. Verás, ha ido así…

—No quiero oírlo —dijo Jasper—. Bajad los desintegradores.

Basil abrió su desintegrador a regañadientes y arrancó el cartucho, tirándolo al suelo. Hunter levantó el cañón en el alto el fuego y se guardó el desintegrador en la cinturilla. Las explosiones se desvanecieron cuando los soldados y los guardas se levantaron de sus posiciones agachadas, permaneciendo dubitativamente en los lados opuestos del escenario.

Vera fue hacia los escalones del escenario, pero el General Ashton rápidamente le bloqueó el camino.

—¡Tú no tienes nada que hacer dando órdenes aquí, impostora! —dijo él.

—¡Tú ya estás en mi lista, Ashton! —rugió Basil desde el pabellón—. No quieras entrar en la de ella, también.

Vera se cuadró de hombros y se alzó un paso, forzando al general a retroceder. —La Reina Nylora ya no está, así que ya no puedes excusarte en ella. Las decisiones que tomes ahora son cosa tuya.

Con la mirada enfocándose en su camisa ensangrentada, retrocedió unos cuantos pasos más antes de darse fuerzas a sí mismo. Cogió el micrófono y chilló en él, la cabeza girando alrededor a cualquiera que escuchara. —¡La heredera llevaba un vestido rojo! ¡Ahora, aparece este demonio, cubierta de sangre y acompañada del Matarreyes y de un príncipe joven fácil de engañar!

—Supongo que tú sabes mucho de eso, ya que llevas tres días *engañándolo fácilmente* — Vera subió al escenario, intentando igualar su volumen en vano—. ¡Registrad el reino, no encontraréis otra heredera!

—¡Entonces, la has matado! —Su intento de cara de enfado se perdió en sus labios temblorosos.

En vez de placarlo fuera del escenario como se merecía, Vera se controló y tomó aire profundamente. Este era el hombre que probablemente había herido a Jasper, y sólo los Elementos sabían lo que le había hecho a Basil. Las ganas de despedazarlo le inundaron los brazos, pero se lo guardó dentro bien cuidadosamente.

Ashton tenía miedo. Su cobardía había sido una maldición para Caddelinn desde que Madre

lo hizo General de la Corona. Si estaba luchando ahora, significaba que tenía algo terrible que perder.

Vera abrió los puños y flexionó los dedos. —Ashton, ríndete ahora y escucharé tu versión. Seré indulgente. Pero si te niegas, aplicaré las penas legales más severas para tus crímenes.

Se le abrieron los ojos al encontrarse con los de ella, parpadeando con un terror silencioso. Pero sus cejas canosas pronto se hundieron, endureciéndose otra vez.

—¡Yo ni sigo órdenes ni amenazas de una impostora! —chilló él en el micrófono.

Una decisión equivocada.

Vera se acercó a él sigilosamente, pero una figura blanca se interpuso cortantemente entre ella y el general. Con los brazos extendidos a los costados, Quintillius dejó atrás la seguridad de los bastidores y fue a por el micrófono.

—Esta es realmente una prueba de los Elementos mismos —gritó él, con los ojos hacia los cielos.

Vera reprimió un gemido. —Arzobispo, este es un asunto político. No tiene nada que ver con los Elementos.

Él se giró a ella sombríamente, aún manteniendo su posición cerca del micrófono. —Mi querida hija, todo tiene que ver con los Elementos. Ellos son la razón exacta por la que vivimos y respiramos. Son los fundadores de Caddelinn y, ciertamente, del mundo entero. Es natural que deseen tener voz y voto al seleccionar a los gobernantes mortales. Y sin embargo… —Se llevó las manos al pecho, los ojos yéndose al suelo—. No le han dado a su sirviente la suficiente consideración verdadera.

La lengua de Vera se retorció entre sus dientes. Tenía tanto que decir, pero ahora no era el momento de crear más enemistad con el Arzobispo.

—Debo admitir —añadió él, dándole un repaso escrutador de pies a cabeza—. Es difícil darle credibilidad a una pretendiente al trono aliada con criminales y cubierta de sangre.

—¿Todo el mundo quiere hablar de sangre? —dijo ella entre dientes—. Así sea.

A pesar de las protestas de Ashton, Quintillius se apartó para permitirle acceso al micrófono. Vera lo cogió con fuerza, preparada para decir la verdad, pero las palabras se le atascaron en la garganta al encontrarse con las caras de incertidumbre de la multitud. Sus miradas la alarmaron más de lo que había esperado. Ella llevaba cinco años siendo la Princesa Paranoica y estaba acostumbrada a su ridículo. Pero no a su aprensión.

Ojos brillando de miedo. Desconfianza. Curiosidad morbosa. ¿Qué veían?

Estaba cubierta de sangre. Los nudillos blanqueados alrededor del soporte del micrófono, la piel tan cetrina que traicionaba las venas debajo. El pelo se le pegaba a la nuca en nudos grasientos y, si sus ojos escociéndole no estaban rojos y hundidos, sería un milagro.

¿Cómo podían verla como reina cuando era un monstruo?

Dio un paso vacilante hacia atrás pero su mano no soltaba el soporte.

Los ciudadanos también habían estado aterrorizados de Madre. Y quizá Vera era un monstruo, pero siempre lo había intentado. Incluso cuando estaba equivocada, incluso sin corazón, ella había querido ser buena. Todas las ilusiones de cómo se suponía que una reina debía verse - bonita, equilibrada, segura de sí misma - no importaban. El trabajo de un monarca no era verse atractivo. Era proteger.

Y para ese fin, Vera bastaba.

—Estoy cubierta de *mi* sangre —dijo ella pronunciadamente, levantándose la camisa lo suficiente para mostrar la cicatriz cerrándose debajo de su caja torácica—. He sangrado por Caddelinn y lo haría una y otra vez más sin dudarlo. Mientras tenga una vida que dar, será dada a

y por este reino.

Y la multitud… masculló. Al añadirse más voces, creció a un zumbido agitado que no eran ni vítores ni abucheos. Era un respiro bienvenido de los latidos del corazón de Vera, ahora demasiado suaves y pantanosos en sus oídos.

Se permitió una pequeña sonrisa incrédula. No estaban abucheando, como había esperado. Tampoco estaban vitoreando sin pensar como lo habían hecho por Madre en su imagen. Estaban considerando, pensando; algo que no había visto a menudo en su gente.

Quizá escucharían.

—Un sentimiento agradable —Las cejas de Quintillius se alzaron condescendientemente—. Sin embargo, las palabras solas no lo hacen a uno digno del trono.

—Entonces analizad mi sangre, comprobad mis huellas dactilares. Yo soy la Vera Cerasina Valenledge de verdad.

Desdeñó la idea con un gesto de la mano. —Las pruebas arrogantes de la ciencia son fáciles de falsificar. Sólo hay una prueba que importa: el Test Elemental.

Vera cubrió el micrófono, bajando la voz. —¿Por qué no lo dices claro, Quintillius? No me vas a apoyar a menos que haga lo que tú mandes.

—No es lo que yo mande —le contestó entre dientes antes de arrancarle la mano del micrófono—. ¡Es la voluntad de los Elementos! Hay muy pocas y muy raras circunstancias en nuestra historia donde la catedral ha tenido que solucionar una disputa de poder. ¿Cuáles son las probabilidades de verlo en nuestros días?

Algunos vítores salieron de la multitud, provocando una aprensión fría en el estómago de Vera.

—¡Caddelinn lleva mucho tiempo sin confirmación! —continuó Quintillius, más a la gente que a ella—. El Test Elemental no debería haberse abolido nunca. El Rey Mago, Iacobus Iacobi, lo planeó específicamente para este objetivo preciso. Los Elementos lo guiaron para construir el pabellón y diseñar el test para que este reino no cayera nunca en las manos equivocadas. ¡Ya es hora de que sea restaurado!

Los vítores se volvieron más fuertes, llenando la plaza con un llamamiento a la acción rugiente. Vera cruzó los brazos y exhaló por los dientes. Era ingenuo pensar que los caddelinnianos la escucharían. Habían venido a por un espectáculo y si la ejecución se cancelaba, entonces exigían el test. Como si hubiese alguna diferencia.

La habían perseguido a ella y a Jasper después del fuego de la taberna, ruidosos y salvajes y sedientos de justicia. Eso era Caddelinn, en resumidas cuentas. Noble, eternamente insatisfecha, valiente, enfadada, siempre lista para pelearse.

No sería realmente su pueblo si no hubiera alguna sed de sangre en ellos.

Quintillius se volvió para ella, la boca en una línea grave. —Si eres realmente la heredera, entonces sabes que te avisé por adelantado. Llevas mucho tiempo teniendo miedo. Si no te consideras digna, ¿Cómo puedes esperar que la gente lo haga? — Él puso la mano en el hombro de Vera y aunque ella tenía las uñas clavadas en los brazos, no lo ahuyentó—. ¿Todavía tienes miedo, hija?

—No —susurró ella, girándose a la multitud—. Ya no.

En algún sitio detrás de ella, Jasper empezó: —Nix, no…

—¡Haré el Test Elemental!

49
EL PABELLÓN

El sol de la mañana temprano coronaba los edificios rodeando la plaza, bajando su ira sobre la asamblea. A pesar de los rayos calentándole la piel, un escalofrío horrible arrasó el cuerpo de Vera como si fuera una tormenta de nieve. Un viento brusco sopló pasando de sus orejas, más fuerte que los rugidos de la multitud exigiendo su muerte. Quintillius hizo el signo Elemental, susurrando una bendición que se perdió en el jaleo.

—Suelta a los ladrones y ocúpate de las preparaciones necesarias— le dijo Vera, su voz automática—. Mientras tanto, deliberaré con mis aliados.

La aprensión y el miedo se debatían en su estómago al girar sobre su talón. Tenía que recoger sus pensamientos antes de explicárselos a nadie que quisiera pararla. Especialmente a Jasper.

Aun así, fue directa a él y a Alys, que estaban de pie en la otra parte del escenario. Antes de llegar a ellos, sin embargo, alguien la cogió del brazo y la zarandeó.

—¿En serio estás dispuesta a que te rustan sólo por poder? —escupió Ashton.

Jasper estuvo a su lado en un segundo, las manos formándosele en puños. —¿Y tú en serio quieres entrar en la lista negra de todo el mundo esta mañana?

Vera le robó el brazo de vuelta y le hizo un gesto a Jasper para que no interactuara con él. —General, aparte de mis asuntos personales contigo, todavía no sé lo que le has hecho a Basileus Bixby. Pero que sepas que, si tiene algo que ver con Blair Bixby, es mejor que reces para que yo no salga nunca del pabellón.

Ashton rizó el labio y salió corriendo como alma que lleva el diablo, pero la manera en la que sus hombros tiesos se levantaron le envió un escalofrío a Vera por la columna. Era verdad, entonces. Había más en lo de la desaparición de Blair de lo que él daba a entender.

Lo observó hasta que estaba fuera del alcance del oído e intentó contener una ola de náuseas al girarse a Jasper. A él se le movieron sombras en el ojo, bajo una ceja enfurruñada. Alys se había unido a ellos y se movió despacio sobre sus pies, pellizcando la manga rota de su chaqueta.

—No me miréis así —dijo Vera, cruzando los brazos—. Ninguno de los dos.

—No me corresponde interponerme en tu camino, Vera —Alys levantó las manos en señal de derrota, pero sus ojos ansiosos evitaron los de ella—. ¿Pero estás segura de que quieres tomar este camino?

—No soltarán a los ladrones si no lo hago.

—Nix, podemos salirnos de esto luchando —dijo Jasper.

—¿Más violencia? ¿Darles otra razón para no confiar en nosotros? —Vera sacudió la cabeza—. No, este test lleva viniendo mucho tiempo y tengo que hacerlo hasta el final.

—No hagas esto —suplicó Jasper—. No sabíamos que tu corazón llevaba todo este tiempo protegido. Ahora, te podrían quemar viva y nada te salvaría.

—Pensadlo —dijo ella, insegura de si se lo estaba diciendo a ellos o a ella misma—. Estaré en el medio del pabellón y las salidas de combustión están entre las columnas. El fuego no se puede propagar por el mármol, así que no me alcanzará. Podría ser una cuestión de ahogarse,

pero eso no me mataría permanentemente.

—¿Y si te equivocas? —Con el ojo pinchado por la desesperación, Jasper fue a cogerle la mano, pero Vera se apartó.

Se arrepintió inmediatamente cuando le vio el dolor en la cara y dejó caer la mano. Pero no podía dejarlo tocarla. Si sentía que tenía las puntas de los dedos frías sabría que algo iba mal. Incluso peor, si ella sentía su piel cálida, ella perdería la compostura por completo. Y no podía caer en esa tentación.

—Se supone que ya estoy muerta —Puso una cara fría y miró ausente hacia la multitud para que él no pudiera leer el miedo en sus ojos—. Se me ha dado una oportunidad de arreglar las cosas y no puedo rechazarla.

Se frotó la frente con dedos nerviosos. —Cada vez que estás a salvo, te vas saltando al peligro otra vez. ¿Por qué no te puedes quedar segura por una vez?

Su mirada la penetró, pero ella resistió las ganas de mirarlo de vuelta. Tomó un respiro inestable. —Yo no puedo estar a salvo mientras que otros no lo están. Voy a crear seguridad para todos. De una vez por todas.

El corazón le latía, pesado de sangre. Era como una piedra atada a la pierna y Vera se estaba ahogando.

Jasper intentó hablar otra vez, pero ella lanzó una mirada breve, autoritaria entre él y Alys, diciendo: —Os pediré a los dos que os retiréis.

Y se bajó del escenario, yendo para el pabellón antes de que pudieran pensar en más argumentos. Antes de que ninguno de ellos consiguiera influenciar la poca resolución que le quedaba.

Tenía que encontrar a Basil antes del test.

Temblando ante la multitud pendenciera, ella pasó por el lado de las barreras de seguridad. Estaban vitoreando su nombre en booms rítmicos. Igual querían que sobreviviera, a pesar de todo. Vera levantó la barbilla e intentó una sonrisa. Intentó parecer fuerte. Esperaba que no pudieran verla temblando.

Basil, Hunter y Archer estaban justo fuera del pabellón, girándose hacia ella mientras que ella se acercaba.

—¡Buena suerte, Alteza! —Hunter sonrió ampliamente y le estrechó la mano en tironcitos animados. Si él se dio cuenta de la escarcha que tenía sobre la piel, no dijo nada—. ¡La Misericordia de Luna estará con usted, lo sé!

—O la ira de Sol, más probablemente —Vera dijo de broma con una sonrisa débil.

Archer se retorció las manos, la mirada dirigida a sus mocasines.

—Yo, umm… —Él exhaló y levantó la cabeza, revelando ojos acuosos—. ¡Por favor, no te mueras!

De repente se veía mucho más joven, casi como un niño. La boca de Vera se movió involuntariamente, extrañamente divertida con su pequeño lamento.

—No lo haré —mintió.

—Bien —Archer se asintió a sí mismo—. Hood no lo querría.

—Hablando de —Vera miró a la cara estoica de Basil—. ¿Hood?

—Lo sacamos primero. Está probablemente en el escondrijo —confirmó Basil.

La tensión que sostenía a Vera se relajó. Estaban seguros por ahora. Ella sólo tenía que asegurarse de que lo estuvieran después, también.

Se lamió los labios secos. —Chicos, ¿os importa si hablo con Basil en privado?

La mirada confusa de Archer pasó entre ellos con un brillo incómodo.

—Espera. ¿No sois primos?

—Por la Ira de Sol… Basil gruñó y fue a por la empuñadura de la espada, pero la encontró ausente de su cadera. En vez de la espada, empujó a Archer con una mala cara—. ¡Lárgate de aquí!

Hunter envolvió el brazo alrededor del Archer alucinado y se lo llevó más para abajo de la plaza, una mano suave dándole palmadas en el hombro. Cuando se hubieron ido, la mirada de Basil se giró a Vera en una mezcla de sospecha y curiosidad.

—Así que ¿lo vas a hacer en serio? —preguntó.

Vera levantó un sólo hombro, tiesa. —¿Me has visto rajarme alguna vez?

—Ni siquiera cuando deberías —Resolló y sacudió la cabeza, pero cayó en un silencio corto. Se le juntaron las cejas al encontrarse con sus ojos otra vez—. ¿Crees que lo conseguirás?

—No —respiró, casi no creyéndose poder decirle la verdad a Basil—. Pero creo que será una buena distracción.

Se inclinó un poco, entrecerrando los ojos. —Te escucho.

Ella exhaló por los dientes, la mirada escalando las columnas manchadas de hollín del pabellón. —Jasper no se va, pero… —Cerró los ojos por un tirón violento del corazón—. No sé lo que os harán si no salgo. Necesito que reúnas a los ladrones y salgáis de Caddelinn. Esperad, planead, haced lo que os parezca bien más tarde.

Basil tragó grueso, la mano todavía intentando agarrar la espada ausente del costado. Masticaba sus palabras, los labios poniéndose en línea recta.

—¿Es una orden? —preguntó.

Vera se masajeó la nuca. —Estaba esperando que pudiera ser un favor.

Sus ojos se alejaron de golpe y exhaló prolongadamente, asintiendo finalmente. —Haré todo lo que pueda.

—Gracias, Basil.

—Mientras que tú lo hagas, también —Una mala cara agravada de repente afiló su cara—. No estás haciendo un mal trabajo, Valenledge. No lo acortes.

Y se fue, dando pasos grandes sin molestarse a mirar atrás. Los labios de Vera se movieron involuntariamente al interiorizar sus palabras. Sólo Basil podía hacer que dar ánimos sonara como una amenaza y sólo Vera era lo suficientemente retorcida para sentirse tranquilizada por ello. De hecho, él la conocía mejor de lo que ella hubiera pensado jamás y la idea de decepcionarlo a él y a todos los demás le hacía más daño que nunca.

La chispa de optimismo repentina se le fue otra vez al pozo sin fondo y sin esperanza que tenía en el estómago. Miró al escenario y encontró a Alys. Sus manos se movían lenta y deliberadamente al hablar con la Comandante Kagal. En el lado opuesto, Ashton le hablaba a Quintillius mientras que el Arzobispo lo ignoraba y delegaba tareas a los guardias. Más abajo de la plaza, Basil se reunió con Archer y Hunter en la base de la estatua de Magus Rex. La multitud a su alrededor no daba ninguna pista de ningún parche. Ni rastro de una sombra que se arrastraba y observaba.

Jasper había desaparecido.

Más probablemente, estaba mirando desde algún sitio y no quería que lo encontraran. Basil había aceptado un reto imposible.

La fuerza de Vera la dejó con un suspiro. Tendría que haber dicho algo más, algo mejor. Sus últimas palabras para Jasper podrían quedar para siempre como *retírate*. Ella hubiera querido encontrarlo en la multitud para tomar prestado algún alivio en su sonrisa torcida y quizá darle un poco también a cambio del suyo. Pero era mejor así.

Su corazón estaba un poco demasiado preparado a saltársele fuera del pecho y correr. Le costaba ahora, recordando su cara en la catedral, cuando él había tenido miedo de que ella estuviera muerta de verdad.

Se frotó la piel de gallina que le estaba destrozando los brazos. Por la primera vez en cinco años, la idea de hacerle daño la atormentaba.

—Nox —susurró, sólo para sentir el nombre en sus labios—. Lo siento.

El ruido de electricidad estática llenó la plaza al acercarse alguien al micrófono.

—¡El pabellón está listo! Anunció Quintillius—. Todo el mundo debe desalojar el área y permitir a la pretendiente al trono que tome su lugar.

Los pocos guardas que habían estado limpiando las cadenas y comprobando las salidas de combustión se retiraron, dejando a Vera de pie sola delante de la trampa mortífera de mármol.

Ajustó la mandíbula y subió los escalones. Una vez estuvo exactamente en el medio, le asintió al Arzobispo.

Un fuego abrasador salió disparado a través de los espacios en las columnas, bloqueando al mundo.

◆◆◆

La visión de Vera se volvió borrosa cuando un humo negro siguió rizándose alrededor del techo del pabellón. Espatarrada en el suelo, intentó respirar del aire delgado pero sus pulmones fracasaron en el calor abrasante. Intentó lamerse los labios, pero la lengua parecía papel de lija contra ellos.

La camisa se le adhirió a la piel en parches pegajosos de cuando había estado sudando. Ahora, sudar era imposible sin hidratación. Le dolía la garganta esperando agua que no iba a venir.

El calor achicharrante había conseguido aliviar el horror gélido de saber que venía la muerte. Estaba aún ahí, en algún sitio, pero sus sentidos estaban demasiado apagados y confusos como para encontrarlo.

Aún, se atrevía a esperar.

El sofoco mataría su cuerpo, pero probablemente no su corazón. Ella moriría, pero podría volver y entonces todo terminaría.

Finalmente.

El humo serpenteante se espesó en el techo, arremolinándose y convirtiéndose en una nube oscura. Unas ascuas flotando en una tufarada de calor parecían darle a la nube dos ojos ardientes. Ella lo observó un rato hasta que los ojos le parpadearon.

—¿Espejo? —La voz de Vera se rompió al arrastrarse por las rendijas de su garganta.

—Qué placer verte aquí —dijo con una sonrisa inexistente.

Ella entrecerró los ojos, pero la visión no se le volvió nítida. ¿Estaba el Espejo allí de verdad o es que la falta de oxígeno le estaba afectando?

—Estoy muerta otra vez —dijo ella. No servía de nada que le diera vergüenza. Si estaba hablando sola, no había nadie alrededor para oírla.

—No del todo. Aquí no hay muerte verdadera —Se le acercó—. ¿No te has dado cuenta de la ausencia de sangre repentina en tu camisa?

Pues no se había dado cuenta. Pero la cabeza le pesaba demasiado para levantarla y

comprobarlo.

—Has cruzado a otro Reino ahora. Esa es la única razón por la que puedo aparecer sin marco.

—Por favor, no más tonterías de encrucijada.

El Espejo se rió desdeñosamente. —No, esto no es un Reino de Encrucijadas. Para empezar, este espacio está sujeto al tiempo. También apesta a juicio y mentiras —Suspiró—. Yo creo que los mortales deberían de verdad abstenerse de crear Reinos, pero, decididamente, eso no es asunto mío.

Sus palabras traquetearon en la cabeza de ella, la mitad aterrizando fuera de su entendimiento. El calor era sepultante. Enloquecedor.

—En cualquier caso, te recomiendo que te compongas todo lo posible —continuó el Espejo —. Vas a querer estar totalmente cuerda cuando empiece la primera parte.

Ella gimió. —Hace demasiado calor para moverse.

—Comprensible. Supongo que no cambia mucho al final —Pareció que los ojos se le desplomaban de cansancio—. Sólo acuérdate de que no es físicamente real ¿vale? Mientras que el test tiene ciertamente la capacidad de matarte…

El Espejo se paró a sí mismo, los ojos otra vez en alerta y volviendo en sí mismo. —Oy, así que ya empieza. Estaré por aquí.

El humo completamente negro se fusionó con el mármol nítido hasta que todo por encima era de un gris pantanoso, parpadeando con un remolino de ascuas y chispas.

Vera dejó que la cabeza le rodara al lado, la mejilla aplastando contra el suelo, y observó las columnas de fuego rugiendo a su alrededor. Las llamas bailaban con una gracia etérea, girando y contorsionándose en formas complejas que se desvanecían cuando otras nuevas tomaban su lugar. Adquirían una forma propia, saltando fuera de sus columnas y serpenteando más cerca, acercándose a Vera con sus tentáculos feroces.

En cuestión de segundos, las llamas parpadeantes la rodeaban, chamuscándole las mangas y lamiendo la piel debajo.

Vera gritó débilmente cuando el calor agudo se le metió dentro. Deseó que sus manos les dieran a las llamas y las apagaran, pero estaba inmovilizada por el fuego y el agotamiento. Las lenguas parpadeantes crecieron por encima de ella, fusionándose en una llamarada brillante, agonizante.

Con una subida de desesperación y aceptación, Vera cerró los ojos justo cuando las llamas se arrastraban por sus pestañas. Se rindió al infierno, y su abrazo feroz la consumió.

50
ESTRELLAS A FUEGO LENTO

Vera se despertó sobresaltada, el pecho moviéndose, los ojos abiertos y sin fuego a la vista. Se medio-levantó del suelo de mármol apoyándose, atragantándose con respiros de aire límpido y fresco. El dolor insoportable se había ido como si no hubiese existido nunca. La piel no estaba rota ni manchada, la ropa completamente intacta.

Pero el espacio detrás de las columnas había cambiado. Ya no estaba devorado por el fuego, pero tampoco mirando a la Plaza Elemental. Sólo un vacío profundo salpicado de estrellas se encontraba más allá del pabellón.

Vera saltó a sus pies y se giró despacio, absorbiendo el vacío. Daba vueltas a su alrededor, las estrellas agitándose en un vasto vórtice hecho de nebulosas.

¿Dónde en los tres infiernos estaba?

—El Reino del Test Elemental —Anunció el Espejo, materializandose dentro del pabellón—. Es un Reino de verdad, pero no orgánico, lo que explica toda la pompa innecesaria. Sin embargo, es una ilusión bonita y fuerte.

El shock se le empezó a pasar, preparando el camino para un dolor de cabeza agudo. Vera se apretó las sienes con los dedos, entrecerrándole los ojos al Espejo. —¿Me acaban de *quemar viva*?

—En cierta manera. Los elementos que encuentras aquí no te pueden matar porque nada es real. Sin embargo —le echó una mirada afilada—te dolerá como si lo fuera.

Ella se frotó la frente. —Odio estos sueños febriles.

—Apuntado. Ahora, no se me va a permitir estar aquí mucho tiempo así que si tienes preguntas, hazlas rápido.

—¿Qué pasa ahora?

—La segunda parte, naturalmente. Creo que está asociada con Luna.

—Elementos Sangrantes —Vera se apartó el pelo de la cara—. ¿Cuándo empieza?

—Pronto, pero lo estás haciendo bien hasta ahora. Uno terminado, faltan tres.

Ella le echó una mirada prudente. —He pasado la primera parte, ¿verdad?

—Sí. ¿Lo puedes sentir?

Ella asintió. Era difícil de señalar, pero un sentido de aprobación de un extraño brillaba en su interior. Había pasado la parte de Sol, que tenía sentido para alguien como Vera. Sol era el patrón de Caddelinn y regentaba a la familia Valenledge. El fuego era una parte natural de ella.

Ella tragó. Pero ¿qué pasaría con los otros Elementos?

—¿En cuántas partes puedo fallar antes de que el test me mate? —preguntó.

El Espejo sacudió la cabeza. —No funciona así.

—¿Cómo *sí* funciona, entonces?

—Depende de… —las sombras ondulantes de su cuerpo se sacudieron de golpe al asentarse un frío límpido en el air —. Ahí vamos. Acuérdate de que no estás respirando de verdad, aunque puede ser que lo sientas así.

Y desapareció otra vez en un abrir y cerrar de ojos. Vera gruñó y escudriñó sus alrededores otra vez, apretando los dedos para prepararse. Sus sentidos se intensificaron, respondiendo a un

cambio en la atmósfera cuando el aire se volvió denso, cargado de una energía que le pinchaba la piel.

Cayó una gotita, plata brillando en la luz de las estrellas antes de salpicarle en los pies. Entonces, una palmada mojada en el hombro, empapándole la camisa. Ladeó la cabeza de asombro, una pasada suave de lluvia dándole una capa de agua en la cara como si cayera del techo.

Las gotas batían rítmicamente contra el duro mármol mientras ella intentaba encontrar la fuente de la lluvia en vano. Fue transportada vagamente al Baile Elemental Real en el momento en el que tiraba de la alarma y los aspersores habían derramado un torrente encima de ellos.

La confusión dio paso a un susto al intensificarse la lluvia, volviéndose en un chaparrón estable en cuestión de segundos. Vera se tambaleó hacia atrás contra una columna, intentando escapar del agua que ahora se arremolinaba alrededor de sus tobillos.

Yendo contra toda ley de la gravedad, el agua se levantó en el pabellón como si estuviera retenida dentro de paredes de cristal. Vera envolvió los brazos alrededor de una columna en el momento en el que la inundación le llegaba a las caderas, pero el pulido era demasiado fino y tenía las mangas demasiado mojadas. La crecida de agua la levantó de los pies y ella se ahogó por falta de aire mientras ésta la llevaba hasta el techo.

Se revolcó, intentando agarrar sin ver para mantenerse a flote, pero la fuerza del diluvio la sobrepasó. Las manos encontraron el techo y la última burbuja de oxígeno que quedaba en el pabellón. Llenó los pulmones justo antes de que una ola se la llevara para abajo por la fuerza. Luchó contra el arrastre, pataleando violentamente, pero la arrambló hacia abajo. Le quemaban los pulmones, necesitando aire que estaba completamente ausente del pabellón.

Vera paró de moverse, dejando que el agua la mangoneara a su antojo. Soltó la respiración, enviando una fila de burbujas flotando hacia arriba. La oscuridad llegó.

Y ella se permitió hundirse en sus profundidades.

◆◆◆

De rodillas en el mármol seco, Vera espurrió. No había ruido de agua suelta en su tos, pero aún sentía su fantasma chapoteando en los pulmones.

—¡Felicidades! —dijo el Espejo, apareciendo de repente—. Has pasado otra parte.

Vera no se molestó en mirar para arriba. Sentía la aprobación extendiéndose cálidamente por el pecho otra vez, pero casi no podía estar agradecida por ello. Ya la habían quemado viva y ahogado. No se estaba muriendo de ganas de morir aplastada por una avalancha ahora.

—¿Por qué están intentando matarme los Elementos? —carraspeó.

—No es lo que están haciendo —Giró una mano por el aire—. Ya sé que es cruel y yo lo hubiera hecho de otra manera, pero no tengo mucho poder en estos asuntos.

Devolvió la mano a su forma de sombras —El test no depende de las partes que pases. Tienes que pasar por todas las partes antes de que pueda decidir si eres la que está buscando. Entonces, vendrá el juicio.

Verá se desplomó a una posición sentada en el suelo, resistiendo las ganas de colapsarse completamente. —Entonces, ¿cómo lo paso?

—Has hecho todo lo que has podido ya. Ahora sólo podemos ver si yo tenía razón.

—¿Sobre?

Los ojos le brillaron con una chispa de autosatisfacción. —Creo que el test te está buscando a ti, precisamente.

Si se suponía que eso era halagador, fracasó. A Vera no le importaba lo que el test - o la fuerza malévola que estaba detrás de él - quisiera de ella. Ella sólo tenía que salir viva para que sus amigos no tuvieran que correr por sus vidas. Para que su reino no se desmoronara bajo otro tirano. Para que Jasper no tuviera que sufrir su duelo.

No estaba segura de querer oír la respuesta, pero se forzó a preguntar:

—¿Y si te equivocas?

El Espejo hizo un sonido parecido a un chasqueo de la lengua y volvió su mirada al vacío de estrellas.

—En ese caso —dijo lentamente—. Será un destino desdichado para nosotros dos.

◆◆◆

El fuego llevaba treinta minutos rugiendo sin rastro de Nix.

Jasper se posó en el filo de un tejado con vistas al pabellón, las almohadillas de los pies presionadas firmemente contra las tejas menos resquebrajadas. Las piernas dolorosas habían caído en un entumecimiento tieso hacía mucho tiempo, pero él se quedaría allí en cuclillas hasta que viera salir a Nix.

O hasta que la sacaran, muerta.

—Nox, ¡Sé que estás ahí arriba! —Blade siguió gritando desde una de las ventanas del edificio—. ¡Hunter te ha visto desde el suelo!

Jasper siguió ignorándolo. Ya se cansaría más pronto o más tarde.

—Elementos Sangrantes —continuó—. ¡No me hagas subir allá arriba!

Jasper se apoyó por encima del filo sólo lo suficiente para ver el ceño fruncido saliendo de la ventana del cuarto piso.

—Buen intento —dijo Jasper—. Todo el mundo sabe que tienes miedo de los tejados.

—¡Que me despellejen si eso me impide bajarte arrastrándote de éste! —Blade se movió y sus movimientos ruidosos le tocaron a Jasper la fibra sensible.

Se apoyó un poco más lejos y encontró al lunático impaciente apretándose para salir de la ventana, un pie ya en el alféizar. Lo iba a hacer de verdad.

—¡Vale, ya voy! —gritó Jasper con un gruñido.

Blade estaba a medio camino fuera de la ventana, tambaleándose precariamente en el alféizar, cuando Jasper se deslizó para abajo por el canalón para encontrarse con él. Blade soltó un suspiro de alivio y se arrastró para adentro del edificio, agarrando el marco de manera temblorosa con los nudillos blancos y evitando mirar abajo todo el rato.

—¿Qué quieres? —preguntó Jasper secamente.

—No escondas los sentimientos ni nada —dijo Blade sarcásticamente, pero tenía los ojos demasiado cargados de cansancio para conseguir echarle una mirada asesina.

—Por si no te has percatado, estoy bastante ocupado.

Se apoyó en el alféizar para ayudarse. —Si estuviera herida, ya la hubiéramos oído gritar.

—No lo pillas —Jasper sacudió la cabeza—. Estamos jugando con magia.

Arqueó una ceja, la mirada yéndose al pabellón. Tragando, preguntó:

—¿Tú de verdad piensas que ella está tratando con los Elementos ahí dentro?

Jasper siguió su mirada, los dedos agarrando el canalón con más fuerza. El zumbido de algo poderoso y antiguo se le metió por los oídos. Olía afilado y con práctica, pero, si respiraba profundo y lo dejaba que le saliera por la lengua, dejaba el sabor amargo de algo taimado e insensible.

Él había estado intentando averiguarlo desde que el test había empezado, pero no estaba más cerca.

Volviendo a Blade, suspiró derrotado. —No sé nada de esta magia de los Reinos. Es tan diferente de las fuerzas de Cesam.

Blade asistió tieso y colgó la cabeza. Viendo la caída de los cuatro pisos más abajo, se retiró de la ventana y cruzó los brazos. —¿Y tú planeas quedarte y ver cómo resulta esto, supongo?

—¿Y cómo me iba a ir ahora?

—Eso es exactamente lo que dijeron los otros —Se pasó la mano por la cara—. Os entiendo. Yo tampoco me quiero ir.

—Entonces, ¿por qué sacar todo el tema?

Los ojos de Blade lo evitaron mientras él mascullaba bajo el bigote:

—Maldito sea todo.

—Espera un segundo —Jasper se apartó del canalón, acercándose un poquito. El entrecerró el ojo que tenía sin tapar—. ¿Ella te ha pedido que nos saques?

Blade soltó un gruñido irritado, pasándose la mano por el pelo.

—Sólo tenía una cosa que hacer. Dije que haría todo lo posible, pero, obviamente, era mentira.

—Engranajes oxidados, ¡lo sabía! —Jasper se giró hacia el pabellón en llamas—. Ella no piensa que lo va a conseguir.

—Nox —dijo Blade lentamente— No me gusta esa cara.

—Está a punto de gustarte menos pero no vas a llegar abajo a tiempo de pararme.

—No creo…

—Sácate a ti y a los otros.

Se tiró de un mechón de pelo. —¡Pero nadie quiere irse!

—¡Encuentra una manera!

Y Jasper se fue, deslizándose por el canalón mientras que Blade gritaba: —¿Crees que soy el Rey Mago, o qué?

Jasper no se podía quedar más tiempo. Los chicos lo conseguirían.

Pero si Nix se iba, no se iba a ir sola.

51
EL MEJOR TIPO DE PROBLEMA

—¿Te ha gustado la tercera parte?

El Espejo se cernía sobre Vera mientras ella yacía flácida, recordando cómo el pabellón se había sacudido y temblado, tirándola al suelo. Cómo el suelo se había resquebrajado, abriéndose bajo ella, tragándosela como una bestia de tierra antes de que montículos de suciedad cayeran por todas partes a su alrededor. Ella había intentado cavar, salirse a garras, pero el suelo era más rápido, implacable. Se le había metido hasta la garganta al asfixiarse ella en su tumba.

—No —Vera puso mala cara, sintiendo aún la arenilla de suciedad pegada entre los dientes.

El Espejo tarareó. —¿Es porque fallaste ésta?

Vera gruñó, llevándose las manos a la cabeza. Reconocía el peso de piedra en el pecho, la sensación conocida del fracaso, y lo menos que necesitaba era un recordatorio.

—Por lo que tú me has dicho, no cambia mucho las cosas —dijo ella.

—Sí, las partes individuales no decidirán el resultado final pero sí que hablan de ti, de tus logros, de tus elecciones —El Espejo rodó la cabeza—. El Elementalismo asocia varias características a cada Elemento. Tú deberías estar orgullosa de las partes que pases, ya que significa que personificas muchas de esas características.

Vera se sentó, con los hombros bajados y rascó la piel que se estaba pelando de las botas. —¿Cómo debería sentirme cuando falle una?

—Con esperanza —Sus ojos se presionaron en forma de lunas crecientes—. Tú deberías esperar vivir lo suficiente para mejorar y convertirte en lo mejor que puedas ser.

Vera sopló y forzó una media sonrisa. Probablemente tenía razón, pero tener esperanza era difícil cuando aún tenía que matarla Ventus y después ser juzgada por cualquier cosa que hubiera hecho en la vida.

—Te dejaré ahora —dijo el Espejo de repente, sobresaltando a Vera a los pies.

—¿Empieza la última parte?

—Aún no.

Vera jugó con sus uñas. —¿No te puedes quedar hasta que lo haga?

—Podría. Y estoy halagado de que ya no resientas mi compañía —El Espejo inclinó la cabeza, la línea borrosa de sus hombros rizándose y disipándose un poco más rápido—. Sin embargo, viene el mejor tipo de problema y creo que mereces ese tiempo sin mis interferencias.

—¿Qué quieres…?

Levantó la cabeza. —Juega con el corazón.

Y con un pequeño saludo de la mano, desapareció. Un hormigueo inquietante le picaba a Vera en la piel mientras se mecía sobre los talones, peinando su alrededor. ¿Qué tipo de problema era *el mejor tipo*? Apretando las manos en puños y ajustándose la mandíbula, se retiró y se aposentó entre dos columnas. Si se le aparecía algún Elemento ahora, la iban a oír bien oída.

Un golpe de cuerpo entero se estrelló contra Vera, mandándola como un rayo al suelo. El impacto la sacudió a través como si le hubiera realmente caído un rayo en el momento en que un cuerpo se le cayó pesadamente encima.

—¡Nix! ¡Estás bien! ¡Estás de hecho bien! —Jasper se empujó para arriba por los dos lados

de los brazos de ella para mirarla a la cara. Su sonrisa se debilitó y torció la ceja—. Espera, ¿*estás* bien? ¿Acabo de aterrizarte encima?

Vera parpadeó, jadeando.

La frente de él se arrugó. —Por favor, di algo para que sepa que puedes hablar.

Ella le cogió los hombros y balanceó las piernas, dándole la vuelta.

—¡Malditos Elementos! —exclamó ella—. ¿Qué en los tres infiernos estás tú haciendo aquí?

Él se rió, ancha y resplandecientemente. —No pensabas que te iba a dejar a ti toda la diversión, ¿verdad?

—¡Jasper! —Le presionó los hombros para abajo, manteniéndolo clavado al suelo.

Un flash de calor le pasó por todo el cuerpo al darse cuenta de que estaba justo encima de él. Su pecho latente presionaba contra él, las rodillas temblando, cerrándose contra las suyas. Su sonrisa torcida perfecta la quemaba por dentro. Se separó de él en menos que canta un gallo, echándose para atrás como si él la hubiera chamuscado.

Si él se percató de su rubor, no reaccionó. En vez, se sentó, mirando alrededor maravillado.

—Guau —respiró—. Esperaba más fuego y menos estrellas. Sabía que este sitio tenía magia; parece exactamente lo que haría Eugenia.

Vera soltó un bufido. Este no era el momento de sus cuentos de jinns y peris.

—Tú no puedes estar aquí —dijo Vera, forzándose a ponerse de pie. Lo cogió por las muñecas y lo levantó—. Tienes que irte antes de que empiece la parte del test de Ventus.

Él no se resistía mientras ella lo arrastraba al borde del pabellón, donde se paró. ¿Saltar lo llevaría de vuelta a Caddelinn o caería en el vacío visible abajo?

—¿Vamos a encontrarnos con Ventus? —preguntó él, con la voz embobada.

Vera se giró bruscamente para lanzarle una mirada asesina. —*Nosotros* no vamos a hacer nada. Yo acabo el test y tú te largas.

—Nix —suspiró él, estirando de los dedos de ella suavemente para separarlos de sus muñecas. Cogió sus manos fuerte en las de él y la llevó al centro del pabellón—. ¿Es que no hemos aprendido ya que pasan cosas malas cuando hacemos las cosas solos?

Vera siguió sus pasos, casi en un trance. El tacto de Jasper le envió un escalofrío por la columna, sus manos cálidas envolviendo las suyas. Y, para su vergüenza, las mismas ganas de cuando estaban en la catedral le entraron por todo el cuerpo otra vez. Deseando su contacto, queriendo apoyarse en él, abrazarlo muy de cerca.

Miró para abajo antes de que el impuso de darle otro beso la abrumara.

—El test no se ha intentado nunca con dos personas —dijo ella débilmente.

—Pues igual es hora de que alguien lo haga.

Se atrevió a encontrarse con la mirada del ojo destapado; un iris alucinante de color noche oscuro brillando de solidaridad y convicción.

—No te vas a ir, ¿verdad? —le preguntó.

Se encogió de un hombro. —Tú no eres la única persona que se supone que tiene que estar muerta ya.

Una brisa límpida empezó alrededor de los tobillos de los dos, barriendo rápido y arremolinándose, silbando al soplar a través de las columnas.

—Está empezando —dijo Vera, la aprensión filtrándosele en el estómago.

Ráfagas fantasmas de viento le tiraron las ondas de Jasper de un lado al otro. La ropa se les inflaba como si estuvieran atrapados en una tempestad. Un golpe amargo de viento frío empujó a Vera hacia adelante, y se chocó con él.

Jasper se rió de satisfacción. —Ventus es un poco avasallador, ¿ey?

Vera no pudo sonreír de vuelta, no cuando el viento se intensificó en un vendaval alrededor de los dos, listo para matar. Envolvió los brazos alrededor de los hombros de él, sintiendo cómo se tensaban sus músculos.

—Creo que mejor que nos agarremos fuerte —dijo ella.

Los brazos de él se enroscaron alrededor de la espalda de ella, cálidos y sólidos. —Es la mejor excusa para un abrazo que he oído en mi vida.

Dos corrientes batiéndose en duelo giraban la una alrededor de la otra, barriéndose en un tornado frenético a los pies de los dos. Los levantó despacio del suelo. El pelo de Vera le daba latigazos en la cara al mismo tiempo que ella intentaba equilibrar su barbilla en el hombro de Jasper. El pulso de su garganta batía contra el cuello de ella. Los dos dieron vueltas en la espiral del tornado al hacerse más grande y estruendoso a su alrededor.

—Eh, ¿Nix? —chilló Jasper por encima del viento rugiente—. ¿Qué regentaba Ventus, dímelo otra vez?

—La lógica y la ley.

—Vaya, estoy absolutamente despellejado.

La mente de Vera giraba, mareándose en el viento que se torcía. Estaba temblando a pesar de la calidez de Jasper.

—Pero también regenta el ingenio, la ligereza del corazón, y la diversión —dijo ella—. Así que yo estoy igual de despellejada.

—Igual tenemos bastante juntos para hacer feliz a Ventus —Se rió Jasper, casi imposible de oír por encima de las ráfagas potentes que soplaban pasando al lado de ellos.

—¿Tú de verdad piensas que…?

Un golpe de viento dio un latigazo entre ellos, separándolos a la fuerza. Vera chilló, consiguiendo coger la muñeca de Jasper por los pelos antes de que saliera volando. Los dedos de él respondieron agarrándose desesperadamente, moviéndose involuntariamente por el vendaval con bataneo que los separaba como si fuera con palanca.

—¡No te sueltes! —gritó Jasper. El viento llevaba su voz en fragmentos.

Vera apretó los dientes, intentando resistir, pero la mano de él se estaba soltando justo entre sus dedos.

—No puedo…

Una ráfaga helada rasgó el espacio entre ellos, llevándose a Jasper volando por los aires. Su grito se perdió en el vórtice al igual que el de Vera al ser engullida hacia su interior.

◆◆◆

Los ojos de Vera se abrieron despacio y un grito ahogado se le enganchó a la garganta. Levantarse en el suelo del pabellón esta vez fue diferente, con Jasper anidado a su lado. El brazo de él descansaba perezosamente en la cintura de ella, las piernas de los dos enredadas juntas. El en silencio solemne, ella podía oír su respiración suave mientras él dormía.

Sus ondas sueltas se le esparcían por la cara y Vera tuvo que pararse de apartárselas suavemente y de seguir con el dedo el contorno de su mandíbula. O de pasarle las puntas de los dedos suavemente por encima del parche.

Ya estaba demasiado cerca. Alargar la mano para tocar el fuego tentador de la piel de Jasper

sólo los quemaría a los dos.

Y a Alys, también.

Jasper se movió involuntariamente y sus pestañas imposiblemente largas batieron, abriendo un ojo borroso. Se le arrugó la ceja, la mirada deambulando por sus extremidades enredadas. Con un sobresalto, se sentó.

—Perdona —dijo él, rojo subiéndole a la cara—. No quería…

—No, yo tampoco —El corazón de Vera se lanzó a una carrera y ella saltó a los pies—. Uno no decide cómo se despierta en este sitio.

Después de rastrillarse el pelo hacia atrás, él se levantó con ella.

—No estabas de broma. Ventus juega duro —Soltó un silbido bajito—. ¿Todas las partes han sido así?

—Sí —suspiró ella, no queriendo acordarse de ninguna de ellas. En vez, le dió una sonrisa dubitativa—. ¿Pero lo sientes? Creo que hemos pasado.

Él se masajeó el pecho con la mano. —Ah, ¿es eso lo que es? Yo pensaba que era… —Se rascó detrás de la oreja y calmó la voz—. Bueno, nadie podría ganarle nunca a los viejos Nix y Nox.

Le guiñó el ojo, atrevido, y Vera cruzó los brazos para esconder sus dedos temblorosos.

—Entonces, ¿qué pasa ahora? —preguntó.

—Ahora… —Vera tomó una buena bocanada de aire, buscando al Espejo a su alrededor. Fracasando en el intento, se encontró con el ojo curioso de Jasper otra vez—. El Espejo dijo que una vez hubiera pasado por todas las partes, el juicio del test llegaría.

—Ah, ¿eso es todo? —dijo Jasper desdeñosamente y batió una mano despreocupadamente en el aire.

Vera arqueó una ceja. —Todavía tienes tiempo de irte.

Un parpadeo de sorpresa se llevó su sonrisa. Pero volvió triple.

—Tienes razón —dijo él—. Pero afrontar mi destino con nadie más que tú me parece equivocado. Y ya he hecho muchas cosas mal.

Estiró una mano, con la palma para arriba, como invitándola a bailar por primera vez. Por última vez. Vera flexionó los dedos en su costado mientras éstos se debatían entre salir y quedarse donde estaban a la vez. Una parte egoísta y primitiva de sí misma quería aceptarlo. ¿Importaba cuando ya lo había abrazado? ¿Besado? ¿Cuándo los dos iban a morir probablemente?

Pero estaba mal. Ella no quería eso por él, sino por ella misma. Para calmar los golpes pantanosos infernales de su pecho. Y no era justo para él. O para Alys.

—Ya veo —Jasper bajó la mano y se la metió en el bolsillo, la mirada para abajo girando—. Deberíamos concentrarnos en…

Un zumbido suave llenó el pabellón, una vibración ascendente que surgía del mármol y se iba enredando alrededor de las columnas, chisporroteando al intensificarse. El zumbido reverberó a través de los músculos de Vera, haciéndolos apretarse. Por la manera en que Jasper ajustó su postura buscando equilibrio, él lo podía sentir, también.

Él levantó la mirada, con la preocupación alarmándole la cara.

—¿Qué significa un estruendo escalofriante para nosotros?

—No creo que sean buenas noticias —dijo Vera, anclada al suelo.

El estrépito se amplió, el suelo del pabellón moviéndose debajo de ellos. Una fuerza arrasó encima del techo, dejando atrás fisuras del temblor. Las columnas rodeándolos empezaron a fragmentarse y a resquebrajarse, enviando polvo en una masa nebulosa al aire.

El corazón de Vera se disparó a toda máquina, bombeando adrenalina eléctrica a su través. Se encontró con la mirada amplia de Jasper y un entendimiento tácito y horrible pasó entre ellos.

—¡El pabellón se está viniendo abajo! —gritó ella.

El pánico se apoderó de su pecho mientras el pabellón se quebraba y se resquebrajaba, la estructura que antaño era grande y recia ahora se desmoronaba como granitos en un reloj de arena. El polvo caía grueso, obscureciendo su visión mientras les llovían desechos. Pedazos de techo temblaban precariamente sobre sus cabezas y los instintos de Vera la propulsaron hacia adelante, lanzándose hacia Jasper.

Tiró de él hacia una columna que aún se tenía en pie justo en el momento en el que un trozo enorme de mármol se estrellaba contra el suelo donde él había estado momentos antes.

Él soltó una cadena pesada de respiros, el ojo yéndose directamente a ella.

—Gracias —jadeó, su voz casi inaudible por encima de la cacofonía de piedra cayendo.

Ella asintió, su concentración cambiando hacia una fisura abriéndose que se cernía sobre ellos. Unos temblores violentos se movían por la piedra, ascendiendo en un crescendo mortal. El vacío de las estrellas se desvaneció y la Plaza Elemental parpadeaba dentro y fuera de los espacios entre las columnas. Gritos periféricos se filtraban por el coro de destrucción.

Esto no era parte del test. Esto era real.

Unos pedazos del techo por encima suyo temblaron, listos para caerse en cualquier momento. Sus manos temblaron sobre los hombros de él, agarrando puñados de su chaqueta. Si no sacaba a Jasper, morirían los dos. Él igual no la perdonaría, pero ella no viviría para arrepentirse.

—Lo siento —dijo con voz ronca.

La ceja se le arrugó, la boca abriéndose en una pregunta atascada. Y Vera lo empujó por en medio de las columnas. Él se cayó para atrás, atrapando el aire, gritando.

Vera se colapsó a los pies, lágrimas empezando a brotar. Se envolvió fuerte, ahogándose en un pozo de culpabilidad acumulada.

Y el pabellón se desplomó sobre ella.

52
NOCHE Y ESPERANZA

Nubes brillantes navegaban sobre una brisa perezosa, su crucero tranquilo a través del cielo azul profundo contrastando con los latidos forzados de Jasper. Parpadeó, el dolor apuñalándole el ojo tapado, y apretó los dientes, intentando encontrar palabras o incluso sólo pensamientos en la neblina pantanosa de su mente.

Una sonrisa más brillante que las nubes bloqueaba el cielo al agacharse Hunter por encima suyo.

—Ey, ¡Nox! —dijo él antes de levantar la cabeza—. Te lo he dicho, ¡está consciente!

—¿Qué? ¡Sal de en medio!

Hunter fue apartado salvajemente mientras que Blade, la cara retorcida de preocupación, tomó su lugar.

—¿Cómo estás? —le exigió—. ¿Cómo te sientes?

—¿Qué engranajes? —dijo Jasper sin que se le entendiera, empujándose para levantarse. Una sacudida aguda le chisporroteó en el cráneo. Se llevó la mano volando a la parte de atrás de la cabeza, encontrando una venda envuelta de la coronilla a la frente.

—No te agites —dijo Blade—. Te has dado fuerte. Tienes suerte de tener una cabeza dura.

Alguien lo había traído a los bastidores del escenario todavía en pie en la Plaza Elemental y él absorbió los alrededores, sosteniéndose en unos brazos temblorosos. La multitud había disminuido, aunque muchos ciudadanos todavía se movían en manada más allá de las barreras, observando el movimiento alrededor del pabellón con un interés morboso.

El pabellón. O lo que quedaba de él.

Trocitos resquebrajados de columnas todavía quedaban en pie entre una avalancha de pedazos enormes de mármol cubiertos de hollín. Una ruina antigua, hubiera pensado Jasper, si no hubiera estado dentro justo hoy.

Ella lo había sacado de un empujón. Ella lo había salvado. Pero eso significaba…

—¡Nix! —dijo él, lanzándole una mirada a Blade—. ¿Dónde está ella?

Él puso mala cara. —No has escuchado ni una sola palabra de lo que he dicho.

—Y tú no has respondido —Jasper puso de pie en un santiamén, los tobillos tomándose el tiempo de solidificarse.

Blade se lo quedó mirando larga e intensamente. —¿Por qué crees tú?

Jasper sacudió la cabeza, peinando la multitud, los montículos de roca blanca y los guardias sacándolos de en medio.

—No puede ser —dijo Jasper, quizá mascullando—. Hemos pasado la parte de Ventus. Nosotros…

Se puso la mano detrás de la cabeza, intentando calmar el dolor que lo distraía.

Hunter le puso una mano amable en el hombro. —Hemos estado revolviendo los escombros desde que se colapsó el pabellón, pero… —Tragó y sonrió—. No te preocupes, si está aquí, la encontraremos.

—¿*Si?* —se apartó Jasper—. ¡Pues claro que está aquí!

—Está aquí —Blade asintió tieso—. Pero no sabemos si está…

Él evitó la mirada asesina de Jasper lo suficiente para construir una mala cara de frustración.

—Mira, sé que no es lo que quieres oír, pero ella se llevó lo más gordo del golpe —Blade se pasó una mano por la cara—. El reino entero ya piensa que está muerta.

Una burla salió rasgando la garganta árida de Jasper. —Caddelinn no sabe de lo que ella está hecha. La he visto muerta cuatro veces en los últimos tres días.

Blade arrugó los labios a un lado. —Si lo que dijiste del corazón mecánico es verdad, tenía más protección de lo que pensábamos.

—Tú eres el que decía que ella seguiría volviendo.

Blade hizo un gesto hacia el pabellón derrumbado con un brazo decidido y tieso, y mostró todos los dientes. —¡Eso era antes de que fuera enterrada bajo toneladas de piedra olvidadas de Sol!

—Ella está bien. Yo lo sé —Los dedos de Jasper se formaron en puños a sus costados.

—¿Lo sabes o quieres creerlo? —espurrió Blade.

Jasper le sostuvo la mirada asesina hasta que Blade apartó la mirada y exhaló prolongadamente.

—Todos queremos creerlo —dijo Blade, la voz cayendo—. Pero tenemos que estar preparados para lo contrario. Tendrías que aceptarlo sin que te destrozara.

—Yo no tengo que hacer nada excepto evitar pagar impuestos y morir, eventualmente —Jasper se cuadró de hombros y se volvió a Hunter—. ¿Cuánto tiempo he estado KO?

—Siete horas —dijo Hunter—. Shade vino e hizo lo que pudo con tu cabeza aquí, en público. Blade y yo convencimos a los otros de que se escondieran con Hood, pero es mejor que tú vayas a ver a Shade tan pronto como sea posible —Se frotó la nuca—. No estaba demasiado contento con tu estado.

Jasper asintió. —Siete horas es más o menos lo que tarda en volver. Necesitamos quitar todos los escombros que podamos para que pueda salir.

—Tú estás pasando de todo lo que no quieres oír —Blade le metió un dedo a Jasper en el pecho—. Tú tienes que ir a ver a Shade por la cabeza y el ojo y…

Jasper lo ahuyentó. —La cabeza la tengo bien y lo del ojo es sólo un rasguño.

—Absolutamente ninguno de nosotros te cree —dijo él de plano. Sus cejas se fueron rápido para abajo cuando se le puso en medio con fuerza—. Y si piensas que te vamos a dejar levantar rocas así, te has dado más fuerte en la cabeza de lo que pensamos.

Jasper intentó rodearlo, pero sus extremidades eran demasiado lentas y Blade era inamovible.

—¡No hay tiempo para esto! —exclamó Jasper, empujando y apartando los hombros de Blade—. ¡Necesitamos encontrarla antes de que nos arresten otra vez!

—Sobre eso… —Los ojos abiertos de Hunter miraron al cielo—. No nos van a arrestar.

La cabeza de Jasper dio un giro inmediato hacia él con un dolor sordo. —¿Por qué no?

Blade gimió, pinchándose el puente de la nariz. —Ha habido algunos acontecimientos interesantes mientras estabas inconsciente. La mayoría teniendo que ver con…

—¡Está despierto! —Una voz melodramática berreó de la otra parte del escenario—. ¡Dejad paso!

La cabeza de Jasper le dio vueltas al girarse sobre los talones para ver a Quintillius acercársele a grandes pasos, seguido de cuatro miembros de la congregación, ataviados de túnicas blancas y cabizbajos.

El Arzobispo abrió las manos. —Jasper Haddin, es por orden de los Elementos que debo…

—Esto va a tener que esperar —dijo Jasper—. Le prometo que me entregaré, pero no un

segundo antes de que encontremos a la heredera.

El Arzobispo inclinó la cabeza solemnemente mientras la congregación alrededor de todos hacía el signo.

—Mi querido chico, la heredera autoproclamada está seguramente muerta —dijo Quintillius —. El Pabellón Elemental se ha derrumbado. Esa es una respuesta bastante decisiva.

—¡Que no está muerta! Está sólo…

Él levantó una mano. —Sé que es difícil, pero debemos aceptar la voluntad de los Elementos. Ellos han visto apropiado suprimir el reinado de los Valenledges - una línea real que ha traído muchas desgracias a Caddelinn —Una sonrisa le iluminó la cara—. Y, a cambio, nos han nombrado un nuevo monarca.

A Jasper se le erizó la piel. Se preguntaba si podía salir corriendo ahora sin que nadie lo parara.

—¡Tú! —exclamó Quintillius—. ¡Tú eres el nuevo rey!

Jasper se quedó boquiabierto. —¿Qué?

—Te lo estoy diciendo —masculló Blade a su lado—. Todo se ha puesto muy raro, muy rápido.

—¿Cómo te atreves a cuestionar la voluntad de los Elementos? —Quintillius le puso una mala cara severa antes de ablandarse al volverse a Jasper—. El pabellón se ha desmoronado y tú has salido incólume. Tú has sido elegido.

Jasper asintió confundido, frotándose la parte de atrás de su cabeza vendada. *Incólume* no es la palabra que él usaría, pero eso no era lo más absurdo saliendo de la boca de Quintillius.

—Arzobispo —dijo, en un tono que uno utilizaría con un niño intentando tocar unos fogones encendidos—. Yo soy el *Matarreyes.*

—Y ahora puedo ver claramente lo que los Elementos estaban intentando enseñarnos hace cinco años. Tú estabas destinado a terminar el Reinado Valenledge y tomar tu legítimo lugar como soberano. Tú fuiste frenado por la sed de poder de Nylora, pero, verdaderamente, los Elementos están restaurándolo todo a su orden natural. Estamos entrando en una nueva era.

Jasper parpadeó con la exultación pura en la cara de Quintillius.

—Entiendo que la visión de los Elementos es difícil de ver para nosotros mortales, pero tenemos que confiar en su visión —Quintillius dió un suspiro con unos tonos subyacentes de impaciencia—. Quizás buscan remediar la relación tumultuosa entre los Reinos y Cesam y eso puede requerir un rey que sea de ambas tierras.

Sus ojos se pusieron más febriles al dispararse al cielo, su congregación tras él, inclinando las cabezas solemnemente. —Los Elementos deben desear que iluminemos a los Cesami con sus enseñanzas benditas y, así, salvar un gran número de almas.

Jasper retrocedió inconscientemente, arrugando la nariz. Nix le debía haber dicho mil veces que Quintillius estaba como un cencerro, pero Jasper no lo había entendido al cien por cien hasta ahora. No tenía tiempo de seguirle el rollo a este chiflado cuando tenía una princesa ligeramente aplastada que encontrar.

—Muy bien, acepto la posición de rey —dijo Jasper levantando los brazos melodramáticamente—. Mi primera orden es encontrar a Vera Cerasina Valenledge. ¡Yo lideraré la caza!

Y huyó del escenario, pasando por un Blade distraído, y se dirigió a los montones de escombros.

—Jasper Haddin —llamó Quintillius.

—¡Nox! —llamó Hunter.

Jasper no había apenas envuelto los dedos alrededor de un pedazo de mármol cuando Blade gritó, demasiado cerca suyo.

—¡Baja esos pedruscos antes de que te deje inconsciente de una paliza con uno de ellos! —rugió. Alcanzando a Jasper, lo cogió del brazo.

Jasper se lo arrancó de vuelta y siguió, sacando los trozos más pequeños de en medio primero. —Necesito hacer esto.

—¡Lo que tú *necesitas* es un médico!

Hunter apareció silencioso por la otra parte. —¡Y cuánto tiempo hace que no comes? Yo no creo que eso sea sano.

—Nos hemos pasado ya tanto de lo que es sano que ya ¿para qué? —Blade se cogió los lados de la cabeza—. Elementos Sangrantes.

—¡Basileus Bixby! —lo riñó Quintillius, con la mano volándole al pecho al acercársele como un pato.

Basil se encrespó, apartando la mirada. —Lo siento, Arzobispo. Algunas cosas exigen la blasfemia.

—No nos vamos a poner de acuerdo, hijo —bufó de asco—. Lo que Jasper Haddin de verdad necesita es aceptar los Elementos y el camino que le han dispuesto.

Jasper rechinó los dientes, los brazos temblándole al mover un trozo pesado. —¿Vais a parar?

—No puedes escapar a tu destino.

—Pues ya ves.

Jasper fue a por otra piedra considerable, pero Blade se le metió en medio por la fuerza, echando mano a su espada ausente. Puso cara de mala leche, una vena latiéndole en la frente.

—Toca *una roca más*, a ver si te atreves.

—Blade —Jasper intentó apartarlo de un empujón, pero estaba más macizo que el mármol —. Déjame hacer esto.

Quintillius tomó una bocanada de aire ruidosa y mojada. —Parece ser que tenemos que permitirlo. Tiene que ver por sí mismo que Vera Cerasina Valenledge está muerta.

La paciencia de Jasper se chascó. Se dio la vuelta sobre los talones y sólo los brazos de Blade le impidieron lanzarse al Arzobispo.

—¡No está muerta! —vociferó Jasper. Se le rompió la voz, fracturando el muro débil que estaba reteniendo todo lo demás. Cerró fuerte los puños, con dolor. No iba a llorar porque llorar significaba estar de duelo por ella. Y estar de duelo significaba que ella estaba muerta.

Nix no estaba muerta. No podía estarlo. No después de todo.

El brazo férreo de Blade se le clavó en el diafragma y Jasper se percató de que ya no estaba reteniéndolo por el Arzobispo. Estaba evitando de que se cayera de rodillas.

—Arzobispo —dijo Hunter tentativamente—. ¿Podría usted quizá discutir esto con él más tarde?

Quintillius frunció el morro. —Muy bien —Se apoyó ligeramente para encontrarse con la mirada de Jasper y hubo una empatía venenosa en sus ojos—. Pero mi querido hijo, necesitas aceptar que la Heredera Valenledge ya no está.

—¡Tiene razón! —una voz femenina rasposa bramó por toda la plaza—. ¡La Heredera Valenledge ya no está!

Con las piernas poniéndosele rígidas, Jasper se liberó luchando de las garras de Blade y peinó la plaza, la cabeza girándole desesperado.

—¿Quién ha dicho eso? —dijo él, echando chispas.

Un grito de asombro le rasgó la garganta al levantar la mirada.

De pie, o mejor dicho tambaleándose, sobre el montón más alto de escombros, una figura empapada de sangre lo miraba desde arriba, con una sonrisa victoriosa en los labios agrietados.

—La Reina Valenledge lo ha dicho —dijo Nix.

Jasper se desplomó sobre las rodillas, intentando respirar. La plaza se congeló en un silencio asfixiante, como si el tiempo se hubiera detenido.

Tenía el aspecto de la muerte. Coágulos de sangre seca en el pelo, piel gris y violácea, la camisa rasgada apenas colgándole de los brazos. Pero sonrió. Sonreía. Y lo miraba sólo a él.

Las voces llevadas por el aire estaban lejos al cantar.

Vivat Regina. Viva la Reina.

Y Jasper le sonrió de vuelta mientras cinco años de tormento se disiparon en la nada.

Estaba viva. Ella reinaría finalmente. Salvaría a Caddelinn. Sería feliz.

Y podría finalmente arrestarlo.

53
LARGA VIDA A LA REINA

CUATRO DÍAS MÁS TARDE

Hunter sacó el corcho de una botella de sapherly, llenando el estudio de Vera con un rugido de celebración. Siguiendo de cerca, el eco de otro corcho; esta vez el de zumo espumoso. Con entusiasmo le pasó la primera ronda a Archer, Hood y a él mismo, sirviendo la segunda ronda a los gemelos, Basil y Vera. Ella arqueó una ceja al envolver los dedos alrededor de la copa.

—¿Esto no es un poco prematuro? —preguntó ella, empujando los documentos al otro lado del escritorio—. Todavía tenéis que firmar vuestros perdones oficiales.

—¡Es como si estuviera hecho! —Hunter levantó su copa en un brindis que todo el mundo excepto Vera y Blade devolvieron.

—¡Sí, somos héroes de Caddelinn ahora! —Archer sacó pecho, señalándose a sí mismo con los pulgares, y derramó la copa de sapherly encima de su camisa de vestir.

—Mira por dónde mueves eso —gruñó Basil, moviéndose lejos del escritorio al empezar a firmar.

Hunter sacó el pañuelo de bolsillo de la chaqueta de su traje y se lo ofreció a Archer, entonces rellenó el vaso mientras silbaba una melodía alegre.

—Yo aún preferiría quitarnos el papeleo de encima antes de celebrar —dijo Vera, dándoles plumillas auto-tintables a los chicos—. Quizás antes de que se empapen de sapherly.

Para cuando los chicos empezaron a firmar sus papeles, Basil ya había terminado sus copias. Al devolverle una de ellas a Vera, ella levantó su copa y él le dedicó una sonrisa por la nariz antes de brindar con ella.

—Por qué tenemos dos copias? —preguntó Archer.

—Una es para los archivos del Castillo —dijo Vera—. La otra es para vuestros registros personales, por si alguna vez necesitáis demostrar vuestro perdón. Si pasa que los perdéis, podéis solicitar otra copia del Castillo.

Él se dio un toquecito en la sien. —Ah, inteligente.

Ella juntó las copias del Castillo con un suspiro de satisfacción y les sonrió. —Felicidades, ahora sois ciudadanos respetuosos de la ley —Apoyándose hacia adelante, ella añadió: —Y espero que os quedéis así.

—¡Claro! —dijo Hunter contento—. ¡Me cuesta creer que voy a trabajar en las cocinas del Castillo! ¡Estoy muy agradecido por la oferta!

Vera se parpadeó a sí misma, aún sorprendida de que él hubiera escogido eso de entre todo lo que el Castillo podía ofrecer. No hubiera sido de extrañar si fuera sólo Hunter, pero, como el intento de ejecución había revelado, él era Peregrin Falcon de la Casa Knightshade de Eraywyn. Le entró un escalofrío por la columna al intentar conciliar el ladrón alegre que conocía con el legado fatídico que él había dejado atrás.

—Mientras tú estés contento —dijo ella, reprimiendo sus pensamientos.

—¡Lo estoy! —Sonrió de oreja a oreja, honestamente—. Necesito ahorrar para abrir mi propia panadería un día. ¡Ese es mi sueño! Pero es genial hacer algo de lo que disfruto mientras tanto.

—¡Voy a ser Arquero Maestro! —Archer se puso derecho y enderezó su pajarita—. Todavía no estoy seguro de lo que significa, pero estoy emocionado por empezar.

Vera dejó escapar una risita, sacudiendo la cabeza. —Lo cierto es que es una posición antigua que estoy reinstituyendo. Los arcos y las flechas no se usan mucho hoy en día, pero he pensado que a los guardias les irían bien unas lecciones de puntería.

Archer clicó la lengua. —Considéralo hecho.

Hood dio un paso adelante dubitativo, jugando con el cierre de su nuevo manto con capucha. —A mí también me gustaría darte las gracias por el puesto en la biblioteca del Castillo.

—Espero que no sea demasiado trabajo para ti —dijo Vera, avergonzándose al recordar el desorden que había encontrado al volver a abrir la biblioteca—. Llevamos cinco años sin bibliotecario y, como te puedes imaginar, hay una gran cantidad de libros, tomos y registros históricos que están terriblemente desorganizados.

—Es perfecto para mí —susurró Hood, retorciéndose las manos—. ¿Cuándo podría empezar?

Vera se sentó recta. —En seguida que quieras.

—¿Hoy?

Ella rió. —Considéralo hecho, con mis gracias.

—¿Tienes Robin Hood? —preguntó Archer.

—Ocho ediciones diferentes, la última vez que lo comprobé.

Él se volvió a Hood, con los ojos abriéndosele. —¿Me los leerás?

Su capucha se movió asintiendo. —Claro.

Una palmada en el hombro hizo que Vera diera una vuelta rodando en su silla. Los gemelos tenían sus papeles firmados y ella aceptó las copias, echándoles un vistazo somero. Las firmas estaban escritas en el idioma principal del Imperio del Este, con dos caracteres que Vera no podía descifrar. Por sus estudios imperiales limitados, podía saber que eran nombres de pila.

—¿Vuestros nombres de verdad? —preguntó ella.

Ellos asintieron.

—Nada de apellidos. ¿Todavía es jurídicamente vinculante?

Asintieron otra vez.

—Muy bien —Bajó los papeles—. ¿Cómo está llevando Craney la mudanza?

Shadow arrugó la nariz bajo las gafas, mientras que Shade movió una mano por el aire desdeñosamente. Habían aceptado venir a vivir en el Castillo durante un tiempo y recibir clases particulares y esas cosas hasta decidir lo que querían hacer. O hasta que Vera pudiera encontrar parientes vivos de ellos. Desgraciadamente, su grulla damisela no parecía feliz con el desplazamiento.

—Bueno, vuestras habitaciones están preparadas —dijo ella—. Sólo nos hacéis saber cuándo esperaros.

Ellos asintieron y, de repente, cada uno puso una mano sobre uno de sus hombros. Vera se quedó inmóvil un momento mientras ellos dos la miraron directamente a los ojos y sonrieron.

Ella les sonrió de vuelta.

Cuando la dejaron ir, Shadow sacó un trozo de papel de su chaqueta y lo puso en las manos de Vera.

Ella les echó una mirada furtiva a los demás. Hood, Archer y Hunter estaban charlando animadamente y Basil se había separado a un rincón del estudio a mirar por la ventana.

Vera bajó la voz al volverse hacia los gemelos. —¿Este es el recibo para aquel pedido?

Ellos le echaron una mirada que gritaba ‘Obviamente’.

—Gracias —dijo ella, con los labios haciéndole un tic—. Esperemos que podamos convencerlo de eso, al menos.

Puso el recibo en un cajón de su escritorio, con los perdones firmados. Sus ojos se quedaron sólo en las únicas copias sin firmar. Su sello ya estaba en ellas, pero la firma de Jasper estaba dolorosamente ausente. Tomó aire a intervalos y cerró el cajón.

—¿Podemos ir a ver la biblioteca? —preguntó Archer de repente.

Vera se levantó de su asiento, deseando que se le fuera el filo tembloroso de los dedos. —Definitivamente. Dejadme llamar a Quinn Campbell de la oficina de directivos. Estoy segura de que elle estará muy feliz de encontraros a alguien que os haga un tour. Igual hasta os puede conseguir acceso libre, ahora que todos seréis personal del Castillo.

Los chicos gritaron entre ellos mientras que Vera hacía una llamada rápida en la VoxBox para confirmar con Quinn. Entonces, desalojaron el estudio, Archer y Hunter hablando el uno por encima del otro emocionados mientras que Hood y los gemelos los seguían en silencio.

—¡Héroes de Caddelinn, llegando! —gritó Archer, dando puñetazos en el aire al ir saltando por el pasillo.

El Espejo reflejaba su salida, todos los colores y movimientos vibrantes. Vera se sonreía a sí misma, la cabeza dándole vueltas por los acontecimientos de la semana anterior. Sólo hacía días, había parecido imposible pero ahora los ladrones - ya no ladrones - se venían a vivir al Castillo y a trabajar honestamente. Todos habían aceptado una oferta. Bueno todos menos…

Los ojos se le fueron a Basil, aún al lado de la ventana. Él miró para atrás, con la copa en mano, aún llena.

—Quinn Campbell, ¿eh? —dijo él suavemente—. Hace años que no le veo.

—Aceptó ser mi Secretarie de la Corona y está haciendo un trabajo fantástico —Vera se acercó, ajustándose la diadema encima de la ceja. Hasta que la ajustaran para que le quedase a su talla en la cabeza, la maldita cosa seguía deslizándose hasta las orejas—. Nos está costando encontrar a todos los nobles de antes. La mayoría se fueron de Caddelinn después de la muerte de mi padre.

—No me sorprende —Basil se volvió hacia la ventana, los labios torciéndosele.

—A propósito de lo cual, ¿cómo está Blackwood?

—Por lo que me dicen, está bien. No he vuelto aún —Levantó las cejas con una sonrisa exhausta—. Estoy haciendo las maletas.

—No te envidio —dijo, pero un destello triste en los ojos de él la hizo pausar.

Tenía la mitad de las cosas en el Castillo y la otra mitad en el búnker, pero ella pensaba que él saldría escopeteado a casa tan pronto como pudiera. Especialmente, ya que Ashton había huido durante el Test Elemental, desertando Blackwood.

Ella exhaló brevemente. —¿Por qué no me contaste lo de Ashton? No tenía mucho poder, pero podría haber hecho algo antes.

—No tenía ninguna prueba. Aún no la tengo.

—Tú dejaste que todo el mundo creyera que Blair se escapó con un amante. Todo el tiempo que trabajamos juntos, tú nunca mencionaste que Ashton pudiera haber…

—Tú no eras la única que no confiaba en nadie —Medio giró la cabeza, traspasándola con una mirada llena de hielo.

Pero nadie entendía ese hielo más que Vera. Ella retrocedió. Entendía que no confiase en ella.

Él soltó un suspiro irritado, dejando caer los hombros tensos. —Y me equivocaba.

Vera levantó una ceja y tuvo que impedirle a la boca que le hiciera un gesto raro.

—Ríete todo lo que quieras —Puso mala cara y se rascó la ceja—. Has demostrado ser una Valenledge en quien puedo confiar.

Y la expresión de asombro total y resentido de la cara casi la hizo reír. Pero la pesadez a su alrededor hizo que el momento fuera demasiado solemne.

—Gracias, Basil —dijo ella.

Él gruñó y movió una mano apática.

—Y todos los recursos que podamos utilizar irán a encontrar a Blair Bixby, te lo prometo.

Los ojos de él no se encontraron completamente con los de ella. Movió la nariz al agarrar la empuñadura de su espada. —Gracias.

—De hecho —dijo Vera muy despacio, apretándose las manos fuerte—. Pensaba que le podríamos pedir a Hunter que ayudara. Dado lo que sabemos ahora, puede ser que él tenga recursos adicionales…

—No.

Vera paró y un silencio se estiró entre ellos. ¿Había habido un temblor en su voz?

Se aclaró la garganta y se giró hacia ella por completo. —No te ofendas, pero… —se lamió los labios rápidamente— No quiero a los Knightshades cerca de Blair en lo más mínimo.

Vera tragó. Era un miedo razonable. Lo que aquella casa le había hecho a Caddelinn, la ola de sangre que había dejado tras ella, no se podía ni perdonar ni olvidar.

—Pero es sólo Hunter —dijo ella, odiando como le caía la voz—. ¿No?

—Hunter es Hunter. Si ya no es Peregrin, debe tener una razón —Él básicamente masticó las palabras—. Pero sólo por si acaso.

Ella asintió, resistiendo las ganas de frotarse un ataque repentino de piel de gallina. Hunter era Hunter y ella no quería pensar otra cosa. Ella no pensaba que Basil quisiera hacerlo, tampoco, pero tenía razón en ser cauto sobre su hermana desaparecida y ella respetaría su decisión.

Ella se agarró a otro tema. —¿Te has pensado lo del mensaje que te envíe?

Se le arrugó la ceja, siguiendo con el cambio de tema. —Pensaba que estabas de broma

—Caddelinn necesita un nuevo General de la Corona —dijo llanamente—. ¿Dónde está la broma con eso?

Él se rió por la nariz. —Pedírmelo a mí.

Ella pronunció lentamente. —Sí, porque nuestro general de antes es tan difícil de remplazar. Un listón tan alto y tan eficiente.

—Sólo porque tuviéramos a un general terrible antes no significa que necesitemos un reemplazo terrible.

Ella se puso una mano en la cadera. —No es una posición que simplemente se te daría, así como así. Necesitarías formarte para ella y ganártela. Sin embargo, creo que tienes un potencial genial.

—Es una de las peores ideas que has tenido en tu vida.

Ella entrecerró los ojos. —Estoy tan feliz de que confíes en la visión de tu reina. Si no quieres el puesto, di eso.

—No quiero el puesto.

Vera parpadeó. Ella se había convencido de que él estaba siendo modesto pero la convicción que demostraba con cada palabra probaba lo contrario.

—Oh —dijo ella—. Bueno, entonces…

Él suspiró prolongadamente. —Pero si me necesitas, lo haré. Hasta que tengas alguien mejor.

Vera estaba aún aturdida. —Ocúpate de Blackwood. Busca a Blair. Podemos hablar de esto

más tarde.

Sus ojos le traspasaron los de ella por unos segundos, la lengua moviéndosele pensativamente alrededor de la boca. Asintió sin compromiso y sus ojos se perdieron otra vez.

Vera también miró por fuera de la ventana, donde el sol de la mañana proyectaba sombras largas a través de la Plaza Elemental. Los trozos de los escalones derrumbados del pabellón y las columnas estaban detrás de bandas de cinta protectora amarilla, bloqueando al público sacando fotos entusiasmado.

Basil inhaló agudamente. —¿Nox aún está…?

—¿Tras las rejas? —Vera agarró las cortinas. La pregunta dolía más de lo que había previsto—. Sí. Esperando su ejecución.

54
EL PRECIO DEL PRÍNCIPE

Para el crédito de Basil, no se inmutó.

—¿De verdad que lo vas a ejecutar? —Le preguntó con la voz estable.

Vera cerró las cortinas y fue a su escritorio dando largos pasos, hundiéndose en su asiento. Basil siguió con pasos recelosos mientras ella se frotaba la frente para ahuyentar la presión, reprimiendo el pinchazo amenazante de las lágrimas.

—Claro que no —dijo a regañadientes—. Sólo que no puedo convencerlo.

Al otro lado del escritorio, Basil bajó la copa, entonces clavó los dedos en el respaldo de una silla. —Ese fue siempre su plan. Terminar esto. Entregarse.

Vera se burló y se mordió el nudillo. ¿Dónde estaba el ladrón temerario y sinvergüenza? ¿Dónde estaba el mentiroso, el manipulador? Ella era casi incapaz de reconocer a Jasper en el montón derrotista pudriéndose en las mazmorras.

—No quiere escucharme —Le dio un pinchazo en la garganta—. No quiere firmar el perdón ni salir. Casi no dejó que ni Shade ni los médicos del Castillo le echaran un vistazo.

Ella abrió el cajón del escritorio de un tirón y sacó el recibo que había traído Shadow, estampándolo en el escritorio.

—Los gemelos y yo —dijo ella tentativamente— organizamos pedirle un reemplazo biónico para el ojo que le faltaba del Imperio del Este, usando los contactos de ellos. Ya sé que no lo aceptará, pero no puedo parar de intentarlo.

Y eso era verdad. Vera esnifó. Lo había intentado desde el final del Test Elemental. Desde que Jasper se había arrodillado delante de ella y le había suplicado que lo arrestara. Cuando ella se negó, él se coló en las mazmorras y se encerró dentro a cal y canto.

Los dedos de Vera le picaban para arrancarse el pelo, pero la diadema se metió en medio. Toda la compostura a la que se había estado aferrando se le estaba escapando y ya casi no le importaba. No ahora, cuando los pensamientos de Jasper, muerto mientras estaba vivo, le invadían la mente.

Basil no cogió el recibo. La mano se cerró cerca de la solapa de su abrigo y él la puso en su sitio.

—¿Has hablado con Quintillius? —preguntó secamente.

Vera lo miró a través de la mano que tenía en la frente. Cuando su cara se quedó impávida, ella se movió en su asiento. El Arzobispo había intentado acercarse una vez, a veces dos, al día desde el Test Elemental. Sus mensajes estaban apelotonados y apretados en la parte trasera de su cajón. Ella no podía soportar leerlos.

—Alucino que me estés diciendo que le pida consejo a Quintillius —dijo ella. Se le cayeron las manos al regazo y las apretó con dolor—. Él es probablemente quién quiere más la ejecución de Jasper. Sólo después del mismo Jasper.

Ella se rió amargamente por la nariz, pero los ojos de Basil se entrecerraron de confusión.

—¿Estás segura? —le preguntó.

Vera se quedó helada. Basil no apartó la mirada, pero los hombros le iban para arriba y para abajo de lo incómodo que estaba.

—¿Tú sabes algo que yo no sepa? —le preguntó—. Dímelo si lo sabes.

Sus ojos se desviaron inmediatamente. —Creo que él lo explicaría mejor.

—Basil…

El sonido estridente de la VoxBox cortó la tensión en el estudio. Vera y Basil se quedaron bloqueados en un impasse mientras la llamada había ya sonado tres veces antes de que Vera lo cogiera.

—Su Majestad —la voz de Quinn entró por la otra parte de la línea—. El Príncipe Alys Fortescue-Arlington de Eraywyn está aquí.

—Gracias, Quinn —dijo Vera aún mirando enfadada a Basil—. Por favor, hazlo pasar.

Él ya se estaba acercando a las puertas del estudio cuando Vera colgó el auricular.

—Basil, ni se te ocurra…

Él se dio la vuelta e hizo una reverencia. —Mira, te agradezco el perdón y me pensaré lo del puesto, pero tengo cosas que hacer —Cuando levantó la mirada, una mezcla de preocupación y agotamiento se debatía en sus ojos—. Lo que le pase a Nox es cosa vuestra, independientemente de lo que yo piense —Puso mala cara, bajó los ojos y se endureció—. Pero si quieres mi opinión como candidato para General de la Corona, te recomiendo que hables con el Arzobispo lo antes posible.

Vera no lo paró mientras se iba. Por alguna razón olvidada de Sol, ella le dio las gracias. La vacilación en sus movimientos, la agudeza de sus palabras, le habían dado esperanza.

Incluso si esa esperanza dependía de Quintillius.

Vera se deslizó la mano en el bolsillo y cogió la caja de terciopelo del anillo de sello de Padre. Tuvo el tiempo de dos respiros profundos para anclarse antes de que la cara radiante de Alys iluminara el estudio.

—Su Majestad —dijo él, radiante, con los brazos extendidos en el ángulo perfecto.

Vera sonrió de vuelta y rodeó el escritorio para tomar sus manos.

— Siéntete libre de dejar las formalidades, Alys.

—No me atrevería. Tú me superas muchísimo en rango ahora.

—El rango nunca va a anteponerse a la amistad —Ella le apretó las manos cálidamente—. Ni todo lo que has hecho para ayudar.

—Todos tenemos nuestras obligaciones —Su sonrisa se volvió más brillante, si era posible —. Sin embargo, estoy feliz de verte tan bien. La corona te favorece. ¿Tienes la más remota idea de lo que los ciudadanos te están llamando?

Vera reprimió un gruñido. —Me estremezco de pensarlo.

—Vera la Valiente —dijo intencionadamente—. Igualito que la esposa del Rey Mago. Alucinante, ¿no?

Vera le dio a sus manos un último apretón y lo soltó, tragando. Había oído eso, entre muchas otras cosas. La Reina Bruja, la Impostora, la Ruina de Caddelinn. Muchos de los ciudadanos estaban poco convencidos de su nueva reina.

Pero la convicción que brillaba en su cara se extendió por ella como el primer sorbo de té por la mañana, y ella lo adoraba por ello.

—Dime —dijo ella—. ¿Cómo va por Eraywyn?

Él levantó una ceja conspiradora. —Intrigados por lo que está pasando en la Capital. Como me imagino que lo están todos los Reinos.

—Supongo que estarán mucho más en paz después de hoy —Vera se sonrojó, los dedos cerrándose alrededor de la caja del anillo. Ella tomo aire profundamente, sacándolo del bolsillo, no atreviéndose a mirarlo—. Alys, ya sé que esto lleva mucho tiempo esperando y sólo te puedo

agradecer tu paciencia. Además de por cómo has manejado todo lo desagradable que se interpuso. Sin embargo, hoy, con nuevas esperanzas para el futuro, te pido tu mano en matrimonio.

Ella abrió la caja y el anillo pulido de Padre brilló entre ellos. Sólo entonces, se atrevió a mirar a Alys.

—Vera —Él sonrió, diciendo su nombre. Extendiendo las manos, envolvió las suyas y cerró la caja—. Lo siento, pero no.

Vera se quedó boquiabierta. —Si esto es por lo que pasó en la catedral… —empezó ella rápido.

Y entonces no supo qué decir.

¿Qué podía excusar algo así? ¿Encontrar la persona que se supone que es su prometida envolviendo sus brazos alrededor de otra persona? Alrededor de su enemigo del alma, no menos. La cara de Vera se calentó peor que antes. No era un sonrojo, era una subida de vergüenza caliente. Y una pizca de imaginarse aún los labios de Jasper sobre los de ella, independientemente de cómo de imposible era eso.

—Fue un momento de debilidad —ella finalmente chilló débilmente—. No volverá a pasar.

Para su sorpresa, Alys se rió y tuvo que respirar a través de eso antes de poder hablar otra vez.

—¡Ojalá que todos pudiéramos encontrar ese tipo de debilidad! —Algunas risitas sueltas hicieron que su pecho rebotara—. Y tú serías una insensata en no dejarlo pasar otra vez.

Vera se movió involuntariamente, el corazón saltándole al galope. Él se lo podía ver en toda la cara.

—Tienes razón, ese momento en la catedral lo cambió todo —dijo él y un rubor rosa le pintaba las mejillas—. Me di cuenta de que quiero que alguien me mire a mí de la manera que tú miraste a Jasper Haddin.

Sus palabras se le deslizaron por debajo de la piel, hundiéndose a través de músculo y de hueso. Llenaron su pecho del humo de la vergüenza y de la culpabilidad, asfixiándola.

Él tenía razón y ella era una chica tonta, pero tonta de verdad.

—Lo siento —susurró ella.

Sus cejas se presionaron juntas. —¿Por estar enamorada?

La garganta de Vera se apretó alrededor de las palabras que intentaba sacar, los labios sacudiéndosele inútilmente. No sabía qué hacer con las manos aún cerradas en las de Alys.

¿Se daba cuenta él de que le sudaban?

La sonrisa de él palideció con su shock, pero se quedó en sus ojos, donde no había tristeza. Ninguna quemadura de traición. Él se soltó y jugó con los puños de su camisa antes de meter la mano en la chaqueta cruzada y de sacar una carta sellada.

—Mi retiro escrito de la alianza de matrimonio —dijo él, poniendo la carta sobre el escritorio—. Para los registros de Caddelinn.

—Pero tus padres…

—No saben nada de esto —una sonrisa traviesa inusual se apoderó de sus labios—. Y planeo entretenerlos todo el tiempo que pueda. A mí no me pueden declarar la guerra, de todos modos.

Ella sacudió la cabeza, los pensamientos apelotonándose en una bola tensa en su mente. —Cuando se enteren, nos van a presionar a los dos.

—Soy consciente de eso. Por eso he pensado que, si para cuando se enteraran tú estuvieras ya casada… —Se pellizcó el lóbulo de la oreja—. Bueno, podríamos evitar la presión

completamente y ellos tendrían que considerar otras ofertas de alianzas.

Vera se quedó patidifusa. Juntó las rodillas para evitar que se le doblaran. —Alys, no puedes de ninguna manera…

Él levantó las palmas de la mano. —Nunca te diría qué hacer o qué pensar. Sólo quiero conseguirte un poco de tiempo para que puedas pensar por ti misma.

Vera podía sólo mirar, estupefacta. Había sabido de la lealtad de Alys, de su voluntad para ayudar, pero ella siempre había pensado que esas cualidades venían de su futuro matrimonio. Actos de servicio atados por cuerdas de consecuencia naturales, de relación y de recompensa.

Había estado equivocada.

Entrecerró los ojos, que le dolían al ver a Alys de verdad por primera vez. Ella no se merecía su lealtad y su altruismo después de malinterpretarlo durante tanto tiempo y después de todos sus errores. Aun así, él los estaba dando voluntariamente sin condiciones de obligaciones.

—Supongo que es mejor así —esnifó ella—. No creo haberte merecido jamás.

Él se rió, un bufido suave de aire soplando a través de su sonrisa. Dio un paso adelante para cubrir la distancia entre ellos y levantó las manos a su cara, cogiéndola por las mejillas.

—Mientras que yo viva, Vera Valenledge, tú siempre tendrás un amigo en Eraywyn —Se apoyó hacia adelante, riñéndola con los ojos y animándola a la vez—. Y los amigos no dejan que los amigos pierdan oportunidades así.

Y él retrocedió un paso, se inclinó y se fue. Vera se colapsó en una silla, los latidos martilleando a su través en batidos felices y dolorosos. Estaba enamorada y Alys lo había aceptado mucho tiempo antes que ella. Estaba humillada y extática y dolorida por todas partes.

Y era imbécil. Tan imbécil.

El cristal del Espejo se empañó y se movió, los ojos rojos atravesando las nubes pantanosas.

—Corrígeme si me equivoco —dijo despacio, chinchando—. Pero creo que estás finalmente jugando con el corazón.

Vera agarró los brazos del asiento para calmar las manos trémulas.

—Tú no podías mentir nunca.

Dentro de la caja de Padre, donde había guardado el corazón custodiado en secreto durante cinco años, él había dejado una nota. No una carta. No una efusión de corazón, errante y larga que Vera pudiera sentarse a digerir. Nada de consejos, conocimientos u órdenes.

La nota decía:

La corona es pesada, pero tú eres fuerte.
Y tu corazón sabe adónde pertenece.

No había sido un hombre de muchas palabras. Pero las dos líneas solitarias de un poema le sentaban a la perfección. A Vera le encantaba. Amaba a Padre y a sus tendencias fantásticas y artísticas y su predisposición a creer en lo imposible. Él había dejado dos líneas y habían significado el mundo entero.

Vera se empujó de la silla para levantarse y se fue hacia las puertas.

—¿A dónde vas? —preguntó el Espejo. Ya lo sabía, pero quería oírla decirlo a ella.

—A la catedral primero —dijo ella rápido—. Luego, las mazmorras.

55
LA ÚNICA QUE PODÍA SALVARME

Una bandeja de comida sin tocar estaba fuera de la celda de Jasper en el bloque silencioso, trozos de pollo secándose en los bordes y hojas de lechuga marchitándose. Vera apretó los dientes, mirando arriba al bulto tapado con una manta, estirado en uno de los catres detrás de los barrotes.

—Estoy hasta la coronilla de esta tontería —espurrió ella, abriendo las puertas de la celda a lo cafre.

Él no se movió cuando ella entró a la celda a zancadas y se quedó de pie tiesa, jadeando en el centro. Le tiró los papeles, arrugados de cómo de fuertes los había cogido, y la plumilla auto-tintable, que rebotó del catre y rodó por el suelo.

—Tú vas a firmar tu perdón y la copia —exigió ella—. Entonces irás a la enfermería del Castillo.

Le permitió el tiempo que tardó ella en coger la plumilla del suelo. Cuando él no se inmutó ni respondió, estampó los pies andando hacia el catre y le arrancó la manta.

Se le atascó la respiración en el pecho.

No era justo. Ella se había peinado, llevaba la ropa planchada, e incluso se había cambiado las botas por un par nuevo y bonito de zapatos que no estaban manchados ni pelándose. Y no se veía la mitad de hermosa que él con el pelo alborotado y salvaje, la ropa arrugada y varios días de barba como puntitos en las mejillas y la mandíbula.

Jasper miró hacia arriba con un ojo soñoliento. O llevaba días durmiendo o no había pegado ojo. Apartó la mirada mientras se sentaba a regañadientes.

—¿Qué puede este maníaco regicida desgraciado hacer por la Reina de Caddelinn? —preguntó él llanamente.

—Así no es cómo te diriges a mí —Vera asfixió un suspiro profundamente irritado—. Firma tu perdón.

—No —dijo él, el ojo enfocado en el suelo.

—Es una orden.

Él se burló débilmente. —Soy un criminal. No sigo órdenes.

Ella se mordió la lengua con otras cosas que era. —Tú eres un ciudadano de Caddelinn y yo tendré tu perdón firmado.

—No puedo —dijo él y la voz se le cascó.

Vera hizo un gesto de dolor al sonido delicado y hueco. Sonaba como cristal roto que muy pronto sería barrido y desaparecería para siempre.

—Jasper —le suplicó—. Por favor.

—Cuando te encerré en el escondite del tesoro, dijiste que nunca me perdonarías.

—No lo decía en serio.

—Deberías haberlo hecho.

Ella metió la lengua entre los dientes, mordiendo. —Tú tozudo, agotador, que sólo sientes lástima de ti mismo…

La última vez que estuvimos aquí —interrumpió él—. Tú intentaste matarme.

—Y hubiera sido un error.

—No lo sería ahora —Su mirada finalmente se levantó del suelo y se encogió, haciéndose más pequeño—. No puedo vivir conmigo mismo.

—¡Entonces vive conmigo! —esputó e instantáneamente se quiso tapar la mano con la boca.

La cara de él se retorció, las cejas disparándosele en una confusión sin diluir.

Vera tenía que entenderlo. Ella había querido decir *vive por mí*, de la manera en la que él lo había hecho en la catedral. La frase le había estado ardiendo en la mente desde entonces y ella sabía que tendría impacto. En vez de eso, había soltado una frase tonta que no tenía ningún sentido ni ningún peso.

Ella se rascó el cuello cuando una ola de calor enloquecedora le subió por él. —Quiero decir, eso es suficiente castigo para quien sea, ¿no? —Se rió patéticamente pero el chiste no había caído sin gracia - se había caído de un precipicio y ahora estaba muerto en una cuneta.

No debería costar tanto tener un corazón. No debería estar subiéndole por la garganta tan lentamente, ahogándola, revolviéndole la mente y las palabras.

—Nix —dijo él desesperadamente y el monosílabo le tiró del corazón de vuelta al pecho. Él se encorvó sobre las rodillas y suspiró—. Sé que quieres, pero no me puedes dejar libre.

Ella tragó y señaló al punto exacto justo fuera de la celda. —Quería decir lo que dije cuando estaba de pie justo allí, lista para matarte. *Puedo* si significa que nadie más tiene que morir.

Levantó la mirada, la cara enjuta, a punto de llorar. —Yo maté a Cerasos.

—Y yo no puedo soportar más muertes —Le temblaron los labios—. He perdido a mi padre y, a pesar de todo, mi madre. He muerto más veces de lo que quiero recordar sólo en la última semana. Es un sentimiento horrible. No me pidas que te mate. Yo no puedo…

Ella inhaló una bocanada repentina cuando todo el dolor suprimido le explotó en el pecho, subiéndole por la garganta. Y ella estaba de rodillas, asfixiándose con sollozos incontrolables. Las lágrimas le caían rodando por la cara, cayéndole sobre las faldas. Se las secó, pero otras nuevas tomaron su lugar.

—No puedo hacerlo —dijo ella llorando a lágrima viva en las manos—. Yo no te puedo perder.

Vera sintió una pizca de calidez antes de darse cuenta de que él estaba arrodillado a su lado, suavemente convenciendo a la cabeza que se le saliera de las manos.

—No, no llores —Sus cejas se arrugaron horriblemente mientras que sus pulgares trabajaban para quitarle las lágrimas de las mejillas.

Ella le cogió las muñecas, no queriendo dejarlo ir. Nunca.

—Acepta el perdón —le suplicó.

Su único ojo tenía una tormenta de dolor y de frustración, pero sus manos permanecían firmes en su cara, el pulgar quitándole otra lágrima. Los labios agrietados de él se apretaron. Exhaló despacio por la nariz, desplomando los hombros.

—Otra idea sería que me exiliaras —dijo él con el fantasma de una sonrisa.

Vera se rió. O quizás era hipo, cortesía de sus sinusitis dolorosamente inundadas.

—¿Qué? ¿Y dejar a un ciudadano caddelinniano correr por Cesam robándole la cartera a todo el mundo? —Sacudió la cabeza, esnifando—. No voy a empezar una guerra con el Shahanshah sólo porque no puedes tener las manitas quietas.

Una risita suave traspasó su intento de poner mala cara. —Nix, voy a intentar negociar, pero tú tienes que darme algo con lo que pueda trabajar.

Ella le soltó las muñecas y él bajó las manos lentamente.

—Oy, vas a tener el castigo que te mereces —dijo ella—. Has dejado a Caddelinn en paños

menores y trabajarás el resto de tu vida para reparar el daño de tus crímenes.

—Mmm, ¿trabajos forzados? —Arrastró los dedos por su pelo alborotado con un puchero pensativo—. Eso me podría funcionar.

—Es más bien un trabajo.

Él levantó una ceja. —¿Un trabajo honesto *para mí*? Me muero de ganas de oír esto.

Vera inhaló un respiro tembloroso. Ella tampoco podía esperar a decírselo, pero la lengua se le sentía hinchada al intentar tejer las palabras masivas.

—Como la Reina de Caddelinn —dijo ella, redondeando cada sonido cuidadosamente—. Me gustaría ofrecerte la posición de Rey Consorte.

Jasper retrocedió como si ella le hubiese asestado un puñetazo, casi tirándolo al frío suelo de piedra. Se recogió y la miró fijamente con un ojo abierto como un plato, con la mandíbula colgando suelta.

Vera no podía leer lo que eso significaba y su corazón se estaba tirando contra su caja torácica repetidamente, intentando liberarse. Sombríamente, se preguntaba si un 'no' de parte de él podría matarla. ¿Eso contaba como daño a su corazón? Las Bellas Damas podían morir por un corazón dañado. ¿Podían morir de un corazón roto?

Chica tonta.

—Nix —dijo él, la voz estrangulada—. Eso no es un trabajo.

—¡Es una posición completamente válida! —dijo ella deprisa, queriendo apagar la quemadura de la cara—. No tendrías ningún poder de verdad y el título no viene con ninguna tierra, pero sí que incluye un estipendio ciertamente modesto que podría evitarte tener que robar por necesidad. No tendrías el tiempo de robar de todos modos porque esto es trabajo. Trabajo del duro. Tendrías que asistir a todas las conferencias de prensa y funciones. Ayudarme con leyes y legislaciones y ser una figura pública.

Jasper no se había movido ni un centímetro, todavía acobardado como si estuviera esperando un segundo golpe imaginario. Parpadeó lentamente.

Ella exhaló, queriendo hundirse en el suelo y desaparecer. Enderezándose, en vez, forzó su voz a estabilizarse. —Desde luego, hay otros puestos que podrías ocupar. Este no es el único sobre la mesa.

—Nix, eso *no* es un trabajo —repitió él y su voz descendió—. Eso es un sueño.

La cabeza de ella se levantó como de un latigazo. —¿Qué?

Él parpadeó otra vez, más rápido, su ojo adquiriendo nitidez. —¿Y qué pasa con el Principito?

—Alys se retiró de la alianza de matrimonio —Vera se metió las manos en los codos para pararlos de temblar—. Algo de que yo estaba enamorada de ti.

Él inspiró entrecortadamente, tapándose la boca y Vera encontró alivio al ver que sus dedos también estaban temblando.

—Y sí que estoy enamorada de ti —espetó ella—. Creo que llevo mucho tiempo.

La columna de Jasper se enderezó y su cara se puso profundamente roja al estirarse el pelo y la ropa.

—Engranajes chirriantes, Nix —masculló de vergüenza—. Avisa a una persona antes de pedirle matrimonio. Me hubiera emperifollado o algo.

Una onda abrumadora de alivio la lavó de arriba a abajo. Las mejillas le dolían por la sonrisa que se les estaba clavando. —Podemos hacerlo mejor y oficialmente después. Una vez hayas tenido algo de tiempo para pensarlo bien.

—¿Pensarlo bien? —Le arrebató la mano y la puso entre las suyas—. Si hay si quiera una

oportunidad de pasar el resto de mi vida contigo, yo no quiero nada más.

El pecho de Vera se desinfló ligeramente. —Pero sería lo contrario. Yo, pasando el resto de mi vida contigo. Yo sólo te puedo garantizar 26 años como mucho. Yo también… —Chupó un respiro—. Probablemente no voy a tener hijos, o sea que ese es otro factor. Necesitarías considerarlo cuidadosamente.

—A mí me gustaría casarme contigo —dijo él, tragando grueso—. Eso es algo que me gustaría mucho.

—¡No puedes contestar en seguida! —dijo ella, combatiendo otra sonrisa—. ¡Necesitas pensarlo al menos durante una semana o un mes!

Él asintió. —Hecho, pídemelo otra vez dentro de una semana. O un mes. O un año o 15 años. Mi respuesta no cambiará.

Vera exhaló un remolino pesado de calor insoportable y bonito.

—¿Qué voy a hacer contigo?

Él sonrió satisfecho. —Podrías llevarme a tomar un sapherly para celebrar —Entonces se le juntaron las cejas—. Es una lástima lo del Forgotten Lion. Pero creo que podríamos hacer algunos buenos planes para reconstruirlo.

Vera se apoyó para atrás sorprendida. —¿Ya estás pensando en reconstruir? —Le envolvió los brazos alrededor de los hombros y lo atrajo hacia ella. Apoyando su frente contra la de él, ella susurró: —Igual aún hasta hacemos un rey consorte decente de ti, Nox.

Él sonrió - torcido, asimétrico, perfecto - mientras su mano alcanzaba a apartarle suavemente un mechón de pelo de la cara. Se le paró la respiración cuando su mirada cayó en sus labios y él casi salvó la diferencia entre ellos, la boca sobrevolándole los labios a un solo suspiro de distancia de los suyos. El aire se volvió denso con la expectativa al mezclarse sus respiraciones.

En ese momento suspendido, una subida de emociones brotó dentro de ella, una mezcla tumultuosa de deseo y temor. Pero, al cerrar ella el espacio y encontrar su boca, toda esa incertidumbre se derritió.

El tacto de sus labios era suave pero eléctrico, enviándole escalofríos por la columna. Su corazón anidó en él - un beso infusionado en años de odio, arrepentimiento, palabras no habladas y sentimientos escondidos, una unión de dos amigos que habían encontrado el camino de vuelta el uno hacia el otro contra toda expectativa.

Eran Nix y Nox. No siempre lo habían jugado con conocimiento.

Pero ahora lo jugarían con el corazón.

AGRADECIMIENTOS

Justo igual que ninguna persona es una isla, yo creo que ningún trabajo tampoco lo es. Nombrar a cada persona individual que ha tenido una mano en hacer *Honor entre Ladrones* lo que es ahora y en lo que se puede convertir es imposible. Sin embargo, tomaré la oportunidad de darle las gracias a algun@s jugadores claves que merecen todo el mérito que yo les pueda dar.

Mis queridas Laura y Rita, que habéis sido pilares de fuerza en ambos lados de este empeño durante casi una década. Habéis creído en esta historia y en mí mucho más de lo que yo lo he hecho nunca. Gracias por hacer la lectura alfa, animarme, y por ser gente tan increíble.

La panda original de las threads del club de fans de Episode, que han sido una luz brillante para mí. Os he querido incluir a tod@s por nombre o por handle pero no he podido contactar con much@s de vosotr@s y no he tenido el corazón de mencionar@s sin vuestr@ consentimiento. Para aquéll@s de vosotr@s que no he incluído, si leéis esto, por favor hacédmelo saber para que os pueda incluir en ediciones futuras y en los otros libros de la serie *Honor entre Ladrones.*

Emily Kissinger, que has estado ahí desde las historias que no vamos ni a mencionar. Tú fuiste mi primera amiga literaria y sigues siendo mi amiga más antigua en línea. Tu ingenio, amor, apoyo, y capacidad de encontrar historias enterradas en montones de sentimentalismo han sido un regalo para mí y estoy segura de que todas tus cualidades te darán todo el reconocimiento que mereces en esta vida caótica.

Alicia Sullivan-Houle, que eres una compinche. Tus contribuciones a *Honor entre Ladrones* en tanto tus frases ingeniosas como con tu arte increíble me han dado la fuerza para continuar en los peores momentos. Tu talento y tu cariño inmenso y constante son un regalo que atesoro enormemente.

Writingspirit, ¿qué haría yo sin tu visión inspirada de Jasper? Tus sugerencias beta también mejoraron el impacto emocional de la novela drásticamente y no te lo puedo agradecer lo suficiente. Eres realmente una escritora con talento y una persona encantadora. Te deseo todo lo mejor que el mundo te pueda dar.

Kheyr, mi conspiradora fogosa, nunca te podré agradecer todo lo que has hecho por mí, incluida la página web que me hiciste, sin que nadie te dijera nada, y el arte que hiciste de la banda todos juntos. Eres una estrella en alza y me muero de ganas de ver cómo de lejos llegas.

Isabella, la Cartógrafa de la Corona, gracias por diseñar lo que yo no pude de la mejor manera posible. Fuiste una alegría en la thread y sigues siendo una fuente de calidez y de inspiración. Te mereces sólo lo mejor, amiga mía.

Superhuello, mi soñadora literaria, siento que hay aún tantos misterios de ti que no he conseguido descubrir. Eres brillante e inquisitiva. Tu análisis de mis listas de música enrevesadas

y tu apreciación de los grandes de la literatura más los encantos de la lingüística me persiguen de la mejor manera.

A tod@s l@s miembr@s del club que no logré contactar, necesito que sepáis el aprecio que os tengo con toda mi sangre y todos mis latidos. Me distéis esperanzas cuando mucho estaba perdido y os recuerdo a tod@s con la ternura más grande del mundo. Aunque estoy feliz de que ya no le estéis diciendo a la gente que somos un culto, os echo de menos con mucho cariño y espero que, un día, el destino nos reúna otra vez. Si os encontráis en línea otra vez, por favor, pensad en mí. No mucho me haría más feliz que tener noticias vuestras.

A los lectores beta, que se lanzaron a la pila de lodo que era el primer borrador. Os aprecio profundamente. Alana Wilson, Desperate_Hornet, Irina Moloce, Simmy M., Claudia F., Catherine Wang, Maya Xu, Leire S.R., Chloe Yvonne, Ali Arkanciel, and Rai, entre otr@s que prefieren no ser mencionad@s. No estoy segura de que sepáis cuánto me ha ayudado vuestro apoyo, vuestros comentarios, vuestras incorporaciones, vuestras sugerencias, vuestras correcciones y vuestro amor. Gracias por haber soportado mi operación beta tan ridículamente organizada y por haberle dado lo mejor de vosotr@s. Si hay una segunda lectura beta, no podría desear un mejor grupo a mi lado. Sois lo máximo y vuestra ayuda lo significa todo para mí.

Un agradecimiento a tod@s l@s lectores de *Honor entre Ladrones* en Episode. Originalmente lo puse ahí pensando que mis personajes serían instantáneamente odiad@s. Gracias por hacerme ver que había un lugar para ell@s en el mundo.

NOTA DE LA AUTORA

Si habéis leído hasta aquí, ¡gracias a todos por vuestro apoyo! Gracias por acompañarme en esta aventura y espero veros en entregas futuras, porque nuestra historia está lejos de haberse terminado.

Es posible que me encontréis ocasionalmente en línea si miráis. Tengo todas esas cosas mortales inoportunas como Instagram y una desdichada lista de correo. Los comentarios, valoraciones y análisis/críticas siempre se agradecen, desde luego. Sin embargo, el mayor honor que me podríais haber hecho fue leer esta historia.

Tenéis mi gratitud y espero que, independientemente del juego cruel del destino que estéis jugando, lo juguéis con conocimiento y con corazón.